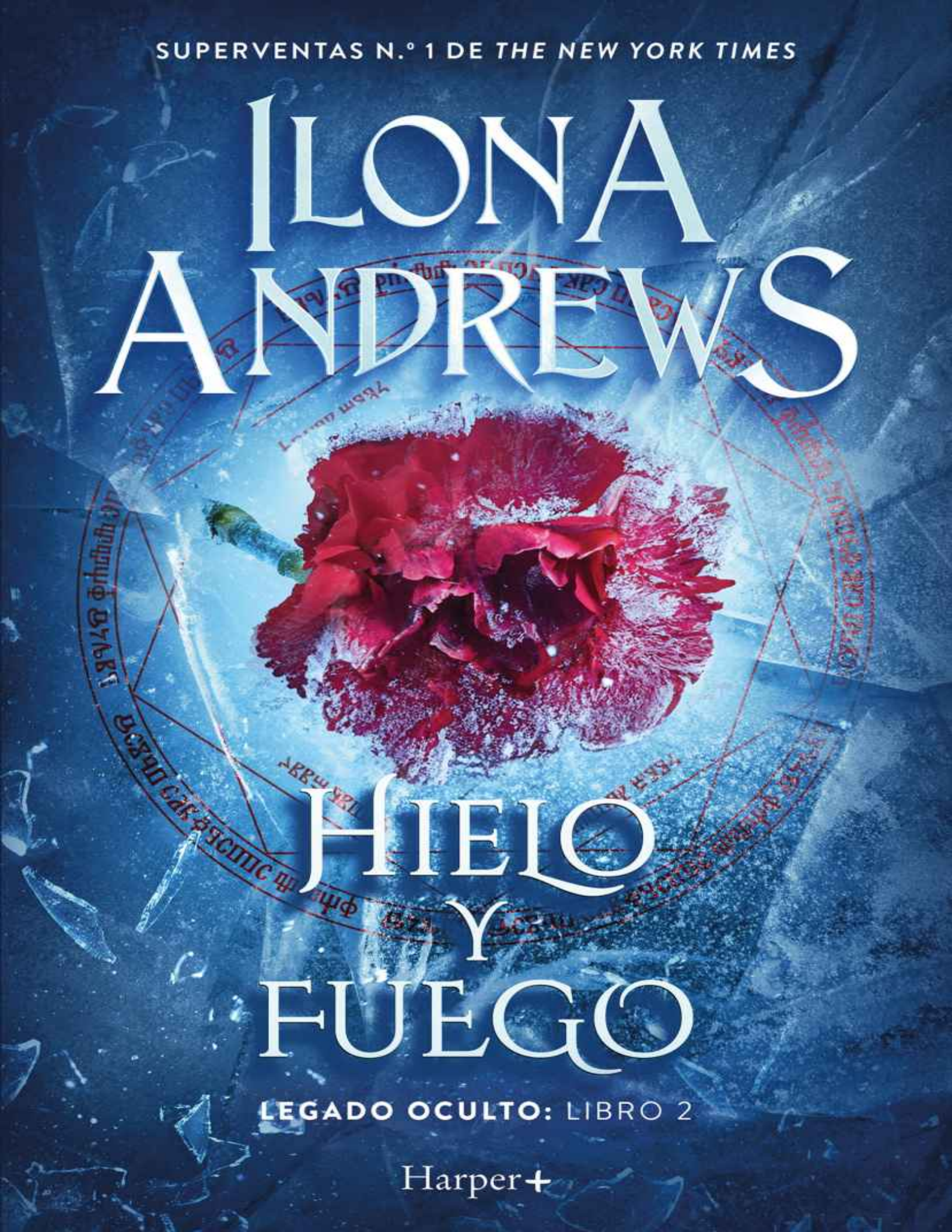
SUPERVENTAS N.º 1 DE *THE NEW YORK TIMES*

ILONA ANDREWS



HIELO Y FUEGO

LEGADO OCULTO: LIBRO 2

Harper+

Portadilla

ILONA ANDREWS

HIELO Y FUEGO

LEGADO OCULTO: LIBRO 2

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Hielo y fuego
Título original: White hot
© 2017, Ilona Gordon y Andrew Gordon
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, María Romero Valiña

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: Damonza
Imagen de cubierta: © Shutterstock

ISBN: 9788410643130

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Sobre los autores
Si te ha gustado este libro…

Agradecimientos

Queremos agradecer a nuestra editora, Erika Tsang, su orientación, comprensión y fe constante en la historia.

Estamos muy agradecidos a nuestra paciente agente, Nancy Yost, que nos aguanta a pesar de nuestras travesuras, y al maravilloso equipo de NYLA, en especial a Sarah Younger y Amy Rosenbaum.

Un agradecimiento especial a Andrew Suh y Chris Burdick por su asesoramiento sobre armas de fuego. Todos los errores de información son nuestros y se cometieron a pesar de su ayuda.

También queremos agradecer a los siguientes lectores que generosamente dedicaron su tiempo a leer el borrador inicial y ofrecer comentarios: Nicole Clement, Robin Snyder, Jessica Haluskah, Shannon Daigle, Kristi de Courcy, Sandra Bullock, Joe Healy, Omar Jimenez, Kathryn Holland, Laura Hobbs, Jan y Susan, y otros.

Por último, queremos agradecer a nuestros lectores. Sentimos que hayan tenido que esperar tanto tiempo.

Prólogo

Un sabio dijo una vez: «La mente humana es el lugar donde la emoción y la razón se enzarzan en un combate perpetuo. Por desgracia para nuestra especie, la emoción siempre gana». Me gustaba mucho esa cita. Explicaba por qué, a pesar de ser bastante inteligente, me encontraba haciendo algo realmente estúpido. Y sonaba mucho mejor que: «Nevada Baylor, idiota total».

—No hagas eso —dijo Augustine detrás de mí.

Miré el monitor que mostraba a Jeff Caldwell. Estaba encadenado a una silla atornillada al suelo. Vestía el mono naranja de la prisión. No tenía nada de especial: un tipo corriente de unos cincuenta años, calvo, de estatura media, complexión normal y rostro sin nada destacable. Había leído un artículo sobre él esa mañana. Trabajaba para el Ayuntamiento. Estaba casado con una profesora y tenía dos hijos, ambos universitarios. No poseía magia ni estaba afiliado a ninguna de las Casas, las poderosas familias mágicas que dirigían Houston. Sus amigos lo describían como un hombre amable y considerado.

En su tiempo libre, Jeff Caldwell secuestraba niñas pequeñas. Las mantenía vivas hasta una semana, luego las estrangulaba y dejaba sus restos en parques rodeados de flores. Sus víctimas tenían entre cinco y siete años, y las historias que contaban sus cuerpos hacían desear que el infierno existiera solo para que Jeff Caldwell fuera enviado allí después de morir. Dos noches atrás, había sido descubierto depositando el pequeño cadáver de su última víctima en

su florida tumba. El reino del terror que había atenazado Houston durante el último año había terminado por fin.

Solo había un problema. Que Amy Madrid, de siete años, seguía desaparecida. La habían secuestrado hacía dos días en la parada del autobús escolar, a menos de veinticinco metros de su casa. El *modus operandi* era demasiado similar a los secuestros anteriores de Jeff Caldwell para ser una coincidencia. Tenía que haber sido él quien la había raptado y, si era así, significaba que aún estaba viva en alguna parte. Había seguido la historia durante los últimos dos días esperando el anuncio de que Amy había sido encontrada. El anuncio nunca llegó.

La Policía de Houston tenía a Jeff Caldwell desde hacía treinta y seis horas. A esas alturas, los agentes ya habían registrado su casa, interrogado a su familia, sus amigos y sus compañeros de trabajo, y examinado sus registros telefónicos. Aunque lo habían interrogado durante horas, Caldwell se había negado a hablar.

Pero acabaría haciéndolo.

—Si haces esto una vez, la gente esperará que lo hagas de nuevo —dijo Augustine—. Y cuando no lo hagas, se enfadarán. Por eso los principales no se involucran. Solo somos personas. No podemos estar en todas partes a la vez. Si un acuaquinético apaga un incendio, la próxima vez que algo arda y no esté allí, el público se volverá contra él.

—Lo entiendo —respondí.

—No creo que lo entiendas. Ocultas tu talento precisamente para evitar este tipo de escrutinio.

Ocultaba mi talento porque los buscadores de la verdad como yo éramos extremadamente raros. Si entraba en la comisaría y arrancaba la verdad a Jeff Caldwell, un par de horas después recibiría visitas del Ejército, Seguridad Nacional, FBI, CIA, Casas privadas y cualquiera que necesitara un interrogador cien por cien preciso. Destruirían mi vida. Y yo amaba mi vida. Dirigía la Agencia de Investigación Baylor, una pequeña empresa familiar; cuidaba de mis dos hermanas y de dos primos; y no tenía planes de cambiar nada de eso. Lo que hacía no era admisible en un tribunal. Si aceptaba la oferta de alguna de esas personas, no estaría en la sala

del tribunal testificando con un bonito traje. Estaría en algún sitio clandestino frente a un tipo atado a una silla y golpeado hasta casi morir, con una bolsa en la cabeza. La vida o muerte de las personas dependería de mi palabra. Sería oscuro y sucio, y haría casi cualquier cosa para evitarlo. Casi.

—He tomado todas las precauciones —afirmó Augustine—, pero a pesar de mis mejores esfuerzos y de tu… atuendo, existe la posibilidad de que te descubran.

Podía ver mi reflejo en el cristal. Llevaba una capa verde con capucha que me cubría de arriba abajo, guantes negros y un pasamontañas bajo la capucha. La capa y los guantes eran cortesía de una producción del Teatro Alley y pertenecían a la Dama de Verde, Bandolera Escocesa y Heroína de las Tierras Altas. Según Augustine, el atuendo era tan inusual que la gente se concentraría en él y nadie recordaría mi voz, mi altura o cualquier otro detalle.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias —continuó Augustine —, pero no te aconsejaría actuar en contra de tus intereses.

Esperé el familiar zumbido de mosquito de la magia que me indicara que mentía. No llegó. Por alguna razón, Augustine hacía todo lo posible por disuadirme de un acuerdo que lo beneficiaba directamente, y era sincero al respecto.

—Augustine, si secuestraran a una de mis hermanas, haría cualquier cosa para recuperarla. Ahora mismo hay una niña pequeña muriendo de hambre y sed en alguna parte. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que suceda. Simplemente no puedo. Tenemos un trato.

Augustine Montgomery, jefe de la Casa Montgomery y propietario de Montgomery International Investigations, tenía la hipoteca de nuestro negocio familiar. No podía obligarme a aceptar clientes, pero me había llamado al móvil esa misma mañana, justo cuando me dirigía a la comisaría, a punto de destruir mi vida. Tenía un cliente que había solicitado específicamente mis servicios. Le prometí escuchar al cliente si me conseguía una oportunidad anónima con Jeff Caldwell. Aunque parecía que él se estaba replanteando la situación.

Me giré y miré a Augustine. Como principal de ilusión, podía alterar su apariencia con un pensamiento. Ese día, su rostro no solo era atractivo; era perfecto como las grandes obras de arte del Renacimiento. Su piel lucía impecable, su cabello rubio pálido cepillado con precisión quirúrgica, y sus rasgos tenían esa elegancia imperial y de frialdad que pedían ser inmortalizados en un lienzo o, mejor aún, en mármol.

—Tenemos un trato —repetí.

Augustine suspiró.

—Muy bien. Ven conmigo.

Lo seguí hasta una puerta de madera. La abrió. Entré en una pequeña habitación con un espejo en la pared del fondo.

Jeff Caldwell levantó la cabeza y me miró. Busqué en sus ojos y no vi nada. Eran inexpresivos, carentes de cualquier emoción. Detrás de él, un espejo bidireccional ocultaba a los observadores. Augustine me aseguró que solo estaría presente la Policía.

La puerta se cerró tras de mí.

—¿Qué es esto? —preguntó Caldwell.

Mi magia tocó su mente. Buf. Era como meter la mano en un cubo lleno de baba.

—No he hecho nada malo —dijo él.

Verdad. Realmente lo creía. Sus ojos seguían inexpresivos como los de un sapo.

—¿Te vas a quedar ahí parada? Esto es absurdo.

—¿Secuestraste a Amy Madrid? —le pregunté.

—No.

Mi magia zumbó en mi cerebro. Mentira. Maldito canalla.

—¿La tienes retenida en alguna parte?

—No.

Mentira.

Mi magia se desató y lo atrapó con sus garras. Jeff Caldwell se quedó rígido. Sus fosas nasales se agitaron mientras su respiración se aceleraba al compás de su pulso, que cada vez iba más rápido. Finalmente, la emoción inundó sus ojos, y esa emoción era de un terror visceral y penetrante.

Abrí la boca y dejé que todo el poder de mi magia llenara mi voz. Sonó grave e inhumana:

—Dime dónde está.

Capítulo 1

Saber cuándo mentía la gente me resultaba algo natural y no requería ningún esfuerzo. Obligar a alguien a responder mis preguntas era un asunto completamente distinto. Hasta hacía un par de meses ni siquiera sabía que tenía ese poder. Hurgar en la mente de Jeff Caldwell era como nadar en una alcantarilla. Se resistía a cada paso, su voluntad se rebelaba presa del pánico, amenazando con destrozar su propia mente en defensa propia. El truco no era obtener la información, sino mantener su mente lo suficientemente intacta para que pudiera ir a juicio. De todos modos, había conseguido lo que quería y, cuando salí del edificio de MII, una caravana de coches patrulla se alejó por Capitol Street con una urgente cacofonía de sirenas exigiendo paso.

Jeff Caldwell me había dejado agotada. Conducir suponía un esfuerzo. De alguna manera logré atravesar el famoso tráfico de Houston, giré hacia la carretera que llevaba a nuestra casa y casi me salté una señal de *stop*. Era un mal sitio; los camiones de reparto tenían la mala costumbre de salir por allí como si no existieran otros coches.

Por suerte, esa vez no salió ninguno. De todas formas, miré hacia la calle de acceso. Una barrera de acero de sesenta centímetros de altura, con gruesas púas de quince centímetros, bloqueaba la calle. A juzgar por las marcas en el pavimento, podía bajarse hasta el suelo. Si le añadieras algo de sangre y jirones de tela en las púas, encajaría en cualquier película postapocalíptica. Esa barrera no

estaba hacía un par de días. La última vez que dos camiones chocaron allí debió de acabar en un pleito importante.

Bostecé y seguí adelante. Ya casi estaba en casa. Casi. Entré en el aparcamiento frente a nuestro almacén y aparqué mi monovolumen Mazda entre el Honda Element azul de mi madre y el Ford Mustang 2005 de Bern. El viejo Civic de mi primo había tenido una triste muerte hacía un mes, cuando los descendientes de dos familias mágicas decidieron intercambiar algunas palabras en el aparcamiento de la universidad. Palabras que incluían intentar aplastarse mutuamente con rocas de doscientos kilos del jardín. Desafortunadamente, su puntería resultó ser pésima y sobrevivieron. Sus familias nos compensaron económicamente —y a otros cinco propietarios de coches— por los daños. Y un Mustang gris metalizado ocupaba el antiguo lugar del Civic.

No se presentaron cargos. En nuestro mundo, la magia era el poder supremo. Si la tenías, de repente descubrías que muchas reglas se doblegaban a tu alrededor.

Me arrastré fuera del coche y marqué el código en el sistema de seguridad. La puerta blindada hizo clic; la abrí, entré y la cerré tras de mí. Las familiares paredes de la oficina, la moqueta beis lisa y los paneles de cristal me dieron la bienvenida.

Hogar.

El día había terminado. Por fin. Exhalé y me quité los zapatos. Me había pasado por la oficina de un cliente antes de disfrazarme de bandolera escocesa, así que todavía llevaba uno de mis conjuntos de «no somos pobres». Tenía dos trajes caros y dos pares de tacones a juego, y me ponía el primero cuando iba a ver a un cliente al que pudiera impresionar por las apariencias, y el segundo cuando iba a cobrar. Los tacones que me había puesto deberían estar prohibidos y ser considerados instrumentos de tortura.

Alguien llamó.

Quizás me lo había imaginado.

Otro golpe.

Me giré para revisar el monitor. Un hombre rubio estaba frente a mi puerta. De baja estatura y robusto, con rostro serio y ojos azules pensativos; tendría unos veintitantos años. Llevaba una carpeta

marrón de cuero con cremallera en las manos. Era Cornelius Harrison, de la Casa Harrison. Hacía unos meses, Augustine me había presionado para buscar a Adam Pierce, un lunático piroquinético con el más alto linaje mágico. La familia de Cornelius lo había obligado a desempeñar el papel de «compañero de infancia» de Adam, un rol que había detestado. Cornelius me había ayudado en mi investigación. Su hermana mayor dirigía ahora la Casa Harrison.

El Cornelius que recordaba iba bien afeitado y vestía de forma meticulosa. Este Cornelius seguía bien vestido, pero sus mejillas mostraban una barba incipiente y una inquietante sombra oscurecía sus ojos, como si hubiera visto algo que lo perturbara hasta lo más profundo y todavía no se hubiera recuperado del impacto.

Una niña pequeña con una mochila de *Sailor Moon* estaba junto a él. Tendría unos tres o cuatro años. Su cabello era oscuro y lacio, sus ojos rasgados, y sus rasgos me recordaban a Cornelius. Sus expresiones, solemnes y serias, eran idénticas. Sabía que tenía una hija, pero nunca la había visto. Un gran dóberman estaba sentado junto a la niña, tan alto como ella.

¿Qué querría de mí un miembro de la élite mágica de Houston? Fuera lo que fuese, no sería bueno. La Agencia de Investigación Baylor se especializaba en investigaciones menores. A diferencia de las novelas de detectives, raramente aparecían por mi puerta viudas hermosas en busca del asesino de su marido o solteros millonarios con hermanas desaparecidas. El fraude a los seguros, los cónyuges infieles y la verificación de antecedentes eran nuestro pan de cada día. «Por favor, que no sea un caso de infidelidad». Esos siempre eran tan difíciles cuando había niños involucrados.

Abrí la puerta.

—Señor Harrison. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenas noches —dijo Cornelius en voz baja. Su mirada se detuvo en los zapatos que llevaba en la mano y luego se dirigió a mi rostro—. Necesito su ayuda. Augustine me dijo que podía venir.

Augustine… Ah. Así que Cornelius era el cliente que Montgomery quería que viera.

—Pasen, por favor.

Los dejé entrar y cerré la puerta.

—Tú debes de ser Matilda —me dirigí a la niña con una sonrisa.

Ella asintió.

—¿Es ese tu perro?

Volvió a asentir.

—¿Cómo se llama?

—Bunny —respondió ella en voz baja.

Bunny me miró con el tipo de recelo que normalmente se reserva para las serpientes de cascabel. Cornelius era un mago animal, un tipo de magia poco común, lo que significaba que Bunny no era un perro. Era el equivalente a un rifle de asalto cargado apuntando en mi dirección.

—Sabe sonreír —afirmó Matilda—. Sonríe, Bunny.

El perro me mostró una fila de relucientes colmillos blancos. Luché contra el impulso de retroceder.

—¿Hay algún lugar donde Matilda pueda esperar mientras hablamos? —preguntó Cornelius.

—Por supuesto. Por aquí, por favor.

Abrí la puerta de una sala de conferencias y encendí la luz. Matilda se quitó la mochila, la puso sobre la mesa y luego se subió a la silla más cercana. Abrió su bolsa y sacó una *tablet*, un libro para colorear y algunos rotuladores.

Bunny tomó posición a los pies de Matilda y me lanzó una mirada malévola.

—¿Te gustaría tomar un zumo? —Abrí el pequeño refrigerador—. Tengo de manzana y de kiwi con fresa.

—De manzana, por favor.

Le entregué una cajita de zumo.

—Gracias.

Había algo extrañamente adulto en su forma de comportarse. Si así era Cornelius cuando era niño, Adam Pierce y su caos debieron de volverlo loco. No era de extrañar que se hubiera distanciado de ambas Casas.

—¿Tiene muchos clientes con niños? —preguntó Cornelius.

—Algunos, pero los zumos son míos. Los escondo de mis hermanas. Este es el único lugar que no saquean. Hablemos en mi

despacho.

Guie a Cornelius por el pasillo hasta mi despacho y casi me explotó la cabeza al llegar. Habían pegado una página de la revista *Bridal* en el cristal de la puerta. Mostraba a una mujer con un espectacular vestido de largas plumas blancas. Alguien —probablemente Arabella— había recortado mi cabeza de algún selfi y la había pegado sobre la de la novia. Un gran corazón, dibujado con rotulador rosa y espolvoreado con purpurina, decoraba el vestido. Dentro del corazón alguien había escrito «N+R = LOVE». Pequeños corazones rosados flotaban alrededor de mi cara.

Una forma genial de causar buena impresión a mi cliente. Deseé que me tragara la tierra.

A través del cristal vi otra fotografía nupcial en mi escritorio, esta adornada con signos de dólar brillantes. En el vestido de la novia, unas letras mayúsculas escritas con la meticulosa precisión de Catalina, decían: «Cásate con él. Necesitamos dinero para la universidad».

Tenía que asesinar a mis hermanas. No había otra alternativa. Ningún jurado en la tierra me condenaría. Podría defenderme yo misma y aun así ganaría.

Arranqué la fotografía del cristal y abrí la puerta de mi despacho.

—Por favor.

Cornelius se acomodó en una de mis dos sillas para clientes. Tomé la segunda fotografía del escritorio, arrugué ambas y las tiré a la basura.

—¿Te vas a casar? —preguntó Cornelius.

—No.

La R era por Rogan. Connor Rogan, aunque nadie lo llamaba así. Lo llamaban Mad Rogan, el Azote de México, el Carnicero de Mérida, el hombre que casi había arrasado el centro de Houston intentando salvar el resto de la ciudad. Mad Rogan y el resto de la humanidad nunca se trataban por el nombre de pila. Él partía edificios por la mitad y lanzaba autobuses como si fueran pelotas de béisbol. Y cuando terminamos con Adam Pierce, él me invitó a convertirme en su… amante, ese sería el término educado. Me costó toda mi voluntad rechazarlo. Aún se me aceleraba el pulso cuando pensaba

en él. Desafortunadamente, mi abuela presenció nuestra pelea de despedida y decidió que tarde o temprano nos casaríamos, un hecho que compartió con mis dos hermanas y mis dos primos. Y como tres de ellos eran menores de dieciocho años, las burlas eran implacables.

—¿Café? ¿Té? —le ofrecí.

—No, gracias.

Si cerraba los ojos, podía imaginar a Mad Rogan en mi despacho. Recordaba el tacto de sus manos en mi piel. Recordaba su sabor. Cerré la puerta mental a ese pensamiento con tanta fuerza que me retumbó todo el cráneo. Rogan y yo terminamos antes incluso de tener la oportunidad de empezar.

Me senté, intentando recordar todo lo que pudiera sobre Cornelius. Se había distanciado de su Casa y se había mudado fuera de su territorio a una residencia muy cómoda, aunque modesta según los estándares de la Casa. Era padre a tiempo completo mientras su esposa trabajaba en algún lugar —no tenía idea dónde —. Detestaba a toda la familia Pierce. Y eso era prácticamente todo lo que recordaba.

—¿Por qué no me cuenta su problema y le diré si estamos capacitados para manejar su caso?

—Mi esposa fue asesinada el martes por la noche.

Dios mío.

—Lo siento muchísimo.

Cornelius se hundió más en su silla. Sus ojos se volvieron opacos como si estuvieran cubiertos de ceniza. Sus palabras quedaron suspendidas entre nosotros, como ladrillos de plomo sobre la mesa.

—¿Cómo ocurrió?

—Mi esposa está… estaba empleada en la Casa Forsberg.

—¿Servicios de Investigación Forsberg?

—Sí. Era una de las abogadas del Departamento Legal.

La investigación privada era un campo pequeño y llegabas a conocer a tus competidores con bastante rapidez. Las empresas gigantes de servicio completo similares a MII de Augustine eran poco comunes. La mayoría nos especializábamos, y la firma de Matthias Forsberg se centraba en la prevención del espionaje

empresarial, lo que significaba que hacían barridos de micrófonos, auditorías de seguridad informática y evaluaciones de riesgos. Los rumores en la calle decían que, ocasionalmente, si el cheque era lo suficientemente grande, cambiaban de bando y se dedicaban a hacer precisamente aquello de lo que ofrecían protección. De vez en cuando se oían rumores sobre posibles acciones legales, pero ningún caso había llegado a la opinión pública, lo que significaba que la Casa Forsberg tenía un sólido departamento legal.

—El martes por la noche mi esposa llamó a las nueve y media para decirme que trabajaría hasta tarde. —La voz de Cornelius perdió toda emoción—. A las once, ella y otros tres abogados de su departamento entraron en el Hotel Sha Sha. Salieron de allí en bolsas para cadáveres. Hay un procedimiento establecido para manejar los asuntos cuando alguien muere al servicio de tu Casa. Cuando me acerqué a la Casa Forsberg esta mañana, me dijeron que la muerte de mi esposa era un asunto privado, sin conexión con su trabajo.

—¿Qué le hace pensar que estaba relacionado? —El Hotel Sha Sha era un hotel *boutique* caro, ubicado en Main Street. Era pequeño y privado, y lo suficientemente exclusivo como para añadir glamur a una reunión clandestina sin arruinarse. Había seguido a más de un cónyuge infiel allí.

—Puede que no sea un principal, pero sigo siendo un Significativo y miembro de una Casa. Cuando pido información, la consigo. —Cornelius tomó una hoja de la carpeta y me la entregó—. A Nari le dispararon veintidós veces. Su cuerpo… —Su voz se quebró—. Su cuerpo estaba acribillado a balazos.

Examiné el informe del forense. El cuerpo de Nari Harrison mostraba heridas de bala desde los lados izquierdo y derecho. Debieron de ocurrir simultáneamente, porque la trayectoria de los proyectiles habría cambiado una vez que cayera. Dos de las heridas de bala estaban en su frente. El forense señaló que su rostro evidenciaba muestras del estampado característico de los disparos. En los márgenes del informe, alguien había garabateado notas en taquigrafía, como si escribiera algo con prisa. «HK 4.6 x 30 mm.

Rastros de HTSP[1]. Abrasión por pólvora, a una distancia entre treinta y cuarenta y cinco centímetros».

Tenía una terrible sensación en el pecho, como si una pesada bola fría se hubiera formado justo debajo de mi corazón y creciera más y más por segundos.

—¿Quién puso estas notas?

—El detective jefe. Es todo lo que pudo darme y me costó mucho conseguirlo.

—¿Le dio una explicación?

Cornelius negó con la cabeza.

La mujer que amaba estaba muerta y tendría que explicarle cómo murió. Estaba sentado justo frente a mí, un ser humano vivo y respirando. Su hija estaba en la habitación de al lado.

Tomé aire profundamente para estabilizar mi voz. Había venido a mí en busca de consejo profesional. Tenía que darle mi mejor opinión.

—A su esposa le dispararon con munición perforante de un Heckler & Koch MP7. Es un arma despiadada desarrollada para el ejército alemán y la división antiterrorista de la policía alemana, diseñada específicamente para penetrar blindaje corporal. Está destinada a uso militar. El patrón de las heridas de bala indica que su esposa estaba en el centro de dos campos de fuego cruzados.

Tomé una taza con un gatito y la coloqué en el centro del escritorio, agarré dos bolígrafos y los alineé en diagonal frente a la taza, uno apuntando a la izquierda y otro a la derecha.

—El HTSP es polietileno de alta resistencia. Su mujer llevaba un chaleco antibalas.

—Eso no tiene sentido. —Cornelius me miró fijamente—. Llevaba un chaleco antibalas, pero aun así murió.

—Sí. En la ficción, los chalecos lo detienen todo. En la realidad, los chalecos antibalas tienen diferentes niveles de protección. Su esposa probablemente llevaba un chaleco de nivel III, lo que significa que podría detener varios proyectiles de rifle de 7,62 mm. Incluso así, recibir un disparo con chaleco antibalas se siente como un martillazo en el cuerpo. En este caso, su esposa recibió múltiples disparos de armas militares de defensa personal diseñadas para atravesar la

protección corporal. La muerte fue instantánea. —Al menos podía ofrecerle ese consuelo.

Aunque él no pareció encontrar ningún alivio en ello.

Tenía que continuar. Había empezado aquello y debía terminarlo.

—Las salpicaduras de pólvora ocurren cuando alguien recibe disparos a corta distancia y los residuos se depositan en la piel de la víctima. Esto incluye quemaduras de pólvora, hollín y perforación y desgarro de las capas superiores de la piel, si el arma se disparó lo suficientemente cerca.

Cornelius apretó el puño derecho. Los nudillos se le pusieron blancos. Probablemente estaba imaginando el rostro de Nari.

—Según este informe, después de que su esposa ya estuviera muerta y tendida en el suelo, alguien le disparó dos balas en la frente. El detective jefe estimó que la distancia fue entre treinta y cuarenta y cinco centímetros. —Justo la distancia de alguien sosteniendo una Heckler & Koch hacia abajo.

—¿Por qué? Ya estaba muerta.

—Porque la gente que hizo esto estaba bien entrenada y era minuciosa. Si conseguimos los informes de los otros tres abogados, es muy probable que veamos que también recibieran disparos en la cabeza. Un grupo de personas emboscó a su esposa y sus colegas, los mataron con precisión militar, y se quedaron el tiempo suficiente para recorrer la escena y disparar dos veces en la cabeza a todos los presentes para asegurarse de que no hubiera supervivientes. Lo hicieron en pleno Houston, no se molestaron en ser sutiles, y escaparon sin dejar rastro. No fue solo un asesinato profesional. Fue un mensaje.

—Somos más fuertes. Podemos hacer esto en cualquier momento, en cualquier lugar, a cualquiera de vosotros —dijo Cornelius en voz baja.

—Exacto.

Él entendía mejor que yo la política de las Casas. Había tenido un asiento en primera fila la mayor parte de su vida.

—Señor Harrison, vino a mí por mi opinión. Basándome en lo que me ha contado, creo que la Casa Forsberg está involucrada. No sabemos si su esposa…

—Nari —me interrumpió—. Su nombre es Nari.

—No sabemos si Nari actuó en interés de la Casa o contra ella. Lo que sí sabemos es que la Casa Forsberg finge que no ha pasado nada. Lo que significa que o bien la Casa Forsberg mató a su esposa y a los demás como advertencia para su gente, o que recibieron el mensaje de los asesinos y eso los asustó. Mi recomendación es que se aleje de esto.

Todos los músculos de la cara de Cornelius estaban tan tensos que su piel parecía demasiado tirante.

—Esa no es una opción para mí.

Si continuaba indagando, no sobreviviría. Tenía que disuadirlo.

Me incliné hacia delante.

—Esto es una guerra entre Casas. La última vez que hablamos, me dijo que se había distanciado deliberadamente de la suya. Dijo que amaba a su familia, pero que lo utilizaban y no le gustaba ser utilizado.

—Tiene buena memoria.

—¿Ha cambiado esa situación? ¿Su Casa lo ayudará?

—No. Incluso si estuvieran dispuestos a hacerlo, sus recursos son limitados. La Casa Harrison no carece de medios, pero mi familia es reacia a entrar en combate, especialmente por mí. Soy el hijo menor y no soy un principal. No soy necesario para el futuro de la Casa. Si fuera mi hermano o mi hermana, las cosas podrían ser diferentes.

Lo dijo con tanta naturalidad. Mi familia haría cualquier cosa por mí. Si estuviera atrapada en una casa en llamas, todos ellos, incluidas mis alocadas hermanas y primos, entrarían corriendo para salvarme. La esposa de Cornelius estaba muerta y su familia no haría nada. Era tan injusto.

—Todo depende de mí.

—No tiene los recursos suficientes para librar esta guerra —dije bajando la voz—. Su hija está sentada en la habitación de al lado. Ya ha perdido a su madre. ¿De verdad quiere que pierda también a su padre? Usted es el único progenitor que le queda. ¿Qué será de ella si muere? ¿Quién cuidará de su hija?

—Podría tener un aneurisma en los próximos diez segundos. Si eso ocurre, los padres de Nari criarán a Matilda. Mi hermana no ha

visto a mi hija desde que tenía un año. Mi hermano nunca conoció a su sobrina. Ninguno de los dos está casado. No serían buenos cuidadores.

—Cornelius…

—Si va a decirme que la venganza no hace sentir mejor…

—Depende de la venganza —dije—. Golpear a Adam Pierce fue uno de los mejores momentos de mi vida. Cada vez que pienso en ello me hace sonreír. Pero la venganza tiene un precio. Mi abuela casi muere quemada. Mi primo mayor casi muere en el derrumbe del centro. Yo misma he estado a punto de morir media docena de veces. El precio por esto será demasiado alto.

—Eso me toca decidirlo a mí.

Sus ojos tenían esa mirada fría como el acero. No iba a dar marcha atrás.

Me recliné.

—Muy bien. Pero tendrá que buscar a alguien más que lo ayude con su misión suicida.

—Me gustaría contar con su ayuda.

—No. Entiendo que esté decidido a ahorcarse, pero no seré yo quien sostenga la cuerda. Además, la Agencia de Investigación Baylor es una empresa muy pequeña. Nos especializamos en investigaciones de bajo riesgo. No estoy cualificada.

—A mí me parece muy cualificada —afirmó él, señalando el informe forense.

—Sé de armas, señor Harrison, porque hay una larga tradición de servicio militar en el lado materno de mi familia. Mi madre y mi abuela son veteranas. Eso no significa que sea capaz de asumir esta investigación. Contrate a alguien más.

—¿A quién?

—A Augustine.

—Ya he hablado con Augustine. Me hizo el favor de ser sincero. Con el dinero del que dispongo, no puedo permitirme una investigación completa. Mi dinero me comprará algo de vigilancia y la diligencia debida de su gente, pero no es lo bastante lucrativo como para que emplee todo el poder de su equipo. E incluso si accediera a hacerlo, la Casa Forsberg está muy bien preparada para

cualquier inspección tradicional. Esto requiere una investigación larga y costosa, y me quedaría sin dinero antes de obtener resultados. Según Augustine, usted tiene una capacidad para trabajar fuera de lo común. Dijo que era competente, profesional y honesta, y que tenía buen instinto para la gente.

Gracias, Augustine.

—No.

—Mi economía no es suficiente para MII, pero sí me permite hacer una propuesta muy atractiva a una empresa más pequeña.

—La respuesta es no.

—He hipotecado nuestra casa.

Me cubrí los ojos con la mano.

—Puedo pagarle un millón hoy mismo —insistió él—. Otro millón cuando me explique por qué asesinaron a mi esposa y quién fue el responsable.

—De ninguna manera. Adiós, señor Harrison.

—Mi esposa está muerta. —Su voz tembló con una emoción apenas controlada. Sus ojos brillaron—. Ella era mi luz. Me encontró en el momento más oscuro de mi vida y vio algo en mí… Creyó que podía ser un hombre mejor. No la merecía, ni tampoco la felicidad que tuvimos. Me amaba, Nevada. Me amaba tanto, a pesar de mis defectos, y fui el hombre más afortunado del mundo porque, cuando abría los ojos por la mañana, la veía a mi lado. Tenía integridad. Era amable e inteligente, y se esforzaba al máximo por hacer lo correcto para que este mundo fuera un lugar mejor donde nuestra hija pudiera crecer. No merecía esto. Merecía ser feliz. Merecía una vida plena y larga. Nadie tenía derecho a arrebatársela.

Su rostro se contrajo con dolor y pena. Me esforzaba por no llorar.

—Amo su determinación. Amo su espíritu. Me enorgullece haber sido su esposo. Y ahora está muerta. Alguien tomó a este ser humano maravilloso, verdaderamente hermoso, y lo convirtió en un cadáver. La vi en la mesa de la morgue. Y ahora está simplemente… fría e inerte como si nunca hubiera existido. Todo se ha ido excepto nuestra hija y mis recuerdos. Debo esforzarme por ser el hombre que ella creía que era. Cuando mi hija crezca, me preguntará por qué asesinaron a su madre y tendré que responderle. Debo dar

cuenta de mis acciones. Quiero decirle que encontré a los responsables y me aseguré de que no lastimaran a nadie más.

Se limpió la humedad de los ojos con un furioso movimiento de la mano.

—Nadie más lo hará. Su familia no tiene los medios, a mi familia no le importa, y su jefe podría haberla asesinado. Solo estoy yo. ¿Me ayudará? Por favor…

Se quedó en silencio. Estaba allí sentado, pidiendo mi ayuda, y no podía echarlo de mi oficina. Simplemente no podía. Recordé cuando mi madre vendió nuestra casa para pagar las facturas de papá. Recordé cuando hipotecamos el negocio y se lo ocultamos, porque lo habría matado más rápido que cualquier enfermedad. Si alguien a quien amara fuera asesinado, haría lo mismo que Cornelius. No tenía a dónde recurrir. Si le cerraba la puerta en la cara, no podría mirar mi reflejo en el espejo.

Tomé del cajón superior de mi escritorio la carpeta azul para nuevos clientes. La abrí de cara a él, la coloqué sobre la mesa y escribí la cifra de cincuenta mil dólares.

—Este es el anticipo. La agencia se lo queda sin importar lo que suceda. No es negociable. —Usé mi bolígrafo para rodear el número inferior en el lado derecho—. Estas son nuestras tarifas. Es probable que este trabajo sea de alto riesgo, así que se aplicará la tarifa más alta. Como puede ver, es una tarifa diaria, no por hora. Dependiendo de la situación, puede que tenga que cobrarle un extra por riesgo o gastos adicionales. El anticipo funciona como un deducible. Una vez que la cantidad facturada exceda esa suma, hará pagos adicionales en cuotas de diez mil dólares. Después de que terminemos esta reunión, tal vez quiera ir al banco y retirar al menos veinte mil en efectivo. Puede que tengamos que sobornar a gente…

—Gracias.

—Esto es una mala idea. Por favor, reconsidérelo.

—No —dijo él, negando con la cabeza.

Le di información sobre la política de privacidad e hice que firmara todas las exenciones.

—¿Qué pasará una vez que identifiquemos al responsable?

—Yo me haré cargo del asunto a partir de ese momento.

—Quiere decir que matará al asesino de su esposa.

—Es la manera que tienen las Casas de resolver sus asuntos —dijo Cornelius.

—Bueno, yo no pertenezco a ninguna Casa. Soy una persona con familia, y respeto e intento obedecer las leyes de este país. No dudaré en defenderlo o defenderme, pero no aprobaré un asesinato.

—Entendido —aceptó Cornelius—. ¿Cómo empezamos?

—Necesito poder hablar con Matthias Forsberg. Necesito estar cara a cara con él para hacerle algunas preguntas. Puedo hacer las llamadas necesarias mañana, pero se negará a verme.

—Ya. Usted no tiene el estatus social suficiente y además trabaja para su competidor. —Cornelius asintió—. Matthias participa de forma activa en la Asamblea. No se pierde ni una sesión. Mañana es quince de diciembre. La sesión comienza a las nueve.

—No tengo acceso a la Asamblea.

La Asamblea era un órgano ejecutivo no oficial que gobernaba a los usuarios de magia a nivel estatal y nacional. La Asamblea Estatal de Texas se reunía en Houston. Una familia debía tener al menos dos usuarios de magia de calibre principal en tres generaciones para ser considerada una Casa, y cada Casa tenía un único asiento. Técnicamente, la Asamblea no tenía poder dentro del gobierno de Estados Unidos, pero en la práctica, cuando las Casas hablaban al unísono, tanto el Congreso como la Casa Blanca escuchaban.

—Un apellido familiar tiene que servir para algo, ¿no? —Cornelius sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Estos permanecieron sombríos y atormentados—. Como Significativo y vástago de una Casa, puedo asistir a la Asamblea y llevar un acompañante de mi elección. Tengo la intención de participar de forma activa en esta investigación, señorita Baylor.

—Llámeme Nevada —le pedí—. Bien. Entonces nos veremos aquí mañana a las siete.

Cornelius y Matilda se marcharon con el sabueso infernal Bunny siguiéndolos. Me senté a mi escritorio unos instantes, el tiempo suficiente para enviarle un correo rápido a Bern con los nombres de

todos y una breve descripción de lo ocurrido. Después, tomé aire profundamente y lo solté despacio. Contárselo a mi familia sería difícil. Mi madre podría repudiarme.

Saqué del cubo de la basura a la novia con el símbolo del dólar, la alisé lo mejor que pude y la metí junto con el informe forense en una carpeta. Aquel trabajo afectaría a toda la familia. Tenían derecho a conocer el riesgo. Además, la experiencia demostraba que guardar secretos cuando eras un Baylor no funcionaba. Tarde o temprano todos tus planes ocultos salían a la luz y entonces había que pagar las consecuencias y lidiar con sentimientos heridos.

Me puse la carpeta bajo el brazo y cogí mi libro, *Hexología* de Stahl. Hacía unas semanas, había llegado a nuestra puerta un paquete de libros en un sobre acolchado amarillo —seis libros en total— sobre hechizos, círculos arcanos y teoría mágica. Una etiqueta rectangular lisa tenía impresa una sola palabra: «Nevada». El interrogatorio a mi familia no proporcionó ninguna pista. No sabían de dónde venían los libros, no los habían pedido y no tenían ni idea de quién lo había hecho, aunque pensaron muchas teorías descabelladas.

Había buscado huellas en el sobre, pero no encontré ninguna. La etiqueta resultó ser una genérica, de diez por diez centímetros, y media docena de papelerías en un radio de veinte kilómetros las vendían idénticas. Y, por supuesto, también vendían los mismos sobres amarillos. Mi nombre estaba impreso en Times New Roman, tamaño 22. Hasta me planteé tomar muestras de ADN del sobre y pagar a un laboratorio privado para analizarlo, descartar a mi familia y compararlo con su base de datos en busca de coincidencias, pero el laboratorio me pasó un presupuesto de seiscientos dólares por analizar la muestra y no podía justificar ese gasto. Aun así, me seguía volviendo loca.

Los libros habían resultado increíblemente útiles y los había estado leyendo sin parar, intentando ponerme al día con años de educación descuidada en teoría mágica. Ese libro en particular trataba sobre hexágonos: construcciones mágicas que bloqueaban información en la mente humana. Hacía varias semanas, me había encontrado con un hexágono muy poderoso y tuve que examinarlo para salvar la

ciudad. El libro confirmaba que había estado peligrosamente cerca de matar a un hombre por pura ignorancia.

Me dirigí por la puerta trasera de la oficina hacia un amplio pasillo. El delicioso aroma de carne asada a la parrilla me envolvió. Giré a la derecha y me encaminé hacia la cocina.

Cuando mi padre libraba su batalla perdida contra el cáncer, vendimos nuestra casa. Vendimos todo lo que pudimos, pero aun así teníamos que sobrevivir y ganarnos la vida, así que tomamos una decisión estratégica: usamos nuestro negocio para comprar un gran almacén. En el lado este, el almacén era la fachada de la Agencia de Investigación Baylor. Instalamos paredes interiores y un falso techo, creando un espacio de oficina pequeño pero confortable: tres despachos a un lado y una sala de descanso y otra de conferencias al otro. En el lado oeste, el almacén se convertía en un taller mecánico, donde abuela Frida trabajaba en tanques y vehículos blindados para la élite de Houston. Entre la oficina y el taller, separado de este último por una gran pared, había doscientos ochenta metros cuadrados de espacio habitable.

Mis padres tenían la visión de hacer que nuestro espacio pareciera el interior de una casa normal. En su lugar, logramos colocar paredes donde eran necesarias y a veces donde no lo eran en absoluto, así que en ciertas zonas nuestro hogar guardaba un asombroso parecido con una sala de exposición de reformas para el hogar. La cocina era una de esas zonas. Cuadrada, espaciosa, con una generosa isla y una gran mesa de cocina hecha de una vieja losa de madera recuperada, podría competir con la mayoría de los programas de cocina. En aquel momento estaba medio vacía: solo quedaban mi madre, abuela Frida y mi primo mayor, Bern. Mis dos hermanas y el hermano menor de Bern, Leon, debían de haberse marchado ya. Mejor así.

Pequeños cuencos llenaban el centro de la mesa, con todo tipo de ingredientes, desde queso rallado y pico de gallo hasta guacamole. Noche de tacos. Me contuve para no vitorear, tomé un delantal del cajón de la cocina, me lo puse y me senté en una silla junto a mi abuela. No podía permitirme manchar mi carísimo traje, y quitármelo

para ponerme ropa más casual me habría llevado demasiado tiempo. Tenía demasiada hambre.

—¡Y la cazadora regresa de la colina! —anunció Bern.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—¿Al final te has decidido por Literatura Británica?

—Era el menor de los males. El próximo semestre pondrá a prueba mi paciencia.

Bern engulló su comida y tomó otro taco. Con más de metro ochenta de altura y noventa kilos, la mayoría hueso y músculo, iba a judo dos veces por semana y comía con el apetito de un oso preparándose para hibernar.

Tomé una tortilla caliente y empecé a rellenarla con cosas deliciosas. Había tenido que esforzarme al máximo para terminar la universidad lo antes posible, porque yo era el principal sostén económico de la familia. Pero en aquel momento el negocio generaba dinero. No éramos ricos —apenas rozábamos la clase media—, pero podíamos permitirnos que Bernard se tomara su tiempo con sus estudios. Quería que tuviera la experiencia universitaria completa. Sin embargo, él aprovechaba cada oportunidad para acumular más asignaturas.

Observé el plato de mi madre. Un único taco. Mientras abuela Frida era delgada por naturaleza, con una nube de rizos blancos platinados y grandes ojos azules, mi madre solía ser musculosa y atlética, construida para la fuerza y la resistencia. Eso fue antes de que la guerra la dejara con una cojera permanente. En la actualidad estaba más flácida, más redondeada. Y era algo que no le gustaba. Había comenzado a comer cada vez menos y un par de semanas atrás nos dimos cuenta de que había empezado a saltarse la cena por completo.

—Este es el tercero que como —informó mi madre—. Deja de mirarme.

—Es cierto —confirmó abuela Frida, sin dejar de picotear en su ensalada—. La he visto comerse dos.

—Solo me aseguro de que todos nuestros activos empresariales estén en buena forma. —Le saqué la lengua—. No podemos permitir

que te desmayes de hambre en el trabajo. ¿Alguna novedad sobre el asunto del senador Garza?

—No —respondió abuela Frida.

—Todo son conjeturas descabelladas por ahora —dijo mi madre—. Los tertulianos intentan generar histeria diciendo que tuvo que ser un principal quien lo hizo.

El senador Timothy Garza había muerto el sábado frente a la casa de su primo. Su equipo de seguridad murió con él. La historia era tan sensacional que incluso relegó el arresto de Jeff Caldwell a un segundo plano. La Policía no estaba revelando ninguna información relacionada con el asesinato del senador, lo que provocaba que los medios de comunicación echaran espuma por la boca indignados. Sin datos, se veían obligados a crear sus propias especulaciones, y las teorías se volvían más descabelladas por minuto. Si un principal había estado involucrado, no me sorprendería. Garza había hecho campaña con una plataforma que limitaba la influencia de las Casas, lo que no lo convertía precisamente en el favorito de la élite mágica de Texas. Los debates durante su campaña electoral se habían vuelto desagradables a gran velocidad.

—¿Qué has estado haciendo? —me preguntó mi madre.

Me metí un trozo de taco en la boca y mastiqué para ganar tiempo. Tendría que ser sincera. Tragué.

—He aceptado un trabajo de alto riesgo.

—¿Cuánto de alto riesgo? —quiso saber mamá.

Abrí la carpeta y deslicé el informe forense hacia ella. Lo leyó. Sus cejas se fruncieron.

—¿Ahora resolvemos asesinatos?

—¿A quién han asesinado? —preguntó abuela Frida.

—¿Recuerdas al mago animal del que os hablé? ¿El que tenía un mapache que le llevaba zumo a su hija en un vaso para niños?

—Cornelius Harrison —dijo Bern.

—Sí. Han matado a su esposa.

La expresión de mi madre se volvía más sombría por segundos. Le pasó el informe forense a mi abuela.

Abuela Frida echó un vistazo al informe y silbó.

—Esto está por encima de nuestras posibilidades —afirmó mi madre.

—Lo sé —le respondí.

—¿Por qué lo has aceptado?

Porque se había sentado en mi oficina y había llorado, y me había sentido fatal por él.

—Porque está muerta y a nadie le importa. Y nos está pagando muy bien.

—No necesitamos tanto el dinero —dijo mi madre.

—Según mis hermanas, sí.

Le deslicé la fotografía con los signos de dólar. Los ojos de abuela Frida se agrandaron.

—¡Mamá! —gritó mi madre a mi abuela.

—¿Qué? ¡No me mires a mí!

—Tú empezaste esto —recriminó mi madre a abuela Frida.

«¡Ja! Ataque desviado y redirigido».

—No hice tal cosa. Soy inocente. Siempre me culpas de todo.

—Tú lo empezaste y lo fomentaste. Y ahora mira, está aceptando casos de asesinato porque la haces sentir culpable por poner comida en la mesa. ¿Y qué mensaje transmite esto?

—Un mensaje de amor verdadero —respondió abuela Frida con una sonrisa.

Bern se levantó y se inclinó hacia mí.

—¿Quieres que investigue los antecedentes de todos?

—Sí, por favor. Te envié un correo. Mañana iré a la Asamblea, así que sería genial tener algo sobre Matthias Forsberg.

—Eso está hecho —afirmó mi primo mientras llevaba su plato al fregadero.

—¡Tus nietas no necesitan que un principal rico pague su universidad! —dijo mi madre—. Para eso su hermana, su madre y su abuela trabajan largas horas. En esta familia nos pagamos nuestros propios gastos.

—Vamos, Penelope, sabes que no lo dije con esa intención.

—Bueno, entonces, ¿con qué intención lo dijiste exactamente?

—¡Lo dije en broma! —gritó abuela Frida, agitando las manos—. Nevada lleva dos meses deprimida. Se ha convertido en ese burro

triste de los dibujos animados, ese al que siempre le llueve encima.

—No he estado deprimida. Le dije que no a Rogan y, si no vuelvo a verlo nunca, mejor.

—Por favor… —Mi abuela puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, abuela. Déjalo ya. No es como si estuviera derribando nuestra puerta proclamando su amor eterno por mí.

Y en mis momentos secretos y vergonzosos soñaba despierta con que lo hiciera. Una vez me desperté en medio de la noche convencida de que Rogan estaba fuera. Casi salgo corriendo en camisón. Por suerte, nadie me vio antes de que recuperara el sentido.

Nunca apareció. Nunca llamó. Nunca envió un correo. No luchó por mí, ni siquiera un poco. Eso me confirmó que había hecho bien en rechazarlo cuando se plantó en mi garaje, me dijo que eligiera un lugar del planeta y me prometió que me llevaría allí. Mad Rogan quería un juguete. Le dije que no y siguió adelante.

—¡Te envió esos libros!

—No sabes si fue él.

—Bueno, ¿y quién más podría ser? —preguntó abuela Frida extendiendo los brazos.

—Tal vez fue Augustine —respondí. Aunque, antes de eso, el infierno se congelaría primero. Augustine no movería un dedo a menos que beneficiara sus intereses.

—Rogan y tú no habéis terminado. —Mi abuela me señaló con el tenedor—. Ya verás. El destino os unirá. Un día te lo encontrarás y ¡bum! Amor verdadero.

—Bueno, si el destino alguna vez nos junta, me aseguraré de darle un puñetazo en la cara. —Me volví hacia mi madre—. ¿Estás conmigo en este caso o no? Porque si quieres seguir discutiendo, ahora es el momento de hacerlo.

Ella me miró durante un rato largo.

Oh. Acababa de levantarle la voz a mi madre sin motivo.

—Lo siento… —me disculpé.

—Tú misma me dijiste que es tu negocio.

—Mamá…

—Por supuesto que estamos contigo —dijo ella—. Pero no hace falta que te diga que esto es un asesinato por encargo. Tienes que tener cuidado.

—Lo tendré.

—No sabemos qué tipo de avispero vas a remover. Irán a por ti y a por él. Puede que también vengan a por nosotros. ¿Tu cliente tiene algún apoyo en las Casas?

—No. Eligió vivir con su esposa y su hija en Royal Oaks. Estaba muy orgulloso de su independencia.

—¿Hay seguridad en su residencia?

—En realidad no. —Técnicamente, Bunny contaba como seguridad, pero había un límite en lo que un perro podía hacer contra asesinos armados.

—¿Y los padres de ella?

—No están afiliados a ninguna familia importante, que yo sepa.

—¿Qué opinas de él?

Hice una mueca.

—Adoraba a su esposa. Hará cualquier cosa por venganza.

Mi madre asintió.

—Deberías hablar con él. Su niña estará más segura aquí con nosotros que con sus abuelos.

—Gracias —dije.

Ella suspiró.

—Es mi trabajo como madre. No puedo impedirte hacer tonterías, pero puedo ayudarte a hacerlas de la forma menos peligrosa posible.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la escalera que llevaba a mi habitación.

—¿Has visto cómo se ha alterado? —susurró teatralmente abuela Frida detrás de mí—. No lo ha superado.

—¡Puedo oírte, abuela! —Subí por la escalera y la recogí tras de mí. Mi pequeño apartamento tipo *loft* me dio la bienvenida: un dormitorio grande y un baño. Cuando nos mudamos al almacén, sentí la necesidad de tener privacidad, y cuanto más mayor me hacía, más la valoraba. Me quité el traje, lo guardé con cuidado en la funda y lo colgué al fondo del armario.

No había superado lo de Rogan.

Cuando lo besé, casi pude ver en su interior. Durante unos breves segundos no fue Mad Rogan. Ni siquiera fue un principal. Solo fue… Connor. Un hombre. Y deseaba conocer a ese hombre con desesperación. Pero él había cerrado esa puerta de golpe en cuanto notó que estaba entreabierta.

Abrí la ducha para que el agua se calentara y me desvestí. Obsesionarme con algo que nunca sucedería no me hacía ningún bien. Ducha, ropa limpia, dormir. Iba a tener una mañana muy intensa al día siguiente y necesitaba hacer algunas indagaciones antes de acostarme.

1 Siglas en inglés de High Tensile Strength Polyethylene, un tipo de material polimérico muy resistente que se utiliza comúnmente en la fabricación de chalecos antibalas y otros equipos de protección balística. *(Todas las notas son del editor).*

Capítulo 2

La mañana trajo lluvia y a Cornelius, que llegó justo a las 6:55 en un BMW i8 plateado. El vehículo híbrido, elegante y ultramoderno, lucía ligeramente extraño, sus líneas variaban lo suficiente de las normas establecidas de los coches de gasolina como para llamar la atención.

Por supuesto que conduciría un coche híbrido. Probablemente tampoco compraba agua embotellada. Bern había realizado todas las comprobaciones habituales sobre él la noche anterior. Aparte de esa nueva hipoteca, Cornelius no tenía deudas. Poseía un excelente historial bancario y ningún antecedente penal, y hacía generosas donaciones a una organización benéfica de animales. También estaba en lo cierto sobre la implicación de la Casa Forsberg en la muerte de su esposa. La historia no aparecía en la prensa. Incluso con el asesinato de Garza inundando todos los canales de noticias disponibles, una brutal matanza de cuatro personas en un hotel del centro merecía al menos una breve mención. No había recibido ninguna, lo que significaba que alguien en algún lugar la estaba ocultando deliberadamente. Si de verdad la Casa Forsberg no tuviera nada que ver, no tendrían motivos para mantenerlo en silencio.

Cornelius salió del coche. Llevaba una camisa blanca de vestir abierta en el cuello, con las mangas remangadas, pantalones marrones oscuros y zapatos marrones desgastados que parecían antiguos. Ropa cómoda, me di cuenta. Debió de haber elegido el atuendo en piloto automático y su subconsciente lo hizo optar por algo viejo y familiar.

Un gran pájaro rojizo se lanzó desde el cielo nublado y aterrizó en la rama de un gran roble al otro lado del aparcamiento.

—Este es Talon —dijo Cornelius—. Es un halcón de cola roja, comúnmente conocido como halcón pollero, aunque en realidad es un nombre erróneo. Casi nunca atacan a gallinas adultas. La Asamblea no permite llevar un perro. Tampoco podrás llevar un arma. Sin embargo, en el cuarto piso hay un baño donde la ventana ha sido modificada para que no active el sistema de seguridad. La dejan abierta con frecuencia.

—¿Es el baño secreto de fumadores?

Cornelius asintió.

—Está lo suficientemente lejos del detector de humo como para que una ventana abierta les permita salirse con la suya. ¿Va armada?

—Sí. —Antes de Adam Pierce, me las arreglaba llevando una táser el noventa por ciento del tiempo. Ahora no salía de casa sin un arma de fuego y practicaba con mis armas cada semana. Mis horas extra en el campo de tiro hacían muy feliz a mi madre.

—¿Puedo verla?

Saqué mi Glock 26 de la funda bajo mi chaqueta. Era precisa, relativamente ligera y diseñada para porte oculto. Había optado por uno de mis trajes baratos porque podía usar el tipo de zapatos que me permitían correr y porque la chaqueta era lo suficientemente holgada para ocultar mi arma. Además, dudaba seriamente que me dejaran entrar en el edificio de la Asamblea con mi atuendo típico de vaqueros viejos, zapatillas deportivas y cualquier top que no estuviera demasiado arrugado después de que una de mis hermanas tirara mi ropa sobre mi cama para hacer espacio para su propia colada en la secadora. Tendría que pasar por rayos X y un detector de metales también.

Cornelius examinó el arma.

—¿Por qué tiene esta pintura azul brillante en esta parte?

—Es esmalte de uñas mate. La mira negra sobre negro hace más difícil acertar a objetivos oscuros y el esmalte de uñas soluciona ese problema y reduce el resplandor.

—¿Cuánto pesa?

—Alrededor de setecientos gramos. —Me había quedado con el cargador estándar de diez cartuchos, punta hueca. Y llevaba mucha munición extra. Mis aventuras con Rogan me habían vuelto paranoica.

—Talon puede llevársela por la ventana del baño.

Vale, tenía que cortar aquello de raíz. No es que la idea de entrar desarmada en un edificio lleno de la élite de los usuarios de magia de Houston no me provocara ansiedad. Lo hacía. Mi estrategia favorita cuando me enfrentaba al peligro era huir. La gente que huía sobrevivía y evitaba costosas facturas médicas, pérdida de horas de trabajo y aumentos en las primas del seguro. También evitaban que toda su familia les diera sermones sobre tomar riesgos innecesarios. Solo usaba un arma cuando no tenía otra opción. Enfrentarme a un principal dentro de un edificio lleno de otros principales haría que huir fuera muy difícil, así que entrar armada era tentador. Pero llevar un arma de fuego a la Asamblea de Texas era un suicidio. Sería como ponerme una diana en el pecho.

—¿Por qué necesitaría llevar un arma a ese edificio?

—Podría ser útil —dijo Cornelius en voz baja.

Claro.

—Cornelius, si vamos a trabajar juntos, tenemos que acordar total transparencia. Quiere que lleve el arma a la Asamblea porque está convencido de que Forsberg mató a su esposa y quiere que le dispare.

—Cuando hablé con ellos ayer antes de ir a verla, uno de sus guardias de seguridad sugirió que Nari podría haber tenido una aventura con uno o ambos abogados. Cuando le dije que era improbable, sus palabras exactas fueron: «No siempre conocemos a las personas con las que nos casamos. Quién sabe qué descubrirá la investigación. Lo he visto todo: malversación, adictos al sexo, drogas. Es terrible lo que a veces sale a la luz». No se contentan simplemente con ignorar su muerte. Ahora se están distanciando de ella y amenazan con manchar su nombre si sigo haciendo ruido.

—Eso es horrible por su parte. Pero no nos dice que Matthias Forsberg sea culpable. Solo indica que Servicios de Investigación

Forsberg emplea a canallas y están tratando de cubrirse las espaldas.

Cornelius apartó la mirada.

—Vino a mí buscando la verdad. Conseguiré la verdad para usted. Cuando le señale al culpable, no será por una corazonada o un presentimiento. Será porque le presentaré las pruebas de su culpabilidad, porque acusar a alguien de asesinato nunca debe hacerse a la ligera. Quiere estar seguro, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Necesitamos pruebas. Buscaremos esas pruebas juntos y lo haremos de la manera más segura y cuidadosa posible, para que pueda volver a casa con Matilda. Según mi investigación, la seguridad en la Asamblea es muy estricta. Ni siquiera puedes entrar en el aparcamiento de Allen Parkway sin mostrar identificación y tener una razón para estar allí. Si siguiéramos su plan, y alguien descubriera que llevé un arma de fuego a ese edificio, la seguridad no me detendría. Me dispararían directamente, a mí y a quien estuviera conmigo.

Su rostro me dijo que no le gustaba.

—¿Qué pasa si Forsberg ataca? —me preguntó.

—¿En la Asamblea llena de gente? ¿A la vista de todos mientras estamos desarmados?

Cornelius hizo una mueca.

Le sonreí.

—Creo que deberíamos dejar la idea del arma por ahora. Si nos ataca, haré todo lo que pueda para manejar la situación.

No estaba precisamente indefensa. Siempre que pudiera poner mis manos sobre mi atacante antes de que me matara, se llevaría una desagradable sorpresa. El Ejército había estado empleando cada vez más magos. El servicio militar no era precisamente un entorno libre de estrés, y los mandos se dieron cuenta rápido de que necesitaban un método para neutralizar a los usuarios de magia. Así fue como aparecieron los paralizadores. Su implantación requería un especialista que se adentraba en el reino arcano, el lugar más allá de nuestra existencia, extraía criaturas que nadie comprendía del todo y las introducía por tus brazos. Me implanté los míos cuando perseguía

a Adam Pierce. Los cargabas con tu magia, soportando algo de dolor, y si agarrabas a tu víctima, ese dolor los golpeaba y florecía en una agonía que les provocaba convulsiones. Los paralizadores supuestamente no eran letales, pero yo tenía demasiada magia. Podía matar a un usuario de magia Medio, y aunque solo los había usado una vez contra un principal, apenas le había hecho sentir nada.

—Confiaré en su criterio. —Cornelius abrió la puerta de su vehículo—. Por favor.

—Tomemos mi coche —dije, señalando mi monovolumen.

Miró el Mazda. Su rostro se volvió inexpresivo. Mi envejecido monovolumen color champán de madre claramente no causaba la impresión adecuada.

Me acerqué al monovolumen y abrí la puerta del pasajero.

—Por favor.

Cornelius abrió el maletero de su coche y extrajo una gran bolsa de plástico similar a esos sacos de veinte kilos de comida barata para perros, pero de color blanco y sin ningún logotipo de ninguna marca. Se la echó al hombro y la llevó hasta el Mazda. Abrí el maletero y dejé que la colocara dentro.

Subimos a mi coche y nos abrochamos los cinturones. Salí del aparcamiento y giré a la derecha, dirigiéndome a Blalock Road. Cualquier cosa para evitar el infierno de la 290. El rostro de Cornelius era una máscara sombría. Todavía no confiaba en mí. La confianza requería tiempo.

—¿Puedo preguntar por qué ha preferido ir en su coche?

—Porque estoy familiarizada con su manejo y puede que tengamos que conducir muy rápido. Además, este tipo de coche se mezcla con el tráfico, mientras que tu vehículo destaca. —También porque mi abuela había hecho algunas modificaciones al motor e instalado ventanas a prueba de balas después de mi aventura con Adam Pierce, pero él no necesitaba saber eso—. ¿Qué hay en esa bolsa?

—Es un asunto privado, sin relación con nuestra visita a la Asamblea.

De acuerdo. Era justo. Pero, por supuesto, me moría por averiguar qué había dentro.

—¿Fuma? —pregunté.

—No.

—¿Cómo sabe entonces que hay un baño de fumadores? —Esperaba que no hubiera compartido con nadie que planeábamos visitarlo.

—A mi hermano le ofende profundamente su existencia. Es asmático.

Verdad. De momento no me había mentido.

—Mi turno —dijo Cornelius—. ¿Qué espera conseguir hablando con Forsberg? No admitirá ninguna culpa.

—Tengo mucha experiencia observando a la gente, y normalmente puedo adivinar cuándo mienten.

Y nos encontramos con obras en la carretera. Por supuesto. Tendría que incorporarme a Katy Freeway.

—Eso es casi exactamente lo que Augustine me dijo sobre usted.

Augustine había guardado mi secreto. Los principales no hacían nada sin un motivo. No esperaba con ansias descubrir qué estaba planeando.

—¿Tiene dudas? No es demasiado tarde. Podemos dar la vuelta y le devolveré la señal.

—No. —Cornelius miró por la ventana—. Cuando me desperté esta mañana, pensé en secuestrar a Forsberg y torturarlo hasta que me dijera todo lo que sabía.

Las fantasías homicidas nunca eran una buena señal.

—Sería una idea terrible. Primero, es ilegal. Segundo, no sabemos si Forsberg está involucrado. Si no lo está, habría torturado a un hombre inocente. Tercero, mi primo investigó los antecedentes de la Casa Forsberg. Aunque no son la Casa más rica de Houston, su patrimonio neto es considerable, al igual que su fuerza de seguridad privada. Si usted secuestrara a Forsberg y no muriera en el intento, lo perseguirían hasta matarlo.

Cornelius no respondió.

Bern y yo nos habíamos quedado despiertos hasta muy tarde revisando el expediente de la Casa Forsberg. Matthias Milton

Forsberg, de cincuenta y dos años, era un texano de cuarta generación y muy orgulloso de ello. Tanto que había ido a la Universidad de Texas en lugar de las habituales universidades de la Ivy League. Se había convertido en el jefe de su Casa hacía doce años, cuando su padre se jubiló. Estaba casado y tenía dos hijos adultos, Sam Houston Forsberg y Stephen Austin Forsberg, lo que me hizo reír un poco mientras tomaba café. Suponía que si hubiera tenido otro hijo lo llamaría Dallas. Matthias nunca había sido arrestado, nunca sirvió en el Ejército y nunca se declaró en bancarrota. Aunque sí era dueño de muchas casas.

En cuanto a su magia, él era un saltador. Los saltadores comprimían el espacio a su alrededor, impulsándose a sí mismos o a otros a través de él. Por lo general, sus saltos eran de corto alcance, con un máximo de treinta metros. Aun así, podían cubrir distancias cortas muy rápido y eran difíciles de atacar mientras saltaban, lo que los hacía muy codiciados por el Ejército. Nunca me había encontrado con uno antes, así que había visto algunos vídeos en YouTube. La mayoría consistían en chicos de entre quince y veinticinco años lanzando cosas contra las paredes con su magia, como sandías, calabazas, latas de pintura y, en un vídeo particularmente estúpido, un bidón de gasolina con una mecha encendida hecha de un calcetín largo. Eso salió tan bien como cabría esperar. La mayoría también intentaba lanzarse entre ellos o a sí mismos, pero ninguno tenía suficiente poder. Lo más que podían conseguir era hacer tambalear a sus amigos unos metros. Según Bern, la masa y el tamaño del objeto eran factores importantes.

Internet afirmaba que los saltadores de rango principal podían atravesar paredes sólidas si cronometraban bien sus saltos. Si eso era cierto, la reputación de Forsberg por coquetear con el espionaje empresarial tenía mucho sentido.

Los registros públicos y los vídeos de YouTube no eran mucho para empezar, pero, a diferencia de mí, Cornelius tenía acceso a la base de datos de la Casa y probablemente había conocido a Forsberg.

—¿Qué puede decirme sobre Matthias Forsberg? —le pregunté.

—Es un principal típico de Houston. Protege la riqueza familiar, tiene ideas firmes sobre lo que es y no es apropiado para alguien de su posición social y evita el escrutinio público. Considera que muy pocas personas son sus iguales y trata al resto con desprecio.

—¿Puede saltar a través de las paredes?

—Sí. ¿Podría tomar la siguiente salida, por favor?

Salí de la autopista.

—Gire a la derecha y aparque, por favor.

Obedecí y nos detuvimos frente a una obra. El esqueleto de acero del edificio comenzaba a tomar forma, envuelto en andamios. Cornelius salió, tomó el saco del maletero y caminó por la calle entre los edificios, desapareciendo de mi vista. Talon se lanzó en picado, siguiéndolo.

¿Qué podría haber en el saco? Era de plástico, reforzado con malla. Podría tener trozos de cuerpos allí dentro y nunca lo sabría.

Tamborileé con los dedos en el tablero y encendí la radio.

—… sin actualizaciones sobre la investigación del asesinato del senador Garza. El Departamento de Policía permanece…

La apagué.

No podían ser trozos de cuerpos. Habrían formado bultos. El saco parecía uniforme, a menos que hubiera convertido las partes del cuerpo en puré… De acuerdo, eso es demasiado mórbido. Cuatro meses atrás ni siquiera se me habría ocurrido que podría haber cuerpos descuartizados dentro de un saco.

Cornelius reapareció, llevando el saco vacío. Si hubiera estado lleno de algo desagradable, lo olería cuando lo devolviera al coche.

Dobló el saco cuidadosamente y lo puso en el maletero. Ningún olor extraño. Ningún goteo sospechoso.

—Gracias —dijo él—. Ya podemos continuar.

La Asamblea ocupaba la America Tower, un elegante rascacielos en la esquina de Waugh Drive y Allen Parkway. Los cuarenta y dos pisos de hormigón claro y ventanas oscuras se elevaban en curvas elegantes hasta casi doscientos metros sobre el centro de Houston. Diciembre había traído lluvias interminables, con inundaciones

incluidas, y un cielo perpetuamente nublado y sombrío. La America Tower destacaba contra ese oscuro telón de fondo como si la torre mística de algún mago hubiera escapado de su leyenda y aparecido en medio de Houston. Estaba llena de magos, aunque no de los que cantaban canciones adorables. Eran de los que te asesinarían en un instante y luego sus abogados harían desaparecer cualquier indicio de investigación criminal.

Pasamos un puesto de seguridad, donde Cornelius tuvo que mostrar su identificación, luego aparcamos y salimos del coche. Talon voló sobre nosotros y se alejó, pasando junto a una gran fuente con forma de diente de león envuelta en una neblina blanca hasta los árboles del lateral.

Caminamos por el césped verde esmeralda perfectamente cuidado hacia la entrada de cristal. Echaba de menos el peso de mi pistola, pero la Glock tenía que quedarse en el coche.

—¿Cómo funciona su magia? —le pregunté en voz baja—. ¿Controla telepáticamente a Talon? ¿Puede ver a través de sus ojos?

—No. —Cornelius negó con la cabeza—. Tiene vida propia. Le doy comida, refugio y afecto; y a cambio, cuando le pido un favor, él responde.

Talon no era solo un pájaro, era una mascota. Eso probablemente significaba que Bunny también lo era. Si cualquiera de sus animales resultara herido, Cornelius reaccionaría con mucha fuerza. Tendría que tenerlo en cuenta.

Casi habíamos llegado a las puertas.

—Probablemente Forsberg no se dignará a responder ninguna de mis preguntas —afirmé.

—Estoy de acuerdo.

—Puede que tenga que hacer usted las preguntas. Quiero que sea directo. Las preguntas de sí o no son las mejores.

—¿Así que necesita que me acerque a él y le pregunte si es responsable de la muerte de Nari?

—No, eso es demasiado amplio. Puede que no tuviera nada que ver, pero puede sentirse culpable o alterado por lo que le sucedió. Sabemos que él mismo no lo hizo, porque en el momento del asesinato, unas cincuenta personas lo fotografiaron en la Cena Anual

de Recaudación de Fondos de los Bomberos. Pregúntele si ordenó que la mataran. Sin importar lo que responda, su segunda pregunta debería ser: «¿Sabes quién lo hizo?». Necesitamos ver su reacción. Que las preguntas sean breves y directas para que no tenga forma de escabullirse. El silencio pone a la gente bajo mucha presión y tratará de responder. Si creo que está mintiendo, asentiré.

Cornelius me abrió la puerta y entramos al vestíbulo. La ráfaga de aire acondicionado después de la lluvia me hizo estremecer. La temperatura exterior rondaba los veinte grados, pero dentro debía de estar apenas por encima de los quince. El suelo, de mármol marrón arena de alto brillo, brillaba como un espejo. La lógica decía que tenían que haberlo instalado en baldosas, pero ni siquiera podía ver las líneas de la lechada. El mismo mármol revestía las paredes. En el centro del suelo, tres grupos de ascensores ofrecían acceso a los pisos superiores. Cuatro guardias, vestidos con camisas blancas impecables y pantalones negros, y armados con escopetas tácticas Remington, se encontraban en puntos estratégicos cerca de las paredes. Otros tres atendían el mostrador frente al detector de metales. Los guardias de la Asamblea no estaban jugando. Principal o no, una escopeta táctica me haría reconsiderar cualquier travesura muy rápido.

Si apuntara con un arma en su dirección, dispararían sin dudarlo y cualquiera que estuviera en las inmediaciones quedaría atrapado en esa explosión.

—Tenía razón —dijo Cornelius en voz baja.

—Gracias.

Llegamos al mostrador, donde Cornelius fue recibido con un: «Bienvenido, señor Harrison. Nos alegra verlo de nuevo». Yo tuve que sacar dos formas de identificación y rellenar un cuestionario de tres páginas que incluía mi grupo sanguíneo y mi proveedor de seguro médico antes de que finalmente me emitieran un pase de un día.

Por fin, nos dirigimos a los ascensores. Según Cornelius, Forsberg estaría en la planta veinticinco. Pulsé el botón correspondiente y el ascensor subió. Las puertas se abrieron en la cuarta planta y un hombre con una túnica con capucha entró a grandes zancadas. La

túnica era negra como el azabache, abierta a los lados como la capa de un caballero medieval, y equipada con una capucha profunda que ocultaba el rostro de su dueño. Solo era visible su barbilla con una barba pelirroja cuidadosamente recortada. Una estola verde oscuro cubría sus hombros, brillando con bordados plateados. Debajo de la túnica, el hombre llevaba pantalones negros metidos en botas negras que le llegaban a media pantorrilla, y una camisa negra. Parecía aterrador, casi amenazante, como un mago listo para la guerra.

Di un paso a un lado para darle espacio.

El hombre pulsó el botón de la décima planta. Un momento después, las puertas se abrieron y salió.

Otra persona con túnica, una mujer, a juzgar por la trenza de cabello oscuro que sobresalía de la capucha, se acercó a él antes de que las puertas se cerraran, ocultándolos de la vista.

—¿Por qué visten así? —pregunté en voz baja.

—Es la tradición. La Asamblea tiene una Cámara Baja, donde pueden votar todos los principales y Significativos de una Casa cualificada, y la Cámara Alta, donde solo votan los principales que encabezan cada Casa. Las túnicas significan que pertenecen a la Cámara Alta.

El ascensor se detuvo tres plantas después y entró otro hombre con túnica, su estola bordada en oro y negro.

—¡Cornelius!

El mago se bajó la capucha, revelando el atractivo rostro de un hombre de unos sesenta años, con rasgos marcados, frente ancha y ojos avellana inteligentes rodeados de arrugas. Una barba corta y negra salpicada de plata, enmarcaba su mandíbula. Su cabello canoso, probablemente oscuro en el pasado, estaba peinado hacia atrás. Parecía ese tío favorito que vive en Italia, tiene un viñedo, ríe con facilidad y te abraza cuando vas a visitarlo. Su rostro mostraba preocupación y sus ojos estaban entristecidos.

—Muchacho, me acabo de enterar. —El hombre abrazó a Cornelius —. Lo siento mucho.

Su pesar era genuino. ¿Quién lo diría?

—Gracias.

—Las palabras no pueden expresar… El hombre guardó silencio—. Vosotros, los jóvenes, no deberíais morir. Los viejos como yo nos reconciliamos con nuestra propia muerte. Hemos vivido vidas plenas. Pero esto… esto es indignante. ¿Qué está haciendo Forsberg al respecto?

—Nada —respondió Cornelius.

El hombre retrocedió.

—Nari era empleada de su Casa. —Su voz profunda y resonante se elevó—. ¿Qué quieres decir con que no está haciendo nada? Es su deber. El honor de su Casa está en juego.

—No creo que le importe.

—Esto nunca habría pasado bajo el mando de su padre. Hay ciertas cosas de las que el jefe de una Casa tiene que encargarse. Déjame ver qué puedo hacer. Puede que mi voz no sea tan fuerte como antes, pero la gente aún la escucha. Si necesitas algo, lo que sea, sabes dónde encontrarme.

Verdad. Era un principal sincero que mostraba compasión genuina.

—Gracias.

El hombre se bajó en la planta número veinte.

—¿Quién era? —le pregunté.

—Linus Duncan —me informó Cornelius—. Una Casa muy antigua y poderosa. Solía ser el portavoz de la Cámara Alta. El hombre más poderoso de Houston. Hasta que lo expulsaron.

—¿Por qué?

—Porque era honesto e intentó cambiar la Asamblea para mejor.

No me sorprendió. Las Casas temían el cambio como si fuera un tigre rabioso.

El ascensor sonó anunciando nuestra planta. Salimos y giramos a la derecha. Cerca de la mitad del largo pasillo, junto a una puerta abierta, tres hombres conversaban, todos de cabello oscuro, de mediana edad y vestidos con túnicas negras con las capuchas bajadas. Uno de ellos era Matthias Forsberg. De estatura media, pero con el cuerpo robusto y fornido de un jugador de fútbol americano envejecido, Forsberg destacaba. Sus hombros eran anchos y fuertes, su postura erguida. Tenía los pies plantados como si esperara que lo arrollaran. Su rostro, con ojos oscuros, cejas

anchas que se inclinaban hacia abajo sin ningún indicio de arco y una barbilla de líneas suaves, no encajaba con su cuerpo.

Cornelius aceleró el paso hacia los hombres. Lo seguí. Forsberg levantó la cabeza, mirando en nuestra dirección. Su expresión cambió de tensa a alarmada. Los otros dos hombres miraron hacia nosotros y se movieron al otro extremo del pasillo, dejando a Forsberg solo.

—Harrison —saludó Forsberg, como si acabara de encontrar patatas podridas en su despensa—. Mi pésame.

—¿Ordenaste la muerte de mi esposa? —preguntó Cornelius. Su voz resonó. La gente miró en nuestra dirección. Inteligente. Forsberg tendría que responder y era evidente que no estaba acostumbrado a retroceder.

—¿Has perdido la cabeza? —gruñó Forsberg.

—Sí o no, Matthias.

—¡No!

Verdad.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Por supuesto que no.

Mi magia zumbó, como un mosquito invisible y furioso. Mentira. Asentí.

—Si lo supiera, tomaría medidas.

Mentira.

—¿Su muerte estuvo relacionada con los negocios de tu casa?

—No.

Mentira.

Cornelius me miró. Volví a asentir.

—Dime quién mató a mi esposa —masculló Cornelius entre dientes.

Argh. Pregunta equivocada.

—Estás delirando, todavía estás pasando el duelo —dijo Forsberg. Su expresión se endureció—. Es la única razón por la que sigues respirando. Voy a darte una oportunidad de salir de este edificio…

Su mirada se enganchó en algo detrás de mí. Sus ojos se abrieron de par en par y vi el miedo encenderse en sus profundidades. Era

tan discordante con la arrogancia testaruda que proyectaba que casi me hizo mirar dos veces.

Miré por encima de mi hombro.

Un hombre alto avanzaba desde el extremo del pasillo. Llevaba la túnica negra que ondeaba a su alrededor como las alas de un cuervo a punto de emprender el vuelo. Caminaba como si fuera el dueño del edificio y hubiera detectado un intruso en su dominio. La magia hervía a su alrededor, viciosa y letal, tan potente que podía sentirla desde treinta metros. No era un hombre, era una fuerza elemental, una tormenta vestida de negro a punto de desatar su furia. La gente se arrinconaba contra las paredes, intentando apartarse de su camino. Vi su rostro y retrocedí. Mentón cincelado, nariz fuerte y ojos azules ardiendo de poder bajo unas cejas oscuras.

Mad Rogan.

Mi corazón latía tan rápido que mi pecho estaba a punto de explotar.

Venía hacia mí.

Nuestras miradas se conectaron. Sujeté todos mis pensamientos en un puño de acero, intentando mantener mi reacción bajo control.

Su expresión se suavizó y por una fracción de segundo lo vi mirarme con una mezcla de sorpresa y alivio. Luego la mirada de esos ojos furiosos se fijó en Forsberg con un enfoque depredador. Conocía esa expresión. Decía: «Asesinato».

Me di la vuelta. El pánico inundó el rostro de Forsberg. La magia se contrajo a su alrededor, comprimiéndose sobre sí misma como un resorte enrollándose bajo presión. El pasillo a mi alrededor se estiró como si el mármol y el metal se hubieran vuelto repentinamente elásticos.

Empujé a Cornelius fuera del camino.

El pasillo se compactó como una lata de aluminio aplastada por la presión y de repente me encontré volando por los aires, directamente hacia Mad Rogan.

El destino nos arrojaba el uno contra el otro. Nunca podría contárselo a mi abuela.

Choqué contra Rogan. Sus fuertes brazos me atraparon. El impacto nos hizo girar y aterricé de pie en el suelo a su derecha.

Antes de que mis pies tocaran el mármol, Rogan lanzó un puñado de monedas al aire. Estas se dispararon hacia Forsberg como balas aplastadas, impulsadas por el poder de Rogan, esquivando a la gente que había en el pasillo mientras volaban hacia su objetivo.

El aire alrededor de Forsberg centelleó. Las monedas chocaron contra el destello y cayeron al suelo, rebotando contra una barrera invencible. Forsberg se difuminó, apareciendo veinte metros más atrás de donde había estado.

—Dispárale —dijo Rogan con voz cortante.

—No tengo arma.

Forsberg parecía muerto de miedo. La gente que entra en pánico no piensa, huye. Me lancé hacia el ascensor. Teníamos que llegar antes que él al vestíbulo.

Forsberg saltó hacia arriba, se difuminó y luego cayó atravesando el suelo. Me agarré a la esquina del pasillo que llevaba al ascensor, me deslicé por el suelo de mármol y le di al botón de bajada. Rogan me seguía a solo un paso.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos precipitadamente. Pulsé el botón del vestíbulo. La puerta empezó a cerrarse y Cornelius se coló por la rendija en el último momento, haciendo que se volvieran a abrir. Rogan levantó al mago animal del suelo, estrellándolo contra la pared del ascensor, con el antebrazo presionado contra su garganta. Cornelius gimió, con los pies en el aire, todo su peso empujando su cuello contra el antebrazo de Rogan.

—¡Suelta a mi cliente! —le ordené.

Rogan presionó más fuerte. La cara de Cornelius se puso roja. Había visto lo que Rogan podía hacer con sus manos desnudas a una persona. Si no apartaba a Cornelius de él, le aplastaría la tráquea.

—¡Rogan! ¡Es… es un civil!

Rogan retrocedió como si hubiera pulsado un interruptor. Cornelius cayó al suelo, tragando aire. Al parecer, había dicho la palabra mágica.

—Inténtalo otra vez y te electrocutaré hasta la inconsciencia —mascullé.

Las puertas del ascensor se abrieron. Planta doce. Rogan pulsó el botón, forzando el cierre de las puertas, y miró fijamente a Cornelius.

—¿Este es mi reemplazo?

¿Qué?

—¡No te he reemplazado!

—Por supuesto que no. Soy irremplazable.

—¿Rogan? —logró decir Cornelius—. ¿El Carnicero de Mérida? ¿Mad Rogan?

—Sí —respondimos Rogan y yo al unísono.

—¿Él es la R del vestido? —Los ojos de Cornelius estaban muy abiertos.

«Piensa en nubes, piensa en conejitos, no pienses en las fotos del vestido de novia». Rogan aseguraba que no era telepático, pero podía ver imágenes, lo que significaba que probablemente podía captar ciertas cosas si me concentraba demasiado en ellas.

—¿Vestido? ¿Qué vestido? —preguntó Rogan, centrándose en la palabra como un tiburón que oliera sangre en el agua.

—Olvídalo —le dije—. Cornelius, ni una palabra más o me voy.

Rogan entrecerró los ojos. Había reconocido el nombre. Estaba metido en aquel asunto con Forsberg hasta los codos. Menuda suerte.

El número dos del ascensor parpadeó sobre nosotros. Casi habíamos llegado.

Rogan lanzó las monedas al aire y las monedas quedaron suspendidas a su alrededor, inmóviles. Su magia me rozó, como una bestia terrible y furiosa. Un escalofrío me recorrió la espalda. De repente, los últimos dos meses de vida normal se hicieron pedazos, como papel frágil, y volví a estar junto a Rogan, a punto de lanzarme a una pelea. Era como si hubiera estado sonámbula y de repente me hubiera despertado.

Tenía que alejarme de él lo antes posible. Era malo para mí en todos los sentidos.

—¡Vivo! —le grité—. ¡Necesito a Forsberg vivo!

Las puertas sonaron y se abrieron. Irrumpimos en el vestíbulo para encontrarnos con una pared de escopetas apuntando en

nuestra dirección. Detrás de todos los empleados de seguridad, Forsberg yacía en el suelo boca arriba. Un charco rojo se extendía desde su cabeza. Sus ojos habían desaparecido. En su lugar, dos agujeros llenos de sangre miraban fijamente al techo.

Rogan maldijo.

Normalmente me habría llevado días librarme de las garras de la seguridad de la Asamblea. Con Rogan emanando amenaza y Cornelius explicando las cosas en un tono calmado y paciente que se usa con niños pequeños, salimos del edificio en veinte minutos. Se ciñeron a la verdad: Forsberg atacó a Rogan sin provocación. Cornelius y yo simplemente estábamos en medio, y había una docena de testigos que lo confirmarían. Cuando uno de los guardias preguntó si Rogan había amenazado a Forsberg, el Azote de México lo miró un momento y se dignó a explicar que no había amenazado a nadie. Él se había encaminado por el pasillo sin más, y si tenían problemas para identificar la diferencia entre eso y una amenaza real, estaría encantado de demostrárselo. Después de sus explicaciones, decidieron no hacerle más preguntas.

Fuera, Rogan levantó la cabeza y entrecerró los ojos ante el sol que se abría paso en el cielo nublado. Aquellas túnicas eran demasiado. Solo les faltaba llevar unos estandartes color carmesí y un bastón brillante para completar el conjunto.

Tenía el rostro tenso. Estaba furioso. Yo también lo estaba. Habíamos perdido a Forsberg y no teníamos idea de cómo había muerto, y mucho menos pistas sobre quién podría haberlo ayudado en su camino. La Casa Forsberg cerraría filas y se atrincheraría después de lo ocurrido. Todo en aquella investigación se acababa de volver mucho más difícil.

—¿Cuándo dejaste de llevar tu arma? —preguntó Rogan.

—Señor Rogan…

—Oh, no. —Rogan miró a Cornelius—. Hemos vuelto al terreno formal. He caído en desgracia.

—Señor Rogan…

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

Hice un esfuerzo heroico por mantener mi voz tranquila y mesurada.

—Asustó al testigo que estaba interrogando, haciendo que me lanzara como una muñeca de trapo y él acabara muerto, lo que complica realmente mi vida y priva a mi cliente de la oportunidad de descubrir por qué asesinaron a su esposa. Por no hablar de que casi estrangula a dicho cliente en un ascensor.

—Suena mal cuando lo pones así, Baylor.

Sus palabras pretendían sonar ligeras, pero sus ojos permanecían oscuros y sombríos. Algo malo le había pasado a Rogan. Estuve a punto de extender la mano hacia él, pero me contuve. No.

No.

El hombre era una enfermedad y no podía librarme de la infección tal como estaba. No necesitaba otro brote de fiebre Rogan.

Dos Range Rover se detuvieron, uno gris metalizado y otro blanco, ambos con ventanas gruesas y tintadas. Rogan poseía una flota de coches blindados VR9. Eran vehículos personalizados de última generación, construidos para ser blindados desde cero y que parecían perfectamente normales y se mezclaban con el tráfico. Conducirlos era como un sueño. Había viajado en uno justo antes de que Adam Pierce lo hiciera explotar.

Un hombre atlético de unos veinte años, con pelo rubio corto y porte militar, saltó del Range Rover gris y le llevó las llaves a Rogan.

—Señor. Señorita Baylor.

—Hola, Troy. —Yo estaba presente cuando Troy tuvo su entrevista de trabajo y fue contratado. Era exmilitar y Rogan lo había salvado de un embargo—. ¿Qué tal te va siendo un secuaz malvado?

—No me puedo quejar. Es un buen trabajo.

Por supuesto. Quejarse no sería propio de un secuaz malvado. La gente de Rogan adoraba el suelo que él pisaba. Los encontraba en el punto más bajo de sus vidas y les ofrecía una oportunidad de ser alguien. De importar, de tener un trabajo bien pagado en el que serían realmente buenos, y de mantener a sus familias. Una jauría de perros criados desde cachorros no podría ser más devota. Solo que no estaba segura de que él los viera como algo más que activos a su disposición.

Rogan se volvió hacia mí.

—Ven conmigo a mi casa. Tengo información que te interesará.

«Entra en mi guarida», dijo el dragón. «Tengo tesoros brillantes para que juegues, te mantendré caliente y segura y, si me conviene, te encadenaré al suelo y mataré a tu cliente lanzándole monedas con mi magia». Ya lo he vivido, ya lo he hecho.

—No lo creo. Pero estaré encantada de discutir las cosas contigo a la luz del día en un lugar muy público. ¿Quieres mi tarjeta?

Cuando estaba en la universidad, a uno de mis profesores le gustaban las descripciones creativas, y siempre que tenía que indicar que alguna figura histórica estaba en un momento de ira monumental, decía que tenía truenos en la frente y relámpagos en los ojos. Nunca entendí lo que significaba esa frase hasta que el rostro de Rogan me lo demostró.

Cornelius dio un cuidadoso paso atrás. Troy también retrocedió. Sí, acababa de decirle que no a Mad Rogan, y mira, el planeta seguía girando.

—¿Tu tarjeta? —dijo Rogan, con voz muy tranquila y suave.

—Es un pequeño trozo de papel que tiene mi número de teléfono, dirección de correo electrónico y otra información de contacto. —Esperé para ver si su cabeza explotaba. No debería haberlo provocado, pero estaba realmente enfadada. Teníamos a Forsberg hasta que él se entrometió.

Rogan se volvió hacia Cornelius.

—Mis condolencias por su pérdida. Sería un honor tenerlo como mi invitado esta noche. Permítame una oportunidad de compensar nuestro malentendido anterior.

Qué bien expresado.

—¿Te refieres a la parte en que casi lo asfixias?

—Sí.

—Por favor, no suba a su coche —le pedí a Cornelius—. Es peligroso e impredecible.

—Gracias —dijo Rogan.

—Su vida no significa absolutamente nada para él —continué—. Cuando alguien no le gusta, lo atropella con un autobús.

—No tengo ningún deseo de iniciar una disputa con la Casa Harrison —aseguró Rogan.

Verdad.

—Garantizo su seguridad.

También verdad.

—Y tengo una grabación de los últimos momentos de su esposa —continuó Rogan.

Bastardo.

Cornelius me miró.

—No está mintiendo —le dije—. Pero si sube a ese coche, no sé si le dejará salir. Por favor, no lo haga.

Cornelius cuadró los hombros.

—Estaré encantado de aceptar su invitación.

Maldita sea. ¿Por qué nunca me escucha la gente?

Rogan abrió la puerta trasera del Range Rover. Cornelius subió. Rogan se inclinó sobre la puerta abierta para mirarlo.

—¿Le importaría que su empleada nos acompañara?

—Por supuesto que no —respondió Cornelius.

Rogan se volvió hacia mí.

—¿Ves? A tu jefe no le importa. Si soy tan villano, ¿por qué no vienes con nosotros para garantizar su seguridad?

Era insufrible. Así de simple. Y subir al mismo coche con él estaba fuera de toda discusión. Cuanta más distancia entre nosotros, mejor. El problema era que tenía a mi cliente entre sus garras.

—Os seguiré en mi coche. Cornelius, puede leer la mente, así que intente no pensar en nada que no quiera que él capte.

Rogan se acercó a mí. Demasiado cerca. Ojalá mi cuerpo dejara de traicionarme cada vez que acortaba la distancia.

—No soy quién para juzgar, pero me parece que no me tomas en serio como amenaza. Podría matarlo durante el trayecto.

Me crucé de brazos.

—¿En serio? ¿Ahora vas a rebajarte a amenazas directas?

—Piensas lo peor de mí, y sabes cuánto odio decepcionar. Troy estará encantado de conducir tu vehículo.

De acuerdo, definitivamente, algo no andaba bien con él. El Rogan que recordaba era directo, pero también podía ser sutil. Aquello no

era ni remotamente sutil. Tenía otro coche siguiéndolo y normalmente prefería viajar solo. Me estaba retorciendo el brazo intentando meterme en su vehículo blindado. Los coches se habían aparcado bloqueando a cualquiera que quisiera entrar al aparcamiento. Troy llevaba su arma a la vista. Aquello no iba de secuestrar a Cornelius ni de obligarme a hacer algo que no quería. Se trataba de seguridad. Tanto Cornelius como yo estaríamos mucho más seguros en un vehículo blindado de última generación que en mi monovolumen.

Por mucho que quisiera mantenerme alejada de Rogan, si estaba preocupado por la seguridad, sería una tonta no tomarlo en serio.

Le entregué las llaves a Troy.

—Mi Mazda está allí. Es fácil de manejar.

Troy asintió y corrió alrededor de los coches.

Me acerqué al Range Rover de Rogan, me senté en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón. Tendría que aguantar y no pensar en él sentado a mi lado.

Uno pensaría que dos meses sin verlo habrían marcado una diferencia, y así fue. Lo que fuera que me atraía hacia él había aumentado. «Sí, ¿recuerdas cómo te despertaste y bajaste corriendo porque creíste verlo, y cuando abriste la puerta no había nadie?».

Cerró mi puerta y se sentó en el asiento del conductor, escudriñando el aparcamiento frente a nosotros con la mirada perdida.

—Hay una Sig en la guantera.

Abrí la guantera, tomé la Sig, la revisé y la puse en mi regazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en voz baja.

—He perdido a algunas personas —confesó. Había una terrible rotundidad en su voz.

No pensé que le importara. Creía que veía a su gente como herramientas y los cuidaba porque las herramientas debían mantenerse en buen estado, pero aquello sonaba a auténtico dolor: ese complicado cóctel de culpa, arrepentimiento y tristeza abrumadora que sentías cuando alguien cercano moría. Te rompía y te hacía sentir impotente. Impotente ni siquiera estaba en el

vocabulario de Rogan. Quizá me había equivocado entonces o quizá me equivocaba ahora. El tiempo lo diría de una manera u otra.

Cerré la boca y observé cómo Houston se deslizaba por la ventana, buscando en el cálido día de invierno algo contra lo que pudiera tener que disparar.

Capítulo 3

La mayoría de las Casas de Houston tenían mansiones dentro del Loop, una larga carretera que rodeaba el centro y los barrios caros como River Oaks. Tener una propiedad dentro del Loop era tanto un símbolo de estatus como conducir coches de lujo y poseer yates privados.

Sin embargo, Rogan era un principal de cuarta generación. No tenía interés en impresionar a nadie. Subimos hacia el noroeste, dejando atrás la ciudad y la carretera principal. Viejos robles de Texas extendían sus ramas sobre la hierba verde, soportando estoicamente la lluvia del diciembre de Houston.

Sonó mi teléfono. Bern.

—¿Sí?

—Oye, en Internet hay mucho revuelo por algún tipo de disturbio en la Asamblea.

Bueno, parecía que la noticia no había tardado mucho en circular.

—¿Sabes qué ha pasado?

—Forsberg está muerto. Yo no lo maté.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Te veo moviéndote hacia el noroeste. —Había rastreado mi teléfono.

—Así es.

—¿Dónde estás?

—Voy a casa de Mad Rogan. No se lo digas a mamá —le pedí.

Rogan sonrió a mi lado, una rápida separación de labios.

—No lo haré —prometió Bern.

Colgué.

—¿Intentabas asesinar a Forsberg? —pregunté.

—Si hubiera querido, él no habría salido de aquella planta.

—Parecía que estabas a punto de matarlo.

—Quería respuestas y me las iba a dar.

Ni siquiera necesitaba mi magia para saber que lo decía en serio.

—¿Podrás conseguir su informe de autopsia?

Rogan me dirigió una mirada. Por supuesto que sí. ¿En qué estaba pensando al dudar del gran Mad Rogan?

—¿Cómo pudo saltar estando muerto? —pregunté.

—Saltar es un proceso de dos pasos —dijo Rogan.

—Es similar a respirar —explicó Cornelius desde el asiento trasero —. Forsberg atrajo la magia hacia dentro, inhalando, luego la soltó, exhalando, y lo impulsó hacia delante. Si alguien lo mató justo cuando exhalaba, el salto pudo ocurrir igual.

Necesitaba acceso a la red de la Casa y sus explicaciones sobre los talentos mágicos superiores. Desafortunadamente, no era miembro, ni llegaría a serlo nunca.

Llegamos a una verja de hierro forjado que se abrió a nuestro paso y Rogan condujo por el largo camino curvo, pasando junto a las pintorescas plantas. El camino giró y apareció una gigantesca casa colonial española situada sobre una colina baja. De dos pisos, con gruesas paredes de estuco y techo de tejas rojas, miraba al mundo con ventanas arqueadas. Una gran torre redonda adornaba el lado derecho, y un balcón cubierto ofrecía la vista desde el segundo piso a la izquierda. Flores rojas y púrpuras caían de las macetas, extendiéndose sobre la barandilla de madera oscura del balcón. En el centro, una pesada puerta redondeada, de madera vieja con herrajes de hierro forjado, ofrecía acceso al interior de la casa. Era increíblemente romántica. Si alguna vez hicieran otra película del Zorro, sabía exactamente dónde podrían filmarla. Uno casi esperaba ver a un hombre con máscara negra y capa luchando con espada a través del balcón, saltando sobre un caballo andaluz negro azabache y galopando junto a nosotros por el camino de entrada.

Me di cuenta de que Rogan estaba apoyado junto a mí.

—¿Te gusta? —me preguntó en voz baja.

La gente me mentía todos los días, varias veces al día, con las mejores y las peores intenciones. Me había propuesto mentir lo menos posible.

—Sí.

Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro. Por favor, ni que lo hubiera construido con sus propias manos… ¿Por qué era tan importante si me gustaba?

Lo seguimos hasta llegar a la entrada formal. A la derecha, una escalera curva con barandilla de hierro forjado conducía a un pasillo superior. A la izquierda, una gran sala de estar aguardaba bajo el alto techo cruzado por vigas de madera e iluminada por tres candelabros rústicos y anillos de metal tachonados con bombillas en forma de vela, que podrían haber salido de un castillo medieval. Amplios arcos llenos de ventanas sostenidos por columnas de piedra interrumpían la pared de la izquierda, dejando que la luz de media mañana inundara el espacio. Alfombras persas rojas y blancas cubrían el suelo. Los muebles eran antiguos y pesados, los cojines de los sofás eran grandes y mullidos. Una chimenea maciza ocupaba la pared del fondo. Podría haberse convertido en un espacio oscuro y sofocante, pero en su lugar era luminoso y ventilado, acogedor y limpio. Las plantas se alzaban aquí y allá en grandes macetas, añadiendo brillantes toques de verde a las paredes de piedra.

Mad Rogan poseía la casa de mis sueños. La vida no era justa. No pasaba nada. Trabajaría muy duro y algún día compraría mi propia casa, tal vez no tan grande ni tan elegantemente amueblada, pero sería mía.

Rogan subió la escalera y lo seguimos por un balcón interior que atravesaba la sala de estar hasta un pasillo. Giró a la derecha y subimos otra escalera corta hasta una puerta metálica. La mantuvo abierta para mí.

Entré en una habitación cuadrada. La pared a mi izquierda y la que tenía directamente enfrente eran de un grueso cristal tintado que mostraba un amplio balcón cubierto y más ventanas que se abrían al patio interior. Las otras dos paredes estaban ocupadas por

pantallas y ordenadores, atendidos por dos personas con auriculares.

—Dejadnos —les pidió Rogan.

Se levantaron y se fueron sin decir palabra. Rogan nos invitó a un sofá azul en forma de U dispuesto alrededor de una mesa de café. Nos sentamos.

—¡Bug! —llamó Rogan.

—Ahora mismo voy, comandante —respondió una voz desde algún altavoz.

Rogan miró a Cornelius.

—¿Se vinculó con su esposa, señor Harrison?

Cornelius dudó.

—Sí.

—¿Fue un vínculo verdadero?

—Sí.

Rogan me miró.

—¿Está diciendo la verdad?

—¿Te das cuenta de que trabajo para él y no para ti?

—Si me está mintiendo y le muestro esto, puede que tenga que matarlo.

Miré a Cornelius.

—¿Me da permiso para decírselo?

—Sí —respondió mi cliente.

—Está diciendo la verdad.

Rogan se acercó a la pared, deslizó el panel y volvió con un vaso y una botella de Jack Daniels. Los colocó frente a Cornelius.

—No bebo —informó Cornelius—. Estaré sobrio para esto.

—¿Qué pasará después de que encuentre al asesino de su esposa? —le preguntó Rogan, sentándose a mi izquierda.

—Despediré a la señorita Baylor —dijo Cornelius.

—¿Por la obstinada incapacidad de la señorita Baylor para comprometerse en asuntos legales?

—Ella dejó claro que no quiere involucrarse en lo que vendría después.

Agité la mano hacia ambos por si habían olvidado que estaba allí presente.

—¿Hasta qué punto está decidido a seguir este plan de acción? —quiso saber Rogan.

—Ya he llevado a cabo ciertas actuaciones —aseguró Cornelius.

Rogan se reclinó, con mirada calculadora.

—Voy a compartir información confidencial. Tiene implicaciones de largo alcance. Si prefiere no involucrarse, dígamelo ahora. Las vidas de mi gente dependen de su discreción y, si traiciona mi confianza, tendré que eliminarle.

—Es comprensible —declaró Cornelius—. Del mismo modo, si descubro que de alguna manera usted tuvo algo que ver con la muerte de Nari, tomaré las acciones apropiadas.

Aquel no era un mundo para gente normal. Sin embargo, de alguna manera seguía quedándome atrapada en él.

—Para que quede constancia, no quiero que me maten —dije y ambos me miraron—. Solo lo dejo claro por si luego hay preguntas.

Un golpe suave sonó y después Bug entró dando saltos en la habitación. Una amiga de mi madre tenía un *cairn terrier* llamado Magnus. Una raza de perro que fue criada para atrapar alimañas entre los montículos de las Tierras Altas de Escocia. Así que Magnus era físicamente incapaz de quedarse quieto. Corría por el patio trasero, corría en los paseos, perseguía juguetes.

Bug era Magnus en forma humana. Siempre estaba moviéndose, escribiendo, hablando, rastreando… Aunque solía estar sentado la mayor parte del día, no era sedentario. Nunca estaba sin un propósito o una tarea, y tenía la sensación de que, si tan solo pudiera dejar de hacer todas sus cosas y comer un sándwich de vez en cuando, ganaría los diez kilos que le faltaban a su delgado cuerpo.

Bug era un enjambrista. La Fuerza Aérea de Estados Unidos lo había vinculado a algo que habían sacado del reino arcano. Lo llamaban enjambre porque no tenían mejor nombre. El enjambre no tenía forma física. Vivía dentro de Bug de alguna manera, lo que le permitía dividir su atención, procesar información más rápido y lo convertía en un experto superior en vigilancia. La mayoría de los enjambristas morían a los dos años de ser vinculados, pero Bug había sobrevivido de alguna manera y, hasta hacía poco, vivía

escondido, detestando toda autoridad, especialmente la militar. En algunas ocasiones, yo había recurrido a sus servicios a cambio de Equzol, un medicamento de grado militar diseñado para equilibrarlo. Entonces, Rogan lo había sacado de su escondite con promesas de todo el Equzol que quisiera, equipo informático avanzado y lo que fuera que formara parte del pacto diabólico que habían formalizado entre ellos.

Ser atraído a las garras de Rogan le había sentado bien a Bug. Su piel había perdido su tono amarillento y, aunque sus ojos aún rebosaban de energía nerviosa, ya no se estremecía ni entraba en pánico.

Bug se dejó caer en el sofá y colocó un portátil frente a él en la mesa.

—Hola, Nevada.

—Hola.

Un perro rechoncho, que era principalmente bulldog francés y en parte algo no identificable, entró con tranquilidad en la habitación y frotó su cara contra mi pantalón.

—Hola, Napoleón. —Me incliné y le acaricié la cabeza. El perro de Bug se acercó a Rogan y, sin ningún tipo de ceremonia, se desplomó sobre sus pies. Él se inclinó sin mirar, como en piloto automático, levantó a Napoleón y lo puso en el sofá a su lado. El perro suspiró contento, hundió más su trasero en el sofá y cerró los ojos.

Rogan se reclinó.

—En otoño, la señorita Baylor y yo estuvimos involucrados en la captura de Adam Pierce.

—Lo sé —respondió Cornelius—. Así fue como nos conocimos.

Bug sacó una *tablet* de su sudadera y comenzó a manipularla. Una pantalla se deslizó desde la pared lateral.

—Adam Pierce no actuó solo —dijo Rogan—. Alguien lo cargó como un arma, apuntó y apretó el gatillo.

—¿Quién? —preguntó Cornelius.

—No lo sabemos —habló Bug.

—Nos dimos cuenta de la conspiración que rodeaba a Pierce cuando supimos que se movía por la ciudad sin ser detectado —intervine yo—. No solo tenía un único mago ocultándolo. Había todo

un equipo protegiéndolo. Sabemos que un principal animador estaba involucrado.

En mi mente regresé al momento en que corría por un aparcamiento mientras Rogan luchaba contra un torbellino de metal y tuberías que intentaba aplastarlo. Nunca descubrimos quién era el animador.

—Pierce utilizó a un adolescente para hacer parte de su trabajo sucio —explicó Rogan—. Su nombre es Gavin Waller. La madre de Gavin es mi prima. Descubrí que ella formaba parte del complot que había estado manipulando a Adam.

Eso era nuevo para mí. Así que la propia prima de Rogan lo había traicionado. ¿Le importaría? ¿Tendría alguna relevancia para él? No parecía haber mostrado interés en Kelly Waller o su hijo, hasta que Adam Pierce hizo que Gavin formara parte de su ola de asesinatos e incendios.

—Quienquiera que estuviera detrás de Adam tiene recursos y poder —continuó Rogan—. Afortunadamente para mí, pasaron por alto un punto débil en su armadura.

Bug tecleó en el portátil. La pantalla se encendió, mostrando a una mujer con un vestido negro ajustado arrodillada en una silla alta, sus brazos doblados en los codos, sus antebrazos descansando en el respaldo de la silla para sacar el trasero. Un zapato de tacón alto colgaba del dedo índice de su mano izquierda. Miraba directamente a la cámara con ojos gris claro, su maquillaje fresco e impecable. Su brillante y recto cabello rubio enmarcaba su rostro. Su expresión era vacía. Se mordía el labio inferior.

Uf.

—Harper Larvo —murmuré.

—¿Quién es? —preguntó Cornelius.

—Es una socialité —respondí—. Estaba involucrada con la gente detrás de Adam Pierce.

—La puse bajo vigilancia —informó Rogan.

—Intervenimos su apartamento, su teléfono fijo, su móvil y su coche —dijo Bug—. Intervenimos toda esa mierda.

—Hace un mes, Harper comenzó una aventura con Jaroslav Fenley —continuó Rogan.

Cornelius se inclinó hacia delante. Jaroslav había trabajado con Nari. Era uno de los otros tres abogados asesinados con ella.

—Entonces, el viernes pasado obtuvimos esto. —Rogan asintió hacia Bug, quien se estiró sobre el portátil y presionó una tecla.

—*Está sucediendo* —dijo la voz de Harper—. *Van a entregarlo. No quieren que se les relacione con esto, así que ahora están buscando seguridad para la reunión.*

—Necesitamos la hora y el lugar —contestó una voz femenina mayor. Un músculo se crispó en el rostro de Rogan.

—*Estoy cansada. ¿Puedo terminar ya? Es aburrido y huele mal. El olor corporal es insoportable.*

—*¿Necesito recordarte quién sostiene tu correa?*

—*Vale. Te llamaré cuando lo consiga.*

—La otra mujer en la grabación es Kelly Waller —informó Rogan. Sus ojos azules estaban fríos como un glaciar. Le importaba la traición de Kelly Waller. Le importaba mucho. Si yo fuera Kelly Waller, haría planes para huir a otro continente.

Bug hizo una mueca.

—Usó un teléfono desechable. Si no hubiera estado agarrando a Sassy en ese momento, no lo habríamos detectado.

—¿Sassy? —pregunté.

—Su ridículo caniche —aclaró Bug.

—¿Le pusiste un micrófono al perro?

Bug retrocedió, indignado.

—¡Le puse un micrófono al collar! ¿Qué, crees que soy un completo idiota? De todas formas, no debería tener ese perro. Lo trata fatal. No se merece a Sassy. —Bug tecleó—. Rastreamos la red y los lugares habituales donde un cerebro de mosquito… —Mad Rogan lo miró fijamente—. Donde un hombre que no sabe lo que hace podría buscar seguridad privada. Encontramos el trabajo de Fenley y nosotros nos hicimos con el contrato.

—¿Nosotros? —pregunté.

—Soy dueño de una empresa de seguridad privada —respondió Rogan—. Fenley indicó que se reunirían con otra parte para intercambiar algunos datos.

—En el Hotel Sha Sha —adivinó Cornelius.

Rogan asintió.

—El momento y el lugar no eran ideales, pero aun así tomé el riesgo. Si mi prima quiere esos datos, yo los quiero todavía más.

Tomó el riesgo y su gente había muerto. Se culpaba a sí mismo. No se reflejaba en su rostro, pero lo vi en sus ojos por un breve momento, antes de que volvieran a su azul glacial. La última vez que hablamos, estaba casi completamente convencida de que era un sociópata. Parecía invulnerable, como si nada pudiera molestarlo. Pero aquello sí.

Bug presionó una tecla en el teclado. Me preparé.

Una mujer de unos treinta y cinco años con pantalones grises, camisa negra y un chaleco antibalas de aspecto extraño apareció en la pantalla grande. Una delgada tira de metal y plástico se adhería al lado izquierdo de su frente, desapareciendo bajo su cabello oscuro, recogido hacia atrás. Lo tocó y la vista cambió ligeramente. Se estaba mirando en un espejo.

—*Deja de jugar con eso* —ordenó la voz de Bug.

—*Es molesto.* —Su voz tenía acento de Luisiana—. *No me gustan las distracciones.*

—*Es la mejor tecnología del mercado* —afirmó Bug—. *Y rompiste los dos últimos, Luanne.*

—*También eran molestos.*

—*¿Ves lo mucho que me importa?*

Luanne parecía atlética y fuerte, y su forma de moverse proyectaba una calma impasible. No serenidad, solo una tranquila y competente vigilancia desprovista de cualquier conexión emocional. Había conocido a gente como ella antes. Era una soldado profesional privada. Mirabas en sus ojos y no veías nada. Podría disparate en la cara y, mientras las balas volaban, seguirías sin ver nada. No le afectaba, tal vez por alguna experiencia pasada o porque quizás nunca sintió nada. En la vida cotidiana, parecería completamente normal. La verías en el supermercado y nunca imaginarías que podría matar personas para ganarse la vida.

Detrás de ella, hombres y mujeres con atuendos idénticos revisaban sus armas.

—¿Qué tipo de chaleco es ese? —pregunté. Parecía segmentado bajo la tela gris, como si estuviera hecho de pequeñas secciones hexagonales. También parecía flexible. Los hexágonos se movían ligeramente cuando Luanne se movía.

—Es un Scorpion V —aclaró Bug—. Lo último, lo mejor, clasificado, y los civiles no deberían tenerlos, así que no lo has visto o tendremos que sacarte los ojos.

—*Nada de heroicidades, Luanne* —se oyó a Rogan fuera de cámara—. *Solo quiero saber con qué están comerciando. Entra, mantente viva y sal.*

—*Con todos mis respetos, comandante, este no es mi primer baile* —respondió Luanne.

—*El comandante se preocupa* —intervino un joven pecoso mientras apoyaba un arma en su regazo. Una Heckler & Koch MP7.

Miré a Rogan. Su rostro permanecía inexpresivo.

—*El comandante siempre se preocupa* —afirmó otro hombre más mayor.

—*Nuestro trabajo es demostrar que se preocupa por nada, Watkins.* —Luanne se giró y la vista se movió hacia un grupo de soldados privados—. *Es hora de ganar dinero.*

La pantalla se dividió en cuatro, cada transmisión conectada a un soldado diferente.

—Avanza rápido —pidió Rogan en voz baja.

La grabación se aceleró. Se dividieron en cuatro enormes todoterreno Tahoe de color negro, recogieron a los abogados —solo en dos coches— y tomaron rutas separadas hacia el hotel. El vídeo volvió a recuperar la velocidad normal. Los vimos salir y escoltar a dos hombres y dos mujeres, todos con chalecos antibalas Scorpion, hacia el hotel, donde otro soldado privado los recibió en la puerta. El equipo de Rogan debía de haber explorado la ubicación previamente y realizado un recorrido.

Mientras metían a los abogados en el hotel, la grabación captó el rostro de la mujer más alta.

Cornelius contuvo la respiración.

Tendría unos veintiocho años, asiática, posiblemente de ascendencia coreana, con rostro redondo y ojos grandes que se

parecían a los de su hija. La preocupación deformaba su rostro. Parecía tan viva en aquella grabación.

Estaba viendo caminar a una persona muerta.

Los abogados y el personal de seguridad privada entraron al edificio. Cuatro iban delante. El grupo directamente responsable de la vida de los abogados los seguía, despejando los corredores del hotel en formación de «pasillo»: un guardia al frente, el otro ligeramente detrás a su izquierda, luego los abogados, después el tercer guardia a la derecha y el guardia final casi justo detrás del primero. Visto desde arriba parecería un rectángulo apoyado sobre una esquina. Los cuatro restantes cubrían la retaguardia. Se movían rápido, tomaron las escaleras en lugar del ascensor y llegaron a una *suite* en el segundo piso. Otra soldado privada, esta vez una mujer, estaba apostada en las puertas de la *suite*.

—¿Había seguridad en el exterior? —pregunté.

—Dos personas —dijo Rogan—. Una en el edificio noroeste, cubriendo la entrada, y otra en el tejado del museo al norte, cubriendo las dos ventanas.

Minucioso. Había cubierto la salida y las ventanas, así que si alguien o algo que representara una amenaza intentaba entrar al hotel, su gente lo sabría al instante y lo neutralizaría. Nunca acepté trabajos de seguridad privada, pero cuando mi padre vivía, él y mi madre habían insistido en que tomara un curso en un centro de entrenamiento en Virginia. Por lo que veía, la gente de Rogan había cubierto todos los detalles.

Los abogados y sus guardaespaldas entraron en una *suite* espaciosa. Una mesa de café oscura —algún tipo de madera, casi negra y pulida hasta brillar como un espejo— se encontraba en medio de la habitación, flanqueada por un sofá gris oscuro y dos sillones, uno tapizado en púrpura y el otro con estampado de cebra. Los abogados se sentaron. La gente de Rogan se distribuyó por la habitación, uno junto a las cortinas rojo oscuro, otro junto a la puerta del baño, y el resto junto a las paredes, formando un campo de tiro frente a la puerta. Cuatro personas permanecieron con los abogados.

Las cuatro transmisiones en la pantalla dividida mostraban todos los ángulos de la habitación. En dos de ellas el rostro de Luanne era claramente visible y estaba frunciendo el ceño. Miraba hacia la ventana. Qué había visto…

Condensación. Una fina capa de niebla teñía el cristal.

—*Bug* —dijo Luanne en voz baja—. *¿Qué humedad tenemos aquí?*

—*Noventa y dos por ciento.*

—*¿Y junto a Cole en el tejado?*

—*Setenta y ocho.*

—*¡Hay que abortar!* —pidió Luanne—. *¡Sácalos ahora!*

La habitación se congeló. En un parpadeo, una capa de hielo cubrió las paredes, las armas y los muebles.

—*¡Detecto una caída de temperatura!* —gritó Bug.

Entonces, todo sucedió a la vez.

Una soldado afroamericana de baja estatura, que estaba junto a los abogados, apretó los puños y los bajó como si estuviera rasgando algo. Un sonido grave recorrió la habitación y el aire a su alrededor se volvió azul pálido. Era una égida, un escudo antibalas humano.

Otros tres soldados junto a la égida levantaron a los abogados y los empujaron dentro de la esfera azul.

En la puerta, otro soldado agarró el pomo, retiró la mano como si se hubiera quemado y pateó la puerta. Resistió. La capa de hielo seguía creciendo, al menos unos dos centímetros y medio de grosor.

—*¡Abrid un agujero!* —ladró Luanne.

Los dos hombres junto a la puerta adoptaron poses de mago, brazos ligeramente levantados, palmas hacia arriba como si sostuvieran una pelota de baloncesto invisible en cada mano. Un relámpago carmesí destelló alrededor de sus dedos. Eran energiquinéticos comandando energía mágica pura. La pared estaba a punto de explotar.

De repente, el rostro de Luanne quedó inexpresivo. Levantó su MP7 y disparó a ambos energiquinéticos en la cabeza.

Al otro lado de la habitación, un hombre afroamericano de mediana edad se giró hacia ella y disparó. Las balas impactaron en Luanne, haciéndola retroceder con cada impacto. La imagen de su

cámara temblaba mientras cada proyectil desgarraba su cuerpo. Una pequeña explosión destelló ante su cámara, la neblina sangrienta volando. Una bala alcanzó a Luanne en el cráneo.

Se giró, ajena al torrente de balas. Debería estar muerta. Tenía que estar muerta, pero su cuerpo rotó, giró el MP7 y descargó toda la ráfaga contra la esfera azul de la protección. Las balas se deslizaron a través, creando ondas en la barrera y cayendo inofensivamente al suelo. El hombre de mediana edad que le había disparado también se giró, con la misma expresión inerte, y disparó una ráfaga de balas contra el escudo.

¿Qué demonios estaba pasando?

Miré a los ojos de Rogan. Esperaba ver ira y dolor, pero lo que vi en sus profundidades me hizo querer encogerme. Estaban llenos de oscuridad, como si una capa de hielo se hubiera formado sobre aguas negras sin fondo. Había cosas terribles en esas aguas.

—*¡Dadme una salida!* —gritó la égida.

Los soldados cerca de ella respondieron al fuego. Luanne se tambaleó y se desplomó, su cabeza rebotando contra el suelo, su cámara aún grabando. Los dos soldados, uno junto a la puerta y otro junto a la ventana, giraron al unísono y rociaron la habitación con balas, derribando a los guardias de los abogados como si fueran de paja, luego dirigieron sus armas hacia el escudo. La égida gritó mientras múltiples impactos desgarraban su esfera. La sangre brotaba de su nariz. Sus manos temblaban por el esfuerzo. Los rostros de los abogados tras el escudo estaban tan asustados…, contorsionados por el pánico e indefensos.

La primera bala atravesó y alcanzó al joven abogado rubio en la garganta. La sangre salpicó la mejilla de Nari Harrison y vi el momento preciso en que se dio cuenta de que no volvería a casa.

La esfera azul desapareció cuando el escudo falló. La égida cayó de rodillas, la sangre brotando de su boca. Las balas destrozaron a los abogados desarmados. Durante unos momentos se sacudieron, suspendidos por el torrente de proyectiles perforantes que desgarraban su carne, luego se desplomaron. Nari cayó a un metro y medio de la cámara. Sus ojos muertos, muy abiertos, nos miraban a través de la pantalla.

Cornelius emitió un sonido estrangulado.

Una bota bloqueó la vista de la cámara de Luanne. Dos disparos sonaron como petardos secos. La bota se movió cuando el soldado se acercó a Nari. El cañón de un arma se cernió sobre su cabeza. Dos balas le perforaron la sien, rociando sangre sobre su rostro. El soldado pasó de abogado en abogado, descargando balas en sus cabezas, luego se detuvo junto al cuerpo de la abogada rubia. La sangre empapaba su cabello. Se agachó, tomó algo de su mano y se apartó. Un cristal se hizo añicos. Regresó para hundir dos balas en su cráneo.

La cámara en la esquina superior izquierda se movió hacia arriba y vimos el rostro joven y pecoso del soldado. Sus ojos rebosaban dolor y miedo. Lentamente, levantó el dedo medio y lo mantuvo así. Era un pequeño mensaje para Rogan: «Que te jodan».

El soldado sacó su arma. Su mano temblaba, como si luchara contra el movimiento. Sus labios temblaron. Sus ojos, muy abiertos, casi negros de desesperación y miedo, nos miraban fijamente. Presionó el enorme cañón negro del Smith & Wesson contra su propia sien y apretó el gatillo.

La cámara cayó al suelo con estrépito.

Dolía respirar. Quería llorar, patalear, hacer algo para sacar de mi cabeza lo que había visto, pero se quedó dentro, ardiente y doloroso, mientras me quedaba paralizada. Miré a Rogan y vi su rostro impasible, sus manos cerradas en un puño y sus ojos oscuros de rabia y dolor.

—¿Puedo tener algo de privacidad? —pidió Cornelius, con voz áspera y rota.

Rogan y yo nos levantamos al mismo tiempo.

Rogan me guio a través de la habitación y salimos al balcón. Sillas cómodas y una *chaise longue* con cojines azules rodeaban una mesa de café. Me senté.

Él se quitó la túnica. Los pantalones negros y la camisa se ajustaban a su cuerpo, resaltando su vientre plano y duro, su pecho

y sus anchos hombros. Normalmente me habría quedado mirando, pero estaba demasiado consternada.

La amenazadora fuerza elemental que había aterrorizado a Forsberg había desaparecido. En ese momento, Rogan parecía malhumorado y decidido, su magia enroscándose a su alrededor como un lobo herido con colmillos salvajes listos para la venganza.

—¿Cerveza? —me preguntó, con los ojos oscuros.

—No puedo.

Se acercó a la nevera empotrada en el lateral de piedra del balcón y me trajo una botella de agua fría.

—Gracias.

Tomé la botella y la miré fijamente, tratando de purgar las visiones de sangre, los ojos muertos de Nari Harrison y la desesperación del joven soldado. Cornelius estaba dentro luchando con las imágenes de su esposa muriendo. La pared de cristal tintado, opaca desde fuera, nos lo ocultaba. Bug probablemente estaba monitorizando a Cornelius a través de su *tablet*. El enjambrista había escapado por la puerta trasera cuando Rogan y yo salimos, pero dudaba mucho que Rogan dejara a Cornelius sin supervisión alguna.

—¿Puede oírnos Cornelius? —pregunté.

—No. Puede vernos, pero supongo que ahora está preocupado por otras cosas.

—¿Por qué le preguntaste si estaba vinculado a su esposa?

—*Pretium talent* —dijo Rogan.

¿El precio del talento?

—No entiendo.

—Los magos animales se vinculan con animales a una edad muy temprana, algunos en la infancia. Son demasiado jóvenes para controlar su magia y se sintonizan con perros, gatos, pájaros salvajes, ardillas, cualquier criatura viva que su talento pueda alcanzar. Ese poder tiene un coste en el desarrollo cognitivo y en su relación con los humanos. Algunos nunca aprenden a hablar. La mayoría no desarrolla empatía hacia otras personas, excepto por un vínculo con sus padres, pero cuando los padres también son magos animales, no siempre se vinculan con su descendencia. No es algo

que anuncien por razones obvias. Las relaciones adultas significativas son muy raras para ellos.

—Pero Cornelius amaba a su esposa.

Rogan asintió. La tristeza suavizó su dura expresión por un breve momento.

—Sí. De alguna manera ella logró llegar a él. Le dio algo que pensó que nunca tendría y ahora está muerta. Sabe que probablemente nunca volverá a experimentar eso.

Eso explicaba tanto y hacía todo aún más horrible.

Nos sentamos en un silencio tenso y pesado. La ira hervía dentro de mí, una autodefensa contra el *shock* y la brutalidad. Quería golpear algo. Apoyé los codos en mis rodillas y enterré la cara en mis manos, tratando de mantener la calma.

«No lo revivas en tu cabeza. Concéntrate en el trabajo. Concéntrate en hacer algo al respecto».

—¿Crees que un mago de hielo fue el responsable? —le pregunté.

—Sí. Para bajar la temperatura tan rápido, tendría que ser por lo menos un Significativo, pero probablemente fuera un principal —afirmó Rogan, con un tono de voz tranquilo—. Y un manipulador.

—¿Un manipulador?

Asintió de nuevo, envuelto en un gélido distanciamiento.

—Estoy seguro de que fue un principal.

Los manipuladores eran peligrosos como el demonio. Podían imponer su voluntad sobre otros y su víctima, por lo general, era consciente de lo que estaban haciendo. Luanne sabía que había disparado a su propia gente. Se vio haciéndolo, pero no pudo hacer nada al respecto. El soldado pecoso había disparado contra sus amigos y se había visto impotente para detenerlo.

Y Rogan lo había visto todo. Conociéndolo, había repasado esa grabación momento a momento, estudiándola, buscando el instante en que todo había salido mal, intentando encontrar algún leve indicio del enemigo delatándose. ¿Cuántas veces había visto morir a su gente? Busqué la respuesta en su rostro y la vi: demasiadas. Habían hecho que su gente se asesinara entre sí y le habían enviado un mensaje especial —«Que te jodan»— al final. Lo habían convertido en algo personal. Querían que se culpara a sí mismo y se

sintiera impotente. En su lugar, yo habría estallado de rabia. No conocía a esa gente. No eran mis amigos ni mis empleados, pero, después de ver aquello, me costaba mantener la compostura. Sin embargo, él estaba sentado frente a mí, frío y tranquilo.

Un oficial, me di cuenta. Actuaba como un oficial militar competente cuya unidad había sufrido graves bajas. Disciplinado, casi sereno, mientras su mente ordenaba febrilmente amenazas y estrategias. Rogan no se derrumbaría. Permanecería así hasta erradicar a cada persona responsable de la muerte de su gente.

—El equipo de Bug indica que el corazón de Luanne dejó de latir tres segundos después de que Rook le disparara —me informó Rogan—. Estaba clínicamente muerta. Solo un principal manipulador podría haberla mantenido durante diez segundos después de la muerte. Un mago de hielo y un manipulador de ese calibre trabajando juntos implica a dos Casas diferentes.

Significaba una conspiración y una alianza, del mismo tipo que habíamos visto detrás de Adam Pierce. Rogan tenía razón. Algo grande estaba sucediendo y acabábamos de rozar el borde de la tormenta.

—¿Cuántos magos de hielo con esa capacidad hay en Houston? —pregunté.

—Dieciséis, según una estimación conservadora. Veintidós, si somos generosos. Cuatro Casas.

Demasiados.

—¿Manipuladores?

—Tres Casas, pero eso no nos ayuda. Te dije que a los magos animales no les gusta publicitar los efectos secundarios de sus poderes.

—¿Los manipuladores pueden no admitir que son manipuladores?

Rogan asintió.

—Se clasifican como otras especialidades telepáticas. La inundación psiónica es muy popular.

Los psiónicos tenían la capacidad de sobrecargar temporalmente otras mentes. Un principal psiónico podía generar un campo de efecto mental y todos los atrapados en él quedarían ciegos, caerían al suelo de dolor o huirían despavoridos para proteger sus vidas.

—¿Qué hay del cristal que se rompió al final?

—Arrojó algo por la ventana. Bug cree que pudo ser una unidad USB. Fuera lo que fuese, un vehículo se acercó y uno de los pasajeros lo tomó del pavimento. Mi francotirador no tuvo un tiro claro debido al tráfico.

Nos hundimos en el silencio de nuevo. La grabación seguía reproduciéndose una y otra vez en mi cabeza, tan visceral que pasaba por alto todos mis frenos normales y alcanzaba la parte más despiadada de mí que solo despertaba cuando mi familia estaba amenazada. Quería matar a la gente que hizo eso. Quería asesinarlos y verlos morir. Sería justo. Sería lo correcto.

Encontré la mirada de Rogan.

—¿Tienes alguna pista?

—¿Y tú? —me preguntó él—. ¿Conseguiste algo de Forsberg?

—Sí.

—¿Me lo vas a contar?

—No.

Me miró fijamente.

—No eres mi cliente —le dije—. No trabajo para ti y no voy a compartir información confidencial contigo a menos que mi cliente me lo indique. Incluso entonces, tengo dudas. Todavía estoy tratando de asimilar lo que le sucedió a su esposa.

Su muerte seguía reproduciéndose en mi cabeza, atrapada en un bucle perpetuo.

Se reclinó y me estudió. Percibí un ligero cambio en su forma de sentarse, en la línea de sus hombros y en sus ojos. Aparentemente, habíamos terminado de hablar de trabajo.

—¿Qué?

—Te he echado de menos —confesó él, sus labios estirándose en una sonrisa lenta y perezosa. El hielo en sus ojos comenzó a derretirse—. ¿Me has echado de menos, Nevada?

Había dicho mi nombre.

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

—No. No he pensado nada en ti. —Que normalmente eligiera no mentir no significaba que no pudiera hacerlo.

Rogan sonrió y todos mis pensamientos se fueron a lugares indebidos. Era casi insoportablemente atractivo cuando sonreía.

—Para —gruñí.

—¿Parar qué?

—Deja de sonreírme.

Él sonrió aún más.

—¿Por qué te involucraste en esto? ¿Intentas castigar a tu prima? —le pregunté.

—Sí.

Y acababa de mentir. Entrecerré los ojos.

—Miente mejor.

—Muy bien, señorita Baylor. Esa ha sido una verdad parcial y aun así la has detectado. ¿Has estado practicando?

—No es asunto tuyo. —No solo había estado practicando. Había estado trabajando mucho para mejorar. Estudiaba mis libros, trabajaba en círculos arcanos y experimentaba con mi magia. También lo disfrutaba. Usar mi magia era como estirar un músculo dolorido. Te hacía sentir bien.

—Mmm, qué susceptible.

—No estás respondiendo a mis preguntas. ¿Por qué debería responder a las tuyas?

Rogan me observó con los ojos entrecerrados, como preguntándose si yo sería un delicioso aperitivo. Tuve la imagen de un dragón enorme rodeándome lentamente, ojos llenos de magia fijos en mí mientras se movía, pensando si debería morderme por la mitad.

—Dragones. —Rogan chasqueó los dedos.

Oh, mierda.

—Me preguntaba por qué seguía viendo dragones a tu alrededor. —Se inclinó hacia delante. Sus ojos se iluminaron, volviendo a su azul cielo claro—. Piensas que soy un dragón.

—No seas ridículo. —Sentía mi cara caliente. Probablemente me estaba sonrojando. Maldita sea.

Su sonrisa pasó de divertida a sexual, tan cargada de promesas que «carnal» era la mejor forma de describirla. Casi salté de mi silla.

—Un dragón grande, poderoso y aterrador.

—Tienes delirios de grandeza.

—¿Tengo una guarida? ¿Te secuestré de tu castillo?

Lo miré directamente, intentando helar mi voz.

—Tienes algunas fantasías extrañas, Rogan. Puede que necesites ayuda profesional.

—¿Te gustaría ofrecerte voluntaria?

—No. Además, los dragones secuestran vírgenes, así que estoy descartada. —¿Y por qué acababa de decirle que no era virgen? ¿Por qué había salido por ese lado?

—No importa si soy el primero. Solo importa que seré el último.

—No serás el primero, el último, ni nada intermedio. Ni en un millón de años.

Se rio.

—Rogan —dije entre dientes—. Estoy trabajando. Mi cliente está en la habitación de al lado llorando a su esposa. Deja de coquetear conmigo.

—¿Parar? Ni siquiera he empezado.

Le apunté con mi botella.

—¿Qué significa eso? —me preguntó.

—Significa que, si no paras, te vaciaré esta botella en la cabeza y me escaparé de aquí con mi cliente.

—Me gustaría verte intentarlo.

La puerta se abrió y Cornelius salió. Su rostro estaba inexpresivo, sus ojos enrojecidos. Toda mi vergüenza egoísta se evaporó. La sonrisa sensual de Rogan desapareció y, una vez más, volvía a ver a un principal: frío, duro, sereno y en busca de venganza.

¡Ah! Lo había hecho a propósito. Me había provocado y sacado del terrible estado en el que me encontraba después de ver el vídeo. El horrible bucle de muerte ya no se reproducía en mi cerebro.

Cornelius se sentó en una silla y miró a Rogan.

—¿Qué me ofrece?

—Tiene a una excelente investigadora —dijo Rogan—. La señorita Baylor es competente, minuciosa y se rige por un alto estándar profesional.

Esperé a que cayera la otra parte de la bomba.

—Pero su empresa es pequeña. Carece de recursos y poder. Cosas que yo tengo en abundancia.

¿Estaba intentando que Cornelius me despidiera?

—Por otro lado, yo necesito los servicios de la señorita Baylor —continuó Rogan—. Tiene la capacidad de acelerar considerablemente la búsqueda del asesino de mi gente.

—Porque es una buscadora de la verdad —soltó Cornelius.

Suspiré.

—No soy tonto —añadió mi cliente en voz baja.

—Perseguimos lo mismo —afirmó Rogan—. Propongo que unamos fuerzas.

—Necesito unos minutos con la señorita Baylor.

—Por supuesto. —Rogan se levantó y entró en la casa.

Cornelius esperó hasta que la puerta se cerró tras Rogan y luego se recostó en el asiento acolchado.

—Me doy cuenta de que esta es una pregunta incómoda, pero tengo que hacerla. ¿Cuál es su relación con Mad Rogan?

—Cooperamos para atrapar a Adam Pierce.

—Eso lo sé. Me refería a lo emocional.

Se merecía una respuesta honesta.

—Es la misma vieja historia de siempre. —Intenté que mi voz sonara lo más despreocupada posible—. Un principal multimillonario conoce a una chica bonita con un poco de magia, el Principal multimillonario le hace una oferta y la chica lo manda a paseo.

Luego el principal multimillonario hace todo tipo de promesas ardientes y declaraciones dramáticas que hacen que la chica piense que tal vez podría verla como algo más que una distracción agradable, excepto que desaparece durante dos meses y no cumple.

—¿Le resultará difícil trabajar con él? —preguntó Cornelius.

Su esposa había muerto, Rogan le había ofrecido el trato de su vida, y Cornelius estaba pensando en mi comodidad. Si estuviera en su lugar, no sabía si sería capaz de tener tanta compasión.

—Es muy amable por su parte tener en cuenta mis sentimientos.

—Somos un equipo. Le estoy pidiendo que se arriesgue por mí. Quiero saber su opinión.

—Soy una profesional y él también. Podemos dejar las cosas a un lado. Cualquier incomodidad que pueda o no sentir es irrelevante.

—¿Cree que debería aceptar?

—Rogan es un bastardo despiadado, pero tiene razón. Necesitaremos músculo, dinero y potencia de fuego. Él los tiene; nosotros no. Y, a pesar de toda su arrogancia autoritaria, cumple su palabra.

—¿Cómo lo sabe?

—Perdonó a Adam Pierce. Lo necesitaba vivo y Rogan se abstuvo de matarlo, aunque le habría encantado arrancarle la cabeza.

Un halcón chilló. Talon pasó volando junto a nosotros y un ratón muerto cayó sobre la mesa. El gran pájaro dio la vuelta y aterrizó en el hombro de Cornelius. El mago animal levantó la mano y acarició suavemente las plumas del pájaro con expresión pensativa.

El halcón intentaba alimentarlo. Hasta Talon se daba cuenta de que Cornelius estaba de luto.

—Piense en Rogan como un dragón —le dije—. Un dragón poderoso, antiguo y egoísta que lo devorará en un parpadeo, pero que también tiene un extraño sentido del honor. Si hace un trato con él, asegúrese de especificar todas las cosas importantes ahora y que esté de acuerdo con ellas.

Cornelius tomó el ratón muerto y se lo mostró a Talon.

—Gracias. No tengo hambre. Cómetelo tú.

Talon observó el ratón con sus redondos ojos ambarinos, lo agarró de la mano de Cornelius y voló hacia los árboles. Cornelius se acercó a la ventana y golpeó el cristal. Rogan salió y se unió a nosotros en la mesa.

Cornelius tomó asiento.

—Hemos considerado su propuesta y tengo algunas condiciones. Solo una, en realidad.

—Estoy deseando oírla —dijo Rogan.

—Entiendo que hay fuerzas más grandes que todo esto —comenzó Cornelius—. No me interesan. Quiero a la persona que mató a mi esposa. Puede llegar un momento en que esa persona se vuelva extremadamente valiosa para usted por la información que

posea. Querrá mantenerla viva como fuente de información o como rehén. Debe entender que eso no me importa.

La voz de Cornelius se convirtió en un gruñido bajo y feroz. El dolor era tan palpable en su rostro que no parecía del todo humano.

—No importa lo importante que sea esa persona para usted, me la entregará. Mi precio es la vida del asesino de Nari. Yo, y solo yo, la tomaré.

Una expresión pensativa se apoderó del rostro de Rogan. Sus ojos se volvieron calculadores.

Cornelius esperó.

Rogan le ofreció su mano.

—De acuerdo.

Cornelius la tomó. Se estrecharon las manos.

—¿Formalizamos el acuerdo? —preguntó Rogan.

—Sí —respondió Cornelius.

Rogan marcó un número en su teléfono.

—Tráeme un contrato en blanco, por favor.

—¿En serio vas a redactar un contrato donde especificas que cedes a Cornelius el derecho a matar al asesino de Nari?

Ambos me miraron.

—Sí —dijeron al unísono.

Me quedé mirándolos fijamente.

—Es miembro de una Casa —dijo Rogan—. ¿Por qué habría de tratarlo con menos cortesía?

No éramos del mismo planeta.

Apareció una mujer con un contrato en blanco. Se pusieron a trabajar en él, el rostro de Cornelius demacrado y enfadado a la vez. Él y Matilda merecían saber qué le había pasado a Nari, y Matilda merecía que su padre volviera a casa. Ya había dado mi palabra y estaba comprometida, pero, si no lo hubiera estado, aquello lo habría conseguido. Si me marchaba, Cornelius se lanzaría directamente a las aguas profundas por las que Rogan estaba vadeando, y mantenerse al nivel de Mad Rogan era malo para la esperanza de vida.

—Necesito un equipo de seguridad en mi casa —pedí.

Rogan tomó su teléfono, envió un breve mensaje y me miró.

—Hecho.

—¿Ya estaban esperando en algún lugar convenientemente cerca?

—Sí.

Saqué mi propio teléfono y marqué el número de casa.

—¡Holi! —contestó mi hermana menor al teléfono. Arabella tenía quince años, pero estaba pasando por una fase extraña en la que actuaba como si tuviera ocho.

—¿Está mamá en casa?

—¡Sipi!

—Búscala y dile que el equipo de seguridad de Rogan está vigilando nuestra casa. Por favor, pídele que no les dispare.

—¡Vale! ¿Nevada?

—¿Qué? —Si me preguntaba por Rogan, juro que…—. ¿Traerás *sushi* para cenar?

—Sí.

—¿Sin la salsa asquerosa de mayonesa?

—Sin mayonesa.

—¿Le dirás a Mad Rogan que debería…?

Colgué y me volví hacia Cornelius.

—¿Qué le parecería mudarse a nuestra casa mientras dure la investigación?

Cornelius parpadeó.

—Esto se va a volver peligroso y complicado —continué—. La gente que está detrás de esto no tendrá escrúpulos morales para hacer cosas terribles como secuestrar y torturar a una niña. Nuestro almacén tiene un excelente sistema de seguridad y está protegido por la gente de Rogan. Si de alguna manera logran pasar a los soldados de Rogan, tendrán que lidiar con mi madre, que es una exfrancotiradora; mi abuela, que construye tanques; y cuatro adolescentes que no le temen a la muerte y a quienes les han enseñado a disparar con precisión. Matilda y usted estarán seguros.

—Pero tenemos animales… —se quejó Cornelius.

—Tenemos mucho espacio y un apartamento para invitados construido en la esquina del almacén. A mis hermanas les encantaría cuidar a Matilda.

—Tiene razón —intervino Rogan—. También pueden quedarse aquí, si lo prefiere.

Cornelius parpadeó. Dejar a su hija en la casa de un hombre que arrasaba ciudades cuando se enfadaba no era la decisión más prudente.

—Gracias. Sería descortés rechazar la invitación de Nevada.

—Por supuesto —dijo Rogan y me guiñó un ojo.

Y acababa de manipular a Cornelius. Aquella sería una asociación infernal.

—¿Tenemos un plan? —preguntó Cornelius.

Ambos me miraron. Claro. Yo era la investigadora, así que esperaban que investigara.

—¿Bug ha podido identificar con quién se suponía que se reunirían los abogados?

—No —respondió Rogan.

Me volví hacia Cornelius.

—¿Y no tiene ni idea de con quién se reunía Nari o por qué?

—No —dijo Cornelius.

—¿Alguien ha hablado con los familiares de los otros abogados?

—No —contestó Rogan.

Me levanté.

—Entonces, empezaré por ahí.

—Yo la acompaño —se ofreció Cornelius.

—Esta vez no —rechacé su ofrecimiento con tono suave.

—¿Por qué?

—Porque su esposa y los cónyuges de sus colegas se conocían. Podrían tener una reacción emocional ante su presencia, y necesitamos información. Le prometo que esta noche le contaré lo que haya averiguado. Además, tiene una mudanza que hacer.

—Organizaré una escolta. —Rogan sacó su teléfono.

—Gracias, pero yo me encargo —respondí.

—No es para ti. Es para él. —Rogan escribió en su teléfono—. Voy contigo. He aceptado una asociación. Participaré en esta investigación o el trato se cancela.

Acababa de asegurarle a Cornelius que Rogan y yo podíamos trabajar juntos. No había ningún pretexto razonable para impedir

que viniera conmigo. Tenía que mantenerme profesional en esto.

—Muy bien. Sin embargo, tengo algunas condiciones. Tienes que prometer no matar a la gente que voy a interrogar ni intimidarlos a menos que te lo pida. Específicamente, por favor, no estrangules a nadie con su ropa otra vez.

Los ojos de Cornelius se agrandaron.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó Rogan, con voz seca.

—Sí. Por favor, cámbiate para parecer menos un principal. No quiero que nadie te reconozca. Es muy difícil conseguir que la gente se abra cuando se dan cuenta de que el Azote de México está en su puerta.

Capítulo 4

Media hora después, los contratos estaban firmados y atestiguados por mí y la mujer que los trajo. Ella me acompañó hasta la puerta principal, donde esperaba mi monovolumen. Las llaves estaban en el contacto. Me senté en el asiento del conductor.

Podría marcharme y dejar plantado a Rogan. Sería gracioso. Sin duda, él me perseguiría con algo absurdo, como su propio batallón aéreo privado o alguna tontería similar.

La puerta principal se abrió y Bug salió y se acercó trotando al coche. Bajé la ventanilla.

—Hola. —Se apoyó con los codos en la ventana abierta—. ¿Te vas a quedar por aquí un tiempo?

—Parece que no tengo elección.

—Bien.

—¿Por qué?

—Las jornadas aquí durante los últimos dos meses han sido de dieciséis horas. Hubo muchas consecuencias por la mierda de Pierce. El comandante tuvo que testificar ante la Asamblea, y cuatro personas intentaron presentar demandas, pero la mayor parte del trabajo fue de vigilancia. Esta cosa, sea lo que sea, es amorfa y escurridiza. Encuentras una especie de evidencia, y entonces el maldito se te escurre entre los dedos. La reunión con el abogado de Forsberg era lo único sólido con lo que contábamos, pero entonces ocurrió lo del martes y…

Atravesar el flujo de consciencia de Bug era como abrirse paso a machetazos por la jungla.

—No pudimos acceder a Forsberg hasta hoy. Ayer fue un día complicado. Él se encargó de notificar en persona a todas las familias. Luanne era una de las dieciséis.

Bug me miró para asegurarse de que entendía la gravedad de la situación. Pero yo no la entendía.

—No sé qué significa eso.

Hizo una mueca agria.

—Tú solo… quédate por aquí. Él tiene una expresión humana en su rostro cuando estás cerca.

—Gracias, Bug. También me alegro de verte. —Al parecer, mi función era mantener una expresión humana en el rostro de Rogan. Estaba bien saberlo. Y yo que pensaba que estaba dirigiendo una investigación. Qué tonta.

La puerta se abrió y salió Rogan. Bug se esfumó. Rogan lo vio marcharse y se dirigió al coche. Había abandonado su atuendo de «estoy a punto de iniciar una venganza mágica» por unos viejos pantalones cargo caqui, botas gastadas y una camiseta verde que se amoldaba a sus hombros y pecho. Sus bíceps estiraban las mangas. Se veía fuerte, robusto y con un aire salvaje. Necesitaba un hacha o algo así, para balancearla casualmente mientras caminaba. Incliné la cabeza y me limité a observar.

Abrió la puerta y entró. Y de repente el coche se llenó de Rogan y su magia. Apenas podía respirar.

¿Cómo había accedido a aquello? Necesitaba que me examinaran la cabeza.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Solo era Bug siendo Bug.

—Estás evitando la respuesta.

—Eres tan perspicaz.

Rogan me miró con sus ojos azules, sacó una gorra de béisbol y se la puso. Dragón camuflado bajando al pueblo para espiar a la deliciosa gente que vivía allí.

Chasqueó los dientes, mordiendo el aire. Tenía que dejar de pensar en dragones.

Cambié la marcha y me concentré en conducir. Me gustaba estar en el coche con él. Dios me ayudara, lo echaba de menos. Lo

echaba de menos a él.

—¿Es un perfume nuevo? —preguntó Rogan.

—No llevo ninguno. ¿A qué huele?

—A cítricos.

—Probablemente sea mi champú.

Hablar del trabajo, mirar al frente, no pensar en extender la mano y deslizarla por su pecho para sentir sus duros abdominales… No imaginar besarlo…

Rogan maldijo en voz baja.

—¿Qué?

—Nada.

Lo miré de reojo. Nuestras miradas se encontraron.

Vaya. Sus ojos se volvieron de un azul profundo e insondable y estaban llenos de deseo. Estaba pensando en mí desnuda. Una mujer tendría que estar muerta para no responder a eso, y yo no estaba muerta. Ni un poco.

La anticipación me recorrió. Sabía exactamente cuánto espacio nos separaba. Sentía cada centímetro cargado de energía eléctrica. Si me tocara en ese momento, probablemente saltaría un metro en el aire. Miré fijamente al frente. No nos iba bien en un espacio pequeño y cerrado. Era una idea terrible. Tal vez debería bajar la ventanilla para dejar salir algo de la tensión sexual.

Necesitábamos una distracción, o acabaría deteniendo el coche y terminaríamos en el asiento trasero, haciendo… cosas.

—No tiene sentido ir tras la familia de Jaroslav Fenley —dije. Había pasado bastante tiempo con los antecedentes de los otros tres abogados y había refrescado mi memoria con mis notas en el teléfono mientras Rogan y Cornelius escribían su contrato—. Vivía y respiraba por su carrera, según su ordenador personal. Harper fue su única relación importante en los últimos meses.

—¿Bernard entró en su ordenador? —adivinó Rogan.

—Sí, en treinta segundos. La contraseña del *router* de Jaroslav era «admin». Eso explica por qué cayó ante Harper…

—Tomaba atajos.

—Sí. Requiere esfuerzo cambiar la contraseña del *router*. La mayoría de la gente tiene que buscar cómo hacerlo. Lleva tiempo y

esfuerzo mantener una relación. Harper no requería una relación.

—Podía conformarse con sexo y algo de charla de almohada —Rogan hizo una mueca—. Conozco ese tipo de persona. Solo trabaja lo necesario para salir adelante. Su objetivo no es hacer su trabajo, es llegar al punto donde no tenga que hacerlo mientras sigue cobrando.

—Eso parece. Jaroslav registró muchas horas facturables. Se veía bien en el papel. Dormía, trabajaba y se preocupaba por sus préstamos estudiantiles. Bern todavía está revisando los archivos, pero hasta ahora no ha encontrado nada incriminatorio. Sus padres viven en Canadá y no mantiene contacto con ellos. Su hermano acaba de tener un bebé. Está por todo el Facebook de su familia. Jaroslav no ha comentado las fotos del bebé. Su familia es un callejón sin salida, así que queda descartada. ¿Supongo que no quieres hablar con Harper?

Rogan negó con la cabeza.

—Es nuestro único vínculo con esta conspiración. Necesitamos preservarla todo lo que podamos.

—Eso nos deja con dos opciones. La familia de Marcos Nather o la de Elena de Trevino. La de Nather está más cerca.

—Nather entonces —eligió Rogan.

Marcos y Jeremy Nather vivían en Westheimer Lakes, en una típica casa suburbana de Texas: dos plantas, ladrillo, al menos doscientos cincuenta cuadrados, con cuatro dormitorios, tres baños y un garaje para dos coches. El vecindario tenía entre siete y ocho años, justo lo suficiente para que los precios bajaran ligeramente. La casa no estaba fuera de su rango de precios y, según Bern, su crédito parecía saludable. Marcos Nather había sido un abogado exitoso y Jeremy Nather trabajaba como ingeniero de *software* en una *startup* que desarrollaba aplicaciones de *fitness*. Su perfil de LinkedIn mostraba que Marcos había trabajado para Forsberg durante los últimos tres años. Antes había trabajado para Zara, Inc., una firma de inversiones. Marcos y Jeremy llevaban casados seis años y ninguno tenía talentos mágicos. Repasé todo eso para Rogan mientras conducía.

—¿De dónde sacas tu información? —me preguntó.

—¿Por qué? ¿Planeas meterte en el negocio de la investigación privada?

—Llámalo curiosidad.

Ajá.

—Mucha información viene de bases de datos en línea. Obtenemos registros públicos y pagamos por el acceso a antecedentes penales, verificaciones de crédito y demás. Las redes sociales son una mina de oro. La gente publica una enorme cantidad de información personal en Internet y todas sus cuentas suelen estar conectadas.

Y por eso, aunque tenía una cuenta en todas las principales redes sociales —incluida Herald, que se dedicaba a hacer especulaciones sobre los principales y a dar rienda suelta a la admiración de sus seguidores en general—, ninguna de mis cuentas tenía información personal. No me desahogaba en línea, no hacía comentarios políticos y publicaba fielmente una o dos fotos de gatitos lindos cada semana más o menos, solo para asegurar a los algoritmos de la red que no era un bot.

—¿Qué es esto? —Rogan sacó un libro del bolsillo lateral de la puerta. Un elaborado círculo arcano decoraba la portada—. *Trabajo con círculos. Aplicaciones prácticas*.

Era mi alternativa para leer cuando estaba de vigilancia en lugar de *Hexología*, que era increíblemente útil, pero tan espeso que me daba sueño. Ya había leído *Trabajo con círculos* de principio a fin, pero no había memorizado todos los círculos que había marcado como importantes, así que lo llevaba conmigo y trataba de reproducir fielmente las ilustraciones en mi bloc mientras esperaba que mis estafadores del seguro tropezaran.

—¿Qué pasa con eso?

Podría preguntarle directamente si había sido él quien me los había enviado. Pero, por alguna razón, no saberlo me parecía una mejor opción. Una parte de mí quería pensar que había sido él.

Hojeó el libro.

—Si alguna vez necesitas ayuda, estaré encantado de darte lecciones.

Lo miré.

—¿Qué me costará?

—Ya pensaré en algo. —Su voz prometía todo tipo de ideas interesantes.

—Los tratos con dragones nunca terminan bien.

Una sonrisa presumida se mostró en sus labios, volviendo su expresión lobuna y hambrienta.

—Eso depende de por qué estés negociando.

No debería haberme subido al coche con él.

El GPS habló con la voz de Darth Vader, informándome de que mi destino estaba a cien metros a la derecha. Salvada por el lado oscuro de la Fuerza.

Aparqué bajo la sombra de un árbol, recuperé mi pistola y la guardé de nuevo en mi funda personalizada para mujer en la cintura, donde mi chaqueta la ocultaba. Los hombres lo tenían mucho más fácil con el porte oculto. Yo tenía la cintura pequeña y mis caderas tenían curvas, así que una funda normal solo me clavaba la pistola en las costillas.

Rogan y yo nos dirigimos a la puerta principal. Toqué el timbre.

—Compórtate.

—No hace falta que me lo recuerdes —gruñó Rogan.

La puerta se abrió revelando a un hombre de unos treinta años. De altura media, con cabello castaño claro y barba corta, se parecía al típico hombre que encontrarías en los suburbios: con un trabajo estable, que iba al gimnasio tres veces por semana y se permitía comer un poco más que hacía diez años. Sus ojos estaban vacíos.

—No es un buen momento —nos dijo al vernos.

—Señor Nather, trabajo para Cornelius Harrison —dije extendiendo mi tarjeta delante de él—. Mis más sentidas condolencias.

Parpadeó, tomó mi tarjeta y la leyó.

—¿Investigadora privada?

Tenía que entrar antes de que me cerrara la puerta en la cara.

—La Casa Forsberg se niega a investigar los asesinatos. El señor Harrison me ha pedido que averigüe qué le sucedió a su esposa. Quiere poder decirle a su hija que el asesino de su madre no quedó impune. Lamento profundamente molestarle en su momento de dolor. Solo necesitamos unos minutos de su tiempo.

Jeremy me miró y suspiró.

—Unos minutos…

—Gracias.

Nos condujo por el vestíbulo hasta la sala de estar, separada de la cocina por una isla. Dos niños pequeños, un niño y una niña, estaban tumbados en la alfombra. El niño, mayor por uno o dos años, jugaba con un iPad mientras la niña construía algo con bloques de Lego. Una mujer mayor, con los ojos enrojecidos, estaba sentada en el sofá con un libro. Nos miró con el rostro demacrado.

—Mamá, tengo que hablar con estas personas —dijo Jeremy—. Solo será un minuto.

Ella asintió.

—Hola —corearon los niños.

—Hola —los saludé agitando una mano.

Jeremy forzó una sonrisa.

—Lo siento, chicos, vuelvo enseguida.

Nos condujo hasta el despacho junto a la sala y cerró las puertas francesas tras nosotros.

—Todavía no se lo he dicho. —Su voz se quebró—. No sé cómo hacerlo.

—¿Ha hablado con alguien? ¿Un psicólogo especializado en duelos?

Negó con la cabeza. Un dolor abrumador se reflejaba en su rostro, el tipo de dolor que te golpea como un coche a toda velocidad y te deja roto y aturdido. Deseé poder hacer algo por él.

Saqué otra de mis tarjetas, consulté los contactos en mi teléfono y escribí el nombre y el número de mi terapeuta.

—Cuando murió mi padre, no sabía cómo manejarlo. Me culpaba y arrastré mi culpa y dolor como una roca durante semanas hasta que fui a ver a la doctora Martínez. Es muy buena en lo que hace. Seguirá siendo terrible, pero le ayudará a suavizar lo peor. Y si no tiene horarios disponibles, podrá recomendarle a alguien que sí los tenga.

Jeremy me miró fijamente.

—¿Mejora con el tiempo?

—No existe tal cosa como el cierre —le dije—. Nunca desaparece. Pero se vuelve más llevadero con tratamiento y tiempo. Hablar de ello ayuda.

Jeremy tomó la tarjeta y la guardó en su cartera.

Saqué mi grabadora digital, presioné el botón de encendido y comencé a hablar:

—Jueves, 15 de diciembre. Entrevista con Jeremy Nather.

Jeremy se apoyó contra la pared con los brazos cruzados.

—Señor Nather, ¿sabe por qué estaba Marcos en esa habitación de hotel?

—Según la Casa Forsberg, estaba allí para tener una aventura con Nari Harrison. O Elena de Trevino. O Fenley. Tal vez iban a tener una orgía todos juntos. —Su voz sonaba amarga.

—Eso es lo que le dijeron a Cornelius también. Con promesas de evidencia de malversación y uso de drogas si las preguntas continuaban.

—Es absurdo. —Jeremy se inclinó sobre la mesa, apoyando ambas palmas—. Marcos era un hombre leal. Era la esencia de su carácter. Era leal y honesto.

—La Casa Forsberg no tiene la mejor reputación —intervino Rogan —. ¿Tuvo conflictos en el trabajo?

«Gracias. Por favor, destruye la conexión que intento establecer».

—Planeaba dejar la empresa —dijo Jeremy.

Verdad.

—¿Quién más lo sabía? —le pregunté.

—Solo él y yo. Marcos es… era un hombre muy reservado. Ambos trabajábamos demasiado y eso nos quitaba tiempo con los niños. Quería renunciar y tomarse uno o dos años para estar en casa, pero primero quería terminar de pagarla. Nos mudamos aquí por el distrito escolar, y quería asegurarse de que estaríamos bien con un solo ingreso. Nos faltan veintiocho mil para ser propietarios de esta casa. —Jeremy se movió hacia atrás—. Sabía que lo estaba llevando mal. Hace tres semanas intenté convencerlo de que renunciara. Prometió presentar su renuncia justo antes de las vacaciones de Navidad. Debí haber insistido más.

—¿Cree que estaba en la habitación del hotel por algo relacionado con su trabajo?

—Sí.

Verdad.

—¿Tiene alguna idea de en qué estaba trabajando?

—No. No traía eso a casa. Yo era quien solía despotricar sobre el trabajo. Marcos compartimentaba. Dejaba el trabajo en el trabajo. Cuando llegaba a casa, era solo Marcos.

Se dejó caer en una silla, se desplomó y se cubrió los ojos con la mano. No conseguiría nada más de él.

—¿Tenía enemigos? —pregunté—. ¿Alguien que pudiera…?

—¿Que pudiera asesinarlo acribillado a balazos? —dijo Jeremy, con voz apagada y plana—. No.

—Lamentamos mucho su pérdida. Si recuerda algo, por favor llámeme. Nos marcharemos solos.

Había empezado a llover. Me quedé junto a mi coche un momento y dejé que la llovizna mojara mi pelo. El dolor era denso en esa casa, y quería lavarlo.

—¿Mintió? —preguntó Rogan.

—No. Realmente no sabe nada. Ni Nari ni Marcos compartieron nada con sus familias, lo que probablemente significa que era algo peligroso.

Teníamos que intentarlo con la familia de Elena. Era nuestra última pista obvia.

Los De Trevino vivían junto a un lago cerca del Southwyck Golf Club, a unos cincuenta minutos de Westheimer Lakes. Conduje el coche por la TX-99 Sur observando los campos bordeados por franjas de árboles pasar. Parecía que estábamos en medio de la nada en algún lugar del campo de Texas. Nunca dirías que, justo más allá de los árboles, nuevas urbanizaciones dividían la tierra en ordenadas filas de casas casi idénticas.

Tomé la Alt-90 y nos abrimos paso por Sugar Land y Missouri City, pequeños municipios dentro de la expansión metropolitana de Houston. El tráfico era fluido, la carretera estaba despejada.

Durante unos minutos, Rogan había hojeado mi libro y escrito un par de notas en él. Todavía lo tenía abierto en la mano, pero no le

prestaba atención. Tenía la mandíbula tensa. Miraba fijamente al frente, sus ojos nuevamente helados. Esa nueva ira cristalizada me helaba hasta los huesos. Lo que fuera que estuviera pasando en su cabeza era oscuro, muy oscuro. Lo agarraba y lo arrastraba bajo el agua negra. Quería sacarlo de allí, arrastrarlo a la luz para que se descongelara.

—¿Connor?

Se volvió y me miró, como si despertara.

—¿Qué pasó con Gavin?

Gavin era el sobrino de Rogan. Adam Pierce, con su chaqueta de motociclista, tatuajes y profundo odio a cualquier autoridad, había encarnado la imagen del rebelde guay. Como muchos adolescentes, Gavin lo había idolatrado, y Adam se había aprovechado de esa devoción.

—Gavin hizo un trato.

Tomé una salida hacia el Sam Houston Tollway. Los equipos de reparación de carreteras estaban trabajando en el arcén otra vez y tuve que conducir junto a las barreras temporales de hormigón. Algo que nunca me había gustado. Al menos tenía buena visibilidad. Siempre acababa en esas carreteras de noche, cuando llovía y otra barrera de hormigón me encerraba por el otro lado.

—¿Qué tipo de trato?

—Un año en un centro correccional juvenil, hasta que cumpla dieciocho, seguido de un compromiso de diez años con el Ejército a cambio de su testimonio contra Adam Pierce. Si falla, cumplirá diez años en prisión.

—Es un buen trato.

—Teniendo en cuenta las circunstancias…. Resultó tener talento, así que lo usamos como moneda de negociación.

—¿Y estás seguro de que no está involucrado en lo que hacía su madre?

—No lo está —aseguró Rogan.

—No sabía que te preocupabas por tu sobrino. Parecía que estabais distanciados.

—No por elección mía.

Miró por la ventana, alejándose de nuevo mentalmente. Ni siquiera estaba segura de por qué era tan importante mantenerlo allí conmigo, pero lo era.

—¿Has estado practicando con un arma desde nuestro último encuentro? —pregunté con tono ligero.

Él solo me miró.

—¿No? Rogan, tú mismo lo dijiste, eres un pésimo tirador.

Vale, quizás no era la mejor manera de hacerlo reaccionar, pero era lo único que se me ocurría.

—Vas de copiloto —continué—. Si nos atacan bandidos en esta tortuga con ruedas, ¿cómo vas a defendernos sin un arma? ¿Piensas bajar la ventanilla, presentarte y mirarlos fijamente hasta que se desmayen de miedo?

No dijo nada. Solo siguió observándome. Abrí la boca para provocarlo un poco más.

La barrera a nuestra derecha se agrietó como si la hubiera golpeado un martillo gigante. Las grietas nos perseguían, atravesando los separadores de hormigón con pequeñas nubes de polvo. Su magia desgarraba el cemento con brutal eficiencia. Me rozó y casi abro la puerta para saltar.

Los coches detrás de nosotros zigzaguearon, intentando cambiar de carril para alejarse de las barreras fracturadas.

—Para —le pedí. Las grietas cesaron—. ¿Necesitas que te deje en algún sitio?

—¿Por qué querría eso?

—Para que puedas rumiar en soledad.

—Yo no rumio.

—Planear una horrible venganza, entonces. Porque me estás asustando.

—Es mi trabajo asustarte.

—¿En serio?

—Esa es la naturaleza de nuestra relación. —Un destello iluminó sus ojos—. Ambos hacemos lo necesario y, después, yo te observo asustarte por ello.

—No lo hago.

—Oh, no quiero que pares. Me parece muy divertido.

«Esta es la última vez que intento animarte. Vuelve a tu cueva de dragón, me da igual».

—¿Te gustaría que rompiera una losa más de hormigón, para que puedas tomar una foto para tu abuela?

—He cambiado de opinión —le dije—. No quiero hablar contigo.

Rogan rio entre dientes.

Debería dejar de intentarlo.

A abuela Frida le parecería genial.

Tomé mi teléfono y se lo mostré.

—Vale, pero solo una o dos. Lo justo para Vine.

—¿Tu abuela tiene una cuenta de Vine?

Las barreras se fracturaron.

—Sí. Probablemente también lo publique en su Instagram. Vale, es suficiente, gracias, o el conductor del Volvo que va detrás podría tener un infarto.

La familia de Elena de Trevino vivía en una casa enorme. La casa de los Nather ya era grande según los estándares de la mayoría, pero podrías meter dos como esa en la residencia de los Trevino. El edificio se asentaba en dos mil metros cuadrados, una inmensa bestia de ladrillo rojo oscuro que mezclaba el Renacimiento Colonial con elementos Tudor alrededor de las ventanas. Un grueso muro de ladrillo protegía el jardín, con un arco que permitía el acceso al camino interior y los garajes, y una chimenea que sobresalía del tejado imitando el campanario de una iglesia.

La magia marcaba la diferencia. Tanto Elena de Trevino como su esposo, Antonio, estaban clasificados como Medio, o eso ponía en sus perfiles de LinkedIn.

Aparqué en la calle, y Rogan y yo caminamos hasta la puerta.

Una joven hispana abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarles?

Su mirada se enganchó en Rogan. Yo bien podría haber sido invisible. Las mujeres lo miraban dondequiera que fuera. En la era de la magia, muchos hombres eran apuestos. Rogan no era solo atractivo; proyectaba masculinidad. Estaba en su postura, en la

aspereza masculina de su rostro y en sus ojos. Cuando lo veías, sabías que, sin importar lo que pasara, él se encargaría de todo. Lo que no sabían era que resolvía la mayoría de sus problemas arrojando dinero o intentando matar a alguien. A veces ambas cosas a la vez.

Le ofrecí mi tarjeta.

—Me ha contratado la Casa Harrison. Me gustaría hablar con el señor De Trevino.

La mujer apartó la mirada de Rogan hacia la tarjeta.

—Esperen, por favor.

Cerró la puerta.

—¿Casa Harrison? —preguntó Rogan.

—Cornelius no ha sido excluido.

La exclusión era el peor castigo que una familia mágica podía imponer a uno de sus miembros. Retiraban todo el apoyo emocional, financiero y social, expulsando de manera efectiva al infractor de la familia. Un miembro excluido de la Casa se convertía en mercancía dañada: sus antiguos aliados lo abandonaban por temor a enfadar a su familia, y los enemigos de su familia se negaban a ayudarlo porque no se podía confiar en ningún excluido. Cornelius se había distanciado de su Casa por elección propia, pero no la había abandonado.

—Mira esta casa. —Señalé la puerta con la cabeza—. Ni siquiera nos dejarían entrar si no mencionáramos el nombre de alguna Casa.

Rogan sonrió, una sonrisa afilada y maliciosa.

—Deberías dejarme llamar a mí.

La última vez que «llamó» a mi puerta, todo el almacén vibró.

—Por favor, no lo hagas.

La puerta se abrió, revelando a un hombre atlético de unos cuarenta años. Llevaba pantalones grises de vestir y una sudadera gris clara con las mangas remangadas hasta la mitad de los antebrazos. Su rostro era agradable: ojos oscuros bajo cejas oscuras inclinadas y una boca generosa. Una barba oscura, cuidadosamente recortada, enmarcaba su mandíbula. Su pelo también era oscuro y muy corto. Antonio de Trevino. Su currículum decía que trabajaba como analista de inversiones.

—Buenas tardes. —El hombre nos sonrió, mostrando unos dientes perfectamente blancos y alineados—. Por favor, pasen.

Entramos.

—Soy Antonio. Por aquí. Disculpen el desorden. Estamos inmersos en algo.

No parecía afectado por la muerte de su esposa. Comparado con Jeremy, parecía francamente alegre.

Antonio nos condujo a una inmensa sala de estar, hacia unos mullidos sillones beis dispuestos sobre una alfombra roja. El mobiliario parecía caro, pero era el tipo de caro de clase media: nuevo, probablemente la última moda, y bonito. Los muebles en la casa de Rogan eran muy diferentes; parecían atemporales. No podías decir si los había comprado él, sus padres o sus abuelos. Comparada con esa calidad, aquellos muebles parecían superficiales, casi baratos. La perspectiva era algo curioso.

La mujer hispana se detuvo en la puerta.

—¿Café? ¿Té? —preguntó Antonio.

—No, gracias. —Tomé asiento.

Rogan negó con la cabeza y se sentó en la silla a mi derecha.

Antonio se acomodó en el pequeño sofá y asintió a la mujer.

—Gracias, Estelle. Eso es todo.

La mujer desapareció en la cocina.

—Así que la Casa Harrison está investigando la muerte de la señora Harrison. Comprensible, considerando lo poco que está haciendo Forsberg. ¿Cómo puedo ayudarles?

—¿Le importaría responder algunas preguntas?

—En absoluto.

Saqué mi grabadora digital, etiqueté la conversación y la coloqué sobre la mesa de café de cristal.

—¿Sabe por qué su esposa estaba en esa habitación de hotel?

—No. Imagino que por razones profesionales. Puedo decirle que la situación en el trabajo había sido estresante el día anterior a su muerte. Parecía distraída durante la cena.

—¿Mencionó algo específico?

—Dijo: «No puedo recoger a John mañana. Lo siento. Hay un problema en el trabajo. Toda la oficina está en estado de

emergencia y no estoy segura de cuándo podré llegar a casa. ¿Te importaría llevarlo a su obra? Es a las siete».

Lo había dicho con su voz normal, pero la entonación era inconfundiblemente femenina.

—Es usted un mnemónico —intervino Rogan.

—Sí. De hecho, ambos lo éramos. Elena era predominantemente mnemónica visual y yo auditivo. Ambos tenemos memoria a corto plazo casi perfecta. —Antonio se reclinó—. No quiero darles la impresión equivocada. Estoy profundamente entristecido por la muerte de Elena. Perdí una compañera capaz y cariñosa, y nuestros hijos perdieron a su madre. Era una madre maravillosa. El golpe para su infancia es devastador.

»Nuestro matrimonio fue por conveniencia. Nuestras familias acordaron que teníamos una alta probabilidad de producir un Significativo, así que nos casamos e intentamos cumplir con nuestro deber tres veces. Puede que lo hayamos logrado con Ava, nuestra hija menor. Solo el tiempo lo dirá. No estábamos enamorados. —Lo dijo de una manera tan pragmática.

—¿Y usted consintió eso?

Antonio sonrió de nuevo.

—Supongo que usted no posee habilidades mágicas. Engendrar un Significativo sería un logro inmenso. Abriría puertas y cambiaría toda nuestra posición social. El precio vale la pena. Somos personas razonables. Apenas sufrimos.

Levantó los brazos, señalando su sala de estar.

—Nos permitimos buscar la felicidad en otros lugares, siempre que fuéramos discretos por el bien de los niños. Así que, si quiere una proverbial charla íntima, tendrá que preguntarle a Gabriel Baranovsky. Él y Elena mantuvieron una relación durante los últimos tres años. Fue a verlo la noche antes de morir. Quizás él hable con usted. Aunque lo dudo. Hay Casas y luego hay… *Casas*.

Había puesto énfasis extra en la última palabra por si acaso no entendía su significado completo.

—Baranovsky pertenece a una de las últimas. Elena fue muy afortunada de haber captado su atención, y nos beneficiamos de esa conexión, que ahora está rota.

¿Cómo se beneficiaba exactamente? ¿Lo mencionaba de manera casual en conversaciones de negocios? «Por cierto, mi esposa se acuesta con Baranovsky. Su dinero está seguro conmigo». Uf.

—Se necesitaría alguien de igual posición social para captar la atención de Baranovsky. La Casa Harrison no es una de esas familias. Lo siento, no pretendo ser grosero. Simplemente quiero dejar el asunto lo más claro posible. Los principales no son como nosotros.

Miré a Rogan. Su rostro era estoico.

—Respiran el mismo aire y beben la misma agua, pero su poder los diferencia y así es como les gusta. El abismo entre ellos y una persona normal es enorme. Es usted una mujer atractiva, así que, quizás con la ropa adecuada y una visita al salón de belleza, podría llegar hasta su secretaria personal. Personalmente, yo lo intentaría a través de Diana Harrison. La hermana de Cornelius es una principal, lo que significa algo incluso para alguien como Baranovsky, así que podría rebajarse a una reunión. En cualquier caso, por favor, hágale saber a Cornelius y Diana que estaré encantado de ayudar a la Casa Harrison en todo lo posible.

Cinco minutos después salimos. Su esposa estaba muerta y todo lo que Antonio podía pensar era en cómo afectaría a su posición social. Qué imbécil.

—¿La ropa adecuada y una visita al salón de belleza? —Puse los ojos en blanco mientras me dirigía al coche—. Tendré que romper mi hucha.

—Por eso mismo no socializo —dijo Rogan.

—Es bueno que nos haya explicado todo esto. Me siento tan poco preparada. No tenía ni idea de que necesitaba la ropa adecuada antes de hablar con un principal. Deberías haberme dado una lista de lo que era apropiado vestir. Espero que no estés ofendido.

Me di la vuelta y de repente Rogan estaba pegado a mí. Retrocedí por puro instinto y mi espalda chocó contra el coche. Todo el hielo en sus ojos se había derretido. En ese momento eran ardientes, invitadores, seductores. Estaba pensando en sexo y ese sexo me incluía.

—No estoy ofendido.

Su gran cuerpo musculoso me enjauló. Se centró en mí como si el resto del mundo no existiera. Cuando te miraba así, te hacía sentir como la persona más importante del universo. Cada palabra que decías le importaba. Cada gesto que hacías era vital. Era devastador. Quería seguir hablando y haciendo cosas para mantener su atención.

—No me importa cómo vengas a verme. —Su voz sonaba casual —. Puedes venir en traje. Puedes venir en vaqueros.

Solo estaba jugando conmigo. Bueno, quizás era hora de recuperar algo de poder.

—Puedes venir envuelta en una toalla. Puedes venir desnuda. Realmente, depende de ti. Mientras vengas, no me importa.

«¿No estás siendo muy presuntuoso?» Di un pequeño paso adelante, levantando mi rostro como si fuera a besarlo.

—¿Y si no voy? —me encaré a él.

—Eso sería una tragedia —respondió Rogan con un tono de voz más bajo—. Usaría todo mi poder para evitarlo.

Sus ojos eran tan azules y tan llenos de promesas. Todo tipo de promesas sobre ser un forajido en la cama y hacer cosas que nunca olvidaría. Los miré directamente e intenté mostrarle algunas promesas propias.

—¿Todo tu poder? —Si me inclinaba un centímetro más, nos tocaríamos. El espacio entre nosotros estaba tan cargado de tensión que, si nos rozábamos, podríamos soltar chispas. Estaba jugando con fuego.

—Sí. —Su magia flotaba a su alrededor, anticipada y ansiosa, casi retándome a alcanzarla.

—¿Todavía estamos hablando de ropa?

—Si tú lo dices…

Él se inclinó hacia delante y puse mi dedo en sus labios, empujándolo hacia atrás.

—No.

Sus ojos se estrecharon.

—¿No?

Bajé la mano.

—Recapitulemos. Me pides que sea tu juguete, te digo que no y sigues adelante. No llamas, no escribes, no me buscas. No haces

ningún esfuerzo por demostrarme que querías algo más que sexo casual.

Sus ojos se oscurecieron.

—No habría nada casual en ello.

Le creí, pero eso no cambiaba mi punto de vista.

—Me trataste como una diversión barata.

—No lo hice —se defendió él, inclinándose un poco más cerca.

Debería haberme alarmado, pero tenía demasiada emoción contenida para parar en ese momento.

—Rogan, ¿sabes lo poco que te importé? Ni siquiera quisiste molestarte en fingir que salías conmigo. Solo querías saltarte todo eso e ir directo al sexo. Me hiciste sentir así de pequeña. —Mantuve mi dedo índice y pulgar separados por unos milímetros—. «Ten sexo conmigo, Nevada. Ni siquiera voy a fingir que quiero conocerte mejor».

Su mandíbula se tensó.

—No es eso lo que quise decir y lo sabes.

—Te ofrecí una oportunidad de luchar por una relación y no la tomaste. Claramente, seguiste adelante. Yo también.

Un músculo de su rostro se crispó.

—Y ahora que estoy aquí, decides intentarlo de nuevo. ¿Hay escasez de mujeres atractivas en tu vida, Connor?

—Hay escasez de ti en mi vida.

—¿En serio?

—Una escasez crítica. Una que debe ser corregida inmediatamente.

Estaba siendo deliberadamente impreciso. No podía mentirme, así que recurría a hacer el tipo de declaraciones que me resultarían difíciles de descifrar. Había que admirar el cerebro de aquel hombre.

—No me intere…

Rogan me atrajo hacia él y levantó su mano. Mi Mazda se elevó del suelo. Un disco rojo carmesí de dos metros de ancho cortó mi coche y explotó. Trozos de cuchillas de metal afiladas como navajas llovieron a ambos lados. Corrí hacia el enorme roble detrás de nosotros. Detrás de mí, el Mazda se estrelló contra el pavimento con un estruendo metálico.

Presioné mi hombro derecho contra el árbol y saqué la Glock. Rogan aterrizó junto a mí. La sangre empapaba su muslo derecho.

—¡Estás sangrando!

—Solo es un rasguño. ¿Estás herida?

—No.

Mi corazón latía demasiado fuerte y rápido. El sabor amargo de la adrenalina cubría mi lengua.

Algo golpeó el árbol a la derecha. Casi salté. Otro golpe.

Me incliné hacia delante con cuidado.

Un disco rojo más pequeño giró directo hacia mi cara. Me eché hacia atrás, chocando con Rogan. Silbó al pasar y se hundió en el suelo, humeando. Una estrella de metal, de treinta centímetros de ancho, con cuatro puntas de doble filo afiladas como navajas. La magia de color rojo oscuro hervía sobre sus hojas.

—Un mago de bombardeo. —Rogan se apoyó de lado y se agachó cuando otra estrella se clavó en el roble—. Dos.

—¿Cómo lo sabes?

—Dos tonos diferentes de rojo.

En mi lado, un disco arrancó una rebanada del árbol.

—¿Puedes detener uno en vuelo? —pregunté.

Otro disco cortó una losa de siete centímetros del lado del árbol donde estaba Rogan.

—No. Están recubiertos de magia.

Verdad. Según mis libros, un objeto envuelto en magia perdía sus propiedades físicas hasta el punto de impacto. Si saltaba sobre ellos, los discos que estos tipos lanzaban lo atravesarían.

Otro trozo se desprendió del roble. Lo estaban derribando desde dos lados. Correr hacia la casa estaba descartado. El lugar más cercano para esconderse sería la entrada arqueada de la casa de los De Trevino, lo que requería una carrera de quince metros. Nos alcanzarían. Hacer un círculo arcano también estaba descartado. Estábamos sobre el césped.

Rogan se asomó. Otro golpe sordo. Maldijo, retrocediendo. Toda su magia no significaba nada a menos que encontrara un objetivo.

Podría arrasar toda la hilera de casas al otro lado de la calle, pero había familias en esas casas.

Me dejé caer de rodillas y me asomé desde detrás del roble. Una sombra se movió en el tejado de la mansión frente a nosotros. Un disco se precipitó hacia mí. Me lancé detrás del árbol.

Silbó al pasar, su magia me chamuscó el hombro.

—Hay uno en el tejado justo enfrente de nosotros.

El rostro de Rogan era sombrío.

—El otro está en la siguiente casa a nuestra izquierda.

—Son rápidos.

—Me he dado cuenta —respondió Rogan.

—No puedes derrumbar esos tejados.

—No planeo hacerlo.

—Este es un barrio familiar. Podría haber niños dentro de esas casas.

Me tomó la mano y me miró, sus ojos azules estaban tranquilos y me resultaron reconfortantes.

—Lo sé.

No les haría daño. Al menos no morirían más personas por nuestra culpa.

Los discos golpeaban la madera, haciendo muescas en el roble. El árbol se estremeció por el impacto. Los magos de bombardeo se agachaban y lanzaban demasiado rápido para que Rogan pudiera ubicarlos.

Teníamos que movernos. Nos estábamos quedando sin árbol.

Me recliné, de cara al árbol, y giré la cabeza. Nada a mi derecha. Solo casas. Nada a mi izquierda, excepto más casas y una alfombra de mantillo marrón que se arrastraba hacia nosotros…

Un momento. No era mantillo. Eran hormigas.

—Rogan, vamos a tener compañía.

Miró a la izquierda y maldijo.

La alfombra de hormigas avanzaba en delgados riachuelos, las corrientes de insectos se acumulaban y cambiaban de dirección como si estuvieran momentáneamente confundidas, luego se realineaban. Quien las controlaba no tenía un buen dominio de la horda de hormigas. No lo necesitaba. Estábamos en Texas,

enfrentándonos a un mago de insectos, y eso significaba hormigas rojas. Nos sacarían de detrás del árbol y los magos de bombardeo nos rematarían.

El árbol no paraba de temblar. No aguantaría mucho más. Las hormigas seguían avanzando. A mi derecha, otra calle cruzaba la nuestra y las hormigas se derramaban por la esquina. El mago de insectos tenía que estar escondido allí, fuera de nuestra línea de visión.

El disco rojo me cortó un pelo del muslo. Me giré de lado, casi abrazando a Rogan.

«Se acabó», me decía en mi cabeza. Podría morir allí mismo, en aquel césped. Un buen tiro de los magos de bombardeo y nunca volvería a ver a mi familia.

—¿Qué tal tu puntería? —preguntó Rogan.

Aparté el miedo de mis pensamientos.

—Tendrá que ser lo suficientemente buena.

Rogan me mostró los dientes.

—A la de tres.

Tomé aire profundamente y exhalé despacio. Levantó un dedo. Dos… Y nos lanzamos desde detrás del árbol al mismo tiempo. Mi Mazda se partió por la mitad con un sonido de metal desgarrado. Las piezas se elevaron en el aire justo cuando las dos figuras en los tejados salieron de su escondite, lanzando sus círculos giratorios de magia hacia nosotros. Apunté al que estaba directamente frente a nosotros. Todo parecía ir a cámara lenta.

Matar o morir. Apreté el gatillo. La pistola escupió un trueno. La cabeza del mago se sacudió hacia atrás. Me giré, apuntando al segundo mago de bombardeo, y disparé. La bala se hundió en su pecho. Se deslizó por el tejado y cayó al mar de hormigas.

Los restos de mi Mazda surcaron el aire, bloqueando la trayectoria de los dos discos. Los proyectiles mágicos golpearon el metal y la fibra de vidrio y explotaron, siseando.

Rogan me agarró la mano y me hizo correr. Cruzamos la calle a toda velocidad, pasamos por la entrada arqueada hacia el patio de alguien y por delante de su casa. La valla de ladrillo explotó frente a

nosotros. Rogan giró a la izquierda. Iba a por el mago de los insectos.

Detrás de nosotros, una mujer aulló:

—¡Brown! ¡Quítamelas de encima! ¡Joder!

—¡Lo estoy intentando! —gruñó un hombre desde algún lugar de la calle.

—¡Tengo hormigas en la herida de bala! ¡Quítamelas de encima!

Corrimos hasta la esquina de la calle y nos detuvimos. Levanté mi arma y revisé la esquina. Una gran furgoneta blanca estaba aparcada junto a la acera. Cuatro grandes bidones metálicos descansaban en el suelo junto a ella. Un hombre de pelo moreno se asomó por la siguiente esquina, de espaldas a nosotros.

La mujer gritó y se atragantó, su grito se cortó de repente.

—Te lo mereces, estúpida zorra —murmuró el hombre.

Rogan pasó junto a mí, con expresión asesina. El mago de los insectos se dio la vuelta. Rogan lo agarró del hombro y le propinó un puñetazo brutal en el estómago. El mago se dobló. Rogan le clavó la rodilla en la cara. Algo crujió. El hombre se desplomó en el suelo.

—¡Para! —le grité.

Rogan se movió hacia el hombre caído.

—Para, para, para.

Me miró.

—Todos los demás están muertos, Rogan. No podremos interrogarlo si lo matas.

Se inclinó, agarró al mago por el cuello, lo levantó y lo estrelló contra la valla de piedra. El mago gorjeó, luchando por respirar. La sangre goteaba de su nariz rota. Sus ojos lagrimeaban. Me acerqué y lo registré. Sin arma. Tomé su cartera. Permiso de conducir a nombre de Ray Cannon. Saqué mi móvil e hice una foto.

—¿Hay alguien más? —preguntó Rogan, con voz fría y precisa.

—No —jadeó el hombre.

Rogan apretó, aplastándole la garganta.

—¡Es verdad! —confirmé.

Rogan aflojó su agarre. El hombre tomó aire con dificultad y me miró, sus ojos suplicantes.

—Ayuda…

Rogan lo sacudió y lo estrelló de nuevo contra la valla.

—No la mires a ella. Mírame a mí. ¿Quién te paga?

—Forsberg.

Maldita sea. Esperaba que obtuviéramos una pista sobre quién estaba detrás del ataque. En cambio, habíamos vuelto a Forsberg.

—Habla —ordenó Rogan.

—Nos dijeron que mataste a su viejo, Matthias. Hay dos equipos cazándote. Nosotros estábamos más cerca. Éramos Kowaski, su hermana y yo. Vinimos en dos coches: el Ford aparcado calle abajo y mi furgoneta. Nos instalamos y esperamos a que salierais.

—¿Cómo sabíais dónde estaríamos? —pregunté.

—De Trevino lo comunicó.

Esa cucaracha.

La expresión en el rostro de Rogan me provocó escalofríos.

—Rogan, ¿me dejas, por favor?

Todo el color desapareció del rostro del mago. Se dio cuenta de a quién había acorralado.

Rogan le apretó el cuello de nuevo.

Le toqué el brazo.

—¿Por favor?

—Está bien. —Lo soltó. El mago se deslizó hasta el suelo.

—Vas a devolver las hormigas a los bidones. Si veo una sola hormiga en esta calle después de que terminemos con De Trevino, le pediré que te busque —le dije señalando a Rogan—. Sabes quién es, ¿verdad?

El mago asintió rápidamente.

—Recoge tus hormigas y vete. La próxima vez que te vea, te pondré una bala en la cabeza. —Eso sonó bastante amenazador.

Rogan ignoró al mago y se encaminó hacia la casa de De Trevino. Lo seguí.

Golpeó la puerta con la palma de la mano. Su magia se estrelló contra la madera. Todas las ventanas de la casa explotaron hacia fuera. Entró en la vivienda con cara de pocos amigos.

Antonio estaba en la sala, con el rostro blanco como el papel.

—Estoy un poco irritado. —Los muebles se apartaron del camino de Rogan—. Así que, solo lo preguntaré una vez: ¿por qué llamaste a Forsberg?

—Me preocupaba que pudiera impedir su investigación… —balbuceó Antonio.

—Mentira —dije.

—Solo quería conseguir información…

—Otra mentira.

La casa se estremeció.

Aquello estaba llevando demasiado tiempo y, si no hacía algo, Rogan derribaría todo el edificio.

—Mírame —le dije, reuniendo mi magia—. Mírame a los ojos.

Antonio me miró. Mi magia salió disparada y lo sujetó. Él se estremeció, luchando bajo la presión. Mis poderes se basaban en la voluntad y, con todo lo que había pasado ese día, mi voluntad tenía mucho combustible.

Mi voz se volvió grave, inhumana.

—¿Por qué llamaste a Forsberg?

La expresión en el rostro de Rogan no tenía precio. Lo estaba haciendo sin un círculo que me ayudara. «Alguien ha subido de nivel mientras estabas fuera».

—¡Dinero! —gritó Antonio—. Si Forsberg confirma que la muerte de Elena ocurrió en el trabajo, su seguro de vida paga el doble. La Casa Forsberg prometió no obstaculizar mi reclamación del seguro si proporcionaba cualquier información relacionada con quien investigara su muerte.

Lo solté.

—Eso es verdad —le dije a Rogan.

Antonio tomó una larga y temblorosa bocanada de aire.

Rogan pateó la mesa de cristal. Se hizo añicos. Los fragmentos se elevaron en el aire.

Antonio se quedó petrificado.

Un niño irrumpió en la habitación desde la puerta derecha. Corrió y se plantó delante de Antonio.

—¡No mates a mi padre!

No podía tener más de diez años.

—John —dijo Antonio con voz quebrada—. Ve con tu hermana.

—¡No mates a mi padre! —El niño miró a Rogan con expresión desafiante.

Rogan le devolvió la mirada.

Los fragmentos volaron por el aire y se estrellaron inofensivamente contra una pared.

—Todos elegimos un bando —se dirigió Rogan a Antonio—. Tú elegiste mal.

Se dio la vuelta y salió.

La calle fuera de la casa de Antonio estaba vacía, el río de hormigas se apresuraba al doblar la esquina, probablemente de vuelta a los bidones del mago de insectos. Las sirenas aullaban en la distancia. Alguien había llamado a la Policía.

La magia de Rogan se arremolinaba a su alrededor como un tornado enfurecido.

—Gracias por no matarlo delante de su hijo.

—Los adultos pueden elegir convertirse en mis enemigos o aliados, o permanecer como no combatientes. Los niños son solo niños, Nevada. Ese niño perdió a su madre. No le quitaría también a su padre. —Consultó su teléfono—. Por aquí.

Comenzamos a caminar hacia la derecha, alejándonos del ejército de hormigas en retirada.

—Enemigos, aliados o civiles, ¿eh? —pregunté.

—Exacto.

—¿Y si alguien ayuda al enemigo, como Antonio?

—Entonces se convierte en enemigo.

—¿Y hay que eliminar a los enemigos? —pregunté.

—Si representan un peligro, sí. —El rostro de Rogan era implacable.

La luz se hizo en mi cabeza. Sabía qué era eso. Ya lo había vivido antes.

—Eso es cierto en una guerra. Pero no estamos en guerra, Rogan.

—Por supuesto que estamos en guerra.

—No. Estamos en un mundo civil. Las cosas no son blancas o negras. Hay matices de gris. Hay grados de castigo, según la

gravedad del delito.

Me miró de frente, sus ojos azules duros y claros, sin sombra de duda.

—Esto no es un castigo. Es supervivencia.

«¿Qué demonios te pasó en la guerra, Rogan? ¿Qué te hicieron para causarte tanto daño?».

—Entonces, si alguien, digamos una joven, está ayudando a uno de tus enemigos, también es enemiga. ¿Está bien secuestrarla en la calle, encadenarla en tu sótano e interrogarla por cualquier medio necesario?

Su rostro me dijo que no le gustaba nada hacia dónde iba yo.

—Dime, ¿cómo de cerca estuve de ser asesinada?

—Nunca estuviste cerca de ser asesinada. En ese momento, no sentí que representaras una amenaza. Solo quería información. Y si la hubiera obtenido, te habría dejado ir igual que lo hice. Probablemente no te habría llevado a casa yo mismo, sino que le habría pedido a uno de mis hombres que lo hiciera.

—No puedes vivir así, Rogan. La guerra terminó.

Se detuvo y giró hacia donde yacían dos cuerpos en el suelo.

—¿Qué te parece esto? Porque a mí me parece un combate.

Seguimos caminando.

Y a él le gustaba el combate. El combate era simple. Era familiar. Sabía quiénes eran sus enemigos porque intentaban matarlo, y sabía cuál era su misión: sobrevivir eliminando cada amenaza que veía. No se disparaban tiros de advertencia en la guerra. Se apuntaba a matar.

Pero la vida civil era frustrante y complicada. Si Rogan entraba en un bar y un borracho intentaba pelear con él, esperarían resultados completamente diferentes. El borracho esperaría algunos insultos, luego empujones, posiblemente uno o dos puñetazos, seguidos de agarrarse la ropa y forcejear en la calle hasta que el berrinche alcohólico pasara. El borracho esperaría ir a casa después. Porque esa era su normalidad, la normalidad del mundo civil. No tenía ni idea de que en el momento en que se designaba como una amenaza, un interruptor mental se activaba en el cerebro de Rogan. Si el borracho tenía suerte, Rogan lo incapacitaría asfixiándolo. Si no

tenía suerte o intentaba sacar un cuchillo, Rogan lo dejaría lisiado o incluso lo mataría.

Había estado fuera del Ejército durante años. Probablemente nunca había buscado tratamiento. Probablemente ni siquiera sabía que algo andaba mal con él.

—¿Cómo duermes? —le pregunté.

—Como un bebé.

—¿Tienes pesadillas?

—Fui a tu casa para pedirte que estuvieras conmigo. Me rechazaste…

Vaya manera de cambiar de tema.

—Ahora no es el mejor momento para esta conversación.

—Es el momento perfecto. Te invité a una cita. Dijiste que no. Esperé. No hubo contraoferta.

—¿Una cita? —No era así como lo recordaba. Esperé la señal que me indicara que mentía, pero no llegó—. ¡Por favor! ¡Eso no es lo que estabas ofreciendo y lo sabes!

—Eso es exactamente lo que te estaba ofreciendo.

Verdad.

—¿Me estás diciendo que no me estabas ofreciendo una relación sexual?

Se tomó un segundo antes de contestar.

—No.

¡Ja! Para él, una cita era un preludio al sexo. En su cabeza me había ofrecido «una cita», así que técnicamente no mentía. Tendría que ser más astuta con mis preguntas.

—No soy un acosador, Nevada. Entendí el no.

—No quería que me acosaras, Rogan.

—¿Qué querías?

—Quería que me dieras la oportunidad de decidir si quería una relación contigo. Tú querías sexo. Si estás tan desesperado por sexo sin complicaciones, he oído que Harper está soltera.

Emitió un gruñido que podría haber sido un no, pero era difícil saberlo con tanto disgusto saturándolo.

Me temblaban las piernas. Seguí moviéndome. Si le decía que el estrés me estaba afectando, probablemente intentaría hacer algo

exagerado como llevarme en brazos. No dejaría que Mad Rogan hiciera eso, especialmente en público.

—No dije que solo quisiera sexo.

—Déjame citarte: «¿Quieres seducción, cenas y regalos? La seducción es un juego, y si pagas lo suficiente en halagos, dinero o atención, consigues lo que quieres. Pensé que estabas por encima del juego». ¿No me dijiste eso una semana antes de entrar en mi garaje para invitarme a «una cita»?

—Sí. Quería saltarme las tonterías.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Cambiaste de opinión y ahora quieres las tonterías?

El teléfono de Rogan sonó.

—Sí, quiero tus tonterías.

—Bueno, no tendrás ninguna de mis tonterías. Me las quedo.

«De acuerdo, eso no ha sonado infantil. Para nada…».

—¿Por qué no?

—Porque las llamas tonterías.

Un Range Rover plateado apareció en la curva de la carretera y se detuvo frente a nosotros. Troy iba al volante. Me subí atrás antes de que Rogan o yo dijéramos algo más. No quería continuar esa conversación delante de Troy.

Rogan se sentó en el asiento del copiloto.

—A casa.

Troy arrancó.

—No estoy seguro de entender completamente el concepto de «tonterías» —dijo Rogan en voz baja—. ¿Te gustaría discutirlo, tal vez durante la cena? Estaría encantado de escuchar una explicación de cómo me equivoqué. En el lugar que elijas.

No. Si iba a cenar con él, no podría resistirme a acercarme. Lo besaría. Probablemente haría otras cosas… Cosas más íntimas… No podría evitarlo, y no quería abrir esa puerta.

—Me gustaría ir a mi casa —respondí.

—¿Pasar una noche conmigo sería algo tan terrible?

La sinceridad en su voz me dejó sin palabras. Mis respuestas ingeniosas se agotaron.

—No.

—¿Me tienes miedo?

Me di cuenta de que no. Sabía que nunca me haría daño. Ni siquiera sabía de dónde venía esa certeza, pero estaba absolutamente segura de que no lo haría. Su poder me aterrorizaba, pero era un miedo profundo e instintivo. No le tenía miedo a Mad Rogan. Probablemente era la única persona en Houston que no se lo tenía.

—No es eso.

—Sé que mi forma de actuar te perturba —dijo él—. Haré casi cualquier cosa para que te sientas cómoda, pero si quieres que me sienta mal por eliminar a alguien que es una amenaza, no creo que pueda. No creo ser capaz de eso ya.

Aquella conversación se había vuelto profunda muy rápido. Su fachada se había agrietado y el hombre detrás de ella me estaba mirando.

—Acabo de matar a dos personas. —Mi voz sonó débil—. Intento no pensar en ello porque, si lo hago, podría derrumbarme. Ha sido un día muy largo. Necesito ir a casa y abrazar a mi familia para asegurarme de que están bien.

—Por supuesto —concedió él, con la voz cuidadosamente controlada.

Lo vi cerrarse. En un momento, Connor estaba allí, y al siguiente, Mad Rogan volvió a tomar el control.

Habíamos presenciado tanto dolor ese día. Tanto sufrimiento. Cornelius, Jeremy, las caras de los soldados de Rogan… Forsberg. Dos cuerpos en la calle tras nosotros. Sueños, futuros, vidas truncadas abruptamente. Ni siquiera sabía cómo procesarlo todo. Tenía que afectarle —no sería humano si no fuera así— y vi la huella de ese día en su rostro: fatiga, dolor y pesadumbre en sus ojos. Parecía mayor; no desgastado físicamente, sino amargado, como si no hubiera dormido en siglos. Seguía siendo agudo, letal, pero con el filo peligroso de un depredador acorralado tras una larga persecución.

Yo iría a nuestro almacén y estaría rodeada de un entrañable caos humano. Alguien estaría cocinando; otros viendo la televisión o jugando a videojuegos. Mis hermanas estarían discutiendo; Leon se

quejaría de su interminable batalla con el francés; luego abuela Frida entraría, oliendo a grasa de motor y metal, y se burlaría de mi madre… Me envolvería en esas afectuosas conexiones humanas y dejaría que derritieran la oscura frialdad de aquel día.

Mad Rogan no tenía a nadie esperándolo. Volvería a su casa, comería lo que alguien le trajera y probablemente volvería a ver esa terrible grabación para comprobar si se había perdido algo. Tenía mucho poder, pero no le aportaba ningún afecto. Ninguna red de seguridad humana que lo atrapara cuando se hundiera y lo ayudara a mantener la cabeza fuera del agua.

No podía dejarlo hacer eso.

—Cena conmigo —le dije—. En mi casa. Puedes ayudarme a explicarle a mi madre y a mi abuela qué le pasó a mi vehículo de trabajo.

Una sombra de sonrisa se mostró en sus labios. Sus ojos se iluminaron.

—¿Crees que tu madre intentará dispararme?

—Posiblemente.

—Entonces, por supuesto que sí. No me lo perdería.

Y sería el dragón más educado. Cola recogida, colmillos ocultos y garras cuidadosamente dobladas sobre su regazo. Acababa de invitar a Mad Rogan a cenar. Otra vez. Mi pobre madre…

El teléfono de Rogan sonó. Lo miró y maldijo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—La hermana de Luanne acaba de llegar a Houston. Tengo que reunirme con ella.

Intenté ordenar el enredo de emociones. ¿Estaba aliviada o decepcionada? No estaba segura.

—¿Lo dejamos para otro día?

—¿A qué hora es la cena? —me preguntó él.

—Normalmente sobre las cinco y media, seis.

—Puedo llegar.

Miré mi teléfono. Eran las tres y cuarto. Podría llegar razonablemente.

—Para en cuanto puedas —ordenó Rogan.

Troy tomó una salida y entró en una gasolinera.

—Allí estaré —prometió Rogan.

—Me gustaría. —Lo dije en serio.

Abrió la puerta, salió y se inclinó para dirigirse a Troy.

—Lleva a la señorita Baylor donde quiera ir.

—Sí, señor.

Rogan me sonrió y cerró la puerta.

Troy arrancó.

—¿Adónde, señorita Baylor?

—Nevada. ¿Te importaría hacer un pequeño desvío para recoger comida para llevar?

—Sus deseos son órdenes —respondió Troy.

Bien. Marqué el número de Takara. Mis hermanas tendrían su *sushi* después de todo.

Capítulo 5

La Katy Freeway se veía pasar por la ventanilla con un tráfico inusualmente fluido y sus cinco carriles de asfalto con tan solo unos pocos coches circulando delante del nuestro. En una hora, cuando terminara la jornada laboral, el tráfico sería infernal. El cielo, debatiéndose todo el día entre la lluvia y una monótona capa de nubes, finalmente se había decidido por la lluvia. El agua caía como si algún gigante hubiera decidido sostener una regadera sobre la ciudad.

Acaricié la bolsa de plástico en el asiento trasero junto a mí. Había gastado demasiado dinero en *sushi* y no me importaba. Después de todas las cosas espantosas que había visto ese día, quería comprarles a mis hermanas todo el *sushi* del mundo. Estaba tan agradecida de que estuvieran vivas que incluso podría abrazarlas cuando llegara a casa. Por supuesto, se asustarían y dirían que necesitaba que me examinaran la cabeza.

El reflejo de Troy en el espejo retrovisor frunció el ceño.

—¿Llevas el cinturón puesto?

—Sí. ¿Por qué?

—Un Toyota 4Runner nos está siguiendo. Iba acelerando y zigzagueando entre los carriles hasta que se pegó a nuestro trasero. Voy diez kilómetros por debajo del límite de velocidad, el carril izquierdo está completamente libre y no nos adelanta.

Saqué mi Glock y miré hacia atrás a través de la ventana trasera tintada. El 4Runner negro se mantenía a unos tres coches de distancia. Un conductor y un pasajero, ambas siluetas tenues y

oscuras bajo la lluvia. Tomé una foto de la matrícula con mi teléfono. No era muy buena, pero una vez que la subiéramos y la pasáramos por algunos filtros, deberíamos poder leerla.

—Tengo las cámaras delantera y trasera grabando —dijo Troy.

Bien. Eso era lo que siempre me había gustado de Rogan y no me importaba admitirlo: era minucioso y pensaba con anticipación.

—Se acerca la salida a Sam Houston Parkway.

—Sí. —Troy volvió a revisar su espejo retrovisor—. Veamos si nos sigue.

El cartel anunciando la salida pasó volando. Un carril de solo salida se separó de nuestro carril, corriendo paralelo a la carretera principal. Una barrera de hormigón se alzaba ante nosotros, donde nuestro carril se dividía: el lado izquierdo seguía por Katy, el derecho se unía al carril de salida y giraba hacia un paso elevado.

La barrera se acercaba directamente hacia nosotros.

Troy giró bruscamente a la derecha hacia la salida y pisó el acelerador. El Range Rover se lanzó a toda prisa por el carril. El 4Runner detrás de nosotros aumentó la velocidad.

Un todoterreno Suburban negro se puso a nuestra altura en el carril izquierdo. Un hombre en la ventanilla del pasajero delantero me miró, su rostro borroso tras el cristal salpicado de lluvia. De treinta y tantos años. Pelo rubio peinado hacia atrás. El hombre se acercó más al cristal y sonrió. El Suburban nos adelantó. El pavimento mojado detrás del todoterreno se volvió blanco por la escarcha. El hielo cubrió la carretera.

El Range Rover resbaló. Mi estómago se sacudió a izquierda y derecha, intentando escapar de mi cuerpo. Me agarré al asiento frente a mí. Zigzagueamos por el paso elevado y vi en el espejo retrovisor cómo el rostro de Troy se volvía blanco. Mi corazón martilleaba de pánico. El Range Rover se desvió hacia la barandilla exterior de hormigón. Un horrible chirrido metálico se oyó. Treinta metros más abajo, un aparcamiento se extendía ante nuestros ojos.

Íbamos a morir.

Troy luchó con el volante. El Range Rover se deslizó por la carretera helada como una bola de pinball disparada de la máquina, superó la curva y aceleró bajando el paso elevado. Delante de

nosotros, la Sam Houston Parkway, con todo el carril derecho brillando por el hielo. Íbamos demasiado rápido, pero si Troy pisaba los frenos, derraparíamos y moriríamos. El Range Rover se deslizó a la izquierda, luego a la derecha. Troy pisaba el freno suavemente, intentando perder velocidad.

Un camión rugió junto a nosotros en el carril izquierdo, bloqueándonos. Serpenteamos por el carril, atrapados entre el camión y la barrera de hormigón.

El 4Runner se deslizó detrás del camión. La ventanilla del pasajero bajó.

Tocaba cruzar los dedos para que el dinero de Rogan hubiera comprado suficiente blindaje.

—¡Arma! —advertí.

Las balas rociaron la carretera detrás del coche. Algo silbó: habían alcanzado nuestros neumáticos. Los refuerzos de goma nos permitirían continuar, pero la conducción acababa de volverse mucho más difícil.

El Range Rover volvió a deslizarse, derrapando sobre el hielo. Por suerte, Troy consiguió controlarlo.

No nos habían atacado mientras Rogan estaba en el coche. No estaban preparados para esa confrontación, lo que significaba que incluso ahora querrían mantener su identidad en secreto. Si yo no quisiera que un ataque me señalara, usaría coches robados, y si el 4Runner que nos perseguía era robado, no tendría blindaje.

Intenté bajar la ventanilla. Estaba bloqueada.

—¡Baja la ventanilla! —ordené a Troy.

—No puedo hacer eso. Mantén el cinturón puesto.

—¡Troy!

—Si bajo esa ventanilla y chocamos, saldrás volando por el parabrisas.

Salir de la autopista era nuestra única oportunidad.

—Si no bajas la ventanilla, seguirán disparándonos. Aunque el coche nos proteja, las balas rebotarán. Hay gente inocente en esta carretera. ¡Abre la ventanilla!

La ventanilla se deslizó hacia abajo. Me desabroché el cinturón, apunté al 4Runner y disparé cinco tiros. El parabrisas se fracturó. El

4Runner retrocedió. El camión se deslizó entre el 4Runner y nosotros, bloqueando el disparo.

Tres balas restantes.

Delante, el carril de salida hacia Hammerly Boulevard se separaba de la autopista.

El camión rugió, acelerando. Troy pisó el acelerador, pero era demasiado tarde. Me abroché el cinturón y empujé el arma hacia abajo a la derecha, para no dispararme a mí misma ni a Troy.

El camión nos embistió. El Range Rover saltó hacia delante, se deslizó, fuera de control, mientras el camión pasaba rugiendo junto a nosotros al volver al carril izquierdo. Nos estrellamos contra algo sólido. El impacto me golpeó. El arma se me escapó de los dedos. El cinturón me quemó el hombro y el pecho, dejándome sin aliento.

Abrí los ojos. Las bolsas desinfladas de los airbags delanteros colgaban del salpicadero. Troy yacía inmóvil en su asiento. El impacto había doblado su puerta hacia dentro, forzando su asiento completamente hacia atrás y aprisionando mis rodillas. Mi Glock estaba en algún lugar del coche, probablemente en el suelo junto al asiento del pasajero a mi derecha, y no tenía forma de alcanzarla. Genial.

—¿Troy?

No respondió.

Puse mi mano en su cuello y sentí su pulso. Estaba estable; no parecía débil, aunque no era médico. Acerqué mi mano a su nariz. Respiraba. Bien. ¿Dónde diablos estaba ese camión?

Intenté girarme para mirar detrás de mí y logré echar un vistazo por encima del hombro. El camión había desaparecido.

El 4Runner se había detenido delante de nosotros en la autopista de peaje en el carril derecho, con el frente hacia nosotros, ajeno al tráfico que tenía que fluir a su alrededor. La puerta del conductor se abrió. Una pierna emergió bajo la puerta. En lugar de un pie, tenía una especie de pezuña.

Una ola de pavor me invadió, un miedo enfermizo y abrumador. Mi corazón se aceleró. El sudor frío brotó por todo mi cuerpo. El vello de mis brazos se erizó. Tenía que salir.

Un segundo pie se unió al primero. Algo ancho y oscuro se elevó sobre la puerta. Aquella forma oscura se desplegó y se convirtió en un ala de murciélago.

Me dolía el pecho. Mi garganta se contrajo, ahogándome. Desabroché el cinturón de seguridad con manos temblorosas y me sacudí, tratando de liberar mis piernas. Estaba atascada.

No podía ser real. La gente invocaba monstruos del reino arcano, pero nunca había oído de nadie que invocara demonios reales. Sin embargo, estaba justo allí, vivo, respirando. Era real.

La criatura empezó a acercarse a mí. El pánico se apoderó de mí. El demonio medía dos metros de altura, sus gigantescas alas jaspeadas en tonos verdosos y pardos, con gruesos nervios que las recorrían. Escamas de pitón envolvían sus brazos musculosos y torso, los bordes de sus huesos cortando a través de la piel escamosa para formar un exoesqueleto en su pecho. Afiladas crestas óseas sobresalían de su cuello y hombros. Su poderosa cola de dinosaurio se movía de lado a lado.

Me sentía mareada, pequeños puntos negros flotando ante mis ojos. Tenía que huir corriendo o me desmayaría.

El demonio saltó sobre la barrera de hormigón que separaba la autopista del carril de salida. Sus pezuñas resonaron al tocar el pavimento. Una capucha raída se posaba en su cabeza y, dentro de ella, un rostro horrible me devolvía la mirada. Pálido, arrugado, con hendiduras reptilianas por nariz, miraba al mundo con ojos inhumanos. Ardían con un rojo furioso y violento. Bajo los ojos, una amplia hendidura de boca mostraba un bosque de colmillos estrechos y afilados.

Me agité, tirando de mis piernas, pero el asiento seguía atascado.

«Déjame salir, déjame salir, déjame salir, por favor, Dios mío, déjame salir…».

El demonio abrió la puerta de un tirón.

No quería morir. Nunca volvería a abrazar a mi madre. No vería crecer a mis hermanas. No estaría cuando Bern se graduara; nunca descubriría la magia de Leon. Nunca sabría si Rogan y yo teníamos una oportunidad.

Mi familia estaría perdida sin mí.

No moriría ese día. Demonio o no, que me condenaran si me quedaba allí, petrificada, y dejaba que me arrancara la vida. Eso jamás.

El demonio cerró su mano en mi garganta, tirando de mí hacia él. El rostro monstruoso se inclinó, la boca abriéndose más, los dientes brillando, los ojos ardientes y rojos excitados mientras apretaba mi cuello, cortando mi aire.

«Miente», susurró mi magia.

Agarré su cuello con ambas manos y empujé con todo mi poder. La agonía explotó en mis hombros, bajó por mis brazos y estalló en un relámpago plumoso, mordiendo profundamente la carne del demonio. La criatura en mis brazos gritó, pero el relámpago del paralizador lo mantuvo apretado y me esforcé más, forzando toda la reserva de mi magia en su carne.

Las escamas se volvieron transparentes, revelando un atisbo de piel humana debajo. No era un demonio. Era un mago de ilusión. «¡Maldito bastardo! Fríete, hijo de puta. Fríete».

La ilusión se rompió, una cortina se apartó de golpe, y un rostro de hombre me gritó, la boca grande contorsionada de dolor.

Un hilo brillante nadó a través de mi visión. Tenía que soltarlo o me mataría.

Liberé mis manos del cuello del hombre. Se desplomó sobre mí. Me golpeé contra el asiento con el costado, el peso muerto de su cuerpo inmovilizándome, casi aplastándome. Mi espalda crujió. Sus pies con botas negras golpeaban el aire mientras convulsionaba sobre mí. No había a dónde ir. Una espuma rosada espesa se deslizaba de sus labios. Lo empujé hacia atrás con toda mi fuerza y se desplomó a un lado del asiento, medio dentro del vehículo.

No tenía idea de si había sobrevivido. Tenía que asegurarme.

Mi nariz goteaba. Las lágrimas rodaban por mi cara, pero el pánico se había desvanecido. Por fin vi mi arma en el suelo, fuera de mi alcance.

Me agarré al asiento y me puse de pie, inclinándome hacia delante. Mis rodillas crujieron. Me apoyé en el pie izquierdo y usé mi peso para liberar la pierna derecha.

Leves temblores sacudían las piernas del mago. Si vivía…

Liberé mi pierna izquierda, me lancé sobre el asiento, tomé mi arma y disparé tres balas en el lado izquierdo del pecho del mago. Si no estaba muerto, tenía claro que no se encontraba muy a gusto. «Genial, me he convertido en mi madre. Eso es lo que ella diría».

La 4Runner no se había movido. Su puerta del conductor seguía abierta. Nadie disparó. Nadie había seguido al mago ilusionista.

Agarré el cadáver por el pelo largo y oscuro y levanté su cabeza para ver su rostro. Un hombre de unos treinta años, bronceado, de rasgos afilados, vestido con una camiseta negra, una gabardina y pantalones negros. Nunca lo había visto antes.

Era una investigadora privada con licencia involucrada en un accidente. La cámara del peaje probablemente había grabado el choque. Debía dar aviso y esperar hasta que llegaran la Policía y los Servicios de Emergencia. Si Troy tenía una lesión en el cuello y lo movía, podría quedar paralizado. Podría estar sufriendo una hemorragia interna.

Pero Troy y yo éramos blancos fáciles. Si ese camión regresaba y nos embestía de nuevo, no quedaría nada más que un amasijo de metal y una mancha sangrienta. Quien hubiera enviado al mago ilusionista pensaría que él se estaría encargando del trabajo. Si llamaba a las autoridades pidiendo ayuda y de alguna manera nos escuchaba, sabría que no estábamos muertos. No había forma de saber quién aparecería.

Agarré el cadáver por la camiseta y lo arrastré más adentro del coche. Era tan pesado. La camiseta se rasgó. Maldición. Metí mis manos bajo sus axilas y tiré, levantando con las piernas. Finalmente, el cuerpo cedió y se deslizó hacia delante. Lo giré de lado, doblé sus rodillas y cerré la puerta del pasajero. De momento todo bien. Abrí la puerta trasera derecha, manteniendo el Range Rover entre la carretera y yo, y me metí en el asiento delantero del pasajero.

Troy no se movía. No había sangre ni lesiones evidentes. Le desabroché el cinturón de seguridad y volví a comprobar su pulso. Seguía vivo.

El impacto del choque había aplastado el lado izquierdo del Range Rover. La mayor parte del capó estaba casi intacta, pero toda la

puerta del conductor parecía inutilizable. No había forma de abrirla. Tenía que moverlo desde dentro de la cabina.

Un camión pasó junto a nosotros y viró para evitar la 4Runner estacionada en el arcén. El vehículo no mostraba señales de vida. Podría jurar que había visto a dos personas dentro.

Encontré el interruptor en el lateral del asiento delantero del pasajero y lo accioné, empujando el respaldo para reclinarlo tanto como fuera posible.

Detrás de nosotros, un todoterreno azul tomó una salida, luego viró bruscamente de vuelta a la autopista antes de que mi corazón tuviera oportunidad de saltar de mi pecho.

Agarré a Troy y suavemente, centímetro a centímetro, comencé a deslizarlo sobre el asiento reclinado, tratando de no sacudirlo. Tiré y empujé hasta que finalmente se deslizó.

El asiento vacío del conductor me miraba fijamente. Trepé sobre Troy y aterricé en él. Mis pies apenas alcanzaban los pedales. El interruptor para mover el asiento hacia delante no respondía. Me senté en el borde del asiento, presioné el pedal del freno y pulsé el botón de arranque.

—Arranca. Por favor, por favor, por favor, arranca.

El motor rugió. No existía sonido más dulce.

Puse el coche en marcha hacia atrás. La puerta del Range Rover chirrió, separándose de la cabina, y de repente estábamos libres. El motor tosió. Pisé a fondo. El almacén estaba a quince minutos. Giré en Hammerly, tomé a la izquierda en Triway, y zigzagueé por el laberinto de calles pequeñas mientras la lluvia seguía cayendo, inundando el pavimento.

Los minutos se alargaron, lentos y pesados, el Range Rover tosiendo y crujiendo, amenazando con morir en cualquier momento. No dejaba de mirar por el retrovisor. No había camiones.

Troy se movió en el asiento. Lo miré. Parpadeó rápidamente e intentó incorporarse.

—Quédate abajo —le dije. Él me obedeció—. ¿Dónde te duele?

—En la parte posterior de la cabeza. Mi visión está borrosa. ¿Qué ha pasado?

—Te llevo a casa.

—Necesito notificar… —Se tanteó el bolsillo.

—No te muevas. Ya casi hemos llegado. Rogan tiene un equipo vigilando nuestra casa. Seguro que uno de ellos es médico.

—Hay que informar.

—Cuando estemos a salvo.

Las calles pasaban veloces. Gessner. Kempwood. Cuando nuestra calle apareció entre la lluvia, casi lloré. Conduje alrededor del almacén hasta la parte trasera. Una de las enormes puertas industriales del garaje estaba abierta, y dirigí el Range Rover dentro, frenando con un chirrido a un pie del parachoques de un Hummer blindado.

—¿Qué demonios…? —Abuela Frida salió de detrás del Hummer con una llave inglesa en las manos. Miró el lado destrozado del Range Rover y después mi cara. Debía de tener muy mal aspecto porque mi abuela de setenta y dos años corrió por el suelo para presionar el botón del control remoto de la puerta. Esta se cerró con estrépito, aislándonos del mundo exterior.

Corrí hacia la zona habitable del almacén mientras abuela Frida tomaba el botiquín de uno de los armarios metálicos. Ruidos de dibujos animados se oían desde la sala multimedia. Asomé la cabeza. Arabella, rubia y baja, estaba despatarrada en el sofá. Catalina, más alta, delgada y de pelo oscuro, sentada en el suelo entre un montón de cepillos y gomas para el pelo. Matilda estaba sentada en el suelo frente a ella, entre Bunny y un gran gato himalayo. La mitad de su pelo estaba peinado con una elaborada trenza.

Todos me miraron.

Me forcé a sonreír.

—Matilda, ¿dónde está tu padre?

—Está tomando una siesta.

—¡*Sushi*! —Arabella saltó del sofá, poniéndose completamente vertical en menos de un segundo.

—¿Puedo pediros un momento a las dos?

Catalina hizo una mueca.

—No puedo dejarlo así, tendré que rehacer toda la trenza.

—Por favor, no discutas.

Debieron de notar el tono serio en mi voz, porque mis hermanas se movieron.

—Hay un cadáver y un hombre herido en el garaje —dije en voz baja—. Abuela Frida los está vigilando. Catalina, mantén a Matilda en esta habitación. Haz lo que tengas que hacer para protegerla. Me refiero a lo que sea necesario. Si necesitas usar tus poderes, hazlo.

Catalina palideció.

—Entendido.

—Arabella, ¿está Bern en casa?

—Está en la Cabaña del Mal.

—Dile que active el cierre. ¿Dónde está mamá?

—¿En la torre?

—¿Y Leon?

—Jugando a *Grim Soul*.

Bien; Leon estaba con su hermano en la sala de ordenadores.

—¿Estás bien? —me preguntó Catalina.

—Sí.

—¿Viene alguien a por nosotros? —susurró Arabella.

—No lo sé. Venga, vamos.

Arabella salió disparada como un cohete, Catalina se escondió en la sala multimedia y yo corrí hacia el intercomunicador del pasillo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Me han atacado. Hay un herido y un cadáver en el garaje. Necesitamos un médico. ¿Puedes contactar con el equipo de Rogan?

—Espera. —Aguardé. Al poco rato, el intercomunicador se activó de nuevo—: Abre la puerta principal.

Corrí a la oficina por el pasillo, luego hasta la puerta y revisé el monitor. Dos hombres con equipo táctico corrían hacia la puerta bajo la lluvia, uno llevaba un maletín médico. Abrí la puerta, me aseguré de que quedara cerrada tras ellos y los guie hasta el garaje.

El médico fue directo hacia Troy, mientras el otro hombre se dirigió al cadáver y comenzó a hablar rápidamente por su auricular.

Marqué el número de Rogan. No necesité buscar en contactos. Para mi vergüenza, me lo sabía de memoria. La llamada fue directa al buzón de voz. No había mensaje, ni presentación, solo un pitido.

Me aclaré la garganta.

—Nos han atacado en la autopista Sam Houston. Troy está herido. Tu gente se está ocupando de él. Había tres vehículos implicados: un camión, un Toyota 4Runner y un Suburban negro. Había un mago de hielo en el Suburban. Congeló la carretera, luego el Toyota nos disparó, el camión nos empujó fuera de la autopista y nos estrellamos contra una cabina de peaje. Un mago ilusionista vino a por nosotros. Lo maté y tengo su cadáver. Por favor, devuélveme la llamada.

Colgué y me apresuré hacia el médico.

Cuando el médico de Rogan examinó a Troy y me informó de que tenía una conmoción cerebral, toda mi adrenalina ya se había disipado. Tomé varias fotos del muerto con mi teléfono y me alejé. Debería haber comprobado cómo estaba Cornelius, pero en ese momento no estaba en condiciones de proporcionar un informe del día. Me dirigí a la torre donde estaba mi madre. Llamarlo torre era bastante exagerado. En realidad, se trataba de un conducto cuadrado que llevaba hasta el puesto de vigilancia del tejado, equipado con una robusta escalera de madera. Mi madre la había subido a pesar de su cojera permanente, lo que significaba que estaba realmente preocupada por nuestra seguridad.

Subí la escalera y emergí por la trampilla a una pequeña habitación, construida en lo más alto del almacén. El techo apenas medía metro y medio de altura, lo justo para caminar agachado y sentarse en un taburete, que era exactamente donde estaba mi madre. Su rifle de francotirador Winchester Magnum 300 le hacía compañía. Mi padre y ella habían personalizado el tejado, instalando algunas ventanas muy estrechas, pero nunca llegaron a construir el puesto de francotirador. Eso vino más tarde, cortesía de abuela Frida y mi madre, después de que Adam Pierce usara a unos niños para hacer explotar el coche de Rogan frente a nuestro almacén.

Desde aquel punto de observación, mi madre tenía una vista perfecta de los lados norte, sur y este del almacén y de la calle y los aparcamientos adyacentes. El almacén era rectangular, y el lado oeste, donde el garaje de abuela Frida se abría a la calle, era demasiado largo. El tejado bloqueaba la vista de ese aparcamiento, así que no había un tiro claro.

Me senté junto a mi madre.

Ella me abrazó y sentí ganas de llorar.

—¿Cómo está el herido? —me preguntó.

—Tiene una conmoción cerebral. La colisión lo dejó inconsciente.

—¿Nada grave?

—No. O al menos el médico no ha encontrado nada más de momento. —Mi voz sonaba apagada—. El Mazda está destrozado.

Mi madre ni siquiera pestañeó.

—¿Y eso cómo ocurrió?

—Los magos de bombardeo energiquinético nos tenían acorralados y Rogan lo partió por la mitad y lo usó como escudo.

—¿Estás herida?

—No de gravedad.

—¿Él lo está?

—No de gravedad.

—¿Y los otros? ¿Están heridos?

—Los maté.

—Entonces, todo está bien.

—Sí. No…

Abrí la boca y las cosas simplemente salieron solas. Le hablé sobre cómo murió Forsberg y sus ojos convertidos en dos agujeros sangrientos que no podía dejar de ver en mi cabeza. Sobre la grabación de los abogados siendo asesinados, el hielo en el paso elevado y el aparcamiento de abajo. También sobre el demonio y que esperaba que Troy no tuviera el cuello roto.

Ella no dijo una palabra. Solo me abrazó de nuevo.

—Debería decírselo a Cornelius.

—Cornelius tardará un buen rato en despertarse. Le di dos pastillas para dormir —dijo mi madre.

—Oh.

—Trasladó todas sus cosas, trajo todos los animales, luego intentó cocinar para Matilda, pero las chicas se ofrecieron a hacerle avena con pasas y azúcar moreno, así que ella prefirió comer eso. Después se sentó en la cocina mirando al vacío con las manos temblando. Le hice tomar una ducha caliente y un par de pastillas, y la última vez que lo vi, dormía como un tronco. Lo necesita. No ha dormido desde que murió su esposa.

—Ya veo. —Era difícil decir que no a mi madre.

Ella se acercó y me apartó el pelo de la cara.

—Parece que las aguas están un poco revueltas.

—Sí. Pero está bien. Me metí en ellas por voluntad propia.

Mi teléfono sonó. Lo miré. Era Rogan.

—¿Sí? —respondí.

—Voy para allá —dijo él y colgó.

Miré a mi madre.

—El Azote de México viene hacia aquí. Estamos salvados.

Mi madre resopló.

—Acuéstate, anda. —Señaló un colchón estrecho en el suelo.

Lo hice. Me cubrió con una suave manta azul. Allí arriba hacia calor y resultaba tan reconfortante estar bajo la manta. Mis extremidades se sentían muy pesadas. De repente estaba tan cansada, pero me sentía segura. Mi madre me vigilaría.

—Intenta descansar.

—Me siento tan rara. —Como si todas esas cosas terribles le hubieran sucedido a otra persona.

—Estás en estado de *shock*. El pánico inducido por magia tiene efectos secundarios extraños. Tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse. Intenta relajarte y déjalo ir. Te avisaré cuando llegue tu Rogan.

—No es mío.

Mi madre me sonrió.

—Claro que no.

Bostecé.

—Es malo para mí. ¿Por qué me tiene que gustar un hombre que es malo para mí? ¿Por qué no puedo encontrar a alguien normal y seguro?

—No lo sé —dijo mi madre extendiendo los brazos.

La miré entrecerrando los ojos.

—Tú eres la adulta.

—¡Tú también lo eres! —respondió ella.

—Pero eres una adulta mayor. Has tenido más práctica.

Mi madre se rio.

—¡Escúchame! ¡Sueno como si tuviera quince años! —Intenté reunir algo de vergüenza, pero estaba demasiado cansada.

—Cuando yo era cinco años más joven que tú ahora, tuve la misma conversación con tu abuelo —confesó mi madre.

—¿Qué? —Abuela Frida siempre me dijo que ella y el abuelo Leon amaban a mi padre. ¿Fue antes de papá? No podía ser. Mamá me tuvo cuando ella tenía veinte años.

—Tu padre tuvo una vida muy difícil. Tenía problemas.

—¿Como cuáles? —Intenté mantenerme despierta con todas mis fuerzas.

—No podía estar en lugares concurridos porque estaba convencido de que alguien lo seguía y la gente lo miraba como si hubiera algo mal en su rostro.

—¿Papá?

—Sí. No podía mantener ningún trabajo. Solo tenía el diploma de secundaria, y el tipo de trabajos que conseguía a menudo significaba que tenía que mantener la boca cerrada y hacer lo que le dijeran. Aunque él intentaba mejorar las cosas. Señalaba formas de hacer el trabajo mejor o producir más, y generalmente tenía razón. Se negaba a tomar atajos y no se metía en políticas laborales, así que a veces lo despedían.

Eso sí podía creerlo. Papá tenía un fuerte sentido del bien y del mal. Era profesional en todo y nunca haría nada poco ético.

—Y entonces llegaste tú. Teníamos muy poco dinero y carecíamos de seguro médico. Tus abuelos presionaron a tu padre para que se alistara.

Eso tampoco me sorprendió. Tanto el abuelo Leon como abuela Frida habían hecho sus carreras en el Ejército. Para ellos alistarse significaba un sueldo estable, asistencia médica y dental, privilegios de economato y, a pesar de los despliegues militares y las guerras,

era una forma de obtener estabilidad que el mundo civil no podía brindar.

—Tu padre no pudo alistarse. Se estaba escondiendo y había demasiadas señales de alarma.

—¿Escondiendo de qué?

Mi madre suspiró.

—Es complicado. Te prometo que tenía sus razones y eran buenas. Mis padres no lo entendían. Lo veían como un perdedor irresponsable que había tenido un bebé y que no hacía todo lo posible para cuidarlo. El abuelo Leon lo llamó cobarde a la cara. Abuela Frida me llevó a un almuerzo donde intentó convencerme de que lo dejara y volviera a casa con ellos. Sus palabras exactas fueron: «Y si intenta molestarte de nuevo, le arrancaré las piernas».

Tuve que forzarme a cerrar la boca.

—Era muy convincente. Recuerdo que tuve un momento en que pensé que podría tener razón y que sería más fácil alejarme. Al final, no me importó. Lo amaba. Entendía por qué era como era. Me amaba tanto y hacía todo lo que estaba en su poder para mejorar las cosas. Así que, cuando tenías seis meses, me alisté yo en su lugar y te dejé en casa con tu padre. Eso fue lo más difícil que he hecho nunca. Fue entonces cuando tu abuela empezó a ablandarse. Entró en nuestra casa un mes después de que me fuera al campamento de entrenamiento, esperando encontrar un basurero de pañales sucios y a tu padre al límite de sus fuerzas. Pero la casa estaba impecable, tú estabas limpia y bien alimentada, y él le preparó el almuerzo. Tu padre hizo un buen trabajo cuidándote, y más tarde, de tus hermanas. Construyó un negocio que todavía pone comida en nuestra mesa. Y cuando el abuelo Leon necesitó ayuda, tu padre siempre se la ofreció y nunca pidió reconocimiento. Tu padre era un buen hombre. Estaba orgullosa de él y de ser su esposa.

—Él no habría abandonado la escena de un accidente.

—Si tu vida estuviera en peligro, ni siquiera lo habría pensado dos veces. Tu padre haría cualquier cosa para mantenernos a salvo. Si tuviera que tomar un arma y dispararle a alguien entre los ojos, no dudaría. Tenías un compañero herido en el coche. Hiciste lo que

había que hacer para mantenerlo a salvo. Tu padre estaría orgulloso de ti. Nunca lo dudes. La agencia es su legado, Nevada. Asegúrate de que prospere y que su nombre signifique algo.

Ahora mismo significaba «nos metemos en líos violentos y luego intentamos salir de ellos heroicamente».

—De todos modos, la moraleja de esa larga historia que acabo de contarte no era compararte con tu padre. Es para recordarte que es tu vida, Nevada. Tú eres responsable de ella. No puedo responsabilizarme y ni siquiera quiero darte consejos. No tiene sentido. No importa lo que diga, al final harás lo que sientas que es correcto. Así que… —Mi madre cruzó las manos sobre su regazo—. ¿Qué crees que es lo apropiado, Nevada?

—No lo sé.

—Bueno, cuando lo averigües, házmelo saber. Si tengo que dispararle a Mad Rogan, me gustaría estar debidamente preparada.

—Me equivoqué sobre él, ¿sabes? —dije en voz baja, medio dormida—. Pensé que era un sociópata, pero le importa que maten a su gente.

—¿Estás segura de que no es simplemente que está enfadado porque fallaron?

—No. Intenta ocultarlo, pero se nota que lo destrozó por dentro. Ayer fue personalmente a hablar con todas las familias. Cuando estábamos siguiendo a Adam, estaba muy enfadado por cómo la Fuerza Aérea había tratado a Bug. No le di mucha importancia en ese momento, pero ahora tiene sentido.

—Así que después de todo es humano.

—En cierta manera. Le importa su gente. Solo que no sé si le importa alguien más. Todavía piensa que está en guerra, mamá. Es matar o morir. No hay término medio con él.

—Vaya.

Un bostezo se me escapó.

—Lo he invitado a cenar. Solo quería decírtelo para que no te dé un ataque al corazón.

Mi madre dijo algo en respuesta, pero sonaba lejana y no pude entenderlo. Los pensamientos se arrastraban por mi cabeza en todas

direcciones como grandes orugas perezosas. Me rendí, cerré los ojos y me dejé llevar.

Capítulo 6

Me desperté porque oí voces. Abrí los ojos. Mi madre no estaba. La torre estaba vacía y la única luz provenía del exterior, filtrándose por las estrechas rendijas de las ventanas y por la abertura cuadrada que conducía al piso de abajo. Revisé mi teléfono. Había dormido cuarenta minutos y me sentía algo mareada. No quería levantarme. Quería quedarme justo donde estaba, en aquel cómodo colchón hinchable, calentita y a gusto. Y tal vez dormir un poco más.

El crujido de una escalera anunció que alguien subía a la torre.

Me senté y me incliné hacia la abertura, con las manos en el suelo, para ver quién subía las escaleras. En ese preciso momento Rogan asomó la cabeza. Quedamos cara a cara. Un alivio abrumador inundó sus ojos.

Me alegré tanto de verlo.

—¿Estás herida? —me preguntó. Apenas nos separaban unos centímetros.

—Es la segunda vez que me preguntas eso hoy. —Me acerqué más. No pude evitarlo—. Deberías buscar una mejor frase para ligar.

Él se impulsó hacia arriba, con medio cuerpo dentro de la habitación y los pies aún en las escaleras. Atrapó mi boca con la suya.

Sus labios me abrasaban. El somnoliento aturdimiento se desvaneció en una oleada palpitante. Olía a sándalo, y sentía mi cabeza dar vueltas. Pasé mi lengua por sus labios. Tenía un sabor exquisito. Un ronco gemido masculino brotó de su garganta. «Sí, ruge para mí».

Su mano acarició la parte posterior de mi cuello, sus dientes mordieron mi labio inferior, y jadeé cuando el aliento se me quedó atascado en la garganta. Un calor me abrasó la piel desde dentro, cada sensación amplificada. Me sentía tan viva. Quería que sus manos me tocaran. Quería el calor de sus dedos ásperos sobre mi piel. Lo quería dentro de mí. Abrí la boca, sorprendida por ese pensamiento, y él la tomó, su lengua rozando la mía y retirándose, perfectamente sincronizado con mi respiración, conquistando y seduciendo, provocando y retrocediendo, fingiendo que podría escapar y luego reclamando mi boca como suya.

Un calor aterciopelado goteaba por la parte posterior de mi cuello, una miel fundida fantasmal crepitando sobre mi piel mientras la magia de Rogan nos ataba. Descendía por mi espalda, centímetro a centímetro, prendiendo fuego a cada nervio a su paso, mi cuerpo ansioso por repetir la exquisitez que recordaba. Oh, Dios mío, ¿cómo podía sentirse tan bien?

La mano de Rogan se deslizó por mi pecho. «Sí, sí, por favor». Dio un paso hacia arriba. Otro.

Si subía del todo, tendríamos sexo allí mismo, en ese mismo momento.

Sobre el colchón hinchable de mi madre.

Lo empujé. Durante una fracción de segundo se quedó donde estaba, agarrándose al aire para mantener el equilibrio, y luego resbaló por las escaleras con un golpe sordo.

Me incliné hacia la abertura. Él se sujetó a mitad de camino de la escalera, me miró hacia arriba y extendió los brazos, con gesto confuso en su rostro.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi madre desde abajo.

—Mad Rogan se ha caído por las escaleras. —Cerré los ojos un segundo, avergonzada.

—¿Necesita un médico?

—No, está bien. Ya baja ahora.

Él suspiró con fuerza, bajó las escaleras y se quedó allí parado. Genial. Tendría que bajar las escaleras mientras él esperaba abajo. Pensé que tal vez se movería.

Pero no lo hizo.

Sin embargo, cuando bajé las escaleras, la expresión de su cara volvió a ser la de: «Soy un principal y puedo matarte con un dedo meñique». Probablemente porque mi madre y mi abuela estaban en las proximidades, de pie en la entrada de la sala multimedia mirando algo en la pantalla. Leon rondaba cerca, contemplando a Rogan con todo el amor de su mirada de cachorro que su malvado corazón adolescente podía reunir. Por alguna extraña razón, Leon idolatraba a Rogan con exagerado fervor.

Me dirigí a la sala multimedia. Rogan me siguió. Una mujer afroamericana de su equipo estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo junto a un ordenador portátil conectado a nuestro televisor con un cable. Otro hombre, atlético y delgado, de unos cuarenta años, estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante y manteniendo la mayor parte de su peso sobre sus pies, esperando saltar en cualquier momento. Una imagen de un paso elevado cubierto de hielo se veía en la pantalla y la vista volaba sobre el hielo, virando a izquierda y derecha.

Mi madre y abuela Frida tenían la misma expresión de enfado en sus rostros.

—Troy debería recibir un aumento —murmuré.

—Lo tendrá —prometió Rogan, con voz dura—. Gracias por salvarle la vida.

—Yo no…

—Lo he visto —dijo Rogan—. Lo hiciste. Gracias por cuidar de él.

—*¡Baja la ventanilla!* —Me oí gritar en la grabación. No me había dado cuenta de que gritaba tanto.

Las manos de la mujer volaron sobre el teclado del portátil. La vista cambió a la cámara trasera y el parabrisas del 4Runner se fracturó.

—Muerte limpia —dijo mi madre.

—¿Qué?

—Amplía.

La grabación retrocedió unos segundos y avanzó a una fracción de la velocidad normal, ampliando el parabrisas. Las balas atravesaron el cristal y golpearon la figura oscura en el asiento del pasajero. Se

sacudió y quedó inerte. Por eso nadie salió del 4Runner después del mago de ilusión. Había matado al pasajero.

—Un disparo increíble —opinó el hombre de Rogan.

Mi madre se volvió hacia abuela Frida.

—¿Basado en amenazas?

—Probablemente. —Abuela Frida hizo una mueca—. Bueno, al menos Bernard se parece a mí.

—No lo entiendo —dije.

—Páusalo —pidió mi madre. La mujer paró la grabación.

—Tu madre y tú heredasteis la puntería de tu abuelo —comenzó abuela Frida—. Tú más que ella. Tu abuelo Leon era un desastre con un rifle de francotirador, pero si le disparaban, devolvía el fuego con precisión letal. Así funcionaba su magia. Penelope se tumba con su rifle y va a su puesto feliz, pero tú necesitas que la gente te dispare para dar en el blanco.

—Dual —dijo Rogan y sonrió. Tenía una expresión realmente presumida en su rostro, como un gato que se había colado en la despensa y había robado una bolsa de hierba gatera.

—Continúa —pidió mi madre.

Tendría que preguntarle más tarde qué significaba eso.

La grabación se reinició. Nos estrellamos. Un demonio salió del coche y caminó hacia la cámara, su gabardina ondeando. Una sonrisa torcida curvó sus labios, mostrando dientes afilados. Vaya. Ilusión verdadera. Había varios tipos de magia ilusoria. Los magos encubridores podían hacerse invisibles, pero lo lograban afectando las mentes de otros y una cámara los grabaría tal como eran. Los magos de ilusión verdadera, como Augustine, no solo afectaban las mentes, sino que también conseguían alterar su apariencia física. Su reflejo y fotografías mostraban solo lo que querían que vieras.

La imagen cambió a la cámara interior. Yo estaba petrificada en el asiento trasero, respirando agitadamente por la boca. Mis pupilas estaban tan dilatadas que mis ojos parecían completamente negros en un rostro sin sangre. Quería cerrar los ojos, pero en su lugar me vi a mí misma achicharrándolo. Le había quitado la vida. Tenía que asumirlo.

Sonó el timbre.

—¡Ya voy yo! —gritó Arabella desde algún lugar de la casa.

—Bug alteró las imágenes de la autopista de peaje —dijo Rogan —. La Policía llegó al 4Runner antes que mi gente, pero no tienes nada de qué preocuparte.

—Encontrarán balas de mi arma en su coche.

—Sí. Y he enviado a un excelente abogado para explicar que el coche se utilizó para atacar uno de mis vehículos. Puede que tengas que hacer una declaración en algún momento.

—¿Eso es todo?

—Guerras de Casas, reglas de Casas —añadió Rogan—. No les interesa a menos que haya un civil involucrado, y a menudo ni siquiera en esas circunstancias.

—¿Qué hay del coche?

—Lo robaron esta mañana del aparcamiento de un edificio de oficinas. El Suburban fue sustraído de otro edificio, ninguno de los dos aparcamientos tenía cámaras apuntando en esa dirección específica. Y las huellas de este tipo no están en ninguna base de datos hasta ahora.

—Así que no tenemos pistas.

—No. —Los ojos de Rogan se endurecieron. Estaba mirando algo en mi cuello.

Saqué mi teléfono y me miré usando la cámara. Marcas rojas señalaban mi garganta, cuatro a un lado y una al otro. Un recuerdo de los dedos del mago de las ilusiones.

—¿Por qué le disparaste en la espalda? —preguntó Leon desde algún lugar a la izquierda—. En la cabeza habría sido mejor.

—Porque necesitamos su cara para identificarlo. —Me volví hacia Rogan—: Vi a una de las personas del Suburban.

Sus ojos se iluminaron.

—La vista no era buena —añadí—. Estaba lloviendo. Pero estoy segura de que era el mago del hielo. Tendría treinta y tantos años, creo. Rubio, vestido con traje. No es mucho, pero si Bug reúne posibles candidatos a mago del hielo, puedo echarles un vistazo. Él me sonrió.

—¿Que te sonrió? —preguntó Rogan, con expresión sombría—. Me acordaré de eso…

Mi imaginación lo pintó de pie sobre el mago rubio, sosteniendo las tripas del hombre en su mano.

En la pantalla, yo conducía con la mirada vacía. Parecía un zombi. Debíamos de ir en la dirección correcta. La gente de Rogan fue congelada antes de morir. Solo un principal del hielo podría haber congelado ese paso elevado tan rápido y de forma completa. Algo que habíamos hecho había convencido al asesino de Nari de que yo o Rogan éramos una amenaza.

Troy dijo algo. Respondí, mis ojos escaneando el parabrisas. No tenía exactamente la mirada perdida, pero casi. La ansiedad me salpicó en una oleada fría, un eco de conducir hacia el almacén esperando ser sacada de la carretera en cualquier momento. Sentí el impulso de cruzar los brazos para intentar poner algo de distancia entre mi yo actual y mi yo en esa pantalla.

Una mano cálida me tocó. Los fuertes dedos de Rogan se entrelazaron con los míos, forjando un vínculo entre nosotros. No me miró, su mirada seguía en la grabación. Simplemente sostuvo mi mano, anclándome al lugar y al momento en el que me encontraba. Había sobrevivido. Lo había logrado, y ahora la mirada en sus ojos me prometía que se interpondría entre cualquier cosa que intentara hacerme daño y yo. Podría haber apartado mi mano, pero no lo hice. Me aferré a él.

—Necesitas cambiar a neumáticos Akula —dijo abuela Frida—. ¿Ves cómo el vehículo se tambalea? Los Akula son más gruesos y tienen una cámara interior inflada.

—Lo tendré en cuenta —respondió Rogan.

—Por aquí —oí que decía Arabella.

Me giré y me asomé para mirar fuera de la habitación. Augustine Montgomery caminaba por el pasillo hacia mí con mi hermana a su lado. Mi madre nunca había olvidado que él había amenazado con cancelar nuestra hipoteca para forzarme a detener a Adam Pierce. Si lo veía, probablemente quisiera matarlo.

—Vuelvo enseguida —anuncié, solté mi mano del agarre de Rogan y salí de la habitación para intentar frenar el desastre inminente.

Arabella me mostró una sonrisa angelical.

—¿Por qué lo dejaste entrar? —siseé entre dientes.

—Porque es tan guapo…

Augustine estaba especialmente atractivo ese día. Su piel resplandecía, su cabello rubio platino rozando la perfección. La calidad de su ilusión era increíble.

—Es demasiado mayor para ti. No puedes dejar entrar a alguien en casa solo porque te parezca guapo.

Los ojos de Augustine se entrecerraron. Debió de ver a Rogan detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rogan, con voz amenazante.

—¿Qué haces tú aquí? —espetó Augustine, con la mirada fija en Rogan.

—¡Shhh! —les regañé—. A la oficina, antes de que alguien más nos vea.

Mi madre había dejado de ir a la oficina cuando asumí formalmente el papel principal en nuestra empresa. A mí no me importaba, pero ella consideraba que era mi dominio profesional.

Los conduje a todos dentro y cerré la puerta tras de mí.

—Baylor… —Augustine se subió las gafas.

Arabella le tomó una foto a Augustine.

—Para ya —dijimos Augustine y yo al mismo tiempo.

—Augustine, no le digas a mi hermana lo que tiene que hacer. Arabella, basta.

—¿Por qué siquiera te asocias con él? —Augustine señaló a Rogan con la mano—. ¿No tuviste suficiente con tu última aventura?

La mayoría de la gente, incluso los principales, mantenían las distancias con Rogan. Augustine lo enfrentaba directamente. Habían ido juntos a la universidad y en algún momento fueron amigos, pero en la actualidad se gruñían el uno al otro. La última vez que se encontraron en mi oficina, casi la destruyen en su concurso de meadas. Si lo intentaban de nuevo, lo lamentarían profundamente.

Leon se coló en la oficina como una sombra esbelta. Genial, más testigos si algo salía mal.

Augustine esperaba mi respuesta.

—Me asocio con Rogan porque es lo mejor para los intereses de mi cliente, el que tú me enviaste. Han firmado un acuerdo profesional y debo atenerme a sus términos. —Eso sonaba mucho

mejor que: «Porque me hace sentir segura y, cada vez que pienso en besarlo, siento un pequeño escalofrío eléctrico».

—Augustine, ¿hay algún motivo más para tu visita o solo has venido a criticar mi elección de socios profesionales?

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí. Te advertí que era una idea terrible y tenía razón.

Tomé una profunda respiración.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Augustine parpadeó.

—¿Ninguno de vosotros ve las noticias?

Toqué el teclado para despertar mi ordenador.

—¿Qué tengo que buscar?

—Amy Madrid, rueda de prensa.

Aparecieron docenas de enlaces. Hice clic en el primero. Una mujer mayor sostenía a Amy, de siete años, en sus brazos. Un hombre estaba junto a ella, abrazándolas a ambas. La niña parecía un cervatillo deslumbrado por la luz de unos faros.

Sonreí.

—Avanza hasta el minuto nueve y treinta y siete segundos.

Obedecí.

—*… finalmente encontrada* —dijo un reportero.

—*Fue la Dama de Verde* —habló la madre de Amy—. *Me lo dijeron. Ella le hizo decir dónde estaba nuestra hija. Te queremos. Gracias, gracias por salvar a nuestra hija. Nunca lo olvidaremos. Eres una santa…*

El micrófono se apagó. Un hombre con traje puso su mano sobre él y anunció:

—*Eso es todo por hoy*.

—¿Fuiste tú? —me preguntó Rogan, con expresión resignada.

—Habría muerto —respondí.

Rogan se volvió hacia Augustine.

—¿Y tú la ayudaste a hacer eso? ¿Cuántos martinis tomaste en el almuerzo antes de que te pareciera una buena idea?

Augustine retrocedió un paso, indignado.

—Intenté disuadirla. Quería entrar directamente en la comisaría. La ayudé a hacerlo de la forma más anónima y secreta posible.

Rogan se cruzó de brazos.

—Alguien le dijo a esa mujer exactamente lo que ocurrió. El vídeo ya tiene dos millones de visualizaciones. Ahora es una maldita leyenda urbana. Si esa es tu definición de secreto, necesitas que te examinen la cabeza.

—Su rostro y todo su cuerpo estaban ocultos. De todos modos, no vine aquí para que me insulten. —Augustine se volvió hacia mí—: Vine a advertirte, igual que antes. Este acto tendrá consecuencias que probablemente no puedas anticipar. Prepárate para lo que pueda venir.

«¡Claro, me pondré a ello ahora mismo!».

—Si no puedo anticipar las consecuencias, ¿cómo puedo prepararme para ellas?

—Eso es algo que deberás averiguar tú.

Augustine se dispuso a marcharse.

—Espera —le pidió Rogan, con una mirada especulativa—. Me gustaría mostrarte algo.

Augustine hizo una mueca.

—¿Está relacionado con el trabajo?

—Sí. Nevada, ¿podemos entrar en el garaje?

—Sí. Seguidme. En silencio, por favor. No quiero alterar a mi madre.

Abrí la puerta y comprobé el pasillo. Despejado.

—¿Por qué se alteraría tu madre por mi presencia? —preguntó Augustine.

—Piénsalo —le dije—. Ya lo entenderás.

Cruzamos el pasillo y abrí la puerta del garaje.

—¿Es por esa tontería de que soy una persona terrible?

Rogan atravesó el garaje, dirigiéndose hacia el Range Rover aparcado en el centro y vigilado por una mujer hispana.

Augustine entrecerró los ojos al ver los dos vehículos blindados: un tanque y un lanzallamas móvil.

—Exactamente, ¿a qué se dedica tu abuela?

—Le gusta trastear —respondí.

Augustine abrió la boca para decir algo más, vio el Range Rover destrozado y la cerró de golpe.

Rogan se acercó a la camilla cubierta con una lona marrón oscura que debieron de tomar prestada de abuela Frida y asintió a la mujer.

—Gracias, Tiana. Tómate un descanso.

—Sí, comandante.

Tiana salió corriendo.

Rogan tiró de la lona, revelando el rostro del mago ilusionista.

—¿Conoces a este imbécil?

Leon y Arabella se subieron al vehículo blindado más cercano para tener una mejor vista.

Augustine hizo una mueca.

—Sí. Conozco a este imbécil. ¿A quién persiguió?

—A mí —anuncié.

—¿Se parecía a algo así? —Augustine se quitó las gafas. Su carne hirvió. Se expandió, creciendo hasta los dos metros y medio. Enormes alas correosas brotaron de sus hombros. Grandes músculos envolvían sus piernas como troncos de árbol, cubiertos de escamas moteadas de pitón. Sus pies se transformaron en pezuñas. Los brazos esculpidos se extendieron hacia delante, armados con garras afiladas como navajas. El horrible rostro me miraba con ojos rojo rubí, goteando fuego sobre las mejillas. Una melena de llamas brillantes y turbulentas caía sobre sus hombros y espalda.

—¡Demonios! —Leon casi se cae hacia atrás de la impresión.

Arabella rio. Le lancé una mirada de advertencia. «Ni se te ocurra». Lo último que necesitábamos era que presumiera.

El demonio flexionó sus colosales hombros. Podía sentir el calor del fuego. Lo olía. ¿Cómo era eso posible? La ilusión del otro tipo parecía real. Aquello se sentía real. Tragué saliva.

—Sí, se veía así. Aunque era un poco más bajo y no había llamas. Llevaba una capucha.

—Un aficionado entonces —dijo el demonio con la voz de Augustine—. El fuego requiere concentración.

El demonio se desinfló de golpe, volviendo a ser Augustine. Se colocó las gafas.

—Philip McRaven. También conocido como Azazel, principalmente porque intentó que todos con los que trabajó lo llamaran así. Me costó mucho dinero.

—¿Cómo? —pregunté.

—Era un Significante, relacionado con los McRaven de San Antonio. Lo expulsaron hace doce años por varias ofensas y, cuando lo conocí, trabajaba como agente libre. Se promocionaba como un rastreador decente. Buscábamos ampliar nuestro personal y siempre puedo encontrar uso para un buen mago de ilusiones, especialmente uno con un talento secundario. Además de ser un mago de ilusiones, también era un Medio psiónico de rango superior.

Eso explicaba el pánico.

—Lo puse en un caso de persona desaparecida. Una de las Casas tenía un cónyuge fugitivo que se había casado y seis meses después se marchó.

—¿Se llevó la plata? —pregunté.

—Nada tan vulgar. Huyó en un California Spyder.

—Buen gusto —dijo Rogan. Me quedé mirándolo—. Es un Ferrari de 1961. Solo se fabricaron cincuenta y tres.

—El último que salió al mercado se vendió por siete millones —continuó Augustine con voz seca—. El hombre era un jugador que frecuentaba Las Vegas. Un trabajo relativamente fácil. McRaven debía encontrarlo y llamar al equipo local para que pudiéramos entregarlo a él y al coche de vuelta a su desconsolada esposa. McRaven encontró al fugitivo, hizo su numerito del demonio y luego lo estranguló. Para colmo, el ladrón defecó en el coche.

—Qué desconsiderado de su parte. —La expresión de Rogan era de placidez.

—Sí, cómo se atrevió a arruinar la tapicería… —murmuré.

Nuestro sarcasmo pasó por encima de la cabeza de Augustine.

—Es increíblemente difícil eliminar el hedor de los desechos humanos una vez que se empapan en las fibras de la alfombra. Casi mato a McRaven. Según él, lo había hecho porque le gustaba, y cito textualmente: «Ver la luz apagarse en sus ojos mientras se meaban de terror».

—Qué encantador —dije. Cualquier leve rastro de culpa que sintiera por matar a un hombre que había intentado asesinarme se evaporó.

—Consideré seriamente hacerlo desaparecer —confesó Augustine.

—¿Por qué no lo hiciste? —le pregunté.

—Primero, era mi empleado. Había muchas señales de advertencia en su verificación de antecedentes, así que la culpa fue mía por contratar a ese psicópata en primer lugar. Y segundo, su madre vino a verme desde San Antonio. Los McRaven pueden no ser una Casa completa, pero hay cuatro Significantes en esa familia y ahora me deben un favor. —Augustine estudió a Rogan durante un largo rato —. ¿Cómo encajas tú en todo esto? ¿En qué estás involucrado?

—Te lo diría, pero tendría que matarte —respondió Rogan.

Nadie se rio.

—La próxima vez que hagas una broma deberías guiñar un ojo —le dije a Rogan—. Para que la gente sepa cuándo reír.

—No estoy bromeando.

—No lo está. —Augustine se empujó las gafas sobre la nariz—. Aunque, como puedes ver, no estoy temblando de terror. Déjame explicártelo. Soy dueño de la mayor firma de investigación en Houston. Obtener información es a lo que me dedico. Ahora estoy lo suficientemente intrigado como para desviar recursos de otros negocios rentables para investigar esto. Os pondré bajo tanta vigilancia que no podréis ni respirar. Intervendré vuestras oficinas y vehículos, hackearé vuestros ordenadores y haré que os sigan personas que cambian sus rostros y cuerpos con solo pensarlo. Podéis dedicar una enorme cantidad de recursos a combatirme o simplemente contármelo, porque todos sabemos que al final acabaré averiguándolo. Puedo ser una molestia o puedo ser un aliado. La elección es vuestra. De cualquier manera, me divertiré.

Rogan se quedó pensativo. Augustine esperó.

—¿Sabes cómo murió la gente de Forsberg? —preguntó Rogan.

Augustine lo miró a través de sus gafas.

—Sabes que fui yo quien derivó a Cornelius Harrison a Nevada, ¿verdad?

—Me refiero a si sabes lo que realmente sucedió.

—No, pero soy todo oídos.

Suspiré y me dirigí al mostrador, donde la cafetera de abuela Frida me esperaba. Aquella sería una conversación larga y necesitaba una buena dosis de café.

Para cuando Rogan terminó de hablar, nos habíamos trasladado de nuevo a mi oficina, ya que allí había menos posibilidades de que nos descubrieran. Eché a Leon y Arabella, luego comprobé cómo estaban mi madre y mi abuela y les dije que estaba discutiendo cosas con Rogan por si decidían buscarme. Iba por mi segunda taza de café, apenas eran las ocho y todavía tenía sueño.

Augustine se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Era un ángel moderno, urbano, bien vestido y con un maletín lleno de armas salvajes.

—Así que hay una conspiración, probablemente involucrando a varias Casas importantes. ¿Con qué fin?

—Están intentando desestabilizar el *statu quo* de Houston —dijo Rogan.

—Sí, pero ¿cuál es el objetivo final? —Augustine frunció el ceño—. Están arriesgando mucho dinero y recursos. Solo hay un puñado de razones que motivan a la gente a arriesgar tanto sus activos.

—Poder, codicia o venganza —intervine.

—Exacto. —Augustine asintió—. Digamos que Adam hubiera tenido éxito y el centro de Houston ahora estuviera en ruinas. La bolsa se desploma. Teóricamente, uno podría ganar dinero con ese desplome, pero la economía local tardaría años en recuperarse. Las perspectivas a largo plazo para hacer negocios son malas.

—No solo eso, sino que las represalias contra las Casas se dispararían —dijo Rogan—. Tendría sentido si uno de los grupos radicales en contra de las Casas estuviera involucrado, pero esto viene desde dentro de la propia élite. Y eso significa que en algún momento explotará.

—Y cuando lo haga, todos tendrán que elegir un bando —añadió Augustine tras un suspiro—. No me gusta. No me gusta no saber qué demonios está pasando. De hecho, hago de mi misión en la vida saber qué está pasando en todo momento.

Fuera de la vista de Augustine, Rogan puso los ojos en blanco.

Augustine hizo una mueca.

—Estoy cansado de que pasen cosas extrañas. No quiero emoción, quiero aburrimiento. El aburrimiento es bueno para los negocios.

Yo opinaba igual.

Augustine me miró.

—Entiendo la participación de Rogan. Pero ¿y tú? ¿Te das cuenta del enorme peligro de este lío?

—Sí —respondí.

—Entonces, ¿por qué?

—Estoy en esto porque quiero ayudar a Cornelius. Pero principalmente por Nari Harrison.

Las cejas de Augustine se alzaron.

—Cuando hablamos de los fallecidos, solemos mencionar a quienes dejaron atrás —expliqué—. Decimos: «Era esposa y madre» o «Deja atrás dos hijos y tres nietos». Es casi como si los muertos no tuvieran valor a menos que sepamos que alguien relacionado con ellos sigue vivo y los llora. Me siento fatal por Cornelius y Matilda. Pero me siento aún peor por Nari. Esperaba tener una larga vida por delante. Tenía sueños. Ahora no los verá hacerse realidad. No verá crecer a Matilda. Nunca envejecerá con Cornelius. Nunca volverá a experimentar nada, porque alguna escoria decidió matarla. Alguien debería preocuparse de lo que sucedió. Alguien debería luchar por ella y asegurarse de que su asesino nunca vuelva a quitar una vida y que pague por lo que hizo. Si muero, quiero que alguien se preocupe. Así que, yo soy ese alguien para ella.

Una figura pequeña caminó por el pasillo hacia nosotros. Me callé. Matilda se detuvo en la puerta de mi oficina. Portaba al enorme gato himalayo y una pequeña bolsa de plástico. El gato colgaba flácido en sus brazos, feliz de ser arrastrado como un oso de peluche.

Matilda nos miró a los tres, se acercó a Rogan y le ofreció el gato.

—Necesito limpiarle los ojos. —La voz de la niña era tan dulce—. Sus lágrimas son marrones por su nariz aplastada y se le infecta. No se queda quieto. No puede evitarlo.

Rogan la miró atónito. Nunca había visto esa expresión en su rostro. Era casi gracioso.

—¿Podrías sostener a mi gato?

Rogan parpadeó, extendió los brazos y lo tomó con cuidado. El animal ronroneó como el motor de un camión.

Matilda abrió su pequeña bolsa de plástico, sacó algodones y un pequeño frasco con sus diminutas cejas fruncidas en concentración. Humedeció el algodón y se acercó al gato. Él intentó apartarse, pero Rogan lo sujetó con firmeza.

—Quieto. Sé un buen gatito. —Matilda sacó la lengua por la comisura de la boca, alzó su bola de algodón y limpió cuidadosamente el ojo izquierdo de su mascota.

Era algo tan extraño. Rogan —grande, aterrador, todo violencia contenida y lógica fría— sosteniendo un gato esponjoso para una niña diminuta que era una fracción de su tamaño. Debería tomar una foto, pero no quería arruinar el momento. Quería recordarlo exactamente así. A Matilda con cara seria y a Rogan sorprendido, con la mirada dulcificada.

Matilda terminó. Le acerqué la papelera. Tiró los algodones manchados de marrón, guardó su frasco y tomó al gato de los brazos de Rogan, acomodando sus patas delanteras sobre su hombro.

—Ya está, ya está —dijo la niña acariciándole el pelaje—. No ha sido para tanto. Estás bien.

El gato ronroneó.

Catalina bajó corriendo por el pasillo, con el rostro alterado.

—¡Aquí estás! Fui al baño un segundo y desapareciste. Vamos, haremos algunas galletas.

Matilda le tendió la mano. Mi hermana la tomó.

—¡Gracias! —le dijo Matilda a Rogan.

—De nada —respondió él con toda la formalidad de un hombre aceptando ser nombrado caballero.

Augustine sonreía.

Rogan me miró.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no tú?

—Cornelius es un padre que se queda en casa —respondí—. Ella ve a los hombres como cuidadores. Supongo que es él el que le sostiene el gato normalmente, pero no estaba disponible.

Rogan se reclinó en su asiento.

—Es terrible cuando le recuerdan que es humano —me dijo Augustine—. No sabe cómo manejarlo. Piénsalo, Connor, un día podrías ser padre y tener uno propio.

Rogan lo miró como si alguien le hubiera echado un cubo de agua fría en la cabeza.

Hora de la venganza.

—Lo dudo. Nunca se casará. Se quedará en su casa rumiando en soledad, siendo cínico y amargado —eché más leña al fuego.

—Y se entretendrá con sus montones de dinero y juguetes de alta tecnología —añadió Augustine—. Como un superhéroe taciturno.

Augustine tenía sentido del humor. Quién lo diría.

—Tal vez deberíamos invertir en uno de esos reflectores con el símbolo de Rogan…

Rogan sacó su billetera, tomó dos billetes de un dólar, extendió uno hacia mí y otro hacia Augustine.

—Odio ver a los comediantes pasar hambre. Nuestra única pista es Gabriel Baranovsky, que era el amante de Elena, según el imbécil de su marido. ¿Me vas a ayudar con Baranovsky, Augustine?

—No tenía intención de asistir —respondió Augustine—, pero podría hacerlo. Quiero participar. No porque tenga motivos altruistas, sino porque cuando esto finalmente estalle, será como un terremoto. Sacudirá la política de las Casas no solo en Houston, sino probablemente en todo el país, y no puedo permitirme no saber dónde caerán las piezas.

—¿Asistir a qué? —pregunté.

—¿Cuánto sabes sobre Baranovsky?

—Nada —respondí—. No he tenido oportunidad de investigar. Estaba ocupada intentando no morir.

—Gabriel Baranovsky es un oneiromante —intervino Rogan.

Los oneiromantes predecían el futuro a través de los sueños. Desde el principio de los tiempos, la gente había intentado vislumbrar el futuro por cualquier medio posible, desde lanzar huesos hasta analizar queso. Soñar con ello resultó ser uno de los métodos más comúnmente utilizados.

—Es un precognitivo a corto plazo muy preciso —continuó Rogan —. Sueña específicamente sobre el mercado de valores.

—Sueña durante la noche, opera durante el día —añadió Augustine—. Hizo su primer millón antes de cumplir los treinta.

—¿Su primer millón?

—Vale más que nosotros dos juntos —dijo Rogan—. Se detuvo en tres mil millones porque ya le aburría.

—¿Esposa? —pregunté.

—Nunca se casó —respondió Rogan.

—Pero es un principal. —Eso era extraño. Encontrar la persona adecuada para casarse y engendrar un hijo dotado era lo que buscaban los principales. En nuestro mundo, la magia equivalía a poder, y los principales temían perder el poder más que nada—. Si no hay esposa, entonces no hay heredero y su familia perderá la designación de Casa.

Una familia debía tener al menos dos principales vivos en tres generaciones para ser considerada una Casa y tener un asiento en la Asamblea.

—No le importa —dijo Rogan—. Nunca asiste a la Asamblea ni socializa.

—Como alguien más que conocemos… —soltó Augustine—. Se rumorea que hay un hijo bastardo. Pero nadie lo ha visto nunca.

—Entonces, ¿qué hace con todo ese dinero?

—Lo que le da la gana. —Rogan se encogió de hombros.

—Baranovsky es un coleccionista —continuó Augustine—. Coches raros, vinos raros, joyas raras, arte raro…

—Mujeres raras —añadió Rogan—. Probablemente fue el único amante de Elena, pero para él ella era una de tantas. Es algo compulsivo. No puede evitarlo. Cuanto más inusual y única es una cosa, más la desea. Y lo que desea muy muy intensamente es *La adivina* de 1594 de Caravaggio.

—Caravaggio era un rebelde —explicó Augustine—. En la década de 1590, la mayor parte de la escena artística italiana consistía en obras manieristas: disposiciones rígidas y posados de personas con miembros antinaturalmente largos pintados en colores discordantes. Caravaggio pintaba lo natural. Sus obras mostraban gente común y eran hiperrealistas para la época, divertidas y astutas. Más tarde se volvería enormemente influyente.

Eso tenía sentido.

—Baranovsky se identifica con Caravaggio —razoné en voz alta—. Ambos rechazaron el *statu quo* artificial establecido e hicieron lo que creían que era real e importante.

—Eso es. —Rogan asintió con la cabeza.

—*La adivina* fue la primera obra de Caravaggio en su estilo —dijo Augustine—. Fue la génesis de todo lo que creó. La pintura existe en dos versiones, y Baranovsky ya compró la versión posterior a los franceses por una cantidad exorbitante de dinero.

—Pero no tiene la versión de 1594 —adiviné—. Y eso lo está matando. Es la original. Tiene que tenerla.

—Deberías venir a trabajar para mí. —Augustine sonrió.

—Ya trabajo para ti, por delegación.

—En resumen —intervino Rogan—, el Museo de Bellas Artes de Houston posee *La adivina* original. Baranovsky lo intentó todo para comprarla, pero el museo se niega a vender. Cuando se donó la pintura, el propietario estipuló que nunca podría ser vendida o arrendada por compensación monetaria. Sin embargo, el museo quiere el dinero de Baranovsky.

—Así que le permiten exhibirlo —continuó Augustine—. A cambio —porque no pueden aceptar dinero— una vez al año organiza una enorme gala benéfica. El precio mínimo de la entrada es de doscientos mil por familia.

Me atraganté con el último sorbo de café.

—Baranovsky no hablará conmigo —dijo Augustine—. No soy lo suficientemente llamativo. Estoy muy alineado con el *statu quo*. Pero sí podría hablar con Rogan, ya que es el hombre más peligroso de Houston.

—¿Ese es el título oficial? —pregunté.

—No —respondió Rogan—. Es una declaración de hechos.

—Es tan refrescante conocer a un principal con tanta humildad… —No pude resistirme.

—En fin —interrumpió Augustine—. Incluso si Baranovsky hablara con Rogan, no nos serviría de nada. Todos sabemos que Rogan tiene

la sutileza interrogativa de un obús.

—Puedo ser sutil —afirmó Rogan. Incluso logró parecer ofendido.

—Preguntémosle a ella. —Augustine me miró—. ¿Cómo crees que intentaría Rogan obtener información de Baranovsky?

Dije lo primero que me vino a la mente:

—Lo sostendría por el cuello desde algún balcón muy alto.

—Caso cerrado.

—Sostener a la gente por el cuello es efectivo y se obtienen resultados rápido —dijo Rogan, completamente serio.

Augustine negó con la cabeza.

—En esta habitación hay dos detectives privados acostumbrados a extraer información de la gente a diario. Tú no eres uno de ellos. Necesitamos un mejor cebo.

Ambos me miraron.

—¿Qué os hace pensar que estaría interesada? —pregunté.

—Porque Rogan también asistirá —dijo Augustine—. Él nunca lo hace, pero esta vez lo hará y te prestará una atención muy obvia. También estarás acompañada por mí. Eres guapa y serás una novedad en ese ambiente, tendrás la atención de dos principales. Baranovsky querrá saber qué hay de especial en ti.

—¿Cuándo es? —pregunté a Augustine.

—El viernes.

—Necesitaré un vestido. Y dinero.

Rogan se inclinó hacia delante, con una advertencia en sus ojos.

—Ahora mismo los únicos dos principales que saben de ti somos Augustine y yo. Si asistes a esa cena benéfica, dejará de ser así.

Los ojos de Augustine se entrecerraron para observar a Rogan.

—Quieres llegar a Baranovsky. Esta es la mejor y más eficiente manera de conseguirlo.

Rogan lo ignoró.

—Nevada, sé que mantienes tu talento en secreto. No habrá vuelta atrás después de esto.

O bien estaba preocupado por mí de verdad, lo cual era realmente conmovedor, o tenía alguna razón oculta para mantener el hecho de mi existencia en secreto para poder seguir utilizando mi poder. Ojalá supiera cuál.

—No seas dramático —dijo Augustine—. Mientras no se pare en medio del salón y anuncie que es una buscadora de la verdad, nadie tiene por qué saber que tiene magia.

—Habrá consecuencias —insistió Rogan—. Será difícil mantenerse en el anonimato después de esto. En el peor de los casos, la gente se dará cuenta de lo que haces. En el mejor, serás etiquetada como una mujer que Augustine o yo estamos utilizando. Sé que tu reputación es importante para ti. Piénsalo.

Esperé hasta que ambos dejaron de hablar.

—Augustine, ¿asistirás en calidad profesional?

—Por supuesto. Usaré la cuenta corporativa de MII. La contribución benéfica es deducible de impuestos.

—Entonces, asistiré como tu empleada. —Miré a Rogan—. Si me presenta como su empleada, explicará por qué estoy allí. La gente como vosotros no presta demasiada atención al personal contratado. Parecerá que soy una de las investigadoras de Augustine y que tú intentas meterte en mis pantalones para molestarlo. Si los dos actuáis como lo habéis estado haciendo cada vez que os he visto juntos, nadie lo dudará.

—¿Qué quieres decir con cómo hemos estado actuando? —Augustine se reclinó.

—¿Has visto alguna vez un pez betta?

—Por supuesto.

—Bueno, cuando tú y Rogan entráis en el campo visual del otro, actuáis como dos peces betta macho. Hincháis vuestras aletas y nadáis alrededor intentando intimidaros mutuamente. Solo seguid haciendo lo que hacéis, todos se darán cuenta de que en realidad se trata de algo entre vosotros dos y que yo soy solo un daño colateral. Todo irá bien.

—Eso me ofende —se indignó Augustine.

—Le das demasiada importancia a Augustine —protestó Rogan—. Sus aletas no me impresionan.

Había dado esa respuesta de forma automática. Su mirada estaba distante. Probablemente seguía pensando en la gala y no le gustaba.

—Todavía necesito un vestido.

—Me ocuparé del vestido —prometió Rogan.

—No —contesté con firmeza—. Me darás dinero y compraré mi propio vestido. Además, Cornelius probablemente querrá asistir. También necesitará ayuda económica.

—Me ocuparé de ello —afirmó Rogan.

—Entonces, está decidido —dijo Augustine—. ¿Por qué tengo la molesta sensación de que esto no acabará bien?

—No temas a las confrontaciones, pero busca aventuras peligrosas —citó Rogan, sin parecer muy entusiasmado aún al respecto.

—¿De dónde es eso? —pregunté.

—De *Los tres mosqueteros* —respondió Augustine negando con la cabeza—. Rogan, todo en ti es peligroso. Es tarde y tengo cosas que atender. Puedes quedarte con tu melancólico Athos para ti sola, Milady. Yo me marcho.

Acto seguido, Augustine salió de la habitación. Un vistazo rápido a mi monitor de ordenador confirmó que había salido del edificio, se había subido a su coche y se había marchado.

Los ojos de Rogan centelleaban con un aire especulativo.

—Siempre me gustó más Milady que Constance.

—No soy ni Milady ni Constance —le contesté levantándome—. Soy el señor de Tréville. Soy la voz de la razón que intenta evitar que vosotros dos cometáis actos delictivos sin ningún respeto por la ley o la vida de los demás.

Rogan sonrió. Una potente y ardiente mezcla de deseo y lujuria calentó sus ojos. Aun así, todavía podía ver la oscuridad en ellos. Me miraba desde el fondo de su cueva de dragón, cansado, demacrado, peligroso, pero dispuesto a dejarlo todo de lado por mí. Me daban ganas de deslizar mis manos por sus duros y musculosos hombros. Podría pasar mis piernas sobre las suyas, montarme sobre él allí mismo en la silla y hacerle olvidar todo. Dejar que él me hiciera olvidar todo, aunque solo fuera por unos minutos. Olería a sándalo. Su piel estaría caliente bajo mi lengua. Me agarraría y la fuerza de esos brazos y el tacto de sus dedos en mi cuerpo me transportarían a un lugar donde solo existiera el placer.

Algunos hombres seducían con palabras, otros con regalos. Connor Rogan seducía con solo mirar. Lo triste era que ni siquiera lo intentaba. Solo me miraba deseando que estuviéramos desnudos.

Y si no dejaba de fantasear, él acabaría captando los pensamientos de mi mente.

—Vete a casa, Rogan.

—Hace tiempo que dejaste de llamarme Mad.

—Te llamaba Mad para recordarme con quién trataba —dije apoyándome contra el escritorio.

—¿Y con quién se supone que tratabas?

—Con un posible asesino en masa psicópata en quien no se puede confiar.

No hubo ninguna reacción en él.

—Y ahora me llamas Rogan. ¿Qué quieres recordarte llamándome así?

—Que eres mortal.

—¿Planeas matarme? —preguntó con un brilló divertido en sus ojos.

—No a menos que te conviertas en una amenaza directa. ¿Planeas convertirte en una amenaza directa? —Le guiñé un ojo y él se rio—. ¿Te vas a casa?

—No —respondió con tono acerado.

Suspiré.

—¿Es por lo del paso elevado?

—Sí.

—Me ocupé de ello.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Troy sobrevivió porque tú estabas en ese coche.

Si yo no hubiera estado en el coche, Troy no habría sido atacado, pero no parecía el mejor momento para discutir sobre eso.

—Entonces, ¿por qué quieres quedarte?

—Porque Cornelius, Matilda y tú estáis ahora bajo el mismo techo. Es lo que llamamos un entorno rico en objetivos.

—Los malos podrían resolver todos sus problemas con una explosión bien programada.

Rogan asintió.

—Mi presencia podría ser un elemento disuasorio. En caso contrario, también se me dan bien las explosiones.

—Lo recuerdo.

Podría discutir, pero ¿para qué? No nos haría daño a mí ni a mi familia, y me sentía mejor cuando estaba cerca. Era responsable de la seguridad de mi familia y de Cornelius y Matilda, y necesitaba todo el apoyo posible. Solo tenía que lidiar con el hecho de que cuando me metiera en mi cama esa noche, él estaría durmiendo en la planta de abajo. Probablemente en el colchón de aire, ya que Cornelius y Matilda ocupaban las habitaciones de invitados.

—¿Bug no te echará de menos?

—Bug nunca está lejos. —Rogan me mostró su teléfono.

—Tendré que hacérselo saber a mi madre.

—Lo hablé con ella antes de despertarte —dijo él como si nada—. Piensa que sería prudente.

Vaya. Mi madre estaba tan preocupada por nuestra seguridad que había invitado a Mad Rogan a quedarse en casa. Eso me dejó un poco desconcertada.

—Quizás esto no sea tan buena idea. No sé si podré dormir sabiendo que estás merodeando por mi casa mientras estoy en mi habitación.

Él se levantó, con el rostro serio y duro.

—Lo harás. Te dormirás rápido y descansarás profundamente hasta la mañana, y luego te levantarás y desayunarás con tu familia porque yo estaré merodeando por tu casa esta noche. Y si alguien intenta interrumpir tu sueño y acabar con tu vida, tienes mi palabra de que dormirán para siempre.

Era lo más romántico que nadie me había dicho jamás.

Lo decía en serio y haría que cada palabra se hiciera realidad.

—De acuerdo… —conseguí decir—. Te veré por la mañana.

Apenas había cerrado la puerta de mi dormitorio cuando alguien llamó.

—Adelante.

La puerta se abrió y Leon se metió dentro. Mi primo pequeño todavía estaba en la etapa desgarbada de la adolescencia. Delgado, de pelo oscuro y piel olivácea, me recordaba a los elfos fantasma de la reciente superproducción de fantasía *Road to Eldremar*. Podía imaginarlo perfectamente saltando de algún viejo árbol con dos cuchillos curvos y pintura de guerra azul en la cara. Durante un tiempo pensamos que podría llegar a ser muy alto y que, una vez que alcanzara su altura, engordaría, pero se detuvo a cinco centímetros del metro ochenta y de momento no mostraba signos de añadir volumen a su delgada figura.

—Si has venido por Mad Rogan…

Mi primo levantó su portátil y lo mantuvo abierto para mí. Un fondo oscuro se encendió en la pantalla, simulando el espacio profundo, y en medio de él floreció una hermosa nebulosa, hecha de hilos luminiscentes, cada uno fino como una tela de araña y brillando débilmente con bandas de diferentes colores. Ah. El modelo de goma elástica de Smirnoff. Recordaba haberlo hecho en el instituto. La clase de Teoría Mágica era de las más importantes, además de difícil.

—No puedo hacerlo —dijo Leon.

Después del día que había tenido, lo último que me apetecía era ponerme con sus deberes.

—Leon, tienes que hacer tu solo las tareas.

—Lo sé. —Se pasó la mano por su cabello oscuro—. Lo he intentado. Te prometo que de verdad lo he intentado.

Leon tenía dos modos: el sarcástico y el emocionado. Este nuevo Leon triste resultaba desconcertante.

Suspiré y me senté en mi sillón reclinable. Un mueble que se había vuelto muy necesario. Terminaba llevando demasiado trabajo a mi cama, y mi último portátil había saltado a su muerte en protesta cuando me quedé dormida y se cayó al suelo. Desde ese momento, la cama era estrictamente para ver la televisión, leer, dormir y tener pensamientos frustrantes sobre ciertos telequinéticos. El trabajo se hacía en un sillón reclinable. Era cómodo, pero me hacía sentir como una anciana.

Me quedé mirando la nebulosa.

—Cuéntame.

—Este es un modelo hecho con ordenador de la teoría de la goma elástica de Smirnoff —dijo mi primo con tono aburrido.

—Tu entusiasmo es abrumador. ¿Qué dice la teoría?

—Dice que el continuo espacio-tiempo está afectado por muchos factores diferentes. La influencia de estos factores es demasiado grande para que cualquier pequeño cambio afecte el estado de un continuo. Dice que nuestra realidad es como un enredo de gomas elásticas. Si sacas una, el estado del enredo no se ve significativamente afectado. Así que, si volvieras en el tiempo y dispararas a Alexei I, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial aún sucedería. En lugar de que la Rusia Imperial invadiera Polonia en los años cuarenta, alguien más lo habría invadido, como Francia o Alemania. Los campos de concentración y la limpieza étnica antisemita aún sucederían. La teoría de la goma elástica es completamente opuesta a la teoría de la cadena, que dice que los sucesos son directamente precipitados uno por otro, así que, si vuelves en el tiempo y matas un mosquito, todos evolucionaríamos con branquias o algo así.

—Bien. ¿Y tu tarea es?

—Probar o refutar la teoría de la goma elástica en relación con la introducción del suero de Osiris. —Leon simuló vomitar y señaló el modelo en la pantalla—. Bien, sé que debería cambiar. No hay forma de que no cambie. Si hubiera una gran plaga, el mundo no permanecería igual, ¿verdad? La magia es como una plaga. Está afectando todo, así que los sucesos no serían los mismos. Es un factor demasiado determinante. Pero no logro que funcione. Bueno, digamos que todo lo que brilla en azul es magia, ¿de acuerdo? Intenté quitar todos los hilos del mismo color para hacer un modelo no mágico, pero nada. Mira, lo he dejado funcionando durante diez años. Observa.

Leon tecleó algunas teclas. La pantalla se dividió en dos. En el lado izquierdo, la nebulosa original brillaba con un arcoíris de colores. En el derecho se formó una nueva nebulosa. Todos los hilos azules desaparecieron, pero la forma de la nueva nebulosa permaneció igual.

—Estás al noventa por ciento de conseguirlo —le dije—. Es un continuo espacio-tiempo, Leon.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué estás olvidando?

—No tengo ni idea. Nevada, ayúdame, por favor. Por favor.

Tecleé nuevos parámetros.

—Estás olvidando la importancia de ir despacio. —En la pantalla el contador de tiempo avanzó, atravesando décadas. La nebulosa de la izquierda permaneció sin cambios, pero la de la derecha se estiró, giró, evolucionando hacia una nueva forma extraña. El contador avanzó. Cien años. Doscientos años. Quinientos. Se detuvo en mil. Leon se quedó mirando una constelación de hilos completamente diferente.

—No lo ejecutaste el tiempo suficiente —le dije—. Es como dos caminos que se bifurcan. Al principio están cerca y van casi en la misma dirección, pero cuanto más avanzas, más se separan. Al principio la magia no cambió mucho. Pero con cada generación transforma nuestro mundo más y más. Piénsalo. Sin la magia no tendríamos Casas ni principales. Algunas cosas probablemente permanecerían igual, porque algunos hilos permanecieron relativamente intactos durante un corto tiempo, pero otros serían completamente diferentes. De forma inevitable, todos los hilos se verán afectados, y cuanto más avancemos, más diferente será el mundo.

—¿Cuánto tiempo te llevó? —me preguntó Leon dejándose caer sobre la cama.

—Tres días. Estaba frustrada y probé diferentes cosas una por una, hasta que me di cuenta de cómo funcionaba.

—Llevo con esto dos semanas. ¡Dos semanas! ¿Sabes cuánto le llevó a Bern?

—No tengo ni idea.

—¡Cuatro minutos! Revisé el registro escolar. Tiene el récord.

Suspiré.

—Leon, Bernard es un *Magister Examplaria*. Reconoce patrones. El código y el cifrado le hablan como los tanques le hablan a abuela Frida. Probablemente lo resolvió en los primeros treinta segundos y

luego pasó los siguientes tres minutos y medio buscando soluciones alternativas por diversión.

—No puedo hacerlo. —Leon se desplomó, desanimado—. Intenté hacer lo que hace Bern y simplemente no puedo. Soy un inútil.

Otra vez con eso.

—No eres un inútil.

—No tengo magia…

La magia era algo peculiar. Lo que hacía Catalina y lo que hacía yo estaba más o menos en el mismo grupo, pero la magia de Arabella no tenía nada absolutamente que ver con la nuestra. Todos en nuestra familia tenían magia, excepto mi padre, pero Leon no estaba directamente relacionado con él. Su madre era la hermana de mi madre. Todos los indicios decían que Leon también tenía magia. Solo que se estaba tomando su tiempo en manifestarse.

—Tu talento aparecerá —traté de animarlo.

—¿Cuándo, Nevada? Al principio me decíais: «Cuando cumplas siete u ocho años». Luego: «Cuando pases la pubertad». Bueno, pues ya pasé la pubertad. ¿Dónde diablos está mi magia?

Suspiré.

—No puedo responder a eso, Leon.

—La vida es un asco. —Tomó su portátil—. Gracias por la ayuda.

—De nada.

—En cuanto a Mad Rogan…

—¡Fuera!

—Pero…

—¡Fuera, Leon!

Se marchó pisando fuerte. Pobre chico. Leon deseaba desesperadamente ser especial. No era fuerte y grande como su hermano. No tenía el talento mágico de Bern. No destacaba académicamente como él. Bern había sido una estrella de la lucha libre en el instituto y mucha gente había acudido a sus combates. Leon hacía atletismo. A nadie le importaba el atletismo excepto a quienes lo practicaban. Algunos en su lugar habrían odiado a su hermano mayor, pero Leon amaba a Bern con una devoción casi perruna. Cuando Bern tenía éxito en algo, Leon casi estallaba de orgullo.

Cuando era pequeño, solía leerle libros infantiles. Uno de ellos trataba sobre un cachorro perdido en el bosque, con una imagen de un pequeño perrito de pelaje dorado entre árboles altos y oscuros. Tanto Leon como Arabella inevitablemente lloraban cuando llegábamos a esa parte. Detrás de todo su sarcasmo, seguía siendo ese niño pequeño y sensible de ojos grandes. Solo deseaba que su magia se manifestara de una vez.

Capítulo 7

Me senté en una oscuridad casi absoluta. A mi alrededor la cueva se extendía, profunda, muy profunda en la negrura. Observándome. Respirando el frío que se filtraba en mis huesos. La jungla acechaba detrás del recodo del muro marrón. Algo rondaba en su interior, algo con largos y crueles dientes. No podía verlo ni oírlo, pero sabía que estaba ahí, aguardando. Otras siluetas oscuras se agazapaban junto a mí. Ellos también lo sabían.

La cueva respiraba. Algo me mordía las piernas, sabía que eran garrapatas y debería quitármelas, pero moverme parecía demasiado difícil. Estaba demasiado cansada.

Los rastreadores estaban ahí fuera, esperando el más leve destello de magia. La desesperación había pasado. Las emociones también. Nos habíamos convertido en animales aturdidos tratando de ir del punto A al punto B. Animales que no hablaban, que se comunicaban con miradas, y que se movían como uno solo.

Una luz verde acuosa a la izquierda anunció que alguien había sacrificado una barra luminosa. Las formas a mi alrededor se movieron, atraídas como polillas hacia ese patético fantasma de un fuego real, hambrientas, sucias, estirando las manos unas hacia otras buscando algún contacto humano en aquella pesadilla.

Una forma más pequeña se escabulló hacia un lado y cayó bajo el cuchillo de alguien.

Otra chilló y murió. Ratas. Al menos comeríamos esa noche…

Me senté erguida en mi cama. Fragmentos de la pesadilla flotaban a mi alrededor, derritiéndose. Busqué a tientas la lámpara en la mesita de noche y la encendí con dedos temblorosos. La reconfortante luz eléctrica cobró vida. Mi teléfono junto a ella me indicaba que eran casi las dos de la mañana.

No estaba en una horrible cueva. Estaba en mi dormitorio.

Me sentía pegajosa por todas partes. Había tenido pesadillas antes, pero aquello era diferente. Opresivo, escalofriante y desesperanzador. Mi habitación no parecía real, pero la cueva sí. Era muy real y me esperaba justo más allá de esas paredes. Estaba atrapada.

Me estremecí.

Tirar de la manta hacia mi pecho y aferrarla no parecía arreglar mi ataque de pánico.

Miré alrededor del dormitorio con ojos muy abiertos. No había forma de que pudiera volver a dormir. Tampoco podía apagar la luz. Mi estómago rugió. Me había ido a la cama sin cenar. Había estado demasiado cansada para comer.

Vale, no hacía nada quedándome sentada temblando en la cama. Lo que necesitaba era salir y bajar a nuestra cocina, beber una taza caliente de infusión de manzanilla y comer cualquier cosa que no se pareciera a una rata. Tal vez una galleta. Las galletas eran lo más diferente a una rata que se me ocurría.

Aparté la manta, me puse unos pantalones de yoga y abrí mi puerta, medio esperando ver las paredes de la cueva.

No había cueva. Ningún enemigo secreto con dientes aterradores esperando en la oscuridad. Solo el almacén.

Bajé de puntillas por la escalera y fui por el pasillo hacia la cocina. La lámpara sobre la mesa estaba encendida y una cálida luz eléctrica iluminaba la entrada. Rogan estaba sentado a la mesa, con un portátil abierto frente a él. Estaba inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada en el pecho. Tenía los ojos cerrados. Empequeñecía la silla. Estaba tan bien proporcionado que era fácil olvidar lo grande que era. Sus hombros eran enormes y anchos, su pecho poderoso, sus brazos hechos para aplastar y destrozar a sus oponentes.

Su pelo no era lo suficientemente largo para estar alborotado, pero parecía sin peinar y desordenado. Una oscura barba incipiente le cubría la mandíbula. Había perdido algo de ese aire letal que lo hacía tan aterrador. Su apariencia era humana y un poco tosca. Podía imaginarlo exactamente así, acostado en una cama, mientras me tumbaba junto a él.

Mad Rogan en modo relajado. Todos sus títulos —principal, héroe de guerra, multimillonario, comandante, carnicero, azote— yacían a sus pies, abandonados. Solo quedaba Connor, y era insoportablemente sexi.

Podría darme la vuelta y volver por donde había venido, pero quería que abriera los ojos y hablara conmigo. Mi madre me enseñó que los antiguos soldados podían dormir en cualquier lugar, en cualquier posición. Y no reaccionaban bien a las sorpresas.

—Rogan —lo llamé desde la puerta—. ¿Rogan?

Se despertó al instante, pasando del sueño profundo a la completa consciencia en un parpadeo, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Sus ojos azules me miraron.

—¿Hay algún problema?

—No.

Entré en la cocina. ¿Hervidor eléctrico o cafetera de una sola dosis? La cafetera era más rápida. Saqué una taza del armario, dejé caer la bolsita de manzanilla dentro y observé cómo la cafetera vertía agua caliente sobre ella.

Él revisó su portátil.

—¿Qué haces despierta? Creí que habíamos acordado que descansarías.

—Tuve una pesadilla. —Saqué el tarro de galletas de la despensa y lo llevé junto con mi infusión a la mesa.

Él se enderezó, cuadrando los hombros, estirándose ligeramente. La silla no debía de ser nada cómoda.

—¿Qué estás haciendo? —Eché un vistazo a su portátil. Una toma del vídeo con el Suburban pasando junto a nuestro Range Rover, con la escarcha cubriendo la carretera detrás. Debía de estar revisando el vídeo fotograma a fotograma, tratando de ver algunas pistas que hubiera pasado por alto.

—Bug es realmente bueno en este tipo de cosas, ¿sabes? —le dije.

—Lo sé. —Apartó el portátil. El sueño aún se percibía en las esquinas de sus ojos azules.

Una taza de café estaba frente a él. Se la robé.

—No había terminado con eso.

—Está frío. Lo calentaré para que tengas algo que beber. No puedes comer galletas sin bebida. —Metí la taza en el microondas—. ¿Por qué no estás durmiendo en tu colchón hinchable?

—Estaba trabajando. ¿Qué pasaba en tu pesadilla?

El microondas pitó, saqué la taza y la coloqué frente a él.

—Estaba atrapada en una cueva. Hacía frío y estaba oscuro. Algo aterrador esperaba fuera. Entonces, alguien mató una rata y supe que íbamos a comérnosla.

Me estremecí y di un sorbo a mi infusión. Estaba casi hirviendo, pero no me importó.

—Lo siento.

—No es tu culpa. —Abrí el tarro de plástico, saqué una gruesa galleta con chips de chocolate y se la ofrecí. Él la tomó y le dio un mordisco.

—Está muy buena la galleta.

Partí mi galleta por la mitad y mordí un trozo. Hay momentos en la vida en que el azúcar se convierte en medicina. Aquel era uno de esos momentos.

—¿Las hiciste tú?

—Ja. Ya quisiera. Probablemente fue Catalina. Yo no sé cocinar.

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con que no sabes cocinar?

—Bueno, puedo hacer unos *panini*, pero eso es todo. Yo lo veo así, alguien tiene que poner la comida en la mesa y otro tiene que cocinarla. Yo soy de las que la pone en la mesa.

Me miraba de forma extraña.

—¿Sabes cocinar? ¿Tú, señor «soy un principal»?

—Sí.

—¿No tienes gente para eso?

—Me gusta saber qué hay en mi comida.

Apoyé el codo en la mesa y recosté mi barbilla en la mano.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —No me lo diría, pero cualquier pequeño vistazo a su interior valía la pena intentarlo.

—Mi madre. Un verano cuando tenía seis años, su familia estaba celebrando el cumpleaños de su hermana mayor en España. Su hermana adoraba los profiteroles, así que el servicio de *catering* trajo una torre de profiteroles bañados en chocolate y hebras de azúcar. Era lo más hermoso que mi madre había visto hasta entonces.

Su voz era suave, casi íntima. Podría quedarme allí sentada escuchándolo hablar toda la noche.

—Mientras los adultos ponían las velas en la torre, su primo de cinco años robó un profiterol y se lo comió. Mi madre se indignó, porque los profiteroles eran de su hermana, así que le dio una bofetada. Su hermana, Marguerite, se ofendió por la bofetada. Se pelearon allí mismo, en el césped. La mitad de los niños empezaron a pelear, la otra mitad lloró, y todos fueron enviados a sus habitaciones sin postre. Cubrieron la torre con plástico, porque su madre estaba decidida a continuar con la celebración una vez que todos se calmaran. El primo murió media hora después.

Mi corazón se encogió.

—¿Envenenado?

Rogan asintió.

—Estaban involucrados en una larga disputa con otra Casa.

—¿Atacaron a los niños?

—Los niños son el futuro de cualquier Casa. Cuando mi madre tenía catorce años, mató al responsable. Derrumbó su villa de verano.

Eso no me sorprendió.

—Mi madre cocinaba toda mi comida ella misma con ingredientes que cultivaba o compraba. Así que aprendí a hacer la mía propia. ¿Quién crees que hizo esa enorme pila de tortitas que Augustine tuvo que comer para su iniciación?

—¿Pusiste algo raro en esas tortitas?

—No. Eso no sería justo. —Sonrió. Era una sonrisa afilada y divertida que lo hacía parecer lobuno—. La verdadera pregunta aquí

es si te gustaría que cocinara algo para ti.

—¿Como qué?

—¿Qué te apetece?

«Sexo».

Rogan se inclinó hacia delante, los músculos marcándose bajo las mangas de su camiseta. Su rostro adoptó una expresión especulativa. Había algo ligeramente depredador en la forma en que se centraba en mí. No era el miedo de estar en presencia de un hombre que representaba un peligro real. Era la sensación de estar en presencia de un hombre que estaba a punto de intentar seducirme. La anticipación me recorrió. ¿Había captado realmente la impresión de mi deseo de mi mente? Tal vez era solo una coincidencia.

Extendió la mano. Me tensé.

Sus dedos se deslizaron tan cerca de los míos que por un momento pensé que nos tocábamos. Tomó la mitad restante de mi galleta y la miró.

—Eso es mío —le dije.

—Mmm.

—Hay un tarro entero de galletas.

Una luz brilló en sus ojos.

—Quiero esta.

—No puedes tener esta. Devuélvemela. —Extendí mi mano.

Examinó la galleta y, lentamente, la llevó a su boca.

—Connor, ni te atrevas.

Mordió la galleta y masticó.

—Tomé tu galleta y me la comí. ¿Vas a hacer algo al respecto?

Estaba jugando con fuego. Bien. Él se había comido mi galleta, yo me bebería su café. Alargué la mano hacia su taza. Esta se deslizó fuera de mi alcance y se posó junto a él.

—No es justo.

—Esto no va de justicia. Va de galletas deliciosas.

—En ese caso, esa será la última. —Tomé el tarro y lo puse frente a mí. Salió disparado hacia arriba y quedó flotando sobre nosotros. Mi taza de infusión medio vacía despegó como un cohete y aterrizó

en el extremo opuesto de la isla. Vale, ya era suficiente. Aquella era mi cocina.

Me levanté de un salto y caminé alrededor de la mesa.

Él se incorporó y sus brazos me rodearon, atrapándome. Su contacto era ligero, pero supe con absoluta certeza que no había escapatoria. Me tenía.

Solo dos finas capas de tela nos separaban. Ni siquiera llevaba sujetador. Su mirada me contemplaba como si fuera la cosa más hermosa del mundo.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté en voz baja.

—Sabes exactamente lo que estamos haciendo.

Su respiración se hizo más profunda. Busqué en las profundidades de sus ojos su habitual oscuridad, pero había desaparecido. La había ahuyentado. Estaba completamente concentrado en mí y yo lo absorbía todo.

—Estás siendo muy paciente.

—Puedo ser un buen dragón cuando la ocasión lo requiere.

Me humedecí los labios. Su mirada se clavó en mi lengua.

Tenía que decidir. O seguíamos adelante o necesitaba volver arriba. Era una mujer adulta, maldita sea. Casi había muerto hacía menos de doce horas y él estaba aquí, protegiéndome, asegurándose de que mi familia sobreviviera la noche. No tenía que hacerlo. Tal vez fuera un sociópata, pero si lo era, por alguna razón, yo le importaba.

—Por esta vez, quizás no deberías serlo.

—¿No debería ser qué? —me preguntó.

—Quizás no deberías ser tan bueno.

Me hizo girar. Mi espalda se presionó contra la pared de la cocina. Su gran cuerpo musculoso me enjauló. Sus ojos azules se reían de mí.

—¿Hasta qué punto tengo permitido ser malo?

—No lo sé. Averigüémoslo.

—Intenta no gritar. —Me guiñó un ojo.

Su magia tocó mi piel justo por encima de la rodilla, una familiar presión aterciopelada y cálida. Sus brazos acariciaron los míos,

sujetándolos contra la pared. «"¿Intenta no gritar?" . Qué presumido…».

Una descarga de tensión hizo que mi piel hormigueara con un calor abrasador. Dios mío. Jadeé y su boca capturó la mía, arrebatándome el aliento. Su sabor inundó mis sentidos, abrumándolos. Anhelaba tocarlo, pero él me retenía con fuerza, inmovilizando mis muñecas contra la pared con su mano izquierda.

Su magia recorría mi piel y se dirigía a la zona sensible de mi muslo interior, justo por encima de la rodilla. Tenía una textura áspera, similar a una quemadura, con un toque de dolor, pero mayormente de placer. Persistía y se movía hacia arriba, cada vez más alto, encendiendo como una llamarada mi delicada piel y mis terminaciones nerviosas. Mi cabeza daba vueltas. Deseaba intimidad. Lo deseaba dentro de mí. Quería sentirlo entre mis piernas, sentir su cuerpo estremecerse sobre el mío.

Gemí contra sus labios. Él me besó, invadiendo mi boca, la húmeda calidez de su lengua tomando el control y yo incitándolo mordisqueando su labio inferior. Mis pechos se sentían densos y llenos; mi cuerpo se volvió maleable. Él era puro músculo duro y poder inquebrantable, y me pegué contra él, seduciendo, tentando. Él gruñó de deseo.

La magia se derramó sobre mi muslo interno y lamió los labios sensibles alrededor de mi intimidad con su lengua aterciopelada. El placer me inundó. Grité. Él me atrapó con su boca, ahogando el sonido.

El calor crecía entre mis piernas, una mezcla loca de dolor y éxtasis. Respiraba demasiado rápido y quería más de él.

«Por favor. Por favor, más. Por favor».

—Shhh, nena —susurró en mi oído, su voz ronca de deseo. Me besó una y otra vez, trazando una línea de besos por mi cuello. Cada toque de sus labios enviaba descargas eléctricas a través de mí—. Eres tan guapa. No te haces una idea.

Quería ver más de él.

—Suéltame, Connor.

Él dudó un momento, pero luego me soltó.

Le quité la camiseta y lo miré, absorbiendo la fuerza de sus hombros, su pecho poderoso y las líneas duras y planas de su estómago en un solo segundo. Su poder físico era abrumador. Tenía el tipo de cuerpo que hacía suspirar a las mujeres porque sabían que nunca podrían tocarlo. Y ahí estaba, todo mío. No era una fantasía. No era una imagen en la pantalla. Era la realidad.

Sus manos agarraron mi camiseta. Me la quitó, me levantó en brazos y me sentó sobre la mesa de la cocina, colocándose entre mis muslos.

Mis pezones estaban fríos y, cuando me atrajo hacia él, se aplastaron contra la pared caliente de su pecho.

Lo rodeé con mis brazos, sintiendo los músculos de su espalda moverse en respuesta a la presión de mis dedos. Estaba tan perdida que me sentía como borracha.

Besaba mi garganta, trazando una línea de calor por mi cuello. Encontré sus labios y lo besé, rápida y profundamente. Tenía prisa.

—Di mi nombre otra vez —gruñó él en mi oído.

La magia me lamió, cada caricia empujándome más y más alto. Mi piel ardía a su paso como si hubiera sido golpeada. Estaba más allá de cualquier cosa que hubiera probado, pero se sentía tan bien. «Aaaaah… Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor…».

—Di mi nombre, Nevada.

—Connor.

La magia me empapó, arrancándome más placer. Me sentía en llamas. Clavé mis uñas en su espalda. Era una dulce tortura y no quería que terminara. Se inclinó, sus dedos ásperos provocando mis pezones. Su boca se cerró sobre uno de ellos y succionó.

Me arqueé dejándome llevar por la caricia de su lengua. «Más. Más».

Estábamos a punto de tener sexo en la mesa de la cocina. Una parte de mí insistía en que debería importarme, pero era tan difícil escucharla.

Encontré su cinturón, lo desabroché y metí la mano dentro. Oh, Dios mío. Podría necesitar las dos manos.

Él emitió un áspero sonido masculino y deslicé mi mano arriba y abajo por la longitud de su miembro, acariciando la suave piel…

Su teléfono sonó.

—¡Mierda! —Rogan agarró el teléfono—. ¿Qué?

Una voz masculina enérgica escupió las palabras, lo suficientemente alto como para que incluso yo lo oyera.

—Un camión y cuatro *quads* con cabina se acercan a toda prisa.

Mierda. Los *quads* con cabina eran vehículos ligeramente blindados, servían como la versión militar de un Jeep. Transportaban personal y cada uno llevaba cuatro personas y a veces un artillero, lo que significaba que más de una docena de atacantes venían hacia nosotros. Estábamos a punto de tener compañía.

Tomé mi camiseta y le lancé la suya a Rogan. Él la atrapó con una mano.

—¿En qué dirección?

—Acaban de girar hacia el camino de acceso oeste.

El camino de acceso permitía que los camiones llegaran hasta la parte trasera de los almacenes. Lo usábamos para tanques y transporte de vehículos blindados. Nos atacarían por el lado del garaje.

—El camión es un camión cisterna.

Mejor imposible.

—¿Tiempo estimado de llegada?

—Sesenta segundos.

Rogan corrió hacia el garaje mientras se ponía la camiseta.

Yo corrí hacia el panel de alarma y presioné el botón interno de pánico. Un fuerte chirrido metálico resonó en el almacén. Pulsé el botón del intercomunicador.

—¡Un camión cisterna y cuatro *quads* se acercan por el camino de acceso oeste!

Luego corrí hacia el garaje. Las dos puertas industriales estaban levantadas, la luz de la farola se filtraba a través de los huecos rectangulares. Rogan se encaminó hacia la zona iluminada y se alejó por la calle. Desarmado.

Introduje la contraseña en el portátil y la transmisión de cuatro cámaras se encendió. Pulsé el intercomunicador.

—Estoy en el garaje.

Mi abuela irrumpió por la puerta con su pijama amarillo de patitos de goma.

—Abuela Frida ya está aquí —añadí.

—En posición —informó mi madre.

—Arriba —dijo Bernard desde su puesto en la Cabaña del Mal.

—Tenemos a Matilda y Cornelius —informó Catalina.

Oí el rugido de un camión cisterna acelerando. Se acababa el tiempo.

Necesitaba poder de detención. Tomé una escopeta AA-12 del armario de armas, abrí el de la munición y coloqué el tambor de veinte cartuchos que contenía proyectiles explosivos Frag-12. También agarré una granada.

Por el rabillo del ojo, vi a abuela Frida arrancar la lona de Romeo. El verdadero nombre de Romeo era M551 Sheridan. Era un tanque ligero blindado. Llevaba nueve misiles antitanques Shillelagh, y abuela Frida lo mantenía en perfecto estado.

Corrí hacia la puerta del garaje y asomé la cabeza. El camión se dirigía hacia nosotros por el camino de acceso, sin hacer ningún esfuerzo por reducir la velocidad. Una cisterna alargada se alzaba detrás de la cabina verde. No había forma de saber qué demonios había en esa cisterna. A esa velocidad, el camión podría embestir el almacén y atravesar las paredes como si fueran papel y cualquier cosa que transportara se derramaría.

No podía dejar que llegara al almacén.

Detrás de mí, Romeo rugió cobrando vida. Requería una tripulación de cuatro personas para operarlo efectivamente: un comandante de tanque, un cargador, un artillero y un conductor. Para cuando mi abuela lo girara, el camión cisterna nos habría golpeado.

Rogan avanzó por la carretera. Al parecer, había decidido jugar con el camión cisterna.

Corrí tras él. Si pudiera lanzar una granada bajo el camión, lo descarrilaría antes de que alcanzara el almacén.

El camión cisterna rugió hacia nosotros.

Veinte metros entre el camión y Rogan. Quince.

—¡Sal de la carretera! —grité.

Diez metros.

—¡Connor!

El camión se estrelló contra el aire. Su capó se dobló, aplastado por un martillo invisible, y se desgarró. Las piezas negras del motor sobresalieron, como si el camión intentara vomitar, y se desintegraron por el impacto. La parte superior de su cabina se plegó sobre sí misma. El parabrisas explotó en mil fragmentos, derramándose sobre el motor expuesto.

Dios mío.

El camión cisterna aún aceleraba, intentando avanzar. Sus neumáticos giraron, escupiendo humo, y reventaron como si recibieran dos fuertes disparos.

Detrás de nosotros, el motor del tanque gruñó. Miré por encima de mi hombro. Romeo salió rugiendo del garaje y giró a la izquierda, alejándose de nosotros y del camión, dando la vuelta a la esquina hacia el otro lado del almacén. La fuerza de ataque debía de haberse dividido.

El motor del camión se quebró, gimiendo y chirriando, y comenzó a replegarse sobre sí mismo. El metal crujió, gimió, gruñó, plegándose más apretado y colapsando hacia atrás, desde el frente del capó hacia la cabina.

Me detuve un segundo mientras mi cerebro intentaba dar sentido a lo que veía.

El camión se estaba enrollando como un tubo de pasta de dientes medio vacío.

Un fuerte estruendo resonó en la noche. Abuela Frida había disparado desde Romeo.

Rogan dio un paso adelante. El camión se deslizó hacia atrás. Otro paso. Otro deslizamiento.

La cisterna explotó. La onda expansiva me golpeó. Salí volando mientras una colosal bola de fuego rugía hacia arriba, floreciendo contra el cielo nocturno. Blanco brillante en el centro, rodeado de amarillo y naranja oscuro. Me encogí en una bola intentando proteger mi cabeza. El pavimento golpeó mi espalda y costado. Algo en mi columna crujió. Trozos de algo ardiendo repiquetearon a mi alrededor.

La gasolina no ardía cuando le disparabas. Podías descargar un cargador completo en un coche con el tanque lleno y no pasaría nada. Debían de haber preparado la cisterna para detonar de manera remota. Esa enorme bola de fuego había estado destinada a destruir a mi familia.

Un trozo de madera se estrelló contra mis brazos, quemándome. Mierda. Me lo quité de encima y me puse en pie de un salto.

La calle estaba vacía, excepto por el enorme fuego. ¿Dónde estaba Rogan? ¿Estaba muerto? «Por favor, que no esté muerto…».

El fuego rugió como un animal. El viento aulló y la bola de fuego se elevó, transformándose en un tornado de llamas. El tornado giró y se deslizó lateralmente como una peonza colosal enloquecida. La luz de su fuego iluminó el almacén al otro lado de la calle, y vi a Rogan presionado contra el estrecho hueco junto a los aparatos de aire acondicionado.

El tornado se acercó más a él.

Si el remolino de llamas lo alcanzaba, ardería vivo. El mago que controlaba el tornado tenía que estar calle abajo en uno de los vehículos que habían estado siguiendo al camión cisterna.

Salté la barrera de hormigón que me separaba de los dos edificios bajos de OKR Industries y corrí a través del estrecho hueco entre ellos. Un trueno retumbó detrás de mí. El aire olía a ozono.

Llegué al final del hueco. Miré por la esquina. Frente a mí, dos personas vestidas con trajes de asalto y con armas automáticas estaban en el borde de la calle, ocultas de Rogan por el edificio frontal de OKR. El tercero, en pose de mago —brazos doblados en los codos, palmas hacia arriba— flotaba a un metro del suelo. Era un aeroquinético.

Detrás de ellos, en la calle, uno de los *quads* estaba aplastado, con un trozo de la cisterna del camión sobresaliendo de su parabrisas destrozado. Más allá, gruesas barras de acero bloqueaban la calle. Estaba cien por cien segura de que no habían estado allí cuando conduje a casa.

—Tiene que estar cerca de ese edificio. Gíralo más a la derecha —dijo un hombre junto al mago.

Tomé una respiración profunda, estabilizándome. Debería haber llevado el rifle.

—Eso es. Achichárralo.

Me preparé, apoyé la escopeta en mi hombro y disparé. La escopeta automática rugió, escupiendo muerte. Una escopeta de combate AA-12 disparaba trescientas rondas por minuto. Cada cartucho en el tambor contenía una pequeña cabeza explosiva que se armaba tres metros después de salir del cañón y explotaba al impactar.

Le metí dos rondas al mago antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. El alto explosivo destrozó su cuerpo, desgarrando la carne. Ni siquiera gritó. Simplemente cayó, pero yo ya estaba girando la escopeta hacia sus amigos. Cinco rondas más salieron del cañón. Los otros dos cuerpos se sacudieron y cayeron sin decir palabra, convertidos en carne humana.

El otro lado de la calle estalló en fuego cruzado. Las balas zumbaron, arrancando trozos del edificio a mi alrededor. Me agaché en el hueco. Cinco rondas para dos personas a esa distancia era excesivo. Mi adrenalina estaba demasiado alta. Tenía que calmarme o entraría en pánico y entonces moriría.

Tomé la granada, arranqué el seguro y la lancé al otro lado de la calle. El fuerte estallido de la explosión resonó en la noche. Me asomé y volví a agacharme cuando una bala rozó mi hombro, como una abeja al rojo vivo. No los había alcanzado. Mierda.

A mi derecha, el mago del viento se retorcía en el suelo, convulsionando. Debería estar muerto. ¿Cómo no estaba muerto?

El tornado de fuego apareció en mi campo de visión, zigzagueando salvajemente por todo el aparcamiento. Se desvió hacia mí. Un calor insoportable robó todo el aire, como si una hoguera hubiera exhalado en mi cara. Dolía respirar. Retrocedí a través del hueco.

El mago aún se retorcía. Levanté la escopeta y disparé. El disparo le dio en la cabeza. El fuego vino hacia mí. Corrí hacia atrás fuera del hueco hacia mi casa y entré corriendo en el aparcamiento.

Detrás de nuestro almacén, al otro lado del edificio, los relámpagos cortaban el cielo, destellando una y otra vez,

respondiendo a los constantes disparos. En la calle, los restos del camión cisterna ardían, las llamas naranjas luchando contra la oscuridad.

Los disparos resonaron en la noche. Me di la vuelta. Probablemente era la misma gente que me había disparado desde el otro lado de la calle cuando eliminé al mago. Esa vez no me disparaban a mí. No podían verme detrás del edificio, así que Rogan debía de ser el objetivo.

Un trozo retorcido de la cabina del camión salió disparado calle abajo, como lanzado por un cañón. El metal resonó y los disparos cesaron. ¡Ja!

Me giré y vi a Rogan presionado contra un edificio al otro lado de la calle. Se desplomó. ¿Estaría herido? El miedo me atenazó. Pero no veía sangre. No parecía herido. Estaría agotado.

Las sombras saltaron sobre los restos de la cisterna, iluminadas durante medio segundo por las llamas. Sin pelo, arrugadas, de aproximadamente un metro veinte de altura, no parecían humanas. Tampoco se parecían a ningún animal que hubiera visto antes. Sus piernas se doblaban hacia atrás, como las extremidades traseras de algún saltamontes demoníaco, mientras que la parte delantera de sus cuerpos se curvaba hacia arriba, terminando en dos brazos musculosos equipados con dos garras más largas que mi mano y una cabeza de dinosaurio con ojos amarillos redondos y una hilera de dientes afilados.

Mierda.

La criatura delantera soltó un chillido sanguinario de júbilo. Toda la manada se giró al mismo tiempo hacia el escondite de Rogan.

Oh, no. Eso sí que no.

Levanté mi escopeta y disparé.

La primera ronda alcanzó a la criatura líder en el estómago. Siguió avanzando. Apreté el gatillo y seguí disparando. Las rondas Frag-12 atravesaron la carne monstruosa, destrozando sus cuerpos. Extraños intestinos se derramaron. Un horrible hedor agrio contaminó el aire. Las criaturas cayeron, una, dos, tres… Siete rondas gastadas. La bestia líder estaba demasiado cerca de Rogan. Si apuntaba hacia ella, le daría a él. La criatura saltó casi tres metros, volando hacia

Rogan, sus garras negras listas para desgarrar carne. Rogan se apartó con pasmosa agilidad. Un cuchillo brilló en su mano. Esquivó a la bestia y se lo clavó en el costado. La criatura se agitó, haciendo un corte en el pecho de Rogan. Él siguió apuñalando con brutalidad, hundiendo la hoja en el cuerpo alienígena arrugado una y otra vez. Le cortó la garganta y lo dejó caer a un lado, su cuchillo ensangrentado.

Solo veinte metros me separaban de las últimas tres criaturas. Se giraron hacia mí. Disparé dos veces. La escopeta hizo clic. Estaba vacía, el tambor se había gastado. Una bestia yacía inmóvil en el suelo.

Una de las criaturas saltó con las garras levantadas como si portara guadañas. Me aparté de un salto y blandí la escopeta como si fuera un garrote. Conseguí dar en el blanco, pero la bestia era demasiado grande. Podría haberla golpeado con un matamoscas y habría tenido el mismo efecto. La criatura se revolvió.

Un trozo de metal se estrelló contra su costado, derribándolo.

Rogan.

La segunda bestia embistió contra mí, sus garras aferrándose a mi escopeta. Caí de espaldas sobre el pavimento y sujeté el arma con ambas manos, intentando mantenerla entre nosotros. Al otro lado de la calle, Rogan corría hacia mí.

Las fauces de la bestia se abrieron. El monstruo se irguió, a punto de lanzarse para matar.

Un cuerpo oscuro y delgado voló sobre mí. Los dientes de Bunny brillaron y se cerraron sobre la garganta de la criatura. El dóberman giró su cuerpo, poniendo todo su peso en la mordida. La piel arrugada del cuello de la bestia se desgarró. El perro aterrizó en el pavimento, gruñendo.

Me puse en pie de un salto.

El monstruo se estremeció. Aturdido, sacudió la cabeza… El cráneo de la criatura explotó llenándolo todo de rojo a mi alrededor. Mis oídos casi no fueron conscientes del disparo.

Mamá.

Dos disparos más resonaron, uno, dos, apenas con una pausa. El primero alcanzó a la última criatura en pleno salto mientras

intentaba desgarrar el pecho de Rogan. El otro disparo derribó a alguien fuera de mi vista.

La noche quedó en silencio.

Rogan estaba a tres metros de distancia, con aspecto de no haberse manchado lo suficiente las manos de sangre. El repentino silencio era ensordecedor.

Todo había terminado.

—Dieciséis personas —informó el hombre de confianza de Rogan a cargo del equipo de defensa del almacén.

Su nombre era Michael Rivera y tenía el físico atlético de un luchador de AMM[2] de peso ligero; podría pasar por un hombre normal hasta que flexionaba los músculos y entonces te dabas cuenta de que podría romperte los huesos con las manos. Rivera tenía unos treinta y cinco años, latino, con piel morena de tono medio, pelo oscuro y una sonrisa jovial y amable. Cuando sonreía, toda su cara se iluminaba. Y como sonreía ante once cadáveres perfectamente alineados en nuestra calle, resultaba inquietante.

Rogan observaba con rostro impasible. Me había prometido que si alguien osaba perturbar mi descanso los haría dormir para siempre. Lo había cumplido. Un largo corte serpenteaba por su pecho, actualmente cubierto por un vendaje. La herida parecía superficial, pero no había forma de saber qué tipo de bacterias y veneno llevaban las garras de esa criatura. Yo me había librado y solo tenía un corte superficial en el muslo y algunos rasguños en la parte baja de la espalda. El médico que había limpiado y tratado nuestras heridas se mantenía cerca de Rogan, en actitud protectora, listo para entrar en acción, pero intentando mantenerse fuera de su línea directa de visión.

Mis hermanas y primos estaban afuera, apiñados. Arabella se cubría la boca con la mano. Catalina tenía los ojos enormes. Parecía asustada. Bernard tenía un semblante solemne como si asistiera a un funeral. Leon, por alguna razón extraña, parecía emocionado, como si acabara de montar en una montaña rusa. Mi madre se

apoyaba en el marco de la puerta. Abuela Frida había entrado al garaje en busca de algo y se estaba tomando su tiempo en volver.

Cornelius se arrodilló junto a los cadáveres de las bestias, perdido en sus pensamientos. Matilda estaba sentada a un lado, sobre unos palés de madera, con Bunny pegado a ella. Cuando protesté por la presencia de la niña frente a los cadáveres, Cornelius alegó que estaban muertos y no podían hacerle daño, y que aquello era su herencia y necesitaba saberlo. La pequeña no parecía perturbada por ello, lo cual era suficiente para inquietar a cualquiera con conciencia.

—Once muertos aquí —dijo Rivera—. Dos se quemaron en el *quad* al que la señora Afram disparó con su tanque. Estamos recogiendo las partes de los cuerpos. A dos no podemos recuperarlos hasta que llegue el equipo porque el comandante dejó caer un motor de camión sobre ellos y no podemos moverlo. Luego tenemos siete MCM.

—¿Siete qué? —pregunté.

—Monstruos Creados Mágicamente —aclaró mi madre—. Abarca todos los combatientes no humanos de origen desconocido.

—Estos no son animales terrestres —dijo Cornelius—. Es algo traído del reino astral por un invocador.

Genial. Simplemente genial.

—De estos once, tres eran usuarios de magia —continuó Rivera—. Un invocador, un fulgurquinético y un aeroquinético.

—Elementalista —corrigió Rogan—. Un aeroquinético habría creado el tornado, pero no podría haber movido el fuego dentro.

Los elementalistas eran raros. Controlaban más de un elemento, generalmente aire en conjunto con agua o fuego. Casi nunca alcanzaban el rango de principal, pero incluso los de nivel Medio eran peligrosos como el demonio.

Finalmente lo asimilé. Alguien había intentado matar a mi familia. Habían aparecido con soldados profesionales, equipo militar y magos de alto poder. La náusea creció en mí. Mi estómago intentó contraerse y vaciarse. No era el mejor momento para vomitar.

Un coche blindado dobló la esquina detrás de nosotros. Dos de los hombres de Rogan salieron y arrastraron a un hombre ante nuestros

ojos.

—Y el número dieciséis —anunció Rivera—. Quien intentó huir en el último *quad*. Tenemos a un cobarde. Nos encantan los cobardes.

—¿Por qué? —preguntó Leon.

—Porque hablan —respondió Rogan. Su voz me provocó escalofríos helados en la columna.

Dejaron caer al hombre en el suelo. Su piel era oscura y estaba sangrando. Resultaba difícil ponerle edad por todo el hollín que cubría su rostro. Diría que estaba entre los treinta y los cincuenta años.

Miré a Cornelius.

—Matilda. Por favor, entra —pidió su padre.

—Yo la vigilaré —se ofreció Catalina.

Tomó a Matilda de la mano y se dirigió al interior casi corriendo.

—Leon, Arabella, adentro —ordenó mi madre.

—Pero… —comenzó Leon.

—Ahora.

Entraron al almacén.

El hombre me miró fijamente, con el rostro retorcido por el miedo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Él apretó los labios.

—Te aseguro que puedo obligarte a responder. Pero preferiría no tener que hacerlo. Por favor, solo responde a mis preguntas.

El sudor brotó en su frente y corrió hacia abajo, dejando un rastro limpio en el hollín. Empujé con mi magia. Su voluntad era fuerte. Parecía duro, como si hubiera pasado por más de un interrogatorio antes y eso lo hubiera hecho más resistente. No estaba fingiendo y no hacía promesas. Simplemente permanecía en silencio. Sería necesario un interrogatorio cuidadoso. Antonio había necesitado un puñetazo; con aquel hombre se requería un bisturí.

Rivera miró a Rogan y este negó con la cabeza.

—¿Tienes una tiza? —pregunté.

Rogan metió la mano en su bolsillo y sacó algo.

—¿Por qué no dibujaste ningún círculo cuando venía el camión?

—Porque se habrían desviado del curso —respondió Rogan—. Tenían un plan. Quería que se ciñeran a él.

Porque nadie esperaría que un solo hombre detuviera un camión cisterna. Un principal en un círculo era otra cuestión. Me agaché y dibujé un círculo de amplificación en el suelo: un pequeño anillo alrededor de mis pies, otro más grande alrededor de ese, y tres conjuntos de runas entre ellos. Rogan observaba con expresión dolida. Los principales practicaban el trabajo con círculos desde su nacimiento. Mis círculos le hacían daño al cerebro.

Me enderecé y le devolví la tiza.

—Gracias.

Atraje la magia hacia mí y la proyecté en el círculo. Reverberó de vuelta en mí como si hubiera rebotado en un trampolín mágico. Seguí rebotando. Uno, dos, tres, cada salto más fuerte que el anterior. Cuatro. Debería ser suficiente.

Mi magia se disparó y atrapó al hombre en su agarre. Mi voz adquirió una fuerza inhumana.

—Dime tu nombre.

Los ojos de Rivera se abrieron de par en par. A nuestro alrededor, la gente de Rogan retrocedió unos pasos.

El hombre se quedó inmóvil, atrapado por mi magia.

—Rendani Mulaudzi.

—¿Cuál es tu profesión, Mulaudzi?

—Mercenario.

Su respiración era superficial. Había estado practicando con mi familia. Mis hermanas estaban más que dispuestas a cooperar. Era un juego. Intentaban evitar decirme la verdad y yo aprendía a hacerlo con cuidado. La voluntad de ese hombre era fuerte, pero la de Arabella lo era aún más. A veces llegaba a desmayarse por no querer ceder, y antes de hacerlo, su ritmo cardíaco se aceleraba y empezaba a hiperventilar. Tendría que vigilarlo.

—¿Cuál es el nombre de la empresa que os contrató para esta incursión?

—Scorpion Protection Services.

—¿Cuánto tiempo has trabajado para Scorpion?

—Seis años.

—¿Qué hacías antes?

—Recces.

—Fuerzas Especiales Sudafricanas —intervino Rogan.

No era de extrañar que tuviera tanta fuerza de voluntad. Tampoco era tan joven, lo que significaba que debía de haber pasado al menos unos años en el Ejército y luego sobrevivido seis años como mercenario.

—¿Dónde tiene su sede Scorpion?

—En Johannesburgo.

Sudáfrica. Estaba muy lejos de casa.

—¿Qué tamaño tiene Scorpion?

—Tiene cuatro equipos tácticos, de dieciséis a veinte miembros cada uno.

—¿Cuántos equipos están involucrados en esta misión?

—Uno.

—¿Fueron contratados específicamente para esta misión?

—Sí.

—¿Quién los contrató?

—No lo sé.

—¿Quién lo sabría?

—Mi jefe de equipo.

—¿Cómo se llama?

—Christopher van Sittert.

—¿Está entre los muertos?

—Sí.

Por supuesto. No podía ser tan fácil, ¿verdad?

—Señálalo.

Dirigió un dedo hacia uno de los cadáveres.

—¿Cuál era el objetivo de esta misión?

—Eliminar a los siguientes objetivos: Nevada Baylor, Cornelius Harrison, Penelope Baylor, Frida Afram y Bernard Baylor dentro de las veinticuatro horas posteriores a la llegada.

Nunca había sido la número uno en la lista negra de nadie.

—¿Qué hay de los menores presentes en la casa?

—Sus vidas quedaban a nuestra discreción. No nos pagaron para matarlos.

—¿Planeaban matar a los niños?

—No lo sé.

La pregunta había sido demasiado general.

—¿Planeabas tú personalmente matar a los niños?

—Nevada —dijo Rogan con tono suave.

Levanté la mano, advirtiéndole que se detuviera. Aquello era importante para mí.

—No, a menos que representaran una amenaza.

—¿Tienes alguna animosidad personal contra los objetivos que has mencionado?

—No.

Miré a Rogan.

—Antes de continuar, es un mercenario; lo contrataron para hacer un trabajo y falló. Ahora está desarmado y es un prisionero.

Los ojos de Rogan estaban oscuros.

—No quieres que lo mate.

—No. Me gustaría que lo enviaras de vuelta a Scorpion envuelto como un regalo de Navidad. Si todo su equipo desaparece, tendrán que enviar a alguien a investigar. No quiero que vuelvan. De esta manera, no habrá preguntas. Él les dirá que vinieron aquí armados y listos para matar, y que dejamos vivir solo a uno de ellos. Son mercenarios. Quiero que entiendan que no es rentable continuar esta pelea.

—Ten cuidado —dijo Rogan—. Estás pensando como una principal.

Me quedé en silencio.

—Muy bien —continuó él—. Lo enviaremos de vuelta con sus amigos.

—¿Hay algo que quieras saber?

—Pregúntale cuándo lo contrataron.

—¿Cuándo te contrataron?

—El 14 de diciembre.

Cornelius me contrató el 14 de diciembre. Parecía demasiado rápido.

—No tiene sentido —murmuró Rivera—. De Johannesburgo a Houston son al menos veinte horas de vuelo.

—¿Dónde estabas cuando recibiste las órdenes para esta misión?

—En Monterrey, México.

—¿Qué hacías allí? —Las pausas entre sus respuestas se hacían cada vez más largas. Tendría que dejarlo ir pronto.

—Teníamos una misión alternativa en Montemorelos. Nos desviaron.

—De Montemorelos a Houston hay dos horas de viaje. Los sacaron de un trabajo —intervino mi madre—. Necesitaban un equipo de fuera de la ciudad que no pudiera relacionarse con ninguna Casa existente. El equipo Scorpion probablemente era el más cercano.

—Dime todo lo que hiciste desde que llegaste a Houston.

—Llegamos al aeropuerto de Houston en el vuelo 204 de Aeroméxico. Procedimos a la base de operaciones.

Rogan levantó la mano.

—¿La base fue preparada por ellos o por terceros?

Repetí la pregunta.

—La base fue preparada por terceros. Nos entregaron armas y equipo y vimos el informe que mostraba el reconocimiento del almacén y el área circundante. Formamos un plan de batalla. Esperamos hasta el momento óptimo y ejecutamos el plan. El ataque falló.

Vaya novedad.

—¿Cuál es la dirección de esa base?

Dio una dirección en Spring, uno de los pequeños pueblos que Houston había engullido mientras crecía, a unos cuarenta minutos al norte de nosotros.

Rivera salió corriendo. Tres de los hombres de Rogan se separaron y lo siguieron.

—¿Algo más? —le pregunté a Rogan.

Él negó con la cabeza.

Solté al mercenario. Se desplomó en el suelo y se hizo un ovillo, cubriéndose la cara. Su cuerpo temblaba y un inquietante sonido grave salía de él. Estaba sollozando. Había abierto su mente con mi abrelatas mágico, sacado el contenido y lo había mostrado para que todos lo vieran. Había sido una profunda violación de su persona.

La gente me miraba, sus ojos rebosantes de miedo. Algunos agarraban sus armas, visiblemente alarmados. Había horrorizado a

los soldados profesionales. Miré a mi madre. La tristeza se mostraba en su rostro.

Me golpeó la realidad. Yo era un monstruo. Sin mí, habrían interrogado e incluso torturado a ese mercenario veterano. Lo habrían hecho entendiendo que se resistiría y él no se lo habría reprochado, porque en su lugar habría hecho lo mismo. Había una retorcida especie de cortesía profesional en todo ello. Pero yo no torturaba. Había quebrado su voluntad sin siquiera respirar fuerte. Cada uno de ellos podía verse en el lugar del mercenario. Podía hacerles contar todos sus secretos y eso era más aterrador que ver a Rogan detener un enorme camión cisterna a toda velocidad.

Nunca me había sentido tan sola en toda mi vida.

Rogan se interpuso entre ellos y yo, sus ojos llenos de algo. Fuera lo que fuese —¿orgullo?, ¿admiración?, ¿amor?—, me aferré a ello como si fuera un salvavidas. Él lo entendía. En algún momento de su vida él también se había quedado así, mientras la gente lo miraba con horror, y debió de sentirse igual de solo, porque en ese momento estaba a mi lado, protegiéndome del enjuiciamiento de los demás.

—Eres asombrosa —me dijo Connor Rogan con una sonrisa.

Por alguna razón inexplicable, Bernard había dejado que Leon utilizara las cámaras remotas durante el ataque. Tenían una rotación de casi ciento ochenta grados en sus soportes y se podía apuntar con precisión con ellas, que era exactamente lo que Leon había hecho durante la pelea. En ese momento él estaba en el garaje, viendo la grabación en el ordenador de abuela Frida. Rogan y Cornelius estaban a mi lado, mirando por encima de mi hombro.

Leon había decidido que el vídeo necesitaba narración y proporcionó comentarios mientras se grababa. Al parecer, le pareció todo increíblemente emocionante.

La cámara se movió para capturar dos vehículos acercándose desde el norte.

—Oh, sí, tenemos vehículos asesinos superguais. —La voz de mi primo salía de los altavoces—. *Somos tan geniales. ¡En cuanto lleguemos, los mataremos a todos! Espera, ¿qué? Oh, no. ¿Es eso*

un tanque? Es un tanque. Viene directo hacia nosotros. ¡Corred, corred, corred! Demasiado tarde. Je, je, je.

El primer vehículo explotó, recibiendo un misil directamente de Romeo. El segundo giró bruscamente y se detuvo chirriando en una estrecha calle lateral junto al taller mecánico, fuera de la vista de Romeo. Gente con equipo táctico apareció corriendo en la oscuridad de la noche.

Leon hizo *zoom* sobre el hombre de unos cuarenta años a la derecha, que se había agachado junto a unos de los *quad*.

—Soy un veterano malote. He visto mierdas chungas. He hecho mierdas chungas. Sobreviví cinco meses en la jungla comiendo piñas y matando terroristas con un par de palillos viejos. Soy un hijo de puta muy malo.

Detrás de mí, Rogan se rio.

—Me quedan dos días para jubilarme. Después de matar a todos estos, iré a mi fiesta de jubilación. Servirán gambas con galletas y me darán un reloj de oro, y luego, tendré mi crisis de la mediana edad y me compraré un Porsche y… ¡Oh, mierda! ¡Mi cabeza acaba de explotar!

Mi madre o alguien del equipo de Rivera había encontrado la cabeza del mercenario. Había sangre y sesos salpicados por todo el *quad*.

La cámara giró bruscamente hacia la derecha, donde una mujer avanzaba hacia el almacén. Se había escondido junto al roble, oculta por el muro bajo de piedra que bordeaba el árbol.

—Soy la muerte. Soy un fantasma. Te encontraré. Puedes correr, puedes esconderte, puedes suplicar, pero nada de eso te ayudará. Iré a por ti en la oscuridad como una ágil pantera con patas de terciopelo y garras de acero y… Espera, cerebro, espera, ¿adónde vas? ¿Por qué te estás derramando de mi cabeza? ¡No me dejes!

Me cubrí los ojos con la mano.

—Oh, no, mira, mis pies están temblando. Es algo tan poco digno.

Mataría a Bern por dejarle hacer aquello. Y luego tendría una seria conversación con Leon.

—Tu primo tiene un sentido del humor interesante —comentó Cornelius.

—*Soy el señor Musculoso* —anunció el ordenador con la voz de Leon. Ya ni siquiera quería mirar—. *Vivo en el gimnasio. Mis dientes tienen bíceps y mis bíceps tienen dientes. Mastico pesas y cago ladrillos de plomo.*

El rostro de Rogan se volvió pensativo.

—¡No! —le advertí.

—En unos tres años, más o menos, podría ser muy útil. Tiene una flexibilidad moral muy particular…

—Te dispararé yo misma —lo amenacé.

Abuela Frida irrumpió en el garaje desde la calle, seguida por una mujer asiática de unos veintitantos años. La mujer llevaba la vestimenta del equipo de Rogan. Mi abuela lucía su cara de «no me hables». También llevaba una lata de pintura en espray.

—¿Qué pasa, Hanh? —preguntó Rogan.

—¡Ha marcado todos los *quads* con sus iniciales!

—Porque son míos —gruñó abuela Frida.

—Ella no se puede quedar con todos los *quads*.

El rostro de Rogan adoptó una expresión muy paciente.

—Claro que me los quedo. Los marqué, son míos.

—Que los hayas marcado no significa que sean tuyos. Puedo entrar en este garaje y empezar a marcar cosas a diestro y siniestro. ¡Eso no las hace mías!

—Ajá. —Mi abuela tomó una llave enorme y la apoyó de manera casual sobre su hombro—. ¿Y cómo piensas marcar cosas con los brazos rotos?

—No me amenaces. —Hanh se volvió hacia Rogan—: ¡No puede quedárselos todos!

—Sí puedo —intervino abuela Frida antes de que Rogan pudiera abrir la boca—. El enemigo atacó nuestra posición; es una emergencia, y como soy la sargento de pelotón en funciones de esta familia, estoy requisando mis suministros de Clase VII. Están en nuestro terreno.

—Esos tres *quads* están en vuestra tierra. El que está en el camino de acceso está en el nuestro —contraatacó Hanh.

—Nguyen, déjala quedarse con los *quads* —ordenó Rogan.

Hanh abrió la boca para discutir y la cerró de golpe.

—¡Ja! —Abuela Frida apuntó con su llave a Hanh.

—Abuela… —dije en tono de advertencia—. Si ese otro vehículo está en su terreno…

Un momento.

Me giré hacia Rogan.

—¿Qué quieres decir con que ese *quad* está en tu terreno?

Hanh se quedó paralizada.

Rogan parecía querer estrangular a alguien.

—¿Rogan?

Estaba pensando en una forma ingeniosa de formular su respuesta.

—¿Compraste propiedades junto a nuestro almacén?

Él cerró los ojos por un segundo, luego me miró y dijo:

—Sí.

—¿Cuántas propiedades compraste?

—Alguna.

Lo miré fijamente.

—¿Podrías ser más específico?

—Todo lo que hay entre Gessner, Clay, Blalock y Hempstead.

Dios mío. Eso era casi cinco kilómetros cuadrados de propiedades industriales y nuestro almacén estaba justo en medio de su terreno. Cada día pasaba junto a esos negocios y nada me había parecido diferente.

—¿Cuándo compraste todo ese terreno?

—Empecé el día que arrestaron a Adam Pierce.

—¿Y por qué?

—Porque vives en medio de una jungla industrial, Nevada. —Su rostro se endureció—. Tienes varias calles pequeñas, tráfico industrial atravesándola y hay como mil lugares donde alguien podría esconder un equipo de ataque. Lo compré porque no hay forma de asegurar eficazmente esta ubicación.

—¿Y ahora la has asegurado? —Lo había diagnosticado como un maniático del control hace tiempo, pero aquello era demasiado.

—Sí. Ahora esta zona está patrullada, equipada con defensas estructurales y asegurada por personal armado.

—No, Rogan. Simplemente no.

—La única razón por la que esta gente entró por esa carretera en particular fue porque lo permití. Cierro todas las carreteras no esenciales por la noche. Me aseguré de que el sigilo no fuera una opción. Se vieron forzados a atravesar y entrar a lo bruto, en lugar de usar tácticas encubiertas y cortaros el cuello mientras dormíais. Aun así, un asalto de esta escala es difícil de controlar. Por eso me quedé allí y me presenté como un objetivo. Ahora tenemos una pista sólida.

Así que de ahí venían las barricadas con pinchos. Debería haberlo sabido. Cuando trabajabas para Rogan, se aseguraba de que estuvieras protegido. Llegaba tan lejos como para hacerte inmune a las presiones financieras externas: sus empresas proporcionaban el préstamo de tu coche, los préstamos universitarios de tus hijos, tu hipoteca…

Oh, no. No, no sería capaz de hacerlo…

Mi voz podría haber congelado el aire del almacén.

—Rogan, ¿eres dueño de mi hipoteca?

—No personalmente.

—¡Maldita sea!

No podía tocar nuestro negocio. Augustine nunca vendería, así que fue tras nuestra casa.

—Nevada, está en un fideicomiso. No la poseo personalmente. Una de mis empresas es la propietaria. No puedo ejecutarla ni venderla. Los términos siguen siendo exactamente los mismos.

—¡No tenías ningún derecho a comprar mi hipoteca!

—Tenía todo el derecho. Estaba ahí. Cualquiera podría haberlo comprado y usado como ventaja.

—Tú y yo nunca seremos iguales económicamente, lo entiendo. Pero no puedes comprar partes de mi vida. Para que algo entre nosotros funcione, debo poder decirte que no. Si eres dueño de mi casa, pierdo esa capacidad. Pierdo mi independencia.

—Eso es absurdo.

—Se ha complicado todo. Ahora solo podré verte como el dueño de mi casa.

—¿Acaso lo he usado como moneda de cambio? ¿Lo he sacado a relucir? ¿Lo he presentado envuelto en un bonito lazo, ofreciéndotelo

en bandeja de plata y diciéndote: «Aquí tienes tu hipoteca, acuéstate conmigo»?

—No hace falta. Es suficiente saber que podrías hacerlo.

—¿Ahora me culpas por las cosas que teóricamente podría hacer?

—Te culpo por lo que ya hiciste. Compraste todos los negocios a mi alrededor y luego mi hipoteca. Para que cualquier tipo de relación funcione, debo tener la opción de alejarme. Me estás quitando esa capacidad. Sabes que haría cualquier cosa para mantener un techo sobre mi familia.

—Eso ni siquiera es lógico —dijo él, con voz precisa y cortante.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?

—Te lo dije cuando preguntaste.

—Recapitulemos. Me haces una proposición, te digo que no y tú vas y compras mi hipoteca. El hecho de que no me lo dijeras solo refuerza que podrías haberlo usado como ventaja. Porque lo harías, Rogan. Usas todos los recursos a tu disposición para ganar.

—No quiero ganar. —Apretó la mandíbula—. Esto no es una competición entre tú y yo para ver si puedo desgastarte. No te lo dije porque sabía que reaccionarías exactamente así.

—Sabías que era un movimiento equivocado.

—¡Despierta! —gruñó—. Esta noche vinieron dieciséis asesinos entrenados para matarte. Tenían armas y equipo militar. Habrían estrellado un camión cisterna contra este lugar, detonado las cargas y os habrían disparado a todos mientras salíais corriendo con la piel en llamas. ¿Realmente crees que tu abuela de setenta y tres años en un tanque viejo, tu madre con una lesión permanente y un rifle de francotirador, y un armario lleno de armas pueden protegerte? Esto es una guerra entre Casas. Eras vulnerable. Eras vulnerable física y financieramente. Eliminé esas vulnerabilidades.

Su magia destelló a su alrededor, furiosa, y se encontró con la mía. Nuestros poderes colisionaron.

—No te pedí que las eliminaras. ¡No eran tuyas!

—Tu existencia normal se acabó, Nevada. Se acabó cuando aceptaste el contrato de Harrison. La primera vez que apareciste en el radar de esa gente, te obligaron a ir tras Adam Pierce. Esa vez te pusiste voluntariamente en la mira. Ya no pueden ignorarte. Esto no

se trata de ética, leyes o de seguir las reglas. Se trata de supervivencia. No te lo dije porque te aferras desesperadamente a la ilusión de que sigues siendo una persona normal viviendo una vida normal, e intenté preservarla para ti, porque quería mantener tu cabeza por encima del río de mierda y sangre todo el tiempo que pudiera.

—Me metí en ese río por mi cuenta. No necesito tu ayuda. Sal de mi propiedad —escupí las palabras.

Rogan se marchó atravesando la puerta abierta del garaje hasta llegar a la mitad de la calle, luego se volvió hacia mí y extendió los brazos.

—¡Ahora estoy en mi propiedad! ¿Está bien así? ¿Han desaparecido todos tus problemas y nada de esto ha sucedido?

—Voy a dispararle —amenacé entre dientes.

—No, eso sería asesinato —me dijo abuela Frida con voz tranquilizadora—. Has tenido un día muy largo. Guardemos tu magia. ¿Sabes lo que necesitas? Una buena taza de infusión de manzanilla y un tranquilizante…

Me di la vuelta y salí del garaje. De lo contrario, habría estallado.

2 AMM: Acrónimo de «Artes Marciales Mixtas», un deporte de combate que combina técnicas de diferentes disciplinas marciales, como boxeo, lucha, judo y jiu-jitsu, entre otras.

Capítulo 8

Era por la mañana y mi madre preparaba el desayuno. Varios animales comían de diferentes cuencos en el suelo, todos excepto Bunny, que permanecía obedientemente junto a Matilda e intentaba no babear con el olor del beicon. Mientras observaba, Matilda dejó caer discretamente un trozo al suelo. Bunny lo devoró y retomó su vigilancia.

Mi madre mantenía su expresión de paciencia. Catalina cortaba fresas en el plato de Matilda. Arabella dibujaba extraños patrones en su tortita con los dientes del tenedor. Leon, tan fresco y despejado que me daban ganas de estrangularlo, engullía beicon. Bern devoraba su comida de forma metódica. Algún día acabaría dividiendo la comida de su plato en una cuadrícula. Todos parecían cansados. Nadie hablaba.

Bern había realizado una auditoría de nuestras finanzas. Mad Rogan era dueño de nuestra hipoteca. También poseía los préstamos de nuestros coches y nuestra línea de crédito comercial. Habíamos recibido documentación sobre el cambio de propietario de todas esas cosas, pero nuestra hipoteca ya se había vendido antes, así que mi madre simplemente se encogió de hombros y la archivó. Un pequeño préstamo universitario que Bernard había solicitado el año pasado, además de su beca, era lo único que Rogan había dejado intacto, probablemente porque procedía de un programa federal de ayuda financiera y no podía adquirirse.

—Podemos pagar los vehículos —afirmó abuela Frida—. Le dejé a esa chica el último *quad*, así que tenemos dos y los restos de uno

calcinado, pero los dos vehículos están bastante bien, solo tienen algunos pequeños daños. Son de última generación. Ya tengo compradores. Podemos venderlos por unos trescientos mil cada uno.

—Deberíamos quedarnos uno —intervino mi madre—. Podríamos necesitarlo teniendo en cuenta cómo van las cosas.

Abuela Frida abrió mucho los ojos e intentó señalarme disimuladamente.

—Quedémonos uno —dije, esforzándome por tragar mi tortita. Durante la noche, las marcas rojas de mi cuello se habían convertido en un espectacular moratón. Me dolía la garganta—. Da igual. Todavía debemos un millón cuatrocientos mil de la hipoteca.

Había alcanzado un punto de furia intensa la noche anterior. Finalmente, mi ira se desbordó, y ahora solo quedaba una firme determinación. Rogan era el dueño de nuestra hipoteca. Tendría que esforzarme al máximo para recuperarla. No había otra opción. Éramos los Baylor. Cumplíamos con nuestras obligaciones, y cuando la vida nos golpeaba, nos levantábamos y le devolvíamos el golpe. A veces dolía mucho, pero aun así lo hacíamos.

—¿Un millón cuatrocientos mil? Eso es casi el precio original del almacén —dijo Arabella—. Llevamos siete años pagándola. ¿Cómo es posible?

—Por los intereses —respondió Catalina con esa mirada distante que ponía cuando hacía cálculos complicados mentalmente—. Con el cuatro y medio por ciento de interés y los gastos financieros, es una cifra aproximadamente correcta. Puedo hacer los cálculos exactos.

—No es justo. Comprar a crédito es una mierda —declaró Arabella.

—Tendríamos que sufrir unos tres ataques más antes de poder pagar la hipoteca —intervine—. Necesitaríamos vender seis *quad* más para comprar la parte de Rogan.

Leon pinchó su fresa con el tenedor.

—Por mi parte, doy la bienvenida a nuestro nuevo señor supremo Mad Rogan. Estoy deseando aprender y demostrar que soy un miembro valioso de su equipo.

—Cállate —dijeron Catalina, Bernard y Arabella al unísono.

Leon entrecerró los ojos.

—Seguro que él me dejaría tener un arma, a diferencia de otras personas…

—No necesitas un arma —espetó mi madre.

—¿Sabes siquiera de dónde viene eso del señor supremo? —preguntó Bern.

—De una serie de televisión.

—No, es de una película llamada *El imperio de las hormigas*. Búscalo. —Justo en ese momento, el teléfono de Bern sonó. Lo miró —. Es Bug. Bien, dos cosas. Una, tengo el vídeo del mercenario siendo subido al avión hacia Johannesburgo, vivo, tal como Rogan prometió. ¿Quieres verlo?

—No —respondí. Rogan era un imbécil controlador y autoritario, pero cuando daba su palabra, la cumplía.

—Dos, esta mañana abrí una puerta en el servidor de Scorpion y Bug se pasó la última hora paseándose por sus archivos confidenciales. Scorpion fue contratado a través de un intermediario y le pagaron por transferencia electrónica. La gente de Rogan encontró al intermediario. Le pagaron en efectivo, un hombre sin identificar.

—¿Cuánto?

—Medio millón.

—¡Somos caros, sí! —exclamó Arabella.

—Le dejé un pequeño regalo a Scorpion —afirmó Bern—. Bug lo activó hace un par de minutos, antes de salir corriendo de sus servidores.

—¿Qué regalo?

—Cuando intenten acceder a sus archivos confidenciales, encontrarán un maratón de *Hello Kitty's Paradise*. Los doce años completos en japonés original.

—Me gusta Hello Kitty —dijo Matilda.

Cornelius se aclaró la garganta.

—Me siento parcialmente responsable de esta situación.

Matilda se estiró y le acarició el brazo.

—Está bien, papi.

Todo se detuvo mientras luchábamos colectivamente con una sobrecarga de ternura.

—Gracias —le dijo Cornelius—. Pero soy responsable. Sabía lo que vendría, o al menos lo sospechaba, y aun así minimicé ese riesgo en nuestra conversación inicial.

Suspiré.

—No minimizaste nada. Era consciente del riesgo cuando acepté el trabajo. La responsabilidad de todo lo que pasó es mía.

—Tu indignación por las acciones de Rogan está justificada —contestó Cornelius, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero el peligro de que tu familia sea lastimada o presionada es muy real. Él no se equivoca.

Dejé la servilleta sobre la mesa.

—Sé que no se equivoca, Cornelius. Estoy molesta porque se niega a reconocer que yo también tengo razón.

—Si hubiera venido a ti con todo esto, nunca habrías aceptado la compra —dijo Bernard.

—Probablemente no, pero al menos habría tenido una opción.

—¿Qué opción? —preguntó él.

—No lo sé. —Me levanté y fui a enjuagar mi plato.

—¿Vamos a ir a la escuela hoy? —preguntó Leon.

—No —dijo mi madre.

—¡Genial! —Sonrió Leon—. Entonces, voy a salir a ver si consigo un arma. Como mi propia familia no me deja tener una, tendré que suplicar a extraños.

—¿A ti qué te pasa? —se dirigió a él Catalina.

—¿Crees que las armas están tiradas por ahí fuera? —intervino Arabella—. ¿O que alguien plantó un árbol de armas en nuestro aparcamiento?

—¿Alguno de vosotros ha mirado fuera? —preguntó Leon—. Desde el amanecer, quiero decir.

Bern consultó su teléfono.

—Tiene razón. Creo que deberíamos mirar fuera.

Me levanté y avancé por el pasillo, atravesé la oficina y me dirigí a la puerta principal con toda mi familia detrás. Abrí la puerta.

Un transporte blindado pasó junto a nosotros, manteniéndose con cuidado al otro lado de una línea blanca que alguien había pintado en el pavimento alrededor de nuestra propiedad. Al otro lado de la

calle, un equipo de personas con aspecto militar instalaba un obús M18. Otro obús móvil que parecía un tanque rugió calle abajo en dirección contraria. A la derecha, otra cuadrilla de aspecto militar estaba levantando una torre de observación. Dos personas de aspecto severo con equipo táctico pasaron corriendo junto a nosotros. El de la izquierda llevaba lo que parecía un oso *grizzly* anormalmente grande con una correa de cuero absurdamente fina. El *grizzly* llevaba un arnés de cuero con la inscripción *Sargento Teddy*.

Mi madre se quedó boquiabierta.

Abuela Frida le dio un codazo en las costillas a mi madre.

—Pellízcame, Penelope. Es Fort Sill[3].

Abrí la boca, pero no me salió nada.

Una mujer elegante, más o menos de mi edad, se acercó a la línea blanca y se detuvo. Llevaba el pelo liso y oscuro recogido en una coleta. Su piel era de un bonito tono marrón con un matiz oliváceo, sus ojos eran oscuros y sus rasgos apuntaban a una herencia africana y posiblemente latina. Vestía un traje pantalón beis.

—Me llamo Melosa Cordero, tengo un mensaje de Mad Rogan —dijo—. ¿Permiso para entrar?

Aquello era ridículo.

—Claro —le di permiso y ella cruzó la línea blanca.

—El comandante lamenta que su presencia le resulte incómoda; sin embargo, quiere informarle de que la fiesta de Baranovsky es mañana, así que, de manera respetuosa, sugiere que vaya de compras. Debo acompañarla. Estoy autorizada a hacer compras en su nombre.

—Eso no será necesario. —Rogan no pagaría nada más mío si podía evitarlo—. Puede marcharse. Compraré mi propio vestido, señorita Cordero.

—Por favor, llámeme Mel. Dijo que diría eso. Y me pidió que le dijera esto textualmente. —Se aclaró la garganta y continuó—: «Esto es estrictamente profesional. No tengas un berrinche, Nevada. No es propio de ti».

¿Un berrinche? Hice un esfuerzo heroico por mantener la boca cerrada. Estaba bastante segura de que, si la abría, escupiría fuego

y le derretiría la cara.

—También me dijo que, si ponía esa cara, debía decirle que soy una égida —añadió Melosa—. Tengo el rango de Significativa y soy guardaespaldas profesional. Mi misión es protegerla a usted y a Cornelius. También debo recordarle que la seguridad de su cliente es su primera prioridad.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Rogan.

Nevada: Muchas gracias por proporcionarnos protección. Muy amable de tu parte.
Rogan: Ha sido un placer. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?
Nevada: De hecho, sí. Haz un puño y golpéate con él.
Rogan: ¿Ahora es cuando te suelto alguna cursilería condescendiente sobre lo guapa que estás cuando te enfadas?
Nevada: ¿De verdad quieres morir?
Rogan: ¿Vas a hacer algo al respecto?

¡Arg!

—¿Cornelius? —pregunté—. ¿Tu acuerdo con Rogan termina cuando descubramos la identidad del asesino de tu esposa?

—Sí.

—Bien. —Porque una vez que ese contrato terminara, haría que Rogan se tragara cada palabra de aquel mensaje. No tenía ni idea de cómo lo haría, pero sucedería.

—Si me permites —intervino Melosa—. Tenemos un dicho en este negocio: «A caballo regalado, no le mires el blindaje».

—¿Cuál fue tu última misión? —le preguntó mi madre.

—Protegía al ministro de Economía argentino —respondió Melosa —. Me retiraron de ese servicio anoche, pero estoy en condiciones operativas. El Equzol es una droga increíble.

—Siento que me he perdido algo. ¿Vamos a la gala de arte de Baranovsky? —preguntó Cornelius, con expresión confundida.

Era cierto. Se había dormido durante esa parte. Le aseguré que mi *relación* personal con Rogan no interferiría con la investigación. Mantendría mi palabra, sin importar lo que me costara.

—Pasa —le dije a Melosa—. Hay tortitas y salchichas. Sírvete mientras pongo a Cornelius al día.

Hacerlo me llevó mucho más tiempo del que había previsto y, cuando terminé, me dolía la garganta. Se lo tomó bien. Él y Melosa vieron el vídeo del incidente del paso elevado, y después Cornelius declaró que iría con nosotros a partir de ese momento.

Así fue como los tres terminamos yendo juntos a ver a Ferika Luga. Cornelius comentó que su hermana compraba allí con frecuencia ropa formal, y como no tenía idea de dónde comprar un vestido adecuado, decidí confiar en su criterio. También recurrí a mi presupuesto de emergencia. No usaría un vestido comprado por Rogan.

Como mi Mazda había desaparecido, abandoné toda pretensión de pasar desapercibida entre el tráfico y tomé uno de los *quads* capturados. Los *quads* no estaban hechos para la comodidad ni para el tráfico urbano. Llamábamos la atención como si lleváramos un cartel luminoso, y al final del viaje necesitaría un trasero nuevo. De momento, el día había empezado con buen pie. No podía esperar a ver qué maravillas me depararía el futuro.

Mientras salíamos del vecindario, pasamos junto a un equipo que instalaba una cerca eléctrica a lo largo de Clay Road.

—¿Rogan ha trasladado su sede por aquí cerca? —pregunté.

—Sí —respondió Melosa—. No es rentable proteger dos sedes diferentes.

—¿Dónde está ubicada?

—No estoy autorizada a decirlo.

Por fin entendí por qué lo llamaban Mad Rogan. No era porque estuviera demente. Era porque te volvía loca de pura frustración.

Tuvimos que hacer un desvío por un barrio más antiguo, donde Cornelius desapareció por una calle estrecha con otro misterioso saco.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó Melosa.

—No me lo dirá. Por alguna razón, pensé que podrían ser partes de cuerpos, y ahora no puedo quitarme esa idea de la cabeza.

—No son partes de cuerpos. La bolsa tendría bultos.

—Eso también se me ocurrió.

Mientras esperábamos a Cornelius, Bug me envió por correo electrónico el informe de la autopsia de Forsberg. No se habían descubierto rastros de partículas extrañas; sin embargo, las heridas contenían restos de tejido congelado. Alguien había congelado los ojos de Forsberg y el cerebro detrás de ellos, convirtiéndolo en papilla. Por alguna razón, no me sorprendió. Por desgracia, no había forma de reducir las posibilidades. Los registros de visitantes de la Asamblea estaban escritos a mano y eran confidenciales. Ni siquiera Rogan podía acceder a ellos.

Ese misterioso mago del hielo me estaba sacando de quicio.

Ferika Luga era una mujer baja y regordeta de ascendencia nativa americana. Su tienda ocupaba una de las *suites* comerciales en un rascacielos, entre una firma de contabilidad en el piso inferior y una *startup* de Internet en el superior. Cornelius mencionó que solo atendía con cita previa, así que había llamado con antelación. No sé por qué, esperaba un espacio comercial, pero no lo había. La parte delantera de su área de trabajo era una simple sala abierta con una fila de sillas en un extremo, ventanas del suelo al techo a la derecha y una pared de espejos a la izquierda.

Ferika miró a Melosa y Cornelius de arriba abajo y señaló las sillas.

—Esperad aquí. Tú, ven conmigo.

La seguí hasta la parte trasera, atravesamos una puerta que nos condujo a un probador con una plataforma redonda en el medio. Un gran espejo ocupaba una pared. A través de la puerta abierta a mi izquierda, podía ver un taller de costura y filas y filas de vestidos cubiertos por plástico, colgados en barras metálicas suspendidas del techo.

—Vas a la cena de los Baranovsky. —Ferika me miró de frente—. ¿Qué quieres que vea la gente? No pienses, di lo primero que se te venga a la cabeza.

—Profesional.

—Piénsalo. Imagínate allí.

Me imaginé sobre un suelo brillante. Rogan estaría allí en toda su gloria de dragón. Necesitaría una lanza y un casco.

—¿A qué te dedicas?

—Soy investigadora privada.

—¿Quieres ocultar eso que tienes en el cuello?

—Aún no lo he decidido.

La mujer mayor se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Cómo te lo hiciste? —me preguntó

—Un hombre intentó matarme.

—Como veo que estás aquí de pie, queda claro que no lo consiguió.

—No.

—Espera aquí —me pidió la mujer.

Desapareció entre los percheros de ropa. Miré alrededor. Nada llamó mi atención. El suelo era de madera color castaño. El techo tenía muchos paneles blancos. El espejo me devolvía mi reflejo: el moratón era realmente impresionante.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Rogan? —preguntó Cornelius.

La pared, aparentemente, era de papel fino, porque no había alzado la voz, pero lo oí con claridad.

—Mucho tiempo —le respondió Melosa—. Se podría decir que soy una de las primeras empleadas que contrató después de dejar el Ejército.

—En tu experiencia, ¿suele encapricharse a menudo?

¿A dónde quería llegar con eso Cornelius?

Melosa se aclaró la garganta antes de contestar:

—No tengo libertad para hablar de la vida personal de mi jefe. Y, aunque la tuviera, no lo haría. El comandante se ha ganado mi lealtad. Estaría dispuesta a recibir una bala con su nombre. Tiene derecho a su privacidad y la protegeré, así que le sugiero que elija otro tipo de preguntas.

Vaya, lo había cortado rápido.

Ferika regresó, acompañada de una mujer más joven que portaba un vestido negro.

—Póntelo.

Me desvestí y me lo puse mientras ella observaba. Era sorprendentemente pesado. La ayudante de Ferika me subió la

cremallera, me tendió la mano y me ayudó a subir de nuevo a la plataforma. Me miré al espejo y me quedé quieta.

La silueta era atemporal: dos finos tirantes sostenían un escote en forma de corazón que dejaba mi cuello y la mayor parte del pecho al descubierto, la cintura era ajustada y la falda caía con gracia formando una cola. No tan larga como para resultar incómoda, me permitiría moverme rápido si fuera necesario. La tela del vestido, tul de seda negro, habría sido completamente transparente si no fuera por las miles de lentejuelas negras bordadas. El complicado diseño se curvaba alrededor y sobre mis pechos, delineaba mis costillas y abrazaba mis caderas, para finalmente fracturarse en espirales individuales justo por debajo de la mitad del muslo. Se deslizaban por la falda de tul transparente como si fueran llamas negras, fundiéndose en la nada cerca del dobladillo. El vestido no parecía bordado; parecía cincelado en obsidiana, como una coraza de fantasía de una valquiria. Parecía una armadura.

—¿Cuánto cuesta?

—Quince mil.

—No puedo permitírmelo.

—Lo sé —dijo Ferika—. Puedes alquilarlo por una noche por el diez por ciento del coste. Los zapatos y el bolso de mano serán cortesía de la casa.

Mil quinientos dólares por una noche y ni siquiera sería mío. Técnicamente, era un gasto necesario y se lo facturaría a Cornelius, pero el hecho de poder facturar cosas no me daba licencia para ser descuidada con el dinero de mi cliente.

La expresión en el rostro de Rogan cuando lo viera valdría la pena.

—Los zapatos —ordenó Ferika.

La asistente colocó un par de tacones negros frente a mí. Me los puse. Me quedaban perfectos.

—El pelo.

La asistente se colocó detrás de mí, me soltó el pelo de la coleta, lo enrolló como una corona alrededor de mi cabeza y lo sujetó con destreza valiéndose de unas cuantas horquillas.

Ferika extendió su mano. La tomé y bajé de la plataforma elevada. Luego me condujo al espacio abierto.

Cornelius parpadeó. Las cejas de Melosa se arquearon.

—Son mil quinientos por noche —les dije—. Sí, ¿no?

—Sí —respondieron Cornelius y Melosa al unísono.

Era viernes por la tarde. Sentada en mi oficina, intentaba encontrar algo de paz y tranquilidad mientras observaba las fotografías de los pesos pesados mágicos que probablemente estarían en la fiesta de Baranovsky. Augustine me las había enviado por correo electrónico divididas en dos útiles categorías: los que me matarían y los que podrían matarme. Iba a ser una velada infernal.

Sonó el timbre. Toqué el portátil para ver la imagen de la cámara frontal. El rostro de Bug me saludó. Sacó la lengua, bizqueó y agitó su portátil.

Me levanté y abrí la puerta.

—¿Qué, no vas a pedirme permiso para entrar en mi territorio?

—Perdone, Su Divina Majestad Princesa. —Bug ejecutó una reverencia sorprendentemente elegante con una floritura de mano y comenzó a retroceder, inclinándose—. Perdone a este humilde desgraciado, perdone…

—Entra en mi oficina —gruñí.

—¿Qué demonios, Nevada? No, no voy a pedir permiso. —Bug entró y se dejó caer en la silla de los clientes—. Bonito local.

—Gracias. —Me senté en mi silla—. ¿Qué ocurre?

Abrió su portátil, pulsó una tecla y lo empujó hacia mí por encima de la mesa.

—¿Te resulta familiar alguno de estos cabrones?

Observé la fila de rostros, todos eran hombres de entre quince y sesenta años.

—¿Magos de hielo?

—Ajá.

Los examiné uno por uno.

—No.

Bug suspiró y recuperó su portátil.

—¿Estás segura de lo que viste?

—Sí. Reconocería esa sonrisa sin duda. Me enseñó los dientes antes de congelar la carretera. —Le mostré la lista de Augustine—. Tampoco está aquí.

—Mierda —dijo Bug con gesto agrio—. Es otra vez lo mismo. Nos ha estado pasando desde lo de Pierce. Crees que tienes una pista y entonces… ¡pum! —Hizo un gesto de explosión con los dedos—. Se desvanece en la nada y lo único que te queda es frustración y el ruido de pedo que hace tu cara cuando golpeas el escritorio con ella.

—Lo encontraremos. Si seguimos investigando, tarde o temprano aparecerá.

Bug miró hacia atrás, inclinándose para ver mejor el pasillo.

—Tengo algo más que enseñarte.

Rodeó el escritorio, se apoyó en él junto a mí y tocó su portátil. Apareció el vídeo de seguridad del tiroteo de la noche anterior con la increíble narración de Leon.

Hice una mueca.

—Sí, ya lo sé. Mi primo se emocionó. Mira, tiene quince años. Se cree inmortal.

—No. —El rostro de Bug estaba completamente serio por primera vez—. Mira.

La grabación se acercó a un mercenario mayor.

—*Soy un veterano tipo duro* —decía la voz de Leon—. *He visto mierdas chungas. He hecho mierdas chungas. He sobrevivido cinco meses en la jungla comiendo piñas y matando terroristas con un par de palillos viejos…*

—¿Dónde estaba mientras pasaba esto? —preguntó Bug.

—En la Cabaña del Mal. Es decir, en la sala de ordenadores.

—*… ¡Oh, mierda! ¡Mi cabeza acaba de explotar!*

La cámara se desplazó a la derecha hacia una mujer agachada junto al roble.

—S*oy la muerte. Soy un fantasma. Te encontraré. Puedes correr, puedes esconderte, puedes suplicar, pero nada de eso te ayudará. Iré a por ti en la oscuridad como una ágil pantera con patas de terciopelo y garras de acero y… Espera, cerebro, espera, ¿adónde vas?*

Suspiré.

—*Oh, no, mira, mis pies están temblando. Es algo tan poco digno.*

Quizá le pasaba algo a Leon. Debería darle más trabajo. Así no se aburriría ni intentaría conseguir armas.

—Sea lo que sea que quieres que vea, no lo veo —le dije a Bug.

—¿Cómo sabe quién va a morir después? Enfoca la cámara hacia ellos en la secuencia exacta en que los matan.

Eso no podía ser cierto. Rebobiné la grabación. El mercenario mayor, la mercenaria atlética, el mercenario culturista, el mercenario delgado, la mercenaria corpulenta… Cinco objetivos en el orden preciso en que fueron eliminados. En cada caso, la cámara enfocaba a la víctima y Leon comenzaba su narración antes de que sonara el disparo.

Maldición. Me tapé la boca con la mano.

—Si tu madre hubiera dado las órdenes de disparo, tendría sentido —dijo Bug—. Pero dos de ellos los eliminaron nuestros hombres. Al principio pensé que era un precognitivo. —Rebobinó el vídeo justo después de que muriera la primera mercenaria—. Mira, ¿ves cómo aquí gira primero el disparo hacia la izquierda?

Seguí la cámara mientras se inclinaba hacia la izquierda, enfocando durante un segundo la farola como si Leon estuviera esperando algo. La cámara se inclinó hacia arriba, captando la ventana en el edificio al otro lado de la calle y luego moviéndose hacia el mercenario culturista.

—No lo hizo en ninguno de los otros casos, así que fui a hablar con nuestros hombres. —Bug tecleó en el portátil. La imagen de la calle llenó la pantalla—. Teníamos a un tipo aquí. —Señaló la ventana con el dedo.

—¿Es esa la ventana del vídeo?

Él asintió.

—El tipo delgado al que mataron después de que llegara el grandullón está aquí. —Bug señaló el lugar junto al almacén, protegido de la vista por el muro bajo de piedra—. El tipo de la ventana no tenía un tiro directo al hombre delgado. Así que, por diversión, pusimos un muñeco en el lugar donde estaba el hombre.

Pulsó una tecla y la pantalla mostró la calle desde un ángulo diferente, con un maniquí agachado junto al muro y una bolsa de

lona en la cabeza.

—¿Por qué le pusiste la bolsa en la cabeza?

—Lo verás en un minuto. Esta es la vista desde la ventana del francotirador. —La pantalla se dividió por la mitad—. No hay tiro.

—Sí.

El francotirador apuntó al lugar de la farola donde Leon había hecho *zoom* antes y disparó. La bolsa en la cabeza del maniquí se rasgó y un fino hilo de arena se derramó.

—Rebote —susurré. Leon no era un precognitivo. Había evaluado los objetivos potenciales y las posiciones de los tiradores, calculado la trayectoria de la bala y esperado a que sucediera. Cuando no ocurrió, pasó al siguiente objetivo más probable. Y todo eso lo hizo en una fracción de segundo.

—No sé qué quieres decir. Es una especie de maravillosa locura que nunca había visto antes. Pero pensé que debía decírtelo.

Leon nunca tendría una vida normal. Solo había un camino abierto para su tipo de magia.

Lo miré.

—Por favor, no se lo digas a Rogan.

—Tendré que decírselo si me pregunta —me contestó Bug—. Pero no me adelantaré. ¿Leon lo sabe?

Negué con la cabeza.

—Es tu decisión —dijo Bug, tomando su portátil—. Pero un consejo, por experiencia personal: cuando impides que la gente haga aquello para lo que está destinada, se vuelve loca. No dejes que se vuelva loco, Nevada.

3 Base militar del Ejército de Estados Unidos localizada en el suroeste de Oklahoma.

Capítulo 9

Eran las seis de la tarde del viernes y estaba sentada en nuestra sala multimedia con un vestido de mil quinientos dólares por noche, sosteniendo un pequeño bolso de fiesta que contenía mi teléfono, e intentando no moverme. Arabella me había maquillado. Catalina había recogido mi pelo en un moño deliberadamente despeinado y lo había fijado con un broche negro de metal. Ya llevaba los zapatos puestos. Había ido al baño antes de vestirme, no había comido nada que pudiera causarme gases, y probablemente estaba deshidratada, porque la Ley de Murphy garantizaba que, si tenía una bebida en la mano, derramaría algo sobre mi bonito vestido.

Estaba lista para salir. Abuela Frida y mi madre me hacían compañía hasta que llegara Augustine.

Había pasado las últimas horas memorizando nombres y rostros de la lista de Augustine y mi pobre cerebro zumbaba como una colmena. Varios de los hombres en las fotografías eran rubios. Los había estado mirando durante una hora, intentando hacer coincidir sus rasgos con la mancha borrosa que había visto a través de la ventana empañada por la lluvia del Suburban. No lo conseguí.

En la televisión, los tertulianos especulaban sobre el asesinato del senador Garza. La Policía seguía ocultando los detalles de la investigación y la intensidad rabiosa de los comentarios anteriores había disminuido hasta convertirse en declaraciones molestas que sonaban sospechosamente a quejas. La prensa deseaba la historia con desesperación, pero había un límite para las especulaciones

posibles y, privados de información, estaban listos para admitir la derrota y pasar a temas más emocionantes.

Las imágenes del senador Garza volvieron a aparecer en la pantalla. Joven, apuesto, con corte de pelo de político y probablemente sonrisa de político. Lo habían asesinado y alguien tenía que responder por ello.

—Pobre familia —dijo abuela Frida.

Leon entró corriendo en la habitación.

—Neva… —Se detuvo y me miró fijamente.

—¿Sí?

—Estás guapa —afirmó con asombro, como si hubiera descubierto alguna forma de vida alienígena.

—¿Porque normalmente estoy…?

—Hay una limusina fuera —respondió, cambiando de tema—. Dos limusinas.

Extendí la mano y Leon me ayudó a levantarme.

—¿Qué tal estoy?

—Estás genial —aseguró mi madre.

—¡Buena suerte! —me deseó abuela Frida—. ¡Toma muchas fotos!

Salí de la sala multimedia. Cornelius me esperaba. Llevaba un esmoquin negro que se ajustaba a su cuerpo y resaltaba sus atractivos rasgos. Parecía elegante y distinguido, un hombre que pertenecía al mundo de los vestidos de quince mil dólares. Me sentía como una niña pequeña jugando a disfrazarse.

Cornelius me ofreció su brazo. Apoyé mis dedos en su antebrazo y caminamos por el pasillo hacia la puerta.

—Esto es como ir al baile de graduación —dije.

—Yo no fui al mío —confesó él—. ¿Tú sí?

—Fui al baile de penúltimo año. Mi pareja se llamaba Ronnie. Se había alistado en los Marines y tenía que partir dos semanas después. Apareció colocado y se pasó toda la noche intentando que yo también fumara hierba porque era su última oportunidad de soltarse. Me harté y lo abandoné treinta minutos después de llegar. —Me había saltado alegremente el baile del último año.

—Prometo no abandonarte.

—Entre Augustine, Rogan y tú, creo que no hay peligro de que me quede sola.

Cornelius me abrió la puerta y salí a la noche. Dos limusinas esperaban. Augustine estaba junto a la segunda. También llevaba esmoquin y le quedaba como un guante. Me tomé un segundo para asimilarlo. Vaya.

—Nevada, estás perfecta. Harrison, buenas noches.

—Buenas noches —respondió Cornelius.

La conductora de la primera limusina, una mujer alta y rubia, salió y mantuvo la puerta abierta.

—Señor Harrison.

—¿Vamos a llegar por separado? —pregunté.

—Sí —contestó Cornelius—. Llegaré en la limusina de mi Casa.

Y yo iría con Augustine como su empleada. Mejor así.

—Te veré allí —se despidió.

Su limusina desapareció en la noche. Augustine me mantuvo la puerta abierta. Me senté con mucho cuidado.

Cerró la puerta, dio la vuelta, se sentó a mi lado y partimos.

—El moretón es un toque magistral —comentó Augustine.

—Los dos dijisteis que a Baranovsky le gusta lo único.

—Ciertamente lo es. Atrae la mirada. Junto con el vestido, es una declaración poderosa. ¿Has notado que Rogan intentó disuadirte de asistir?

—Sí.

¿Qué quería decir con eso?

—Rogan es, en el fondo, un adolescente —afirmó Augustine—. Decidido, peligroso y calculador, pero un adolescente al fin y al cabo.

No. Rogan era cualquier cosa menos eso. Buscaba mantener el control sobre su entorno, su gente y, sobre todo, sobre sí mismo. En las raras ocasiones en que las emociones lo dominaban, el atisbo de su verdadera naturaleza era tan breve que aún no había podido descifrarlo por completo. No había nada impulsivo en él.

—Los adolescentes se rigen por sus emociones —continuó Augustine.

Ya, claro. Si solo tuviera algunos adolescentes en mi vida con los que lidiar a diario.

—Abandonar las obligaciones familiares y escaparse para unirse al Ejército es una decisión de adolescente —dijo Augustine—. Está un paso por encima de declarar dramáticamente que no pidió nacer.

Dado que Rogan tenía diecinueve años cuando se unió al Ejército, la crítica de adolescente no era del todo justa. Por fin entendía por qué Rogan se había alistado. Intentaba escapar del camino predeterminado de todos los principales: ir a la universidad, obtener un título superior, trabajar para tus padres, casarte con alguien con los genes adecuados y tener no menos de dos y no más de tres hijos para asegurar la sucesión. El camino que Augustine había seguido meticulosamente, con la excepción de encontrar pareja.

—A mi manera de ver, ocasionalmente, Rogan tiene una reacción emocional y actúa en consecuencia. Tuvo una reacción emocional al compartirte con el resto del mundo. No conozco la naturaleza de su fascinación. Quizás sea personal. Quizás sea interés profesional. No creo que te des cuenta de lo valiosa que eres, pero Rogan lo sabe y yo también. Y no me gusta perder.

Deslizó el pulgar por su teléfono. Mi bolso emitió un tono melodioso que había configurado específicamente para aquel evento. Lo abrí y revisé mi teléfono. Un nuevo correo de Augustine esperaba en mi bandeja de entrada. Lo abrí.

Era un contrato. *Acuerdo con la Casa Montgomery*. Me estaba ofreciendo empleo, pero no con MII. Con la Casa Montgomery. Aquello era nuevo. *Salario base. El empleado recibirá un salario base por un importe de un millón doscientos mil dólares al año…*

Aquello no podía ser verdad.

> *Pago. El salario base se pagará de acuerdo con las prácticas habituales de nómina del empleador.*
>
> *Revisión salarial. El 1 de noviembre de cada año del plazo de duración del contrato, el salario base del empleado aumentará no menos del 7 por ciento. La empresa revisará el desempeño del empleado y podrá realizar aumentos adicionales al salario base a su entera discreción.*

¿Cuál era el plazo? Me desplacé por el documento. Diez años.

Augustine Montgomery acababa de ofrecerme un contrato que garantizaba un pago de un millón doscientos mil dólares al año durante diez años con un aumento anual del 7 por ciento y bonificaciones basadas en el rendimiento.

Podría comprar la parte de Rogan. Podría pagar nuestra hipoteca. Podría garantizar la educación de mis hermanas. Podría…

¿Cuál era la trampa? Tenía que haber una trampa.

> *Pacto de no competencia. Como contraprestación, y como incentivo para que la empresa emplee al empleado, si dicho empleo se termina por cualquier motivo durante el plazo establecido, el empleado no participará directa o indirectamente, ya sea personalmente o como empleado, socio asociado, socio, propietario, gerente, agente o en cualquier otra capacidad en ningún negocio dentro de los Estados Unidos y sus territorios protegidos que implique investigación privada, servicios de seguridad o interrogatorio personal por un período de diez años. Cualquier negocio de seguridad o investigación privada actualmente propiedad del empleado debe disolverse antes de la formalización del contrato.*

Si aceptara, la Agencia de Investigación Baylor dejaría de existir. Y si renunciara o me despidieran por cualquier motivo, no podría mantener a mi familia.

Augustine me sonrió. Qué curioso, desde aquel ángulo no se le veían los dientes de tiburón.

Si aceptaba el trato, todos mis años de duro trabajo se esfumarían. La agencia era el legado de mi padre, pero también era mucho más que eso. Era un testimonio de nuestra perseverancia como familia.

Cuando la salud de mi padre se deterioró, el negocio se redujo a nada. Él no podía trabajar. Mi madre se centraba en cuidarlo. Cuando pienso en aquella época, aparece difuminada en mis recuerdos. Oscura y opresiva, como si mi cerebro la hubiera filmado a través de un filtro. Existía un tiempo antes de que papá enfermara

y otro después de que muriera. Entre ambos yacían los terribles recuerdos que intentaba olvidar como autodefensa.

No pude ayudar a papá. De hecho, empeoré las cosas. Me descubrió leyendo una carta de su médico y me pidió que no se lo contara a nadie. Guardé su secreto durante demasiado tiempo. Si hubiera hablado antes, quizás habría vivido más. Cuando todos fueron conocedores de que estaba enfermo, no pude tranquilizar a mis hermanas y primos. Cualquier cosa que hubiera dicho habría sido mentira. Todos sabíamos la terrible verdad desde el principio. Papá iba a morir. Luchamos durante semanas, no años.

En ese tiempo, lo único que pude hacer fue dar un paso al frente e intentar ganar algo de dinero extra para nosotros. Me subí al barco que se hundía, la Agencia de Investigación Baylor, y fui tapando los agujeros uno a uno. Luché por cada nuevo cliente. Rastreé cada migaja de trabajo que pudimos conseguir. Y poco a poco el negocio empezó a moverse. Avanzaba tambaleándose, pero ya no estaba inmóvil. Después, tras la muerte de papá, todos necesitábamos desesperadamente algo a lo que aferrarnos. Éramos como corredores que habían completado una carrera larga y agotadora, cruzado la meta, y no sabían cómo dejar de correr. Necesitábamos un objetivo y la agencia se convirtió en eso. Nos mantuvo bajo techo y puso comida en nuestra mesa. Mis hermanas y primos no habían pedido una asignación en los últimos tres años porque la ganaban a través del negocio familiar. Si algo les salía mal en su vida adulta, el negocio estaría allí para proporcionarles ingresos. Nunca los haría ricos, pero pagaría las facturas. Estaba ahí para todos nosotros. La empresa prosperaba, prueba viviente de que permanecíamos unidos como familia. Todos estábamos orgullosos de ello. Mi padre albergaba la esperanza de que nos mantuviera a salvo, y así fue, en muchísimos más sentidos que solo el económico.

Si aceptaba la oferta de Augustine, todo eso desaparecería. Sí, ganaría más dinero. Una cantidad de dinero demencial, del tipo que de otra manera nunca podría conseguir. Pero eso implicaría que el resto de la familia, en lugar de ganar su propio dinero, dependiera de mí.

Quería alejarme de Rogan. Lo deseaba tanto. Con ese acuerdo podría hacerlo.

¿Qué tendría que hacer por ese dinero? Probablemente lo que mis padres habían luchado tanto por evitar que hiciera: trabajar para Augustine como detector de mentiras viviente. Hacer que la gente se encogiera en posición fetal en el suelo mientras lloraba después de que me adentrara en sus mentes.

—Es una oferta muy generosa —le dije.

—No, es una oferta justa. Soy un hombre de negocios, Nevada. Siempre vigilo mis números. Esta oferta no es modesta, pero tampoco generosa. Es, según mi estimación, una compensación adecuada y justa por el valioso servicio que proporcionarás a la Casa Montgomery. Compensación que, debo añadir, aumentará. Hay tanto que podría hacer con tu talento, Nevada. Tienes mi palabra de que nunca intentaré manipularte emocionalmente. Tienes mi palabra de que nunca amenazaré a tu familia ni intentaré comprar todos tus préstamos sin tu permiso en un intento de influenciarte.

Había investigado mis finanzas. Por supuesto. Al fin y al cabo, era dueño de una agencia de detectives privados. Y las había investigado para poder hacer exactamente lo mismo que Rogan había hecho. Pero Rogan se le había adelantado.

—Te ofrezco una alianza profesional, Nevada. Una asociación mutuamente beneficiosa. Si bajas en el documento, verás una bonificación por firmar. Cubrirá tus obligaciones de deuda inmediatas y te permitirá dar una entrada para una vivienda razonable, si decides mudarte del almacén y comenzar una vida más independiente. De nuevo, no lo hago por caridad. Lo hago porque me gustaría que estuvieras profesionalmente satisfecha. Por experiencia, los empleados felices significan un negocio estable y saludable.

Sonrió de nuevo.

—Entiendo que ahora mismo todo es caótico y esta es una decisión importante. Tómate todo el tiempo que necesites. No hay fecha de vencimiento para esta oferta.

Le devolví la sonrisa, tratando de no mostrar más emoción que un ligero divertimento.

—¿Estás seguro de que Rogan no me ofrecerá más?

—Puede que te ofrezca más. La pregunta es, ¿qué esperará que hagas por ese dinero?

Alcé las cejas.

—No me refería a un compromiso sexual —aclaró Augustine—. Rogan puede intentar seducirte, pero a menos que su personalidad haya sufrido un cambio muy drástico, nunca te presionará para tener una relación sexual contra tu voluntad. ¿Sabes a qué se dedica Rogan?

—A muchas cosas, por lo que tengo entendido.

—No, es dueño de muchas cosas. Que es diferente. Yo también poseo muchas cosas, pero dirijo MII. Es mi negocio del día a día. Rogan es un señor de la guerra en el sentido más real de la palabra. Sus empleados son mercenarios. Tiene uno de los mejores ejércitos privados del mundo, eso se lo reconozco, y hace cosas nobles con él, como rescate de rehenes, protección para trabajadores humanitarios y operaciones de estabilización. Sin embargo, ambos somos adultos. Sabes tan bien como yo que las operaciones más rentables raramente son asuntos pulcros. Lo más interesante es lo que hace en la ciudad de Houston.

—Tiene una empresa de seguridad privada, por lo que tengo entendido.

—Es dueño de Castra. Es una antigua palabra latina que significa «fuerte militar». Cada día los legionarios romanos marchaban treinta kilómetros con todo su equipo y luego acampaban y construían fortificaciones de tierra y madera alrededor antes de dormir. Castra es un refugio en tierra inhóspita, un muro de protección impenetrable para los forasteros. La Castra de Rogan proporciona seguridad a las Casas. ¿Necesitas reunirte con tu rival? ¿No confías en él o en tu propia gente? ¿Temes una emboscada? Castra asegurará el lugar por ti. Son una élite, expertamente entrenados e incorruptibles. Son la razón por la que Rogan conoce a todos los jugadores importantes del submundo de Houston y por qué está bien informado sobre la mayoría de las disputas importantes entre las Casas. Se toma su tiempo para cubrir muy bien sus huellas. Lo sé

porque estuve involucrado en una transacción compleja entre dos partes, asegurada por Castra, y reconocí a uno de sus hombres.

No me sorprendió. Rogan había dicho antes que cuando quería encontrar a alguien, su gente se lo traía en cuestión de horas. Eso no sería posible sin una extensa red de contactos entre el lado más turbio de Houston, y uno no consigue esos contactos siendo un monaguillo.

—¿Él es consciente de que tú lo sabes? —le pregunté.

Augustine negó con la cabeza.

—No estuve presente como yo mismo. Conmigo, tu trabajo sería legítimo y legal. No puedo prometerte que de vez en cuando no te encuentres con una situación que comprometa tus principios, pero tales situaciones serían una anomalía, no la norma. ¿Qué tipo de trabajo harías para Rogan? ¿A quién interrogarías para él?

Todos eran motivos válidos. Pero Rogan no quería contratarme. Me quería a mí, en todos los sentidos de la palabra. Me quería a su lado. Era más que lujuria. Aún no estaba segura de qué era exactamente.

Augustine sonrió.

—Sería prudente que valoraras tus alternativas con cautela.

La limusina subió por el sinuoso camino de entrada, pasando junto a exuberantes jardines y hermosas terrazas de granito.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Piney Point Village —me informó Augustine.

Piney Point Village era oficialmente el lugar más rico de Texas. Como muchas de las comunidades vecinas, comenzó siendo una pequeña ciudad que había sido engullida por la expansión de Houston. El año pasado tuve motivos para visitarla brevemente por un caso de fuga. Como parte de la adinerada comunidad residencial de Memorial Villages, Piney Point restringía cualquier tipo de negocio dentro de sus fronteras, contaba con un ingeniero urbano que regulaba todo, incluido el formato de los carteles de *Se vende*. Según el censo, el pequeño municipio tenía solo tres mil residentes.

El valor imponible de los bienes inmuebles que poseían sumaba dos mil millones de dólares.

El vehículo se incorporó en una rotonda, rodeando una impresionante fuente. Al otro extremo de la zona de aparcamiento, una enorme mansión blanca se alzaba entre los árboles. Desde allí, el enorme edificio se asemejaba a un ojo. Una gran torre redonda se ubicaba en el centro, como un iris, custodiada por imponentes columnas blancas que sostenían un balcón circular en la parte superior. Dos alas curvas se extendían desde la torre, elegantemente rodeadas por la vegetación. Las puertas y ventanas arqueadas de cristal brillaban con una acogedora luz ámbar. Casi podía oír la voz de algún agente inmobiliario de lujo: «Construida en una elegante fusión de estilos italiano, francés y de la primera época de Disney, esta magnífica propiedad ofrece mil baños para todas sus necesidades ejecutivas de Cenicienta…».

—¿De qué tamaño es esta casa?

—Unos dos mil ochocientos metros cuadrados —respondió Augustine—. Baranovsky la construyó específicamente para la gala hace unos años. La torre alberga el salón de baile central, el ala derecha tiene un espacio para restaurante y un auditorio de presentaciones, la izquierda contiene los cuartos habitables. La alquila para retiros de empresas cuando no está aquí.

La limusina se detuvo. Allá vamos.

—No te preocupes. Lo harás bien —aseguró Augustine—. Sé tú misma, Nevada.

El conductor abrió mi puerta. Augustine caminó alrededor de la limusina y me tendió la mano. Me apoyé en él y salí del coche. Me ofreció su brazo. Negué con la cabeza. El objetivo era llamar la atención y destacar. Estar vinculada a Augustine como su pareja haría que la mayoría de la gente me pasara por alto. Subimos la amplia escalera hacia la entrada arqueada entre imponentes columnas corintias. Un hombre y una mujer, ambos con trajes oscuros, esperaban junto a la entrada. Augustine hizo contacto visual con la mujer y mostró una pequeña tarjeta.

Ella inclinó la cabeza.

—Señor Montgomery. Bienvenido.

—Buenas noches, Elsa.

El hombre levantó un escáner y pasó el láser rojo por la tarjeta.

El guardia pulsó el micrófono de su auricular.

—Augustine Montgomery, de la Casa Montgomery, y su acompañante. —Su voz se escuchó a la vez en dos lugares, saliendo de su boca y del altavoz situado en algún punto del interior de la casa.

Probablemente sabían mi nombre, peso y talla de zapatos. Pero al lado de Augustine yo no significaba nada. Me convertí en «y su acompañante», y eso era precisamente lo que buscaba.

Atravesamos la entrada arqueada hacia la zona de suelo de granito, estaba tan pulido que brillaba como un espejo. Las paredes blancas se alzaban, decoradas con largos estandartes que mostraban las diversas exposiciones del Museo de Bellas Artes de Houston: una mujer enfundada en un vestido de nácar gigante, con un peinado igualmente voluminoso, y la leyenda *Esplendor Habsburgo: Piezas de las Colecciones Imperiales de Viena*; una estatua de cerámica de un hombre con un casco redondo sentado con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, titulada *Jugador de pelota: Arte del México Antiguo*; y una pulsera de plástico de aspecto extravagante en naranja y rojo, con un patrón de puntos negros rodeados de picos blancos y multicolores, marcada como *Joyería Enigmática de Ronald Warden.*

Una amplia puerta daba acceso al salón de baile justo frente a nosotros, permitiéndonos vislumbrar la planta principal y la multitud en el interior: mujeres con vestidos brillantes y hombres de negro. Dos escaleras suspendidas con elaboradas barandillas de hierro se curvaban a ambos lados, conduciendo al piso superior y a dos puertas adicionales.

Augustine se dirigió directamente al salón de baile. Alcé la barbilla y caminé junto a él como si perteneciera a aquel lugar.

—¿Por qué no se celebra la gala en el museo? —le pregunté.

—Baranovsky es un principal. Nos gusta controlar nuestro entorno. Tú sígueme. Entraremos y luego simplemente nos dejaremos llevar.

Atravesamos la puerta y tuve que concentrarme en caminar en lugar de detenerme a mitad de paso y quedarme boquiabierta. La gran sala circular resplandecía. El suelo era de granito blanco con elaborados adornos de malaquita verde incrustada. Las paredes eran de mármol blanco pulido con motas verdes y doradas. Una amplia escalera de mármol al otro extremo del círculo daba acceso a un balcón interior que recorría toda la circunferencia del salón, interrumpido por puertas que probablemente conducían al balcón exterior. Ventanales del suelo al techo se alzaban a ambos lados del balcón, enmarcados por columnas. Aquí y allá, pequeños grupos de sillones mullidos y mesas se acurrucaban cerca de las paredes. La élite mágica de Houston permanecía de pie, sentada y paseando mientras conversaba. Las risas flotaban. Los diamantes brillaban. Los camareros se movían entre los invitados como fantasmas, llevando bandejas de delicias y vino.

Fiel a su palabra, nos dejamos llevar. La gente nos miraba. Observé a Augustine. En algún momento entre la puerta principal y el salón de baile, se había vuelto deslumbrante. Normalmente era apuesto —su ilusión le otorgaba una perfección glacial—, pero en ese momento se había transformado en un semidiós griego. Una obra de arte viviente y respirante, sobrehumana en su belleza. Las mujeres lo miraban y luego me miraban a mí, sus miradas deteniéndose en el moretón de mi cuello.

Augustine me guio hacia la izquierda. Un camarero se acercó a nosotros para ofrecernos champán. Augustine tomó una copa, pero yo rechacé la mía. Lo último que necesitaba era emborracharme. Seguimos paseando, fragmentos de conversación llegaban hasta nosotros.

—Estás divina…

—Mentira —murmuré en voz baja.

—… es un placer verte de nuevo.

—Mentira.

—… nunca la hubiera creído capaz de hacer algo así.

—Mentira.

—Odio estas reuniones.

—Mentira, mentira, mentira.

Augustine rio suavemente.

Una mujer se interpuso en nuestro camino. De unos cuarenta años, con un peinado rubio cuidadosamente estructurado, llevaba un vestido color turquesa. La acompañaba un hombre que tenía que ser su hijo o un amante con la mitad de su edad. Moreno y apuesto, estaba excesivamente acicalado y lucía un tanto afeminado. Sus cejas estaban demasiado depiladas. No reconocí ninguno de los rostros, así que probablemente no intentarían asesinarme.

—Augustine, querido, qué delicia. —Mentira.

—Lo mismo digo, Cheyenne —respondió Augustine.

Mentira. Era evidente que no se trataba de una amiga cercana.

—Hemos estado admirando a tu encantadora acompañante —dijo Cheyenne. Tanto ella como su joven acompañante me miraron y, por alguna razón, me recordaron a hienas mostrando los colmillos.

—Es fascinante —intervino el joven—. Quizás ella pueda resolver nuestra disputa. Verás, Cheyenne defiende que la mujer debe mantener algo de su estado natural, mientras que yo considero firmemente que el cuerpo femenino debe estar completamente depilado desde las cejas hacia abajo. ¿Podrías darnos tu opinión?

Ajá. Era evidente que se trataba de un imbécil. No tenía tiempo para esas tonterías. Lo miré a los ojos, sosteniendo su mirada durante cinco segundos completos, y luego le di la espalda deliberadamente. Augustine y yo nos alejamos.

—Bien hecho —susurró Augustine.

—¿Quiénes eran?

—Nadie importante.

Una elegante mujer afroamericana se dirigía hacia nosotros. Llevaba un vestido rosa, no el rosa chillón del Pepto-Bismol[4], sino un suave rosa pastel apenas un tono más rojizo que el blanco. El vestido, ligeramente más suelto que uno de sirena, se ajustaba a su figura. Una media capa caía desde su hombro, otorgándole un aire majestuoso. Desde lejos daba una imagen de eterna juventud, pero al tenerla cerca pude apreciar que, con toda probabilidad, me doblaba en edad.

Augustine inclinó la cabeza.

—*Lady* Azora.

—¿Puedo robarte a Augustine un momento? —me preguntó la mujer mirándome de reojo.

Augustine también me miró.

—Por supuesto —respondí.

—Gracias, querida —dijo *lady* Azora y al segundo se alejaron paseando.

Me giré para tenerlos a la vista sin quedarme mirando la espalda de Augustine. Entonces, un hombre emergió de detrás de un grupo de personas.

Afroamericano, de unos treinta y tantos años, se movía con gracia hasta que se detuvo junto a mí. O más bien se cernió sobre mí. Debía de medir más de metro noventa. Todos los esmóquines y trajes de aquel lugar eran a medida, pero el suyo debió de necesitar un par de metros extra para adaptarse a su altura y sus anchos hombros. Llevaba el pelo muy corto, y una perilla y bigote igual de cortos le perfilaban la mandíbula, recortados con precisión quirúrgica. Nuestras miradas se encontraron. Se percibía un brillo de inteligencia en sus ojos oscuros. Con solo una mirada sabías que no era simplemente inteligente, era agudo y astuto. No arrasaría con su adversario. Lo desmontaría pieza a pieza.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza hacia mí. Su voz era profunda y tranquila.

—¿Necesitas ayuda?

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Necesitas ayuda? —repitió en voz baja—. Una palabra y te sacaré de aquí sin que ninguno de ellos pueda impedirlo. Me aseguraré de que tengas acceso a un médico, un lugar seguro donde quedarte y un terapeuta con quien hablar. Alguien que entienda cómo es y pueda ayudarte.

Las piezas encajaron en mi cabeza. El moratón. Por supuesto.

—Gracias, pero estoy bien.

—No me conoces. Es difícil confiar en mí porque soy un hombre y un extraño. La mujer que habla con Augustine es mi tía. La mujer al otro lado de la sala con el vestido blanco y morado es mi hermana. Cualquiera de ellas responderá por mí. Déjame ayudarte.

—Gracias —repetí—. En nombre de todas las mujeres aquí presentes. Pero soy investigadora privada. No soy víctima de ningún maltrato. Esta es una lesión relacionada con el trabajo y el hombre que me puso las manos encima está muerto.

El desconocido me estudió durante un buen rato y luego me puso una tarjeta en la mano.

—Si en algún momento decides que esa lesión no está relacionada con el trabajo, llámame.

Augustine se volvió hacia nosotros.

El hombre le mostró una mirada severa y se alejó. Eché un vistazo a la tarjeta. Era completamente negra, con las iniciales ML grabadas en plata en un lado y un número de teléfono en el otro.

—¿Sabes quién era? —preguntó Augustine.

—No.

—Michael Latimer. Es muy poderoso. Y muy peligroso.

—No estaba en mi lista.

—Se suponía que estaría en Francia durante todo este mes. ¿Qué quería?

No había problema en contárselo.

—Pensó que era víctima de maltratos. Se ofreció a ayudar.

—No tenía ni idea de que esas cosas le importaran. —Augustine entrecerró los ojos—. Interesante.

Hombres y mujeres pasaban a nuestro lado mientras el presentador seguía enumerando una lista interminable de nombres. Fulano de la Casa tal. El cónyuge de mengano de la Casa cual. Vi a Cornelius junto a una mujer que podría haber sido su hermana. Me miró al pasar como si no supiera quién era y le devolví la mirada exactamente de la misma manera.

Los minutos transcurrían.

Me giré y vi a Gabriel Baranovsky en el segundo piso hablando con un hombre asiático mayor. Dos hombres corpulentos enfundados en trajes caros, con hombros tan anchos que parecían casi cuadrados, esperaban tranquilamente cerca. Guardaespaldas.

Según nuestra investigación, Baranovsky tenía cincuenta y ocho años. Llevaba bien la edad. Su constitución, delgada, casi menuda, hacía pensar que era un hombre que o bien era corredor habitual o

tenía una voluntad de hierro en lo que respecta a la comida. Su cabello oscuro caía en una melena ondulada y suelta, enmarcando un rostro angular con aire inteligente, una nariz larga, mentón estrecho y ojos grandes. Había estudiado su foto en los archivos. Desde donde me encontraba no se podía apreciar, pero tenía unos ojos extraordinarios, color marrón claro como el *whisky* y con una expresión sabia y melancólica. El resto de él era totalmente común, pero los ojos elevaban su rostro, transformándolo en alguien inusual, alguien con quien querrías hablar porque estabas seguro de que tendría algo único que decir. Los ojos de un hombre que miraba hacia el futuro. No era de extrañar que coleccionara mujeres.

Y ni siquiera me estaba mirando.

La voz del presentador vaciló y por primera vez le presté atención.

—Connor Rogan, de la Casa Rogan.

El suelo a nuestro alrededor se quedó quieto y en silencio. En el segundo piso, Baranovsky se giró hacia la puerta, frunciendo el ceño. La pausa duró solo un par de segundos, el lento movimiento de cuerpos y el murmullo de conversación se reanudaron, pero las voces se habían vuelto más bajas y el movimiento aparentemente casual había adquirido una dirección definida mientras los asistentes intentaban despejar el centro del suelo sin parecer que tropezaban con sus propios pies.

Rogan entró en la sala. Llevaba un traje negro, pero, por la forma en que lo miraban, parecía que hubiera entrado vestido con una armadura. Se había afeitado y peinado, pero las ojeras revelaban que probablemente no había dormido la noche anterior. Un ceño fruncido endurecía su rostro. Parecía que asesinaría a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Una parte de mí quería golpearlo en la cara por comprar mis deudas. La otra parte quería interponerse en su camino y regañarlo por no dormir. Si eso era amor, entonces el amor era la emoción más complicada que había sentido jamás.

Me vio. Un destello de sorpresa brilló en sus ojos y por un momento quedó demasiado aturdido como para ocultarlo. El vestido había valido cada centavo. Rogan alteró su rumbo. Al otro lado de la sala, Michael Latimer lo observaba en silencio. Las reacciones de la

multitud se dividieron. La mayoría de los rostros mostraban preocupación. Algunos otros, tanto hombres como mujeres, lo observaban como Latimer, sin miedo pero alerta. Todos eran depredadores que habían acordado comportarse durante una noche y en ese momento no estaban seguros de si la bestia con los colmillos más grandes de la sala seguiría las reglas.

Rogan se detuvo en seco ante mí y extendió su mano sin decir palabra. No me atreví a comprobar si Baranovsky estaba mirando, pero casi todos en la sala lo hacían. Sus miradas se me clavaban como dagas.

«Que sea lo que Dios quiera». Puse mi mano en la suya.

Se giró con suavidad, deslizando mi mano hasta apoyarla en su codo. Caminamos juntos escaleras arriba. Me sentía mareada.

«Si tropiezo ahora, nunca me recuperaré de la vergüenza».

Llegamos arriba y Rogan giró a la izquierda, alejándose de Baranovsky, y continuó por el segundo piso. Más adelante, una puerta abierta conducía a un balcón enmarcado con jardineras de rosas de un rojo oscuro, casi púrpura. Rogan salió. El aire frío de la noche nos envolvió de golpe.

Recordé cómo respirar.

—¿Tenías que ser tan obvio? —mascullé.

—Te lo advertí. —Su voz sonaba fría, su rostro distante mientras me observaba—. Querías llamar su atención.

Me aparté de él y miré el jardín que se extendía abajo. Ningún hombre debería tener un jardín florecido en invierno, pero de algún modo Baranovsky lo había conseguido. Arbustos con flores amarillas enmarcaban las curvas de los senderos; altos tallos de plantas desconocidas con flores triangulares blancas se alzaban como una invitación; y rosas, muchísimas rosas, en todas las tonalidades desde el blanco hasta el rojo llenaban los parterres. Entre ellas, pequeños cenadores ofrecían un lugar para descansar y disfrutar de las vistas. Toldos de lona brillante, triangulares y tensados en formas ligeramente curvadas, como velas de algún galeón, protegían parte

de los caminos. El resto de la casa se curvaba en la distancia, abrazando el borde del jardín.

Rogan no dijo nada. Perfecto. Podíamos quedarnos allí sin decir nada.

Una ráfaga de viento sopló. Me abracé los hombros helados. Los vestidos de noche no estaban diseñados para salir corriendo de forma dramática a balcones desconocidos en medio de noches invernales.

Rogan se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros. La aparté.

—No.

—Nevada, tienes frío.

—Estoy bien.

—Es solo una maldita chaqueta —gruñó.

Entrecerré los ojos.

—¿Cuál es la trampa?

—¿Qué?

La irritación vibraba en su voz.

—¿Qué trampa esconde la chaqueta? ¿Cuánto me costará? Cada vez que intentas «cuidar de mí» vas minando mi independencia, así que prefiero saber el precio por adelantado.

Rogan soltó una maldición.

—Eso es muy poco esclarecedor. —Me castañeteaban los dientes. Los apreté con fuerza y mis rodillas empezaron a temblar. Genial.

—Toma la chaqueta.

—No.

Nos miramos fijamente. Menos mal que las miradas no eran espadas o habríamos tenido un duelo allí mismo, en el balcón.

—Puedes volver ya —le dije—. Seguro que vendrá a ver qué ha pasado si te marchas.

—Me iré cuando me dé la gana.

A juzgar por el gesto de su mandíbula, no se movería. Y era demasiado grande para que lo empujara desde el balcón hacia las rosas de abajo. Aunque resultaba tentador intentarlo.

—Sé lo de Castra. —A ver cómo lidiaba con eso.

—¿Cómo?

—Augustine identificó a tu gente durante uno de los intercambios en los que participaron.

—Ah. —Hizo una mueca—. Augustine comenzó a interesarse por mis asuntos después de la idiotez de Pierce. He invertido en una unidad canina. Puede cambiar su apariencia, pero no puede cambiar su olor. Parece que he tardado demasiado en hacerlo.

—¿En qué tipo de tratos trabajas? ¿Quiénes son tus clientes? ¿Traficantes de drogas? ¿Asesinos?

—Asesinos, sí. Pero solo si su nombre está vinculado a una Casa. Nunca he trabajado en una transacción de drogas. Conozco el submundo, y ellos me conocen a mí y a mi gente. Nos cruzamos como dos extraños en la calle, somos conscientes unos de otros, pero nunca interactuamos, y así es como me gusta mantenerlo.

Verdad.

—¿Por qué lo haces?

—Para obtener información —respondió con voz pragmática—. Existo fuera de la sociedad principal por elección, pero sé más sobre ellos que quienes están inmersos en ella. La información me da poder y, cuando es necesario, la uso.

Otra ráfaga de viento me golpeó. Si Baranovsky no aparecía en los próximos dos minutos, moriría congelada.

Rogan miró hacia el jardín. Un toldo de lona se desprendió del resto, voló hacia nosotros y envolvió el balcón por el lado izquierdo, protegiéndonos del viento. En respuesta, una sombra oscura se movió tras la ventana del tercer piso, a unos quinientos metros de nosotros, al otro lado del jardín. Rogan comprobó la ventana y se dio la vuelta. También lo había visto. Nos vigilaban, probablemente alguien con un rifle de francotirador.

—Esto es exactamente de lo que hablo. Me negué a aceptar tu chaqueta, así que pasaste por encima de mí. No tienes en cuenta mis deseos. Para nada.

—¿Quieres pasar frío? —Me miró fijamente.

—Sí. —Y eso sonó estúpido. Suspiré.

—Nevada, ambos sabemos que te estás congelando. Puedo oír cómo te castañetean los dientes. Si haces esto para demostrar algo, ya lo he entendido. Es infantil.

—No es infantil, Connor —me enfrenté a él—. Intentas controlar mi vida. Haces cosas por mí, incluso cuando te pido que no lo hagas, porque crees que sabes más. Estoy luchando por mantener mi independencia y mis límites, porque, si no, no quedará nada de mí. Solo estarás tú y me convertiré en un accesorio.

Rogan se giró y entornó una puerta de espejo detrás de nosotros. El cristal reflejó mi imagen. El vestido negro me enfundaba como una armadura. Mi pelo rubio coronaba mi cabeza. La expresión de mi rostro me hizo darme cuenta: había algo desafiante y casi feroz en mis ojos. Apenas me reconocía.

No me gustó.

Rogan se colocó detrás de mí, su rostro resuelto teñido de arrepentimiento.

—¿Qué ves? —me preguntó.

—Me veo con un vestido alquilado.

—Yo veo una principal.

Verdad. Lo decía en serio. Se me cortó la respiración. En el fondo, yo siempre lo había sabido. Pero no quería lidiar con todas las cosas que ese título significaba.

—No se trata de un disfraz —dijo con tono calmado—. Esta eres tú, Nevada. Esto es lo que realmente eres.

¿Por qué sonaba como si estuviera clavando los clavos de su propio ataúd?

—Estoy seguro de que ya te habías dado cuenta. No puede ser una sorpresa para ti —continuó él—. Augustine también lo sabe. No es tonto. Tarde o temprano intentará someterte. Te ofrecerá un trato, probablemente una gran suma de dinero junto con esposas y una cadena. En realidad, sea lo que sea que te ofrezca, será una miseria. Si pudiera atarte, tu valor para la Casa Montgomery sería enorme. Tu valor para cualquier Casa sería incalculable, especialmente si no sabes lo que eres y te sometes, permitiendo que te controlen y te utilicen.

Como ofrecerme más de un millón de dólares para alejarme de todo lo que había construido. Mis instintos habían estado en lo cierto, pero la trampa había resultado muy tentadora.

Rogan se acercó y me cubrió con la chaqueta. La pesada y cálida tela se sentía celestial sobre mis hombros helados. Se cernió detrás de mí, sombrío y algo intimidante.

—Tus deudas son como esta chaqueta, Nevada. Un pequeño favor que no cuesta nada. Aún no te das cuenta de lo insignificante que es su cantidad total, porque sigues aferrándote a la ilusión de ser normal y corriente. Pronto ganarás ese dinero en un abrir y cerrar de ojos. Eres una principal en ciernes y es un momento peligroso para ti. La gente te utilizará, te manipulará, te presionará. Todos querrán un pedazo de ti. Simplemente protegí uno de tus puntos débiles hasta que estuvieras lista para protegerlo por ti misma.

Si tomaba todo lo que decía al pie de la letra, significaba que me estaba protegiendo. Cuidando de mí. Si él esperaba algo a cambio, no había dicho qué era. Pero nada en el mundo de los principales era gratis.

—¿Qué otras medidas has tomado por mi seguridad?

—Ya sabes todo lo que he hecho.

Verdad.

—No lo hice para controlarte. Lo hice porque eras vulnerable.

—¿Alguien intentó comprar mi hipoteca?

—Sí.

Verdad.

—¿Quién y cuándo?

—Un banco. Ayer. Mi gente lo está investigando. Sabremos quién está detrás en las próximas veinticuatro horas.

Tenía la fuerte sensación de que nos llevaría de vuelta a la Casa Montgomery.

—¿Por qué te importa lo que me pase, Rogan?

—Me divierte. —Ni su voz ni su rostro revelaron ninguna diversión.

—¿En serio, Connor? —Me giré y lo miré a los ojos. Mi magia lo rozó y le gustó el sabor.

—Si le haces eso a un miembro de una Casa, es una declaración de guerra —me advirtió, con ojos sombríos—. Mantén tu magia para ti misma.

—Entonces, responde la pregunta para que no tenga que ir a la guerra contigo.

Rogan se dio la vuelta y se alejó, dejándome de pie envuelta en su chaqueta.

Me ajusté la chaqueta y miré hacia el jardín. Si habíamos hecho bien los cálculos, Baranovsky se me acercaría.

Unos pasos rompieron el silencio detrás de mí. Alguien salió al balcón y se apoyó en la barandilla a mi lado. Giré la cabeza. Baranovsky me miró con sus extraordinarios ojos. En el pasillo, los dos guardaespaldas esperaban, lo suficientemente lejos para no entrometerse en la conversación, pero lo bastante cerca para dispararme en la cabeza sin fallar. Fingí no verlos y volví a mirar hacia el jardín.

—¿Disfrutando del aire fresco? —preguntó Baranovsky.

—Sí —respondí. Quería parlotear para aliviar la presión, pero cuanto más habláramos, menos misteriosa parecería.

Nos quedamos en silencio.

—Una mujer de pocas palabras. Toda una rareza.

Alcé las cejas.

—Es usted demasiado sofisticado para ese comentario.

Una sonrisa de autodesprecio se dibujó en sus labios.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es usted un coleccionista. Valora cada pieza de su colección por su encanto único. Una generalización tan amplia, especialmente una tan burda, sería impropia de un experto.

Entornó los ojos. Miraba el moratón de mi cuello.

—¿Y cree que lo soy?

—Tuvo una aventura con Elena de Trevino, una mujer con memoria perfecta, capaz de reproducir cada cosa incorrecta que usted le haya dicho.

—Se podría decir que toda mujer posee ese poder.

Negué con la cabeza.

—No, solo recordamos aquello que nos hiere emocionalmente. Elena lo recordaba todo.

Baranovsky negó con la cabeza, sonriendo.

—Esta es una conversación peligrosa.

—Tiene razón. Debería salvarse y retirarse con elegancia.

—¿Quién es usted? —preguntó con un deje de asombro en la voz.

Ya lo tenía. Solo debía retenerlo.

—Y su acompañante.

—¿Disculpe?

—Así me anunciaron. «Y su acompañante», una más entre tantos. Sin nombre, anónima, esta noche aquí y después adiós.

—Pero difícilmente olvidable.

Volví la mirada hacia el jardín.

—¿Sabe por qué me atraen las rosas? —preguntó él.

—¿Le gustan sus espinas?

No podía ser tan simple.

—No. Cada brote es único. Dos semillas del mismo cruce, procedentes de las mismas dos plantas madre, mostrarán variaciones en el color, en la forma de los pétalos, en la disposición en espiral, incluso en la duración de la flor.

—¿Lo ve? Un experto en mujeres peligrosas y flores con espinas.

—Se está burlando de mí —afirmó, sin dejar de sonreír.

—Solo un poco.

Me ofreció su brazo.

—Pasee conmigo.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tiene razón: esta conversación es demasiado peligrosa para usted.

—¿Debería preocuparme por Rogan?

Un destello travieso brilló en sus ojos. A Gabriel Baranovsky le gustaba caminar por la cuerda floja.

—Debería preocuparse por mí. —Le dediqué una sonrisa triste y, por una vez, lo decía en serio—. Soy un monstruo de otra clase. Creo que algunos preferirían a Rogan antes que a mí.

—¿A qué se dedica?

«Te gustaría saberlo, ¿verdad?».

—¿Echa de menos a Elena?

—Sí.

Verdad. Mi magia lo envolvió, saturando el aire sin llegar a tocarlo. Casi podía percibir la vacilación en sus palabras, algo que trataba de ocultar. Su voluntad era fuerte, pero, a diferencia de la determinación de acero de Rogan, Baranovsky parecía flexible. Casi maleable. Podría intentar empujarlo hacia las respuestas correctas. No con tanta presión como para obligarlo a una respuesta directa, pero sí la suficiente para mantenerlo hablando más de lo que lo habría hecho en otras circunstancias. Nunca lo había hecho antes.

Si percibía mi magia, ordenaría que me mataran. Baranovsky no era un principal de combate, así que recurriría a medios de seguridad más convencionales. Y tendría muchos, porque en ese momento su casa estaba llena de gente que lanzaba rayos por los dedos y escupía fuego. Sabía con certeza que había un francotirador en la ventana. Probablemente habría más en el jardín. Si lo agarraba con mi poder y lo obligaba a decirme lo que quería saber, jamás saldría viva de aquella gala.

—Éramos más que amantes —confesó—. Éramos amigos.

—¿Le molesta que haya muerto? —Seguí presionando, tratando de ser sutil, pero manteniéndolo conmigo en el balcón.

Se reclinó en la barandilla y dejó escapar un suspiro.

—Así es nuestro universo. Una cadena interminable de canibalismo: los más fuertes se alimentan de los más débiles solo para convertirse en presas a su vez. La única forma de ganar el juego es no jugar.

—¿Sabes por qué la mataron?

—No.

Mentira. Descarada, directa, atrevida mentira. Lo sabía.

—¿Conocías a Elena? —me preguntó.

—No. Conocí a su marido.

Me concentré en él tanto que mi voz sonaba como si saliera de la boca de un extraño.

—Ah. —Ese único sonido había dicho mucho.

—Elena está muerta. Alguien tiene que pagar por ello —le dije. Mi magia lo envolvió con más fuerza.

Su sonrisa desapareció.

—Un consejo. No excaves en esa tumba. No sé qué control tienes sobre Montgomery y Rogan, pero no se arriesgarán por ti.

En mi cabeza, de alguna manera, brillaba una figura casi plateada con un punto oscuro a un lado de su silueta, en el lado izquierdo de su cráneo. Estaba ocultando algo en ese punto y necesitaba llegar a ello. Me estaba concentrando tanto que mi cabeza amenazaba con estallar.

—Vino a verte antes de morir.

—Sabes demasiado sobre esto. —Me miraba con cuidado.

Suave, delicadamente, apreté el lazo de mi magia a su alrededor, atándolo a mí. Lo empujé, dirigiendo sus respuestas hacia donde quería que fuera.

—¿Te dejó algo?

El punto se volvió más oscuro. Sí, sí lo había hecho. ¿Qué podría haberle dado?

—¿Un recuerdo de vuestra relación, tal vez? —La visión del soldado pecoso lanzando una unidad USB por la ventana apareció ante mí—. ¿Una unidad USB con documentos destinados a ser revelados después de su muerte?

—Eso sería un cliché terrible, ¿no?

El sudor empezó a brotar en mi línea del cabello. La sangre palpitaba en las venas de mi cabeza.

—Lleva días muerta y no lo has hecho público. ¿Tienes miedo, Gabriel?

—No me dio nada —aseguró con una sonrisa. Era mentira—. Y tú y yo no estamos en condiciones de llamarnos por el nombre de pila.

Le devolví la sonrisa.

—¿Te dejó algo? —insistí.

Nada.

Necesitaba empujarlo, solo un poquito, para que no lo sintiera. Solo un poquito…

El punto oscuro se desvaneció ligeramente en respuesta a mi magia.

—Como dije, no me dejó nada. Y si lo hubiera hecho, si tal cosa existiera, tendría la suficiente inteligencia de ponerla en algún lugar

seguro del mundo exterior. En algún lugar donde permanecería enterrada.

—Te dejó algo. —Sonreí más ampliamente. Los círculos nadaban ante mis ojos. Apenas podía ver—. ¿Dónde está?

El punto oscuro se desvaneció por completo por un momento.

—Está a salvo, en mi dormitorio.

Mi control sobre él se aflojó.

Baranovsky frunció el ceño.

—Querida, como dije, si existiera, lo habría destruido hace mucho tiempo.

Ni siquiera se dio cuenta de lo que me había revelado bajo la influencia de mi magia. Su recuerdo de aquella conversación sería completamente diferente del mío.

Baranovsky se encogió de hombros, con expresión decepcionada.

—Esta conversación comenzó de forma prometedora, pero, por desgracia, ha degenerado bastante. No tengo tiempo para banalidades. Disfrute del resto de la fiesta.

Se dio la vuelta y se marchó.

«Sal del balcón antes de que te disparen».

Me obligué a caminar lentamente hacia el pasillo, resistiendo el impulso de desplomarme contra la barandilla del balcón. Me dolía el pecho. También el estómago. Círculos flotaban ante mis ojos.

«Respira. Respira, respira, respira…».

Seguí caminando, sin ver realmente dónde iba o qué sucedía hasta que llegué a una escalera. Rogan me alcanzó. Me apoyé en su brazo y me acompañó hasta el salón de baile. Prácticamente sostenía todo mi peso en su brazo.

—Tranquila —murmuró—. Un paso cada vez.

—Voy a caerme y nos avergonzaré a los dos.

—No te caerás. Te mantendré en pie.

Me apoyé aún más en su brazo sólido como una roca. Tenía que seguir caminando.

—¿Te has excedido? —preguntó Rogan, con voz controlada.

—Un poco.

—¿Baranovsky se dio cuenta? —En realidad me preguntaba si necesitaríamos abrirnos paso a la fuerza para salir de la gala.

—No lo notó. Fui muy cuidadosa, por eso me cuesta caminar. Ella le dio una copia del USB. Me dijo que estaba a salvo en su dormitorio.

La escalera terminó. Intenté girar a la derecha hacia la puerta, pero Rogan giró a la izquierda llevándome con él.

—¿Adónde vamos?

—A buscar a Augustine.

—¿Por qué?

—Porque Baranovsky tiene una estación de trabajo en su dormitorio. No está conectada a Internet y no se puede hackear desde fuera. Cualquier documento subido allí está seguro.

—¿Cómo lo sabes?

Rogan sonrió, apenas separando los labios.

—Soborné a su equipo de limpieza. Hay pocas personas más motivadas que un padre con un hijo aceptado en una universidad de la Ivy League[5] y sin forma de pagarla.

—¿Puedes usarlos para acceder a su ordenador?

—No. Es demasiado arriesgado. Por eso tenemos que encontrar a Augustine.

Augustine era un principal de ilusión. Podía adoptar cualquier forma.

—¿Quieres que Augustine se convierta en Baranovsky, vaya al dormitorio y obtenga los datos de su ordenador?

—Exactamente.

—Lo matarán —murmuré.

—Una vez se paseó durante tres horas por la sede de la CIA, pasando escáneres de huellas dactilares y retina. —La boca de Rogan se torció—. Hasta que no inventen cómo hacer una prueba de ADN instantánea, ninguna instalación está a salvo de Augustine. Para él será un juego de niños.

Delante, Augustine se separó de un grupo de personas y comenzó a acercarse a nosotros.

—Connor —llamó una mujer desde la izquierda.

Rogan miró en dirección a la voz. Su rostro se suavizó y se detuvo.

—Rynda.

Una mujer pelirroja sonrió a Rogan. Tenía más o menos su edad, esbelta, casi etérea, con un rostro en forma de corazón enmarcado por ondas sueltas de cabello cobrizo, una tez perfecta y brillantes ojos grises, tan claros que casi parecían plateados. La reconocí al instante. Se llamaba Rynda Charles —actualmente Rynda Sherwood, tras casarse— y en algún momento del pasado lejano, Rogan debería haberse casado con ella. Lo había mencionado una vez en una conversación casual y la había buscado.

—Me alegro de verte —dijo Rynda—. Este no parece tu ambiente.

—No lo es —respondió él—. ¿Cómo están Brian y los niños?

—Genial. —Ella sonrió de nuevo. Tenía una sonrisa deslumbrante, de esas que iluminan todo el rostro. Si nos pusieran una al lado de la otra con vestidos idénticos y dejaran entrar a diez personas en la habitación, acudirían en masa hacia ella mientras yo me quedaría sola. Lo cual me parecía perfecto. No quería la atención de nadie…

Maldita sea. Me sentía como si una tonelada de ladrillos se me cayera encima de golpe. Quería la atención de Rogan. Estaba celosa, y mis celos eran un monstruo lleno de colmillos afilados y garras. En mi mente, Rogan era mío.

Me arriesgué a echarles un vistazo rápido. Hablaban entre ellos con la familiaridad natural de unos viejos amigos. Se veían bien juntos. Rogan: imponente, corpulento y envuelto en oscuridad taciturna; y Rynda: dulce, ligera y casi delicada. Y allí estaba yo, la tercera en discordia, queriendo borrar esa dulce y delicada sonrisa de la cara de Rynda de una bofetada.

—Jessica está en primer grado y Kyle empezará la escuela el año que viene —informó Rynda—. ¿Puedes creerlo? Me quedaré sola.

—¿Ya te sientes abandonada? —preguntó Rogan.

—Sí. Sé que es completamente irracional.

Miré en dirección a Augustine. «Rescátame. Por favor, antes de que note que existo y haga el ridículo».

Se dirigía hacia nosotros, pero no lo suficientemente rápido para mi gusto.

—¿Quién es tu acompañante? —preguntó Rynda.

—Nadie —respondí.

Rogan me miró sorprendido.

—No estamos juntos —dijo Rynda—. Nunca lo estuvimos.

Si hubiera podido desaparecer en el aire, lo habría hecho.

—Lo siento, creo que has malinterpretados la naturaleza de nuestra relación. Rogan no es mi pareja. Trabajo para la Casa Montgomery, y él simplemente ha sido lo bastante amable para escoltarme. Creo que veo a Augustine por allí. Disculpadme.

Intenté separarme de Rogan, pero deslizó su brazo alrededor de mi cintura. No iría a ninguna parte sin llamar la atención.

Rynda me miró fijamente.

—No, quédate, por favor. Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda.

—No estoy incómoda —aseguré—. Simplemente no quería entrometerme.

—No te entrometes —dijo Rogan.

Y sucedió exactamente lo que no quería que pasara. Que ambos se centraran en mí.

Miré hacia atrás buscando a Augustine, deseando con desesperación que estuviera cerca. Por alguna razón, se giró y caminó hacia la izquierda. En su lugar, una mujer mayor que parecía una copia al carbón de Rynda, pero con veinte años más, caminaba hacia nosotros.

—Tu madre se acerca —informó Rogan.

—Lo sé. ¿Puedes oír *La cabalgata de las valquirias*? —Rynda suspiró—. Tal vez deberías huir.

—Demasiado tarde —dijo Rogan.

La señora Charles se detuvo junto a nosotros y arqueó las cejas al mirarme, luego miró a Rogan como si fuera un vagabundo sucio que venía a pedir limosna mientras salía de su limusina.

—Es demasiado tarde para los remordimientos, Connor.

El rostro de Rogan había adoptado su expresión de principal, fría y teñida de arrogancia.

—Es un placer verte también, Olivia.

—No, el placer es todo mío. Ha pasado más de una década. Mi hija está radiante. Su marido tiene éxito y es probable que sus dos hijos sean principales. Y tú eres un ermitaño reducido a escoltar a la empleada de tu amigo de la universidad. —Me dedicó una mirada—.

¿No podrías haber hecho algo con su cuello? Estoy segura de que Augustine te haría ese pequeño favor. ¿O también has conseguido arruinar esa relación?

—Basta, madre —pidió Rynda.

Rogan observó a Olivia con leve interés, como si fuera un insecto extraño.

—No, no lo creo. —La mirada de Olivia podría haber cortado como un cuchillo—. Estoy disfrutando bastante de mi venganza. Quince años de planificación financiera y pronósticos genéticos arruinados porque quería jugar a ser soldado.

Se volvió hacia mí.

—Déjame explicarte las cosas, querida. Si alguna vez esperas hacer algo de ti misma, te alejarás de este hombre tan rápido como tus pies te lo permitan. Estás aquí, probablemente con un vestido prestado, y piensas que porque tu mano está en su brazo eres Cenicienta con la cabeza llena de sueños y él es tu maravilloso príncipe.

—¡Madre! —espetó Rynda.

—En realidad, eres un adorno, como una bufanda que casualmente complementa su atuendo. No le importas más allá del beneficio fugaz que puedas proporcionar. Y cuando haya terminado, te abandonará en el fondo de su armario, donde permanecerás, olvidada y aún esperanzada, mientras tus sueños se marchitan y mueren uno a uno.

Su magia se elevó detrás de ella como un nido de serpientes invisibles deslizándose hacia mí. Su voz reverberó en mi cráneo, llegando a lo profundo de mi mente.

—Mejor corre, querida. Corre rápido y fuerte, y nunca mires atrás. Vamos.

Su magia se estrelló contra mí, una poderosa oleada que me empujaba a irme, y se rompió contra la mía. Era una psiónica.

Podría haberla mirado a los ojos y contraatacar. Su voluntad era fuerte, aterradora incluso, pero la mía también. Y si ganaba, la haría derramar cada secreto sucio que tuviera por el suelo. Lo deseaba tanto.

En cambio, me di la vuelta, liberándome de Rogan, y me encaminé en dirección a Augustine.

Rogan rio detrás de mí.

«Idiota, estoy fingiendo huir por mi vida. No lo arruines».

La voz de Rynda sonó quebradiza:

—¿Estás contenta? —preguntó su hija.

—Me alegraré cuando le vea morir solo.

—Siempre es un placer, Olivia —respondió Rogan con voz divertida.

La multitud me ignoró, concentrándose en Rogan y Olivia. Nadie los observaba abiertamente, pero la mayoría los miraba de reojo, algunos con interés, otros con alarma. Baranovsky contemplaba el espectáculo desde su lugar favorito en el segundo piso, junto a las escaleras. Bebía champán de una copa, con expresión divertida en el rostro.

Augustine se interpuso en mi camino. Fingí chocar con él.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

—Estoy huyendo públicamente de Olivia Charles y su magia —le susurré—. Estoy angustiada. Deberías calmarme en algún lugar fuera de la vista, donde nadie se dé cuenta de que dos Baranovsky son demasiados.

—Por supuesto —dijo Augustine, rodeándome con un brazo protector—. Vayamos por aquí.

Rogan le dijo algo a Olivia, pero estábamos demasiado lejos para oírlo.

Augustine me condujo hacia un lado, en dirección a un pasillo.

—¿Y qué estaría haciendo ese segundo Baranovsky?

—Conseguir una copia del USB de Elena del ordenador de su dormitorio.

—Espléndido. Esto será divertido.

Detrás de nosotros se rompió un cristal. Me di la vuelta de forma brusca.

Gabriel Baranovsky se agarraba la garganta. La sangre manaba de su cuello de manera impactante en contraste con su piel pálida. Trastabilló, en equilibrio sobre las escaleras, como un extraño pájaro a punto de emprender el vuelo, y se precipitó hacia abajo. Su

hombro crujió al golpear los escalones. Su cuerpo dio una voltereta, su cabeza rebotó contra la alfombra roja, se deslizó y quedó inmóvil a mitad de la escalera, con los ojos sin vida mirando fijamente al techo.

Los dos guardaespaldas apuntaron con sus armas a la multitud. Nadie gritó. Nadie corrió a ayudar.

El silencio era ensordecedor.

Toda la masa de gente se volvió al unísono y marchó hacia la salida, fluyendo junto a los guardias, saliendo de los pasillos y bajando las escaleras. Al instante, los cuerpos inundaron el espacio a nuestro alrededor, todos moviéndose en la misma dirección.

Intenté abrirme paso hacia el pasillo, pero Augustine me agarró la mano y me arrastró hacia la salida.

—¡No! ¡Cerrarán la mansión! ¡Quedaremos atrapados aquí durante horas!

Maldita sea.

El personal de seguridad irrumpió en la sala, dividiendo a la multitud por la mitad. Cornelius apareció a mi lado.

—¡Tenemos que irnos!

En medio de la corriente humana, Rogan se dio la vuelta y comenzó a avanzar contra el flujo de cuerpos, abriéndose paso en nuestra dirección. Probablemente ni siquiera podía vernos.

—¡Rogan! —grité.

Delante, un hombre alto y rubio volvió la cabeza. Nuestras miradas se encontraron.

Sonrió.

Había visto esa sonrisa antes a través de la ventanilla del Suburban.

—¡Rogan! —Saqué a toda prisa el teléfono del bolso de mano y lo levanté, presionando el icono de la cámara para activar el modo ráfaga. El teléfono comenzó a tomar fotos de la gente en rápida sucesión.

El hombre rubio se dio la vuelta y se fundió entre la multitud.

Detrás de nosotros, un ruido metálico se oyó cuando las puertas de seguridad comenzaron a cerrarse con estrépito.

—¡Mantengan la calma! —anunció una voz cortante desde los altavoces.

La multitud se apresuró hacia las puertas. Rogan emergió de la masa de cuerpos.

—¡El tipo del Suburban! —le dije.

—¿Dónde?

Señalé en dirección a la salida. Ya ni siquiera podía verlo. Había demasiada gente entre nosotros y las puertas. Nunca lo alcanzaríamos.

Rogan levantó la mano.

La pared a nuestra izquierda explotó. Trozos de mármol se esparcieron por el suelo, derramándose hacia la fría noche lluviosa.

—Salida por la izquierda —murmuró Cornelius junto a mí.

Me quité los zapatos, me levanté el vestido y trepé por los escombros para salir de la mansión de Baranovsky.

4 Pepto-Bismol es un medicamento antidiarreico y antiácido muy popular en Estados Unidos que se caracteriza por su sabor anisado y su color rosa.

5 Grupo exclusivo de universidades de élite en Estados Unidos, como Harvard, Yale, Princeton, etc., que tradicionalmente han tenido un prestigio y excelencia académica muy altos.

Capítulo 10

La élite más glamurosa de Houston estaba siendo evacuaba a toda velocidad. Varios magos del viento despegaron hacia el cielo nocturno mientras los círculos se encendían con fuego azul cuando los teletransportadores desaparecían, dejando sus huellas arcanas en el pavimento. Los helicópteros sobrevolaban, los coches salían en tropel del estacionamiento. El caos reinaba. Pasé diez minutos entre el tumulto, buscando al mago del hielo, antes de que Rogan prácticamente me arrastrara y me metiera en su todoterreno blindado. Cornelius y Augustine saltaron dentro con nosotros y el vehículo arrancó.

Revisé las imágenes en mi teléfono. Había tomado treinta y dos fotos. De ellas, tres mostraban al mago mientras sonreía, se giraba y miraba hacia otro lado. Había captado tres cuartos de su cara, un perfil y la parte posterior de su cabeza. Las tomas eran pésimas, sus rasgos borrosos, pero debería ser suficiente para Bug.

Intenté enviarme las fotos por correo electrónico. Sin señal. Maldición.

—Dame tu teléfono, por favor —le pedí a Rogan.

Me lo entregó. Amplié la mejor toma del mago, tomé una foto de mi teléfono con el de Rogan y se lo devolví. Por si acaso.

Rogan miró la imagen y negó con la cabeza. Le pasé mi teléfono a Augustine.

—Me resulta familiar. —Augustine frunció el ceño—. Le conozco de algo, pero no recuerdo cuándo ni dónde. —Le ofreció el teléfono a Cornelius.

—No lo reconozco —murmuró Cornelius. Su mirada no dejaba de taladrar al mago—. ¿Creéis que mató a Nari?

—No lo sabemos —intervine antes de que alguien más pudiera decir algo o Cornelius decidiera saltar del coche y volver a buscar al mago del hielo—. Sabemos que un mago del hielo estuvo involucrado. Sabemos que este mago del hielo intentó matarme. No sabemos nada más.

—Pero debe de haber una conexión —insistió Cornelius.

—Probablemente la haya. —Intentaba sonar lo más tranquila y razonable posible—. Recuerda, te prometí pruebas. Debemos estar seguros antes de actuar.

Cornelius apretó el puño.

—Podría seguir allí.

—Lo atraparemos —le prometí.

—Tenemos su cara —dijo Rogan con voz tranquilizadora—. No hay lugar donde pueda esconderse ahora.

Una hora después, nos amontonamos para atravesar las puertas del cuartel general de Rogan, ubicado en un gran edificio de dos pisos a una calle de nuestro almacén. A juzgar por la planta baja abierta, antiguamente podría haber sido algún tipo de edificio industrial, pero en la actualidad estaba lleno de vehículos y personas. Cruzamos la planta en dirección a la izquierda y subimos las escaleras al segundo piso, que estaba elevado sobre la extensión de hormigón del primero. Aquel espacio también estaba completamente abierto. Se había erigido una estructura metálica en el medio, sosteniendo nueve pantallas de ordenador y un trenzado de cables. Frente a la pantalla, Bug estaba sentado en su silla, con Napoleón durmiendo en lo que parecía un trono acolchado del tamaño de un perro, de tela roja decorada con flores de lis doradas. Nos vio, pero decidió que nuestra presencia no era incentivo suficiente para moverse.

—Tengo una cara para ti —le dije a Bug.

Se levantó de un salto de su silla.

—¡Dame!

Le entregué el teléfono.

Enchufó un cable. Mis fotos llenaron la pantalla.

—¿Cuál?

Señalé al mago.

Bug se dejó caer en su silla. Sus dedos bailaron sobre el teclado con la agilidad de un pianista virtuoso. Los rostros llenaron las nueve pantallas.

Alrededor de la estructura metálica, sofás y sillas lo bordeaban colocados en forma de herradura irregular. Una enorme nevera industrial se alzaba contra la pared izquierda junto a una encimera con tres cafeteras, cada una con una jarra llena. ¡Café!

Augustine se acomodó en el sofá de cuero, con su natural pose elegante, y dijo:

—Tengo un *software* de reconocimiento facial de última generación en el edificio Montgomery.

—Bug es más rápido —respondimos Rogan y yo al mismo tiempo.

Cornelius miraba fijamente las pantallas. Rogan se movió para pararse junto al hombro de Bug y le habló en voz baja. Probablemente poniéndolo al día sobre nuestra maravillosa aventura.

Le envié un mensaje a Bern.

Nevada: ¿Todo bien?
Bern: Sí.

Esperaba recibir algo más de información. Pero nada. Típico de Bern. A veces mi primo se tomaba las cosas demasiado literalmente.

Nevada: ¿Cómo están los niños, mamá y abuela Frida? ¿Cómo estás tú?
Bern: Estamos bien. Te perdiste la noche del arroz frito. Tuve que sujetar al gato de Matilda para que pudiera limpiarle los ojos. Leon todavía intenta conseguir un arma. La tía Pen dice que lo llevará a practicar tiro cuando todo esto termine. Abuela Frida quiere saber cuándo es la boda.
Nevada: Nunca.
Bern: Se lo diré.

—¡Lo encontré! —anunció Bug.

El retrato de un hombre de unos treinta años llenó la pantalla. Parecía ser unos cinco años mayor que Rogan. Cabello rubio oscuro, corto a los lados y más largo en la parte superior de la cabeza, peinado hacia atrás. Una ligera barba incipiente añadía aspereza a su mandíbula. Sus rasgos eran atractivos y bien formados. Sonreía en la foto, la misma sonrisa tranquila y astuta que había visto hacía una hora, y las patas de gallo en las esquinas de sus ojos color avellana claro resaltaban. En la foto llevaba un esmoquin y pajarita.

—David Howling —informó Bug—. De la Casa Howling.

—Eso no puede ser correcto —dijo Augustine—. La Casa Howling es una casa fulgurquinética.

Los Howling no congelaban cosas. Lanzaban rayos.

Mi teléfono sonó. Un mensaje de texto. Lo revisé. Era de mi abuela.

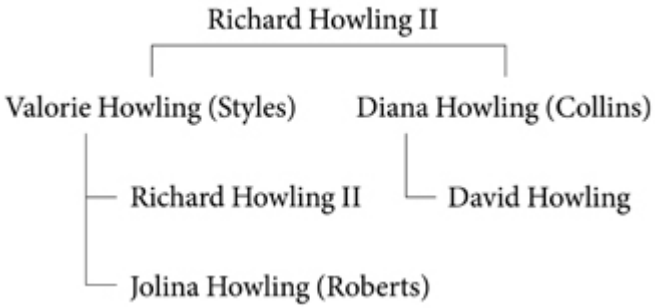
Abuela Frida: ¿Qué tal te va con tu novio? ;) ;) ;)
Nevada: ¡No es mi novio!

—¿David Howling está registrado? —preguntó Cornelius.

—Fulgurquinético Medio —respondió Bug—. Aquí dice que intentó pasar como Significativo tres veces, pero falló.

—Revisa la genealogía —le pidió Rogan.

Bug tocó otra melodía en el teclado. La pantalla del medio parpadeó, mostrando el árbol genealógico de la Casa Howling, enumerando al actual jefe de la Casa, cónyuges e hijos.



—Busca a Diana Collins —ordenó Rogan.

La Casa Collins apareció en la pantalla.

—Diana Collins está registrada en la rama neoyorquina de la Casa Collins como principal acuaquinética con especialización crioquinética. —La voz de Bug sonó alta y precisa.

Crioquinético significaba «mago de hielo».

—Un caballo oscuro —dijo Augustine, arrugando su rostro perfecto con desdén.

Había oído hablar de los caballos oscuros, sobre todo porque mucha ficción romántica y de acción sobre principales giraba en torno a ellos. Los principales revelaban solo la información suficiente sobre sus capacidades para mantener su estatus, a menudo ocultando sus talentos secundarios. Los caballos oscuros iban un paso más allá. Ni siquiera se registraban como principales, fingiendo ser menos de lo que eran para poder hacer cosas turbias que favorecieran los intereses de su familia.

—¿Así que es algo real?

—Lamentablemente, sí —afirmó Augustine—. La Casa Howling es una familia fulgurquinética. Todas sus empresas están vinculadas a ello. En lugar de registrar a un principal de hielo que realmente no podía aportar nada a la familia, mantuvieron a David en la reserva. Probablemente recibió un entrenamiento muy especializado.

—Es un asesino —dijo Rogan sin rodeos—. Y muy bueno. Bug, quiero vigilancia en su casa. Encuentra su vehículo. Quiero saber dónde está en todo momento.

—Baranovsky estaba bebiendo champán cuando murió —pensé en voz alta—. ¿Podría Howling haber congelado el líquido en su garganta?

—Es muy probable. No se limitó a congelarlo. Si lo hubiera hecho, Baranovsky simplemente se habría atragantado con un cubito de hielo. Debió de convertir el líquido en una hoja plana y afilada y cortarle la garganta de dentro hacia fuera. —Rogan miró fijamente la pantalla, parecía estar realizando cálculos—. El cerebro de Forsberg también mostró signos de daño por hielo.

—Es una práctica insidiosa —continuó Augustine, con evidente disgusto en su voz—. Y mucho más rara de lo que las películas te harían creer. Requiere un enorme sacrificio por parte del caballo

oscuro. Nunca pueden admitir su estatus de principal ni cosechar ninguno de los beneficios que proporciona. Sus pares siempre los ven como inferiores. Solo he conocido dos caballos oscuros en mi vida y en ambos casos no acabó bien ni para ellos ni para sus familias.

Seguía pensando en Baranovsky bebiendo. Podía imaginarlo en mi cabeza, de pie con una copa de champán, observando… observando a Rogan y Olivia Charles. Olivia Charles, que me había dado un empujón mental para huir. ¿Qué había dicho Rogan sobre los manipuladores? A menudo se registraban con otras especialidades, siendo la psiónica una de las favoritas.

—Rogan, ¿cómo está registrada Olivia Charles?

—Como principal psiónica. —Apretó la boca. Su mirada adquirió un filo peligroso.

—¿Qué ocurre? —Augustine nos miró a él y a mí.

—Nos han manipulado —dije—. Olivia Charles montó un numerito de distracción y, mientras todos se centraban en lo que ocurría entre ella y Rogan, David Howling pasó junto a Baranovsky y convirtió el champán en su garganta en un bloque sólido de hielo. Nos utilizaron.

—Es una acusación muy grave, señorita Baylor —dijo Augustine.

Qué curioso que me llamara Nevada hasta que me atreví a acusar a uno de los suyos.

—A Nari y los otros abogados los mataron un mago del hielo y un manipulador trabajando juntos. Rogan, si Olivia fuera una manipuladora, ¿alguien lo sabría?

—Olivia Charles es una principal de cuarta generación. —Augustine se inclinó hacia delante—. Es cruel como una serpiente si no le caes bien, pero su reputación está más allá de toda duda.

—¿Alguien lo sabría? —repetí, buscando una respuesta en el rostro de Rogan.

—No —dijo con voz sombría. Su expresión me indicó que estaba contemplando la violencia, y mucha.

—Vaya. —Augustine levantó ambas manos—. Retrocedamos mucho, mucho más allá de la línea de la locura. No estamos hablando de algún niño mimado fuera de control como Pierce o un

desconocido de un segundo matrimonio que apenas es conocido en la sociedad. Estamos hablando de alguien con un historial impecable y vastas conexiones en nuestra comunidad. Mi madre odia a Olivia Charles, pero cuando Olivia la invita a un almuerzo, mi madre hace un esfuerzo por asistir. Antes de siquiera considerar ir contra Olivia, necesitas pruebas irrefutables de su culpabilidad. Si la grabaras apuñalando a alguien con un cuchillo de carnicero y lo reprodujeras ante la Asamblea, la mitad de la gente juraría que es una falsificación y un cuarto afirmaría que estaba tomando té con ellos cuando ocurrió el apuñalamiento. Si la acusas de algo sin pruebas, serás crucificada. Tendré que negar cualquier conexión contigo. Nunca conseguirás otro cliente de importancia. —Se volvió hacia Rogan—. Y tú perderás los últimos vestigios de tu posición.

—No me importa —afirmó Rogan.

—Debería preocuparte. —Augustine se subió las gafas por el puente de la nariz—. No tienes nada. Solo tienes hipótesis y conjeturas. No solo te afectará a ti.

Bug se aclaró la garganta.

—Esto también me afectará a mí, a nuestras familias e incluso a Rynda. Este es el tipo de acusación que debe hacerse con sumo cuidado. Además, no tiene sentido que Olivia esté involucrada en este lío. Está en la cima de su vida. Tiene poder, riqueza e influencia. ¿Por qué lo arriesgaría todo? —continuó Augustine.

Bug se aclaró la garganta más fuerte.

—¿Qué? —preguntó Rogan.

—*Voilà* —Bug presionó una tecla. La fachada de la mansión de Baranovsky llenó las pantallas centrales, filmada a través de la bruma de la lluvia y bordeada de hojas oscuras y húmedas.

David Howling estaba a un lado, fumando, con esa sonrisa familiar en su rostro. Parecía estar perpetuamente tranquilo y feliz.

Una limusina se detuvo frente a la escalinata principal. El conductor corrió hacia la puerta del pasajero, abrió un paraguas y luego la puerta, sosteniendo el paraguas negro sobre ella. Olivia Charles salió, subió la escalinata, se detuvo un momento ante seguridad y entró. Quince segundos después, David arrojó su cigarrillo a medio terminar y la siguió.

El rostro de Augustine palideció.

—Dios mío.

Y no probaba nada. No se miraron. No se dijeron nada. Pero todos en la habitación sabían que no era una coincidencia. Howling había esperado fuera para asegurarse de que ella llegara. Y no podíamos hacer absolutamente nada con lo que acabábamos de conocer.

—Tiene razón —le dije a Rogan—. No tenemos pruebas directas.

—Entonces, deberíamos conseguir algunas —me respondió—. Necesitamos esa unidad USB —dijo Rogan mirando a Bug.

—¿Cómo? —preguntó Bug—. Baranovsky tiene un sistema de seguridad DaemonEye en su red. Tendría que conseguir que Bern lo descifrara, pero incluso si eso abre todas las puertas cibernéticas, no nos servirá de nada. No puedes hackear algo que no está conectado a Internet. Tienes que acceder físicamente al ordenador. Alguien tiene que entrar, tomar el ordenador, o al menos el disco duro, y salir con él. Todos los guardias de seguridad que Baranovsky empleó probablemente están en esa mansión ahora mismo, sin mencionar a los policías que pululan por el lugar. Esa casa está más cerrada que una monja con cinturón de castidad. A estas alturas, la brecha en el muro probablemente esté reparada y, si no lo está, seguro que está vigilada como Fort Knox[6].

—¿Cómo conseguiste esas imágenes? —dijo Cornelius detrás de mí.

Casi salté. Había estado tan callado que me había olvidado de que estaba allí.

—Con un dron transmitiendo la señal desde su cámara. —Bug agitó el brazo—. Un dron de cincuenta mil dólares que, por cierto, perdí porque algún imbécil mago del viento lo derribó justo cuando intentaba recuperarlo. Lo último que transmitió fue un árbol, muy de cerca.

—Si he entendido bien, no necesitas el ordenador entero. —Cornelius apoyó el codo en su rodilla flexionada y reclinó la mejilla sobre sus dedos—. Solo necesitas el disco duro.

—Sí. —Bug extendió los brazos. Napoleón decidió que las cosas se habían puesto lo suficientemente interesantes como para justificar su intervención y ladró una vez para subrayar el punto.

Rogan miró a Augustine.

—Supongo que podría intentar hacerme pasar por uno del personal de seguridad —dijo el mago ilusionista—. Asumiendo que secuestremos a alguien con acceso al santuario interior de Baranovsky. Eso llevará tiempo e investigación.

—¿Qué hay de un teletransportador de corto alcance? —pregunté. La teletransportación era el último recurso. Por lo general no salía bien, pero entre los tres tenían que conocer al menos a un mago capaz de hacerlo.

—Demasiado arriesgado —opinó Augustine—. Ese sitio está repleto de seguridad. Y dos tercios de las teletransportaciones humanas, a menos que el teletransportador sea un principal, terminan con la parte teletransportada pareciendo un pastel de carne poco cocido.

—Averigua quién está protegiendo la mansión —ordenó Rogan a Bug—. Veamos si podemos sobornarlos.

—Necesitaré otro dron —pidió Bug.

—Hurones —dijo Cornelius.

Todos lo miramos.

—¿Hurones? —preguntó Augustine.

—Es una variedad domesticada del turón europeo —aclaró Cornelius—. Estrechamente relacionada con las comadrejas, los visones y los armiños.

—Sé lo que es un hurón —le cortó Augustine, haciendo un esfuerzo heroico por ser paciente—. Lo que quiero saber es cómo nos ayudarían los hurones a recuperar el ordenador.

—¿La mansión tiene lavandería? —preguntó Cornelius, con expresión serena.

—Sí —respondió Bug.

—¿Secadoras industriales?

—Probablemente sí.

—¿Y solo necesitas un disco duro del ordenador? —volvió a preguntar Cornelius.

—Así es —contestó Bug.

—En ese caso, puedo conseguirlo. Siempre y cuando puedan acoplar una cámara muy pequeña y un receptor de radio a un arnés

de hurón. Tengo que poder hablar con ellos y debo ver lo que ellos ven. Tengo varios arneses en el almacén de Nevada, pero mi cámara necesita ser reemplazada y no he tenido tiempo de hacerlo.

—¿Quieres enviar hurones con arneses a través de un conducto de ventilación de la lavandería? —Augustine claramente tenía dificultades para asimilar esa idea.

—Sí —dijo Cornelius.

Parpadeé.

—¿Y no tendrá el conducto una alarma?

Los tres me miraron como si de repente me hubiera brotado una segunda cabeza.

—No tiene sentido asegurar la ventilación de la lavandería —explicó Rogan—. Es demasiado pequeña y da a una secadora.

—Me intriga, ¿qué estás imaginando exactamente? —preguntó Augustine—. ¿Un patrón entrecruzado de rayos láser rojos y hurones con arneses deslizándose como ninjas?

Uf. Necesitaba probar su propia medicina. Dejé que mi voz sonara fría.

—Señor Montgomery, al contrario de lo que el entretenimiento popular quiere hacernos creer, los rayos láser no son ni rojos ni visibles en circunstancias normales. Pensaba que alguien al cargo de una firma de investigación sabría eso.

Augustine se sonrojó.

—Lo sé, por eso mismo hice la pregunta.

Continué adelante.

—Los láseres no serían una opción óptima para asegurar la ventilación de una secadora de todos modos, porque el aire con pelusa crearía falsos positivos y terminaría obstruyendo el sistema de espejos. Por la misma razón, los sensores de calor o de movimiento quedan descartados, pero el escape podría asegurarse con un sensor de presión. ¿Cómo de paranoico es Baranovsky? No quiero que mueran los hurones de Cornelius. Sería doloroso para él.

Cornelius se inclinó y me apretó la mano.

—Gracias por pensar en mí.

—Yo soy más paranoico que Baranovsky —dijo Rogan—. Mis conductos de lavandería no están asegurados. Pero me imagino que

tienen una rejilla metálica.

—¿Alguien más encuentra toda esta idea del atraco con hurones absurda? —Augustine miró alrededor de la habitación.

—Las rejillas no son un problema —dijo Cornelius.

—¿Pueden tus animales manejar tornillos? —preguntó Augustine.

Cornelius le sostuvo la mirada.

—Asumamos que dedico tanto tiempo a entrenar a mis animales y perfeccionar mi magia como tú a practicar tus ilusiones.

—¿Cómo de seguro estás de que funcionará? —le pregunté a Cornelius.

Él me sonrió en respuesta.

—Hagámoslo —dijo Rogan.

Rogan tenía un camión de vigilancia. Por fuera, parecía una caravana mediana. Por dentro, era una pared de alta tecnología llena de pantallas de ordenador, equipos, cables y varios monitores. Me senté en mi asiento de cuero negro, que podía girar doscientos setenta grados cuando se desbloqueaba y venía equipado con cinturón de seguridad y calefacción, y observé la transmisión de la cámara de visión nocturna en la pantalla principal mientras dos hurones y una criatura algo más grande que Cornelius denominaba «hurón-tejón chino» se movían entre la maleza. El hurón-tejón chino era adorablemente peludo y pude acariciarlo y darle algunas pasas antes de que Bug le pusiera un arnés que sostenía una cámara y un comunicador. Dos monitores laterales proporcionaban transmisiones similares de los hurones. Cornelius y Bug se sentaron frente a ellos, ambos con auriculares con micrófono.

—No puedo creer que hayas puesto cámaras en hurones —dijo Augustine a mi izquierda.

—Tú pones cámaras en drones —respondió Cornelius.

—Sí, pero los drones están hechos para llevar cámaras. Esto es… antinatural.

Cornelius le dedicó una sonrisa.

En la pantalla, la llovizna seguía empapando el suelo. Era una de esas noches en las que el frío se te metía en los huesos. Me incliné

en mi asiento, agradecida de estar seca y caliente. Mientras preparaban los arneses, había hecho una breve escapada a casa, donde me cambié el hermoso vestido empapado por la lluvia por una prosaica camiseta y unos vaqueros. Aún llevaba el pelo recogido, pero el maquillaje había desaparecido. Me sentía más yo misma, pero había algo mágico en aquel vestido, en estar en la gala, en caminar con Rogan hasta el balcón. Algo que se remontaba a través de mi edad adulta hasta una creencia casi infantil en la magia y el asombro. Al pensar en aquella noche, debería recordar a Baranovsky, el hombre con quien había hablado solo minutos antes de que muriera asesinado en su propia mansión. En cambio, recordaba la sensación de los dedos de Rogan sobre los míos y su rostro cuando dijo: «Yo veo una principal». Lo dijo como si temiera decirlo. Y eso me molestaba. Me molestaba más que el asesinato de Baranovsky.

¿Me estaba acostumbrando a la muerte? Esperaba que no.

Según Bug y su equipo de vigilancia, David Howling nunca había llegado a casa. Había desaparecido del mapa en algún punto entre la mansión de Baranovsky y su casa en River Oaks. Ni Bug ni sus dos ayudantes de vigilancia pudieron localizarlo. Cuando Bug extrajo el número de teléfono móvil de Howling de Internet y lo llamó por orden de Rogan, el número ya no estaba en servicio.

La maleza terminó. Los tres pequeños animales se detuvieron. Frente a ellos se extendían veinte metros de terreno abierto. Más allá se alzaban los muros del ala norte de la mansión, donde, según el informante de Rogan, se encontraba el lavadero. Algunos arbustos ornamentales y rosales serpenteaban entre los muros y la maleza. La ventilación de la lavandería probablemente estaba oculta tras la vegetación.

Cornelius activó un interruptor en sus auriculares, su voz sonó clara y amistosa, como si estuviera hablando con un grupo de niños pequeños:

—Mirad a la izquierda.

Las cámaras se movieron cuando los animales miraron a la izquierda al unísono.

—Mirad a la derecha.

Las cámaras, de manera obediente, giraron a la derecha. Todo despejado.

—Corred hacia el muro.

Los tres animalitos corrieron por el terreno abierto, bajo los rosales, hasta la pared.

Cornelius se concentró, con la mirada enfocada y la voz íntima y casi hipnótica.

—Olor fuerte. Olor a veneno amarillo. Encontrad el rastro.

—¿Olor a veneno? —preguntó Rogan.

Se había movido para colocarse junto a mí y de repente fui muy consciente de que estaba a solo unos centímetros. Deseaba que extendiera la mano y me tocara. No lo hizo.

—Lejía —dijo Bug en voz baja—. Les hizo oler toallas de papel empapadas en lejía. El olor permanece en la ropa incluso después de secarla.

Los animalitos corrieron hacia la izquierda, doblaron la esquina y se detuvieron ante una rejilla de ventilación cuadrada de un pie de ancho asegurada con una rejilla metálica.

—Usad el más pequeño —ordenó Cornelius—. Abrid la madriguera.

—Estoy en una película de Disney —dijo Augustine con cara de asco.

Uno de los hurones tomó un pequeño destornillador del arnés del tejón-hurón. La bestia lo levantó y lo colocó en el tornillo. El otro hurón lo apretó y el destornillador eléctrico zumbó suavemente, sacando el tornillo. El aparato se resbaló, pero el hurón lo reposicionó con paciencia.

Augustine parpadeó.

Les llevó casi cinco minutos, pero finalmente los tornillos se aflojaron y los tres peludos ladrones engancharon sus garras en la rejilla y la sacaron.

—Balu, entra en la madriguera. Loki, entra. Hermes, entra.

El tejón se metió en el conducto, seguido por los hurones. El polvo flotaba en el aire mientras avanzaban. Uno de los hurones estornudó de manera adorable. «Por favor, que no se muera ninguno de esos pequeñines».

Los ladrones de Cornelius avanzaron a paso ligero por el conducto de ventilación. De repente, el túnel metálico terminaba en una sección en T, con el túnel perpendicular corriendo hacia la izquierda y la derecha. Debían de tener más de una secadora conectada.

—Loki, espera. Hermes, espera.

Los dos hurones se agacharon obedientemente.

—Balu, embiste.

El tejón se lanzó hacia delante y golpeó la pared de la sección en T. Todo el túnel tembló. Una abolladura dobló el metal blando.

—Otra vez.

El animal embistió la pared. La vista desde su cámara se sacudió. El túnel se hundió. El peso del tejón había tensado la conexión entre la pared y el conducto semirrígido que iba a las secadoras. Se formó una estrecha abertura entre el conducto y la longitud del respiradero de la secadora.

—Abrid el agujero —ordenó Cornelius.

Los hurones engancharon sus garras en la abertura.

Rogan observaba con una expresión extraña en su rostro.

Tres minutos después, Loki, el hurón más claro, salió del agujero y quitó la abrazadera, desconectando el conducto.

Rogan se llevó el móvil a la oreja y dijo en voz baja:

—¿Margaret? Investiga cómo poner sensores de presión en nuestros conductos de secadora… Sí. Conductos de secadora.

Augustine escribía algo en su teléfono con expresión indescifrable.

Los ladrones se adentraron en la casa, avanzando por la gigantesca mansión mientras seguían las órdenes de Cornelius guiándolos en aquel peculiar robo. Bug tenía razón. Aquel lugar estaba repleto de personal de seguridad y detectives. En un momento dado, justo antes de que los hurones se escondieran detrás de una cortina, la cámara de Hermes captó un vistazo de Lenora Jordan, la fiscal de distrito del condado de Harris. Cerca de los cuarenta años, de piel morena y con una melena recogida en un moño descuidado, recorría la casa con el ceño fruncido. El asesinato de Baranovsky era una noticia lo suficientemente importante como para sacarla de la cama, y era evidente que no estaba muy contenta con lo ocurrido. Un equipo de personas de aspecto agotado con ropa

profesional la seguía observando cada uno de sus movimientos. Lo más probable es que fueran los abogados de Baranovsky. Debía de haber dejado instrucciones para su muerte.

Lenora Jordan era mi heroína. Cuando era pequeña, quería ser como ella.

Poco a poco, paso a paso, los peludos avanzaron hacia las profundidades de la casa.

Estaba tan cansada. Había sido una noche muy larga. Si cerraba los ojos un momento, seguro que a nadie le importaría…

La mano de Rogan me rozó la espalda mientras se inclinaba para mirarme la cara.

—¿Café?

Me desperté sobresaltada.

—Sí. Gracias. —Debería haber dicho que no. Uf.

Se alejó y regresó con el café, al que ya había echado nata.

Augustine alzó las cejas mirándolo.

—Te estás esforzando de verdad.

Rogan le lanzó una mirada inexpresiva. Otros hombres habrían huido temiendo por su vida, pero Augustine estaba hecho de una pasta más dura.

—Felicidades, Nevada. —Augustine esbozó una sonrisa tensa—. Espero que aprecies la importancia de este momento trascendental. Mad Rogan ha movido físicamente su cuerpo para traerte una taza de café en lugar de hacerla flotar hasta tu regazo. La manipulación es tan descarada que duele verla. Por desgracia para él, sigo siendo mejor jefe.

Rogan se detuvo junto a él.

—Si necesitas consejos sobre cómo tratar a una mujer, puedo darte alguna lección más tarde.

—Por favor. —Augustine levantó la mano—. Ahórramelo. ¿De verdad crees que es tan ingenua como para caer en eso? ¿Qué será lo siguiente? ¿Un pícnic bajo las estrellas? ¿Hasta qué punto piensas ser rastrero en tu proceso de contratación?

«Mira quién habla».

—Gracias, Rogan —dije—. El café está delicioso.

—Ni siquiera lo has probado —señaló Augustine.

—El café está delicioso —repetí y di un sorbo. Sabía divino, probablemente porque tenía al menos medio bote de azúcar.

—Hemos llegado al ordenador —informó Bug.

El ordenador personal de Baranovsky era una torre de diseño alienígena, con extrañas escamas de plástico. Los hurones lo desmontaron en menos de un minuto, sacaron el disco duro, lo metieron en una bolsa de plástico que sacaron del arnés de Hermes y emprendieron el largo camino de vuelta a la lavandería. El efecto del café se desvaneció en algún punto entre el primer y el segundo piso. Encogí las piernas y traté de acurrucarme en el asiento. Había gastado demasiada magia ese día. Necesitaba aprender a dosificarme.

Aguanté durante la estrecha huida a través de las habitaciones del personal y la loca carrera por el bosque empapado por la lluvia. Finalmente, la pantalla mostró el camión. Rogan abrió la puerta y los animales empapados entraron y se abalanzaron sobre el regazo de Cornelius chillando como si no hubiera un mañana.

El rostro de Cornelius se iluminó. Sonrió, la primera sonrisa genuina que le había visto. Era una sonrisa hermosa, llena de alegría simple y poderosa. Loki le lanzó el disco en la bolsa, golpeándolo en la cara. El mago animal tomó el disco, se lo entregó a Bug y acarició a los peludos. Exhalé. Algo había salido bien. Estaba segura de que lo pagaríamos más tarde, pero, por el momento, podía quedarme allí sentada a observar a Cornelius con sus animales. Los hurones no tardaron en calmarse, encantados con las ofrendas de pollo cocido, mientras el tejón masticaba ciruelas. Cornelius se desplomó en su asiento, agotado.

—Ha sido increíble —le dije.

—Gracias. El mayor problema es mantener a los hurones concentrados. Son como niños pequeños hiperactivos.

—Lo encontré —anunció Bug.

La pantalla se encendió, mostrando una grabación nocturna de un hombre con gabardina clara saliendo de un rascacielos. Un hombre más alto con traje lo seguía de cerca. Un guardaespaldas.

El ángulo del vídeo era demasiado bajo para ser una cámara de vigilancia callejera. Alguien lo estaba grabando desde un coche. Lo

había hecho cientos de veces y mis vídeos se veían exactamente así.

El guardaespaldas y el hombre esperaron un momento. Un coche dobló la esquina y los faros iluminaron al guardaespaldas y al hombre de la gabardina. Se me cortó la respiración. El senador Garza.

El coche se detuvo suavemente. El guardaespaldas abrió la puerta.

Un relámpago surgió desde la esquina de la pantalla atrapando al guardaespaldas, al senador Garza y al vehículo, fundiéndolos en una sola masa brillante. El relámpago ardió y ardió, los dos hombres se sacudían en su abrazo letal.

La parte delantera del coche se derritió. El fuego estalló desde atrás, reventando los neumáticos.

El relámpago parpadeó y volvió de nuevo. Lenta, temblorosamente, la cámara se desplazó hacia la izquierda. Un hombre solitario estaba en la calle. Era mayor, de pelo oscuro, vestido con traje de negocios, las manos levantadas en una pose característica de mago, brazos doblados por el codo y palmas hacia arriba. La cámara hizo *zoom* en su rostro. Sus facciones estaban relajadas, su expresión casi serena, pero sus ojos furiosos, agitados por el dolor y la desesperación de un hombre que no tenía control sobre su propio cuerpo.

El relámpago se extinguió. La cámara retrocedió. El coche ardía, convertido en un amasijo carbonizado. Garza y el guardaespaldas yacían en la acera, sus cuerpos humeantes.

La vista volvió al hombre. Miró fijamente los dos cuerpos, con una expresión horrorizada en el rostro, luego se dio la vuelta y huyó.

—Lo conozco —afirmó Augustine, con voz cortante—. Es…

—Richard Howling —dijo Rogan—. Controlado por Olivia Charles. La Casa Howling ha matado al senador Garza.

Resultaba obvio, y juntar las piezas parecía algo secundario. Aun así, lo hice para no perderme nada.

—Por alguna razón desconocida, Olivia Charles quería muerto al senador Garza. Lo más probable es que tropezara con su plan y se

convirtiera en una amenaza. Necesitaban eliminarlo de una forma que no pudiera relacionarse con ellos.

—Así que mataron dos pájaros de un tiro —dijo Augustine—. Olivia usó su magia en Richard Howling, forzándolo a matar a Garza, lo que elimina la amenaza y potencialmente implica a Richard Howling.

—Pero ¿por qué usar a Richard Howling? —preguntó Cornelius—. Si podía imponer su voluntad sobre Howling, podría haber tomado el control de los guardaespaldas de Garza.

—Debió de ser una concesión a David —dijo Rogan—. Es poco probable que esta sea la primera vez que mata para ellos.

Augustine asintió.

—La hermana de Richard está casada con otra Casa. Con Richard fuera de escena, David se convierte en la única opción viable como cabeza de la Casa Howling. Como dije, los caballos oscuros nunca terminan bien. Tienden a odiar a sus manipuladores.

—Todo iba bien —continué—. Excepto que Olivia y David no sabían que Forsberg tenía a Garza bajo vigilancia. Cuando Forsberg se dio cuenta de lo que había en la grabación, intentó usarla en su beneficio. Se la entregó a su equipo legal con instrucciones de hacer un trato con la gente de Garza, con Howling o con alguien más. Olivia lo descubrió, y ella y David Howling mataron a todos los involucrados para evitar que la grabación saliera a la luz. ¿Por qué tendría Forsberg vigilado a Garza?

—Porque Forsberg era un Steward —respondió Rogan—. Hay varios grupos dentro de la Asamblea, pero los dos más grandes son la Mayoría Civil y los Stewards. Los Stewards son promagos y la Mayoría Civil son propueblo.

—Eso es simplificarlo demasiado —intervino Augustine—. Los Stewards se ven a sí mismos y a las Casas como la principal fuerza guía de la sociedad humana. Rechazan el modelo democrático actual y abogan por un mayor poder e influencia de las Casas. En pocas palabras, quieren gobernar. La Mayoría Civil tiene sus raíces en la cita de Johanna Hemlock, una filósofa y principal del siglo XIX. La Mayoría Civil busca limitar la participación de las Casas en la política.

—¿Cuál es la cita? —pregunté.

—«En un país gobernado por una mayoría civil, incluso la minoría más pequeña disfruta de mayor protección que una mayoría que vive en un país donde el poder está acaparado por unos pocos selectos» —citó Cornelius.

—Eso suena casi altruista —respondí—. No lo toméis a mal, pero las Casas no son conocidas por ceder poder.

Augustine suspiró.

—No, no es altruismo. Es interés propio. Nuestra política de no intervención ha funcionado muy bien hasta ahora. Somos ricos y seguros, y tenemos mucho que perder. Garza era el favorito de la Mayoría Civil. Matthias Forsberg era un miembro activo de los Stewards. Los Stewards probablemente conspiraron para torpedear el ascenso al poder de Garza, así que Forsberg debió de ponerlo bajo vigilancia, esperando encontrar algo sucio con lo que los Stewards pudieran fabricar un escándalo.

Me froté la cara, intentando sacudirme la somnolencia.

—Así que Olivia y su gente obtuvieron la grabación —dijo Rogan —, y ahora tienen un extra inesperado. ¿Qué harán con ella?

—El chantaje es una opción obvia —habló Augustine—. Howling controla a los Moderados, el tercer grupo más grande dentro de la Asamblea. Esto podría tener algo que ver con las elecciones de la Asamblea.

—No. —Rogan se levantó de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro como un tigre enjaulado—. Esta gente quiere desestabilización. Caos. La grabación de vigilancia no debería existir, pero existe y tienen una copia. Si ocultamos la grabación y ellos deciden guardar la suya, Richard Howling se convierte en su títere. Si enviamos la grabación a Lenora, tendrá que arrestar a Richard Howling. Habría una protesta pública por el asesinato de Garza a manos del jefe de una Casa. David aún obtiene lo que quiere. Si publican su copia antes que nosotros, David vuelve a conseguir su Casa y la oficina del fiscal parecerá incompetente. Habrá una enorme ola de indignación pública.

—No importa lo que hagamos, ellos ganan —dijo Augustine—. Esto no es política habitual entre Casas. Es más bien un cambio sísmico dentro de la estructura de poder, uno que no estoy seguro

que tengamos el poder para oponernos. Rogan, ¿estamos en el lado equivocado de todo esto?

Rogan se giró hacia él.

—Asesinaron a civiles y casi demolieron el centro de la ciudad, lo que habría matado a miles más. Nunca serán el lado correcto. Pretendo ganar esta guerra.

—Lo sé. —El rostro de Augustine se veía cansado—. Solo me pregunto si la historia nos verá como héroes o villanos.

—Depende de quién la escriba —le dije—. Tenemos que llevárselo a Lenora.

Rogan me estudió.

—¿Por qué?

Sabía perfectamente por qué.

—Tú mismo lo dijiste, esta gente está interesada en el caos. No puedes crear caos a menos que agites al público. Publicarán el vídeo, lo harán en algún lugar donde no pueda contenerse, como las redes sociales, y avivarán la indignación. Parecerá que la oficina del fiscal ocultó deliberadamente el hecho de que un senador querido y defensor del pueblo fue asesinado por un principal. No entiendo por qué no lo han publicado ya.

—Están esperando el momento adecuado —dijo Rogan.

—Y es exactamente por eso que, cuanto antes tenga Lenora el vídeo, mucho mejor.

—Hablaremos con su oficina por la mañana —sugirió Rogan—. Necesitaré tiempo para reunir el papeleo.

Sabía que yo tenía razón, entonces, ¿por qué diablos quería retrasarlo?

—¿Vas a solicitar una Excepción Verona? —preguntó Augustine, con una mirada calculadora.

—Sí.

—Necesitarás la cooperación de la Casa Harrison. —Augustine se volvió hacia Cornelius.

—¿Qué es la Excepción Verona? —pregunté. Podría buscarlo en mi teléfono, pero estaba demasiado cansada.

—Se llama así por la disputa entre los Capuleto y los Montesco —explicó Cornelius—. *Romeo y Julieta* comienza con el príncipe de

Verona emitiendo un ultimátum a ambas familias, prometiendo condenar a muerte al próximo que reavive la disputa. Luego sale de escena y se lava las manos hasta que sus acciones lo obligan a regresar.

—Una Excepción Verona significa presentar una demanda contra la Casa Howling ante la fiscalía —añadió Rogan—. Troy es mi empleado y tú también lo eres en virtud de mi acuerdo con Cornelius. Howling os atacó a ambos, no hizo ningún esfuerzo por ofrecer reparaciones y no se puede contactar con él por medios normales.

—Pero eso no lo sabes. —Mi cerebro estaba tan cansado y funcionaba tan lento que cuando lo forzaba a hacer pensamientos racionales, amenazaba con colapsar—. No has llamado al jefe de su Casa.

—Llamaré a Richard por la mañana —aseguró Rogan—. Negará cualquier conocimiento del incidente. No quiere verse involucrado, por eso convirtió a David en un caballo oscuro.

—Una Excepción Verona establece que esto se convierte en una cuestión de guerra abierta entre miembros específicos de estas tres Casas —intervino Augustine—. Al conceder la Excepción Verona, la fiscalía reconocerá que existe suficiente evidencia para justificar la retribución de la Casa Rogan y la Casa Harrison, y los facultará para ejecutar esta retribución, siempre que no demuestren un desprecio grave por el bienestar civil.

—Entonces, ¿les permite lavarse las manos y dejarnos pelear? —pregunté.

—Sí —respondió Rogan.

Tenía sentido. La fiscalía tenía algunos usuarios de magia en su personal, de los cuales, Lenora Jordan era la más peligrosa, pero si se involucraran cada vez que dos principales pelearan, el resultado sería catastrófico para el personal policial.

—Es el procedimiento estándar —continuó Rogan—. La fiscalía se involucra cuando la seguridad pública está en juego. Necesitaré una declaración jurada tuya y la autorización de la Casa Harrison indicando que permiten que Cornelius participe.

—Eso puede ser un problema —intervino Cornelius en voz baja—. Tenemos una Casa pequeña. Actuamos con cautela y no nos involucramos. Mis padres mantuvieron esa política durante años y ahora mi hermana la preserva.

La misma hermana que había enviado una tarjeta y algunas flores cuando se enteró de que la esposa de su hermano menor había sido asesinada.

—Hablaré con ella mañana —dijo Cornelius.

Mañana podría ser demasiado tarde. Si ese vídeo llegaba a Internet, habría disturbios. No estuve casi a punto de morir unas diez veces tratando de salvar Houston de ser quemada solo para ver cómo se autodestruye.

Me volví hacia Bug.

—¿Puedo tener una copia del vídeo, por favor?

Él miró a Rogan.

—Esto se está volviendo tedioso —dije tras un suspiro—. Rogan y mi cliente firmaron un contrato, y ese contrato funciona en ambos sentidos. Si tenemos que compartir evidencias con vosotros, vosotros tenéis que compartir evidencias con nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que mi cliente las consiguió. Me gustaría una copia del vídeo, por favor. Por correo electrónico sería genial.

—Haz lo que dice —ordenó Rogan. Estaba sonriendo. No tenía ni idea de qué era tan gracioso.

Mi teléfono sonó anunciando un nuevo correo electrónico.

—Gracias.

—Tómate tu tiempo, Cornelius —dijo Rogan—. Como dije, el papeleo lleva tiempo y puede que Lenora ni siquiera nos vea mañana teniendo en cuenta el lío de Baranovsky. Este es un asunto delicado.

—Si mi hermana se niega, procederé por mi cuenta, pero nuestro caso sería más sólido con la participación de ambos.

—¿Dónde está el baño? —pregunté.

Rogan señaló una puerta en la pared del fondo.

—Gracias.

Me levanté, entré al baño y cerré la puerta tras de mí. ¿Había conflicto de intereses? Le había prometido a Cornelius que le daría el

nombre del asesino de su esposa, pero le había dejado muy claro que no mataría a esa persona por él. El acuerdo de Cornelius con Rogan técnicamente no tenía nada que ver conmigo. Solo especificaba cooperación mutua y ataba las manos de Rogan.

No, no había conflicto de intereses. Tenía en mi poder un vídeo que mostraba el asesinato de dos ciudadanos. Era mi obligación según la ley informar de ello. Le envié un mensaje a Bern:

Esto es muy importante. Voy a enviarte algo por correo. ¿Puedes encontrar la manera de enviárselo a Lenora Jordan sin que se pueda rastrear hasta nosotros?

Sin respuesta. Eran las tres de la madrugada.

Siento despertarte, pero esto es realmente importante. Por favor, despierta.

Si bombardeaba su teléfono con mensajes, los pitidos lo despertarían.

Lo siento.

Despierta.

Lo siento de nuevo.

Despierta.

Un mensaje apareció en la pantalla: *Estoy despierto. Me pongo con ello. ¿Estás bien?*

Le respondí de inmediato: *Sí. Muchísimas gracias.*

Exhalé. Encontraría la manera de hacerlo.

Guardé mi teléfono y me miré en el espejo. Tenía unas ojeras horribles. De repente, estaba tan cansada que apenas podía mantenerme en pie. Tenía que salir de aquel baño, porque el suelo empezaba a parecerme agradable e invitador. Me lavé las manos, salí y me senté en el sofá. Seguían hablando de algo, pero ya no podía seguir la conversación. Los ojos se me cerraban. Me esforcé por mantenerlos abiertos, pero alguien había atado pesas a mis párpados. Augustine dijo algo que no pude escuchar bien. Rogan respondió y entonces el mundo se volvió suave, cálido y oscuro, y me hundí en la acogedora oscuridad.

6 Base militar y depósito de oro en Estados Unidos, famosa por su extrema seguridad y hermetismo.

Capítulo 11

El tentador aroma del café recién hecho llegó hasta mí. Abrí los ojos.

El techo no me resultaba familiar. No estaba en mi casa. Eso significaba que estaba…

Me incorporé de golpe. Estaba en la sala de mando de Rogan, en uno de sus enormes sofás de cuero negro. Alguien había puesto una almohada bajo mi cabeza y una manta sobre el resto de mi cuerpo. Al otro extremo de la habitación, Rogan servía café en una gran taza negra. Llevaba una camiseta blanca y pantalones negros. La camiseta se ajustaba a sus bíceps. Parecía como si hubiera pasado la última hora haciendo ejercicio y acabara de ducharse.

Me vio y sonrió. Era una sonrisa maliciosa que hizo sonar todas las alarmas en mi cabeza.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y diez.

El terror me atravesó.

—¿De la mañana? Por favor, no digas que de la mañana.

—Sí.

—Oh, no. ¿Le dijiste a mi familia dónde estaba?

—No.

Exhalé.

—Pero imagino que Cornelius lo hizo cuando regresó a tu almacén.

Uf. Me recosté en el sofá y me cubrí la cabeza con la manta. Nunca me dejarían olvidarlo. Abuela Frida y mis hermanas se

cebarían conmigo. «¿Así que pasaste la noche con Mad Rogan? ¿Qué tal fue? ¿Cuándo es la boda?».

La manta se movió hacia abajo, revelando a Mad Rogan de pie, cernido sobre mí, demasiado cerca para mi comodidad. Parecía incluso más grande desde aquel ángulo, lo cual era una hazaña considerando que ya era enorme. Se había afeitado, su mandíbula estaba completamente limpia. Me gustaba más con barba incipiente. Lo hacía… más humano. Ahora parecía un principal en toda regla, excepto por un estrecho corte rojo en su mejilla.

«Yo veo a una principal». Principal o no, Rogan y yo seguíamos sin ser iguales.

Probablemente nunca lo seríamos.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

—Estamos esperando el permiso de la hermana de Cornelius. No tenía sentido esperar aquí, así que todos se fueron a casa. —Sonrió con malicia, como si yo fuera un cordero delicioso que de alguna manera hubiera vagado hasta su guarida de lobo—. Excepto tú.

Suspiré.

—Puede que no quieras contar con ese permiso.

—Me dio la impresión de que no tienen una relación muy cercana.

—Su hermana no ha visto a Matilda desde que la niña tenía un año.

—¿Temes lo que pensará tu familia? —preguntó, bebiendo su café.

—No tengo miedo. Me estoy preparando mentalmente para mi defensa. Deberías haberme despertado.

—Te excediste. Tu cuerpo necesitaba descansar.

—Solo cerré los ojos un momento.

—Te desmayaste —dijo, con una sonrisa tirando de su boca. Un hombre no tenía derecho a verse tan bien a primera hora de la mañana.

—No hice tal cosa.

—¿Sabías que roncas? —me preguntó.

—No ronco.

—Sí que lo haces. Es adorable. —Me guiñó un ojo.

Le lancé un cojín. Se detuvo a unos centímetros de su cara y volvió volando a su lugar en el sofá. Se agachó junto a mí. La

distancia entre nosotros se redujo de repente. Su taza de café se movió hasta la mesa auxiliar.

—¿Sabes qué pienso? —Su mirada se centró en mi pelo. Extendió la mano y tocó un mechón rubio—. Creo que tu familia esperará que te hayas quedado aquí y que tú y yo hayamos tenido una noche inolvidable.

Mi mente fue directa a la cuneta.

—Especialmente cuando vean tu pelo.

Aparté sus dedos de mi pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Es el estilo especial llamado «la mañana siguiente».

Me toqué la cabeza. La laca de anoche, la lluvia y la almohada habían conspirado para crear un desastre en mi pelo. Lo sentía como si estuviera completamente de punta.

Rogan me miraba y, en las profundidades de sus ojos azules, volví a ver la misma oscuridad helada. Otra vez no.

—¿Llamaste a la Casa Howling?

—Aún no —respondió—. ¿Por qué? ¿Te gustaría mirarme mientras lo hago?

—Tal vez.

—Qué pervertida.

—¡Rogan!

Me sonrió. Era el tipo de sonrisa que trazaba un camino desde tu corazón hasta tu mente y aparecía en tu cabeza cada vez que te preguntabas por qué aguantabas a un hombre que te hacía querer golpear cosas.

—Estás muy sexi por la mañana, Nevada. —Su voz me acarició, su magia bailando en mi piel, provocando pequeñas explosiones de deseo.

—Para —advertí. La caricia mágica se desvaneció.

—Sería una pena decepcionar a tus parientes.

—Tengo la costumbre de decepcionarlos regularmente.

Me acerqué y toqué suavemente la piel bajo su corte.

—¿Cómo pasó esto?

—Me rozaron ayer entre la multitud. —Su voz sonó ligeramente más profunda.

Aún seguía tocándolo, su piel cálida bajo mis dedos. El tenue aroma a sándalo me envolvía. Se quedó completamente quieto, como si temiera que apartara la mano.

—Pensé que Olivia te había arañado. No es tu fan número uno precisamente.

Sonrió.

—Lo notaste.

—Parecía que te agradaba Rynda. ¿Por qué no te casaste con ella?

—Porque me agrada demasiado.

Eso me dolió. Retiré la mano lentamente. No debería haber iniciado aquella conversación.

Rogan se sentó en el suelo junto a mí y apoyó el brazo sobre su rodilla flexionada.

—Cuando tenía tres años, mi padre sobrevivió a su sexto intento de asesinato. Lo atacó un manipulador. Mi madre mató al asesino, pero alimentó la obsesión de mi padre por compensar nuestra debilidad. No puedes matar lo que no puedes ver. Si fuéramos telepáticos y telequinéticos, entonces sentiríamos venir a los asesinos. Había intentado crear un híbrido telequinético-telepático conmigo y falló. Estaba convencido de que obtendría lo que quería con mis hijos, así que comenzó a buscarme novia.

—Tenías tres años.

—Le gustaba planificador a largo plazo. Rynda es una poderosa telequinética y empática. Mi padre habría preferido una telepática, pero conseguir telequinesis y manipulación mental en un solo principal es muy raro. Casi nunca se dan juntos. Temía que, si me casaba con una principal telepática, nuestro hijo perdiera la telequinesis. El padre de Rynda es telequinético, su madre es psiónica, así que sus genes eran perfectos para sus propósitos. El acuerdo de compromiso entre nuestras familias se alcanzó cuando yo tenía tres años y ella dos. Esa fue la primera vez que intentó levitar un objeto y lo logró.

—¿Qué levitó? —No pude reprimir mi curiosidad.

—Sus padres estaban discutiendo y ella intentó poner un chupete en la boca de su madre para hacerla callar.

Me imaginé la cara de Olivia con un chupete en los labios y solté una risita.

—Rynda siempre fue pacificadora. Le gusta cuando las cosas están tranquilas.

—Entonces, ¿supiste que te casarías con ella toda tu vida?

—Sí. —Asintió—. Y durante la mayor parte de mi niñez y adolescencia no tuve problema con eso. El matrimonio era algo que sucedería en un futuro lejano y me agradaba Rynda. Especialmente después de la pubertad.

Los celos me apuñalaron con pequeñas agujas afiladas.

—Rynda es muy guapa.

—Es preciosa. Elegante, refinada, exquisita, deslumbrante…

Solo me estaba provocando. Fingí examinar mis uñas.

—Entiendo que estés desconsolado porque tuvo hijos con otro hombre. Está bien, Rogan. No te sientas mal. Estoy segura de que encontrarás a alguien que se apiade de ti… accidentalmente.

Él rio en voz baja.

—Estás de un humor de perros esta mañana. Creo que podría acostumbrarme.

—No lo hagas. ¿Vas a contarme el resto de la historia o debería irme a casa ahora?

—De acuerdo. Cuando tenía dieciséis años, Rynda vino a una fiesta en nuestra casa. No recuerdo cuál era el motivo de celebración, pero yo había causado algunas molestias a mi madre y ella todavía se estaba recuperando. Fui un adolescente difícil.

—No me digas… —Puse los ojos en blanco.

—Tenía dieciséis años. —Rogan se encogió de hombros.

—¿Qué hiciste para enfadar a tu madre?

Rogan suspiró.

—A principios de ese verano, mi padre y yo tuvimos una discusión y me dijo que, si no me gustaban las reglas de la casa, debería irme a vivir a una caja de cartón en la calle. Y eso hice. Me fui con la ropa que llevaba puesta y nada más. Les llevó casi tres semanas encontrarme.

—¿Adónde fuiste?

—Al centro —respondió—. No pensé que pudiera pasarme nada malo. Dormí en la calle, comí en un comedor social y tuve un par de peleas con otros vagabundos. Luego encontré gente apostando en peleas bajo un paso elevado y golpeé a un par de tipos por dinero. Gané cincuenta dólares y me rompieron la cabeza cuando un tipo que podía endurecer mágicamente sus puños me golpeó. Un hombre intentó recogerme con promesas de vodka y *pizza*. No me gustó la mirada en sus ojos, así que me subí a su coche para ver qué pasaba. Resultó que le gustaba estrangular. No terminó bien para él. Nunca conseguí encontrar una caja de cartón para dormir. Dormía en el parque bajo unos arbustos hasta que los de seguridad de mi padre me encontraron y me inmovilizaron con una pistola eléctrica. Me atiborraron a sedantes y me devolvieron a casa.

Me quedé mirándolo. No estaba mintiendo.

—Así que, cuando me desperté en mi habitación, mi madre me regañó. Me dijo que se había preocupado. Que no tenía derecho a asustarla así. Fue infinitamente peor que dormir en la calle. Cuando llegó la fiesta, ya habíamos resuelto nuestros conflictos familiares, así que cuando Rynda le preguntó a mi madre dónde había estado durante las últimas tres semanas, mi madre se lo contó. Rynda empezó a llorar.

—¿Por qué?

—Captó algunos rastros residuales de estrés y miedo de mi madre. Eso la alteró. Estaba sentada allí, con lágrimas rodando por sus mejillas, y le preguntó a mi madre cómo podía aguantarme. Mi madre le dijo que yo era un niño dotado y que los niños así hacían cosas extraordinarias. Rynda dijo que en ese caso ella no quería hijos dotados. Fue entonces cuando supe que no podía casarme con ella.

—¿Porque no quería hijos dotados?

Connor se inclinó más cerca y sonrió de nuevo, pero no le llegó a los ojos.

—No. Porque no la amaba. Los matrimonios entre principales raramente se basan en el amor, pero Rynda sabría que no la amaba. Siempre le dolería. Y, egoístamente, me di cuenta de que estar con Rynda significaba estar solo. Ella quería familia, hijos y estabilidad.

Seguridad. Yo no sabía exactamente qué quería, pero sabía que no quería eso. Yo tomaría riesgos y eso la destrozaría. Y si me sometía al matrimonio, siempre tendría que ser frío con ella. Nunca podría dejarle sentir toda mi ira, miedo o preocupación, porque sería cruel.

La personalidad de Rogan era como su magia: un poderoso tifón que arrasaba todo a su paso. Había visto el alcance de su ira y la intensidad de su deseo. Cuando se centraba en ti, lo hacía completamente y te sentías privilegiada de ser el objeto de su atención. Una relación verdadera requería honestidad. Cuando estuviera asustado, o furioso, o indefenso, tendría que calmarse y reprimir sus sentimientos antes de ir a casa. Tendría que mentir.

Rogan nunca me había mentido. Eso me golpeó como una tonelada de ladrillos. A veces elegía sus respuestas con cuidado, pero nunca me había mentido excepto aquella vez en el balcón, justo después de que viéramos al asesinato de su gente. Había mentido a propósito, sabiendo cómo reaccionaría. Podría haberse negado a responder mis preguntas. En cambio, siempre me decía la verdad, incluso cuando sabía que las respuestas no me gustarían.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—No —mentí—. Continúa con la historia.

—No queda mucho que contar. Rompí oficialmente el compromiso a los dieciocho. Mantuvieron la esperanza durante otro año, pero cuando me uní al Ejército, quedó claro que todo había terminado. Rynda se casó con su actual marido a los seis meses. A él no le interesan la política ni los juegos arriesgados. Y, por lo que parece, la ama.

—¿Te arrepientes?

—No. Ella es feliz y yo necesito a alguien más. Alguien que no se quiebre bajo mi presión.

Verdad.

—Eso es pedir mucho.

Su rostro se tornó pensativo.

—¿Recuerdas aquel gran discurso que di en tu garaje?

—¿Cuál? —Suspiré—. Has dado varios. Estoy pensando en instalar un podio personal con tu nombre.

—Aquel en el que dije que me suplicarías para meterte en mi cama.

—Ah. Ese. ¿Cómo podría olvidarlo? Esperaba que te golpearas el pecho como un gorila de espalda plateada.

—Olvida lo que dije…

Un altavoz se encendió y la voz de Bug resonó por toda la habitación.

—Nevada, despierta. Bern dice que lo llames ahora mismo. Es urgente.

Tomé mi teléfono de la mesa lateral. Alguien había silenciado el timbre. Llamé a Bernard.

—¿Sí?

—Montgomery está en una videollamada en tu oficina —me informó—. Está furioso. Intenté decirle que le devolverías la llamada, pero sigue en línea esperándote.

Algo malo había sucedido.

Salté del sofá y localicé mis zapatos a un lado. Me los puse. Rogan me observaba.

—¿Problemas?

—Probablemente.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

Augustine sabía dónde estaba. Si no me había llamado aquí, significaba que la emergencia era solo para mí. Me ocuparía de mis propios asuntos.

Lo miré. Había vuelto a ser el principal gélido, intenso, duro y letal de siempre.

—Si me convierto en principal, ¿serás mi enemigo, Rogan?

—No —me aseguró—. No tienes nada que temer de mí.

—Te tomaré la palabra.

Llegué a toda prisa al almacén. Un Honda CR-V azul se encontraba estacionado en mi plaza de aparcamiento. Bern me esperaba en la puerta.

—¿Tenemos un cliente nuevo? —le pregunté señalando el Honda.

—No. —El rostro de Bern adoptó esa expresión contenida que solía significar que estaba a punto de recitar metódicamente una secuencia de sucesos que explicarían por qué el Honda estaba en el aparcamiento, y probablemente comenzaría su historia desde el gran diluvio universal.

—Eso después —dije levantando la mano, esperando detener el flujo de información que se avecinaba—. ¿Por qué demonios está Augustine enfadado?

—Puede que sea por esto. —Bern levantó su *tablet*. Un titular apareció en la pantalla: «El enigma de la Dama de Verde. ¿Deberían los principales hacer más?».

Justo lo que necesitaba. Me dejé caer en la silla de mi oficina, me recogí el pelo lo mejor que pude y pulsé en el teclado.

—¿Sí?

El rostro perfecto de Augustine se mostraba tan frío que bien podría haber sido tallado en un glaciar.

—Felicidades, Dama de Verde.

Maldición.

—Tu altruismo ha dado frutos podridos. Te lo advertí.

—Es solo un maldito artículo, Augustine.

—No estoy hablando del artículo.

Me recliné y me crucé de brazos.

—¿Podrías ir al grano?

—La gente de Victoria Tremaine contactó con mi oficina. Viene de camino a Houston para verme. Quiere saber la identidad de la Dama de Verde.

Me enderecé. Tiempo atrás, cuando me di cuenta de que era una buscadora de la verdad, investigué las Casas de buscadores de la verdad. Había tres en los Estados Unidos continentales, y la Casa Tremaine era la más pequeña y la más temida. Solo tenía una principal: Victoria Tremaine. Tenía cerca de setenta años y la gente se escondía de ella cuando sabía que iba a aparecer. No solo extraía la verdad de sus víctimas, podía lobotomizarlas y lo hacía con frecuencia. Rica y temida, ejercía un poder sin precedentes. Recordaba haber visto su foto —una mujer aristocrática de mirada perversa— y pensar que parecía una bruja malvada. Del tipo que

tenía un título nobiliario y ordenaba que te despellejaran vivo si derramabas una bebida mientras se la servías.

—No tengo ningún deseo de molestar a Tremaine —dijo Augustine —. Tampoco quiero tenerla cerca de mi oficina, pero no puedo negarme a recibirla. Tienes esta única oportunidad para decirme por qué estaría interesada en ti.

—No tengo ni idea.

—Asegúrate de averiguarlo. Si necesitas protección contra Tremaine, debes firmar el contrato que te ofrecí. Mi Casa defiende a los suyos. Tienes… —Consultó la pantalla del ordenador—. Veintidós horas.

La pantalla se volvió negra. Miré a Bern. Él levantó los brazos.

Si Augustine se reunía con Victoria Tremaine, ella extraería mi identidad de su cabeza. Yo era una principal novata, y había logrado que Baranovsky me confesara cosas. Victoria tenía toda una vida de práctica. ¿Por qué estaría interesada en mí?

Una terrible sospecha se encendió en mi cabeza. Si Rogan tenía razón, y yo era una principal, mis talentos tenían que venir de algún lado. Las manifestaciones espontáneas de principales sin que nadie en su familia inmediata poseyera mucho poder eran extremadamente raras.

—¿Está mamá en casa?

Bernard asintió.

—Nevada, sobre el coche…

—Después.

Me levanté y atravesé el pasillo hacia nuestra casa en dirección a la cocina. Mi madre estaba en el fregadero, enjuagando un plato. Arabella holgazaneaba en la mesa, jugando con su teléfono.

Mi madre se quedó mirando mi pelo.

—¿Una noche movidita?

—¿Hay alguna razón por la que Victoria Tremaine pudiera estar interesada en mí?

El rostro de mi madre palideció. El plato se le escapó de las manos y se hizo añicos en el suelo.

—¡Mamá! —Arabella se levantó de un salto.

—Sal de la habitación, Arabella. —Su voz se volvió fría y dura.

—Mamá, ¿qué pa…?

—Ahora.

Mi hermana salió corriendo con los ojos muy abiertos. Mi madre miró fijamente a Bern. Él se retiró sin decir palabra.

Se secó las manos lentamente con una toalla. Su rostro se volvió rígido y calculador. Solo había visto esa expresión una vez, cuando se había convertido en una completa extraña y había terminado su carrera de investigadora privada. El miedo me invadió.

—¿Qué hiciste? —preguntó con una calma inquietante.

—Salvé a una niña pequeña. A Amy Madrid.

—¿Quién lo sabe?

—Augustine y su secretaria. Mamá, me estás asustando.

—¿Victoria viene hacia la ciudad?

—Sí.

—¿Cuándo llega?

—Mañana.

Mi madre colgó la toalla en el perchero con metódica precisión.

—Escúchame con mucha atención. Tienes que borrar la mente de Augustine.

—¿Qué?

—Tienes que borrar la mente de Augustine. Fríelo si es necesario.

Retrocedí un paso.

—¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo? Incluso si supiera cómo hacerlo, que no sé, lo dejaría como un vegetal.

—Puedes hacerlo —dijo mi madre con total confianza. Se había convertido en alguien que no reconocía.

—Lo conozco. Es un ser humano. No puedo destruir su mente sin más. No lo haré.

—Entonces lo mataré.

—¿Has perdido la cabeza? —Mi voz se quebró.

—Borra su mente. Si no lo haces, lo mataré.

—¡Mamá! Eso no es lo que hacemos. No somos así. Papá no…

—No se trata solo de ti. —Un atisbo de emoción finalmente atravesó la expresión de mi madre—. ¡Tienes una responsabilidad con tus hermanas! Si la bruja de Tremaine te encuentra, nos matará a tu abuela y a mí. Arabella terminará en una jaula, y Catalina y tú

terminaréis sirviéndola durante el resto de vuestras vidas. ¿Es eso lo que quieres? Tienes que proteger a tu familia.

Abrí la boca, pero no salieron palabras.

El labio inferior de mi madre tembló. Se acercó y me dio un fuerte abrazo.

—Lo sé. Sé que es difícil. Está bien. Estoy pidiendo demasiado. No te preocupes, cariño. Yo me ocuparé de esto. Olvídalo.

Me separé de su abrazo.

—¿Por qué nos persigue?

—Es tu abuela paterna.

Se me erizó el vello de los brazos. Me dejé caer en una silla.

—No podía llevar un embarazo a término, así que hizo… cosas y tu padre nació. Ella quería un hijo que fuera un principal. Tu padre no tenía magia. Ninguna. Siempre lo descuidó, pero mientras esperaba que su talento se manifestara, destrozaba su mente cada día, buscando evidencias de magia. Cuando se dio cuenta de que era completamente normal, la indiferencia se convirtió en odio. Él huyó de ella tan pronto como pudo. Te necesita desesperadamente porque, sin otro principal, su Casa morirá con ella.

Dios mío.

—No te preocupes —continuó mi madre—. Yo…

No, ella no lo haría. Como dijo Rogan, aquello era una guerra entre Casas. Yo era la principal mayor en mi familia. Yo había causado el lío. Era mi responsabilidad.

Levanté la mano para cortarla.

—No. Yo me ocuparé —prometí.

—Nevada…

—Me ocuparé de esto, mamá. Me ocuparé esta noche. Prométeme que esperarás. Prométemelo.

—No haré nada hasta que me lo digas.

Me levanté, mantuve la cabeza alta y fui a mi habitación para asearme.

Me di una ducha, me sequé y me cepillé el pelo. Luego me puse la ropa de trabajo, moviéndome como un autómata. Debería estar

enloquecida, pero no era capaz de mostrar ninguna emoción. Solo podía seguir una fría lógica metódica. Era lo que necesitaba.

Victoria Tremaine era mi abuela. En retrospectiva, tenía sentido. La resistencia de mi padre a hablar sobre su familia, su insistencia en que fuera muy cuidadosa con mi magia, y la desconfianza de mi madre hacia los principales. Si Victoria Tremaine fuera mi suegra, yo tampoco confiaría en los principales.

Victoria Tremaine no tenía herederos. Ningún heredero que fuera principal. Si descubría que yo existía, movería cielo y tierra para hacerme parte de la Casa Tremaine. Lo haría tomando a mis hermanas como rehenes. De las tres, yo era la única buscadora de la verdad. Pero todas nos convertiríamos en sus esclavas.

No podía permitir que se reuniera con Augustine. Lo rompería como una nuez.

Tampoco podía borrar la mente de Augustine. No era lo que hacíamos. Iba contra todo lo que yo defendía. Sin embargo, tendría que hacerlo para salvar a mi familia. Era eso o mi madre lo mataría.

No veía una salida. Tenía que cuidar de mi familia.

Bajé las escaleras. Catalina salió de la sala multimedia dando pasos de marcha militar para interceptarme. Matilda la seguía, imitando los movimientos de mi hermana. En cualquier otro momento me habría parecido cómico.

—¿Qué está pasando? Arabella dice que mamá se ha vuelto loca…

—Mamá está pasando por un momento difícil ahora. No te preocupes. Todo se arreglará mañana.

—¿Qué momento difícil? ¿Por qué? Parece que vas a matar a alguien.

Curiosa elección de palabras.

—Nadie va a morir.

—Odio cuando me tratas como una niña.

La miré un momento para asegurarme de que entendiera.

—Hay gente que intenta matarnos. Mamá está enloqueciendo. Augustine está enloqueciendo. Estoy tratando de arreglarlo. Ayudaría si tú tampoco te alteraras conmigo.

Se quedó en silencio. Seguí caminando.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A hacer un plan.

Salí del almacén y me detuve junto al Honda. Parecía normal, de al menos tres años. Le preguntaría a Bern sobre él cuando regresara. Dejé el almacén, caminé dos manzanas y me detuve en la acera frente al cuartel general de Rogan. No era mi movimiento más inteligente, pero no tenía a dónde ir. Marqué su número.

—¿Sí? —respondió.

—Necesito tu consejo. Estoy frente a tu cuartel general. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Entré pasando junto a los soldados, que dejaron de hablar cuando pasé, y subí las escaleras. Rogan me esperaba. Examinó mi ropa de trabajo con su habitual atención.

—No quiero que Bug nos escuche, si es posible.

—Es posible.

Rogan me condujo hacia una puerta en la pared del fondo y la mantuvo abierta. Entré en una pequeña oficina. Un escritorio, un par de sillas y una estantería llena de cuadernos y manuales. Rogan cerró la puerta y se sentó en la esquina del escritorio.

Tragué saliva. Todo en mí se rebelaba en contra de compartir la información, pero no tenía opción. Ya sabía que yo era una principal. Había dicho que no tenía intención de luchar contra mí.

—Victoria Tremaine es mi abuela.

Las cinco palabras cayeron como ladrillos y quedaron entre nosotros.

Sus cejas se elevaron.

—Esperaba que fuera la Casa Shaffer. Tremaine es una sorpresa.

—Viene a ver a Augustine mañana. Si descubre que existo, destruirá a mi familia. Mi madre matará a Augustine a menos que borre su mente.

—Qué dilema. —La expresión de Rogan era indiferente, como si estuviera jugando una partida de ajedrez particularmente enrevesada—. ¿Quieres que te rescate?

Era tentador. Muy tentador.

—No. Quiero un consejo.

El orgullo brilló en sus ojos.

—Te estás convirtiendo en un dragón.

—No tengo elección. Debo asumirlo. Incluso si mi madre lo intentara con todas sus fuerzas, no creo que pudiera atacar a Augustine.

—Estoy de acuerdo. Muy bien. —Se reclinó—. Victoria Tremaine es despreciada y temida, y lo sabe. Viaja con una égida, un encubridor y un escudo telepático. Su cuerpo y mente están perfectamente protegidos en todo momento y, si se ve atacada, el encubridor la hará desaparecer en una fracción de segundo. Es un objetivo extremadamente difícil. No puedes eliminarla. Tu madre lo sabe, por eso se centró en Augustine.

Asentí. Ya me había dado cuenta.

—Augustine es lo más parecido a un amigo que tengo entre los miembros de las Casas. Tiene una hermana mucho menor y un hermano. Su padre está muerto y él es su tutor. No confundas su interés profesional en ti con amistad o camaradería. Si piensa por un momento que representas algún peligro, por mínimo que sea, para sus hermanos, te matará. Desde el punto de vista de un principal, no le debes nada.

—Rogan, no puedo borrar su mente.

—¿No puedes o no quieres?

Suspiré.

—No estoy segura.

—Sí lo estás. —Su mirada era implacable.

—Puedo. —Podría destrozar a Augustine. Había estado al borde de romper una mente antes, cuando interrogué al mercenario y cuando practicaba con mis hermanas. Sabía exactamente dónde estaba ese límite, y me había esforzado al máximo por no acercarme nunca a él —. Augustine tiene una voluntad fuerte. Si ataco su mente, dejo que lo sienta y lo llevo demasiado lejos, se incapacitará intentando luchar contra mí. Llevará tiempo, minutos, posiblemente una hora, así que no es un poder útil en combate, pero dejará su psique hecha pedazos. Podría hacerlo. Pero no lo haré.

—Sin embargo, tienes que proteger a tu familia.

—Sí.

—Esto es lo que intentaba evitar cuando te insistí que no fueras a la gala de Baranovsky —continuó él—. Sucedió de todos modos, antes de lo que tú o yo hubiéramos querido. Pensé que tendríamos más tiempo. La pregunta ahora no es qué deberías hacer. Sabes qué deberías hacer. La pregunta es, ¿con qué puedes vivir?

—¿Augustine abriría voluntariamente su mente a Victoria Tremaine?

—Preferiría morir —respondió Rogan sin dudar—. Augustine es muy reservado. Un hombre que nunca muestra al mundo su verdadero rostro jamás permitiría una intrusión en su santuario interior.

—¿Estaría dispuesto a ser protegido?

—¿Por ti? Tendrías que convencerlo de que está indefenso ante una buscadora de la verdad. Ten mucho cuidado, Nevada. Si haces esa demostración demasiado personal, se volverá contra ti. Ve tras algo que sea confidencial, pero sin carga emocional. No debe sentir que sus secretos más profundos han sido violados.

Sería delicado, y aunque pudiera conseguir lo que quería, no estaba segura de poder hacerlo.

—¿Qué planeas hacer?

—Planeo aplicar las lecciones que Adam Pierce me enseñó. —Sacudí la cabeza. Y si fallaba en lograrlo, mi vida se derrumbaría y Augustine podría pasar el resto de su vida con una sonda de alimentación sin saber dónde o quién era. Sin presiones.

—Digamos que este problema se resuelve. ¿Después qué? Victoria Tremaine no se rinde. No dará media vuelta sin más y se irá con las manos vacías. Continuará su persecución. Esta es solo una solución a corto plazo para un problema mucho mayor.

Me forcé a mover la boca.

—Me doy cuenta.

—¿Cuál es la estrategia a largo plazo?

—No tengo una.

Rogan frunció el ceño.

—¿Tu familia inmediata tiene más de un principal vivo?

Me preguntaba por mis hermanas.

—Sí.

—¿Ese otro mago es un buscador de la verdad?

—No.

La sorpresa se reflejó en sus ojos.

—Pero ¿estás segura de que es un principal?

—Sí.

—Entonces, tu mejor opción es solicitar la formación de tu propia Casa. Requeriría que tú y el otro principal admitierais vuestra magia en público. El proceso de calificación y formación de la Casa es muy rápido, menos de cuarenta y ocho horas, una vez que se han presentado todos los formularios correspondientes y se ha fijado la fecha de las pruebas. Si os convertís en la Casa Baylor, se os concede inmunidad contra la agresión de todas las demás Casas durante un período de tres años. Es una regla que ni siquiera Victoria Tremaine puede romper. Se establece para proteger la aparición de nueva magia, lo que es bueno para todos, y es una piedra angular de nuestra sociedad.

La Casa Baylor. Estaría arrojándome a mí y a mis hermanas a aguas infestadas de tiburones.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer. —Un músculo se crispó en su rostro, luego su expresión se relajó como si deliberadamente se hubiera forzado a la neutralidad—. Me pediste consejo y te lo he dado. Conviértete en una Casa.

Lástima que no hubiera tiempo suficiente para hacerlo. Habría resuelto el problema de Augustine. No, necesitaba pensar. Convertirse en una Casa tenía que ser el último recurso.

—Una cosa más. Una vez que esté formalmente registrada la Casa Baylor, esto…, lo que sea que hay entre tú y yo, tiene que terminar.

¿Lo que sea? Me recliné, cruzando una pierna sobre la otra.

—¿Por qué?

—Como cabeza de una Casa incipiente, tu primera responsabilidad es asegurar el futuro de tu familia. Tienes que establecer conexiones y asegurar alianzas para que, cuando termine el período de tres años, estés anclada y bien defendida contra cualquier ataque. Tu mejor apuesta es cimentar tal alianza mediante el matrimonio. Asegurará protección y el futuro de tu Casa. Hay servicios disponibles que mapearán tu ADN y sugerirán la pareja que más

probablemente resulte en hijos con talento principal de buscador de la verdad, alguien de una de las Casas de buscadores de la verdad, o alguien con una disciplina complementaria como manipulador para compensar tu falta de magia de combate. Tú y yo no somos compatibles. Nuestra magia proviene de reinos completamente diferentes. Está claro que, a pesar de los esfuerzos de mi padre, nuestro linaje no se mezcla bien con magos de dominación mental. Si tú y yo tuviéramos descendencia, podrían no ser principales.

Ah. Así que ahí es donde quería llegar.

—Ajá.

La voz de Rogan sonaba inquietantemente tranquila.

—Crees que no te importará, pero lo hará. Piensa en tus hijos y tener que explicarles que sus talentos son inferiores porque no has conseguido asegurar una coincidencia genética adecuada. Importará, Nevada.

—Si tú lo dices… Ahora mismo estoy más preocupada por Augustine.

—No te preocupes. Perseverarás. Las cosas tienen una manera de resolverse.

Lo dijo con absoluta confianza. Rogan no era el tipo de hombre que dejaba las cosas al azar. La inquietud se apoderó de mí. Podría haber hecho algo muy estúpido.

—Rogan, quiero ser completamente clara. Solo vine por consejo. No actúes en mi nombre.

Me sonrió. La máscara civilizada se rasgó y vi al dragón en toda su gloria salvaje. Dientes al descubierto, ojos fríos. Mataría a Augustine si yo fallaba.

—No lo hagas —le advertí—. Es tu amigo. No tienes tantos.

Siguió sonriendo. No tenía poder. Nada para contrarrestar la promesa de asesinato que vi en sus ojos.

—Lo prometiste.

—No lo hice —me contestó.

Maldita sea. Debería haberle hecho prometer antes de decir nada.

—No volveré a hablarte nunca más —lo amenacé.

—Eso sería terrible.

—No quiero esto. No quiero la muerte de Augustine. Estás haciendo eso otra vez, cuando crees que sabes qué es lo mejor para mí e insistes en ello a pesar de mis deseos.

—Los principales tendemos a ser unos imbéciles en ese sentido.

—Yo también soy una principal.

—Sí, pero yo soy Mad Rogan.

De todas las cosas estúpidas, tercas e insensibles…

—Si algo le sucediera a Augustine, tú no tendrías ninguna responsabilidad —aseguró.

—Pero tú sí.

—Sé lo que soy.

—Connor…

—Rogan —me corrigió—. Mad Rogan.

El hombre que me contó que había huido cuando tenía dieciséis años y el principal que tenía delante de mí en ese momento no podían ser la misma persona.

—Me estás asustando.

—Bien —dijo él—. Te vas dando cuenta. Este es el mundo en el que te estás adentrando. Es un lugar que necesita gente como yo, capaz de hacer cosas malvadas para que la gente que aman sobreviva.

No podía creer que acabara de decir eso.

Yo estaba enamorada de Connor Rogan. Y él estaba enamorado de mí. Me levanté y caminé hacia él. Un paso. Otro paso. Uno más, y estaba en su espacio personal, demasiado cerca. Se alzaba sobre mí. Apenas unos centímetros de espacio nos separaban. Levanté la barbilla y miré sus ojos. Vi fría determinación y nada más. Lo mantenía todo oculto.

Me deseaba lo suficiente como para matar a su amigo por salvarme, pero me había dicho que yo era una principal. Me acababa de decir que me convirtiera en una Casa, totalmente convencido de que estaba cortando de raíz cualquier esperanza de una relación, porque creía que era lo mejor para mí. Ser un principal había regido su vida y pensaba que convertirme en uno superaría todo lo demás para mí.

—Si tuvieras un hijo, alguien como Matilda, y ese niño no fuera un principal a pesar de toda la genética adecuada, ¿seguirías amando a ese niño?

—Por supuesto.

—¿Lo protegerías y cuidarías? ¿Le enseñarías y tratarías de asegurarte de que tuviera una vida feliz?

—Sí.

—Me alegra saberlo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no matarás a Augustine, Rogan. Me dejarás manejarlo a mí.

Su magia se desplegó, surgiendo en un tifón salvaje, lo suficientemente potente como para hacerte gritar. Se retorció a nuestro alrededor y se encontró con el muro frío de mi poder. La línea de su mandíbula se endureció. Aquella era yo, evitando ceder a su presión.

El poder impregnó su voz. El dragón me miraba directamente a la cara, sus ojos llenos de fuego y tierra arrasada.

—¿Y por qué haría eso?

—Porque matar a tu amigo te haría daño y no me gustaría eso.

Su magia rugía, pero la mía perseveraba. Mantuve su mirada.

—Respeta mis deseos, Rogan. Y yo respetaré los tuyos.

Me di la vuelta y salí, atravesando directamente el torrente de su magia que deformaba la realidad a nuestro alrededor.

Capítulo 12

Necesitaba poder. Cuando eras un mago, solo había una manera de aumentar tu reserva de poder. Por eso entré en el taller de abuela Frida con una caja de tiza y mi libro de círculos arcanos. Al ver mi atuendo de pantalones cortos de licra y un top deportivo, arqueó las cejas. Me habría desnudado por completo si hubiera podido para maximizar la ganancia de poder, pero mi habitación y el baño eran los únicos lugares donde podía pasearme desnuda. Mi habitación tenía un suelo irregular de bambú que no se adaptaría bien a la tiza, y el baño tenía baldosas. Mi destreza con los círculos no era nada del otro mundo y necesitaba una superficie nivelada.

Elegí un lugar apartado en una esquina y abrí el libro en la página del círculo de carga. Parecía lo suficientemente complicado como para romperme el cerebro. Las Casas más grandes combinaban los círculos de carga con un ritual especial llamado Llave, perfeccionado con cada nueva generación. Había visto a Rogan realizarlo una vez. Había dibujado una constelación de círculos arcanos en el suelo del taller y se había movido entre ellos con gracia letal, sus manos golpeando como un arma, sus patadas rompiendo huesos de oponentes invisibles mientras su cuerpo absorbía la magia. Yo no tenía Casa ni Llave, así que me limitaría al círculo de carga único. Lo había probado una vez y había funcionado.

Me agaché y empecé a dibujar en el suelo de hormigón. Sería tentador usar herramientas, pero todas las fuentes que había consultado decían que usar cualquier cosa excepto tiza y el pulso firme disminuiría el poder del círculo. No importaba si era cierto o

solo una leyenda mágica. No podía permitirme correr riesgos. Había llamado a Augustine y fijado nuestra reunión para las ocho. Me llevaría media hora llegar allí, así que, si empezaba ya, podría conseguir al menos ocho horas de carga. Los beneficios de la carga disminuían con cada hora que pasabas en un círculo, y ocho horas me dejarían bien cargada.

El Honda azul estaba aparcado en medio del taller y abuela Frida estaba trasteando con su motor.

—¿De quién es este coche? —le pregunté.

—Tuyo. La gente de tu no-novio lo dejó ahí. Hay una nota. —Me entregó una pequeña tarjeta.

La abrí.

Lo siento por el Mazda.

—¿Vas a montar un escándalo y exigir que se lo lleve? —me preguntó mi abuela mirándome con los ojos entrecerrados.

—No. Quizá más tarde. —Necesitaría un coche esa noche.

Me agaché para intentar replicar el diseño de la página en el suelo. Uf. Parecía que lo estuviera dibujando un niño de cinco años. ¿Por qué diablos era tan complicado? Más importante aún, ¿por qué no había aprendido a dibujar círculos hacía años?

—Entonces, ¿cómo te va con Mad Rogan? —dijo abuela Frida, limpiándose las manos con una toalla.

—Bien. —Un círculo dentro de un círculo dentro de un círculo… ¡Que alguien me mate!

—¿Seguís peleando?

—No.

Tres círculos en el exterior. Tres círculos más pequeños en el interior.

—Te estás concentrando tanto que puedo ver el vapor saliendo de tus orejas.

—Mmm…

—¿Ya lo habéis hecho?

Dejé de dibujar y la miré. ¿En serio?

Abuela Frida sostuvo la toalla entre nosotras como un escudo.

—Vaya, menuda mirada.

Volví a mi dibujo.

—Solo quiero que seas feliz.

—Seré feliz cuando todos los que intentan matarnos estén muertos.

—Suenas como él. —Se quedó callada, como vacilando en lo que iba a decir—. Nevada, Penelope lleva una hora en el puesto de vigilancia. Apenas me ha dicho dos palabras esta mañana y parece que se está preparando para un funeral. Y ahora tú pareces necesitar golpear algo. Cariño, ¿qué ocurre?

«¿Qué ocurre? Buena pregunta. Rogan está enamorado de mí, pero no quiere actuar al respecto porque soy una principal que tarde o temprano formará su propia Casa. Mi madre me ha estado mintiendo durante años y ni siquiera sé si todas esas veces que ella y papá me instaron a ocultar mi talento fue por mi bien o solo para que mi otra abuela psicótica no nos descubriera. Ella viene de camino a la ciudad y, tanto Rogan como mi madre, quieren asesinar a Augustine. Sabemos que David Howling ayudó a matar a Nari, pero no sabemos dónde está y no tenemos pruebas para atacar a su cómplice. Y esta noche tengo que convencer a la única persona que pasa todo el tiempo intentando aprovecharse de mí de que lo mejor para él es dejarme hurgar en su psique. Aparte de eso, todo va genial».

—Solo estoy cansada —respondí—. Tengo algunas cosas que hacer esta noche.

—No te creo.

Estuve a punto de contestarle mal, pero sus brillantes ojos azules estaban tan llenos de preocupación que me tragué las palabras. No sería cruel con mi abuela.

—¿Hay algo que pueda hacer? —me preguntó.

—Me vendría bien un abrazo.

Su rostro se descompuso.

—Vale, ahora sí que estoy preocupada.

—¿Me das un abrazo o no?

Abuela Frida abrió los brazos. Me acerqué y la abracé, inhalando el familiar y reconfortante aroma a aceite de máquina, y por un breve momento volví a tener cinco años y el mundo era simple y brillante. Me dio palmaditas suaves en la espalda.

—He puesto un nuevo sistema de guía computarizado en Romeo. Tú solo dime a quién disparo, ¿vale?

—Vale.

Si pudiera arreglar mis problemas con Romeo. Mi vida sería tan fácil.

Alguien estaba fuera de mi círculo. Abrí los ojos lentamente. Una capa de sudor cubría mi cuerpo. El interior del círculo desprendía un ligero vapor, como si estuviera en una sauna. Matilda estaba agachada junto a la línea de tiza. Su colección de mascotas se sentaba a su alrededor, el gato y el mapache a un lado, y Bunny al otro.

No dijimos nada. Solo nos miramos.

Matilda acarició a Bunny. Este se levantó y se alejó, sus uñas resonando en el suelo duro. Unos momentos después, regresó con un pequeño saco de dormir rosa. Matilda lo estiró, se metió en su saco al borde del círculo y se acurrucó mirándome con sus grandes ojos marrones. Los animales se tumbaron junto a ella; el gato y el mapache a sus pies y el gran dóberman al otro lado. Extendió una mano hacia el círculo, cerca pero sin tocar la frágil línea de tiza, y me observó.

Permanecimos así durante un largo rato hasta que sus ojos se cerraron y se quedó dormida.

La siguiente vez que abrí los ojos, Cornelius entró en la habitación. Una mujer lo seguía, baja pero con tacones altos. Su pelo era del mismo rubio plateado que el de él. Un vestido brillante, gris oscuro con escote barco, envolvía su figura esbelta. Un maquillaje perfecto resaltaba sus suaves ojos marrones y los arcos marcados de sus cejas. Dos panteras negras la seguían con pasos aterciopelados.

Debía de haber estado cargando durante tanto tiempo que mi pobre cerebro había desarrollado alucinaciones.

—Ahí está —anunció Cornelius en voz baja, señalando a Matilda.

Las panteras me miraron con sus ojos dorados. Me preparé para el inevitable enfrentamiento entre Bunny y los felinos. Nunca llegó. Las

tres bestias se ignoraron.

Me balanceé hacia delante, intentando ponerme en pie. Mi trasero y piernas se habían dormido y diminutas agujas eléctricas de sangre fluyendo de vuelta a los músculos se clavaban en mis muslos.

—Por favor, no te levantes por mí —dijo la hermana de Cornelius.

Cornelius tomó una silla de malla metálica del escritorio de seguridad y la acercó rodando a su hermana.

—Por favor.

Ella se alisó cuidadosamente el vestido con la mano y se sentó. Las panteras se acomodaron a sus pies.

—Solo para asegurarme, ¿los demás también veis las panteras? —pregunté en voz baja.

—Son reales —respondió la hermana de Cornelius—. Aunque principalmente están aquí por apariencia. Asistí a un evento de negocios antes de venir, y quería recordar a las otras partes involucradas que soy una principal. No podía dejarlas en el coche. Se ponen irritables sin supervisión y arañan la tapicería de cuero. Si realmente necesitas protección, los perros son mejores. Tamaño mediano a grande, nada demasiado voluminoso. Un perro atlético que pueda correr y saltar, con suficiente fuerza para derribar a un atacante. Dóberman, pastores belgas, rottweilers…

Acarició la cabeza de la pantera izquierda con las yemas de los dedos. La enorme bestia levantó la cabeza como un gato casero sobredimensionado y se inclinó hacia su mano.

—Los perros morirán para proteger a sus dueños sin dudarlo un momento. A los gatos hay que convencerlos de que es su problema.

Miró a Bunny.

—Mi hermano siempre fue el más pragmático de los tres.

Cornelius sonrió.

—Tengo a alguien más que a mí mismo que proteger, Diana.

Ella miró a Matilda. Una sombra cruzó su rostro. Parecía incómoda.

—¿Por qué se acuesta así?

—Nari era una empática. —La voz de Cornelius se llenó de tristeza, amenazando con convertirse en desesperación.

—No lo sabía —dijo Diana.

—Su magia era débil. Nunca se molestó en registrarse. Aun así, ayudaba… cuando tenía un juicio o una selección de jurado, pasaba la noche así, en el círculo. Matilda la echaba de menos, así que se iba a dormir junto a ella.

Miré la mano de Matilda, extendida hacia el círculo. Tan pequeña. Su madre se había ido para siempre, así que había venido a dormir a mi lado porque le resultaba familiar y, durante unos segundos, entre el sueño y la realidad, podría pensar que yo era su madre, viva y esperándola en el círculo. Sentí como si alguien me apretara el corazón hasta exprimirle toda la sangre.

Diana se removió en su asiento.

—Esto no es lo que hacemos, Cornell. Rogan, Howling, Montgomery…, esos son los grandes nombres. Harrison no pertenece a ellos. Me pides que apruebe algo que nos pondría a todos en peligro. No traerá a tu esposa de vuelta. Ella era… una cónyuge.

—Prescindible —añadió Cornelius.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo pensabas.

—Era humana —dijo Diana en voz baja—. Nunca entendí tu devoción por ella. Es…

Matilda se incorporó y me miró con ojos somnolientos.

«Oh, no. Por favor, no llores, pequeña».

Su labio inferior tembló. Se giró para mirar a su padre y a su tía. Diana parpadeó, repentinamente desconcertada. Matilda se levantó, se acercó y trepó al regazo de Diana. La principal Harrison se quedó completamente inmóvil. Su sobrina la abrazó, se acurrucó y apoyó la cabeza en el pecho de su tía.

Diana tragó saliva y rodeó a la niña con sus brazos para evitar que se resbalara.

—¿Qué ocurre?

—Tu sobrina está de duelo —respondió Cornelius—. Siente tu magia y le resulta familiar. Sabe que eres de la familia y una mujer, echa de menos a su madre. Busca consuelo, Diana.

Matilda suspiró suavemente. Su cuerpo se relajó.

—Esto es casi como… un vínculo.

—Es más que eso —afirmó Cornelius—. Cuando un animal se vincula con nosotros, hay una simplicidad en sus necesidades. Si las satisfaces te ganarás su devoción. Con un niño es infinitamente más complejo, pero es maravilloso, porque ese amor se da libremente. No hay trato. A veces, si tienes mucha suerte, eres amado y quien te ama no espera nada a cambio. Confía en ti, Diana, y eso que ni siquiera te conoce.

Diana miró a Cornelius.

—¿Por qué nosotros no tenemos eso?

—Lo tuvimos. ¿Recuerdas el jarabe de fresa?

Ella gimió y cerró los ojos.

—Era mi camisa favorita. Amaba esa camisa.

—Pero no le dijiste a mamá que fui yo.

—Ya tenías bastante con lo tuyo. Tenías que pasar tus días con ese pequeño monstruo de Pierce… —Diana suspiró—. Supongo que tienes razón. Crecimos.

—Y ahora solo somos familia de nombre.

Ella hizo una mueca.

—Eso resulta doloroso.

El reloj de la pared marcaba las siete menos cuarto. Necesitaba vestirme. Me levanté y me estiré lentamente. No se dieron cuenta.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Blake? —preguntó Cornelius.

—¿En persona? —Diana frunció el ceño—. Normalmente manda correos. ¿Seis meses? No, espera, un año. Me lo encontré en esa abominable cena de la NCBA el diciembre pasado.

Tomé la escoba y froté las líneas de tiza del suelo.

—Dos años en mi caso —dijo Cornelius.

—Vive a media hora.

—Lo sé.

Diana estiró el cuello para mirar a su sobrina.

—¿Está dormida?

—Sí —respondió Cornelius.

Me dirigí hacia la puerta.

—Cuéntamelo otra vez —pidió Diana detrás de mí—. Háblame de tu familia. De tu esposa.

Dos horas después del ocaso, el centro de Houston no mostraba signos de ralentizar el ritmo. Algunas nubes flotaban en un cielo púrpura intenso, enmarcando una enorme luna plateada que brillaba sobre los rascacielos. Los altos edificios de negocios se alzaban con las ventanas salpicadas de luces mientras los oficinistas entregaban su noche al resplandor eléctrico de las pantallas de ordenador. La ciudad era un océano turbulento, sus edificios como rocas afiladas que se elevaban desde las calles mientras los riachuelos luminosos del tráfico serpenteaban entre su base. Y el triángulo asimétrico de la sede de Montgomery International Investigations, con sus veinticinco pisos revestidos de cristal cobalto, era un tiburón que nadaba a través de todo aquello para morderme con dientes afilados.

—¿Seguro que no quieres que entre contigo? —preguntó Melosa. La había encontrado esperando junto al coche cuando salí de casa. Había insistido en acompañarme y, considerando el lío en el que estábamos metidos, habría sido tonta si me hubiera negado.

—No. Estaré bien.

—Vale. —Su tono dejaba claro que no lo aprobaba, pero no podía hacer nada al respecto.

Entré en el vestíbulo ultramoderno y tomé el ascensor hasta el piso diecisiete. El brillante escritorio tubular de acero inoxidable que servía como espacio de trabajo de Lina estaba vacío y su bolso no estaba en la silla. La secretaria de Augustine no estaba. No importaba; recordaba bastante bien el camino a su oficina. Caminé a través del amplio espacio, una extensión inclinada de ventanas azules a mi izquierda y paredes interiores en blanco escarcha a mi derecha. Estaba en la esquina de la aleta del tiburón, en la guarida de Augustine. La Casa Montgomery no había escatimado en elegancia. Siempre me pareció un tanto estéril, demasiado limpio, demasiado carente de toques personales, pero las vistas eran impresionantes. Durante el día, el cristal teñía la oficina de un suave azul, como si estuvieras en el fondo de un mar poco profundo, pero

de noche el cristal se fundía con la oscuridad, casi desapareciendo, y la ciudad se extendía abajo, infinita y brillante con luces.

Frente a mí se alzaba una pared hecha con mamparas de cristal. Una de ellas había sido apartada, y a través del hueco vi a Augustine en su escritorio, leyendo algo en su *tablet*. Llegué a la puerta.

—Adelante —me invitó a pasar sin levantar la cabeza.

Entré en la oficina y me senté. Él siguió leyendo. Augustine me estaba recordando que era mi jefe.

Suave, delicadamente, dejé salir mi magia. Comenzó a crecer por la oficina, extendiéndose en finos círculos, ramificándose y creciendo, como las raíces de un árbol gigantesco. La contuve, dejándola avanzar apenas. Tenía que tomarme mi tiempo.

Finalmente, Augustine levantó la cabeza.

—Tengo algunas preguntas sobre mi contrato —le dije.

Un destello de sorpresa cruzó sus ojos y se convirtió en conjetura. Había atado cabos. La inminente llegada de Victoria Tremaine me asustaba y estaba considerando aceptar su opción de una década de servidumbre a cambio de la protección de la Casa Montgomery.

—Muy bien. Haré lo posible por responderlas.

Saqué un contrato impreso y una cámara. Augustine alzó las cejas.

—Prefiero hacerlo en papel, así puedo escribir notas. Y me gustaría grabar nuestra conversación, si no te importa.

—Debería sentirme insultado porque creas que soy capaz de faltar a mi palabra, pero supongo que debo felicitarte por tu prudencia. Empecemos.

Presioné el botón de grabación de la cámara.

—Párrafo I. «En interés de la buena voluntad de la Casa». ¿Podrías darme más detalles sobre a qué se refiere exactamente? Resulta bastante confuso.

—La buena voluntad de una Casa es un concepto con varias capas. Por un lado, representa las relaciones que la Casa Montgomery tiene con sus clientes. Tal buena voluntad se evidencia en contratos repetidos con clientes existentes y referencias a nuevos clientes. Un aspecto menos específico de la buena voluntad involucra nuestra reputación, nombre y ubicación. La Casa Montgomery

representa confidencialidad. Somos una Casa local con sólidos vínculos con la comunidad y una historia probada. En nuestro negocio, la confianza es esencial, y como vasallo de la Casa Montgomery, se te exigirá un alto estándar…

Mi magia avanzó sigilosamente. Yo hacía una pregunta, él ofrecía una respuesta, cada intercambio reforzaba el patrón, y con cada respuesta reclamaba un poco más de él, hasta que quedó completamente envuelto en mi poder.

—Párrafo V. «Etiquetado financieramente». ¿Qué significa eso?

—¿Dónde? —Augustine se desplazó por su *tablet*.

—Aquí. —Le ofrecí un papel y dejé que mi magia se extendiera un poco más. Cuanto más lo distrajera, mejor.

Se concentró en el párrafo, sus labios moviéndose en silencio.

—Es un error tipográfico. Debería decir financieramente responsable. —Hizo una mueca—. Mis disculpas.

—No hay problema. —Corregí el párrafo.

—Detesto la negligencia. He enfatizado antes que un corrector ortográfico no sustituye la atención humana. Cuantos más ojos revisen el contrato, mejor.

Estaba ofreciendo información que no tenía que revelar. Estaba listo y no podía mantenerlo así indefinidamente. Era ahora o nunca.

—¿Cómo se me compensará por mis servicios?

Augustine abrió la boca.

Le di un ligero empujón.

—Por depósito directo en tu cuenta bancaria.

—¿De qué banco vendría esa transferencia?

—Del First House.

—¿Podrías decirme el número de ruta y de cuenta?

Era una apuesta. Si necesitaba buscarlo, podría dudar. Pero Augustine era casi pedante en su atención al detalle.

—Por supuesto. —Nombró las dos cadenas de números. Las anoté.

—¿Accedes a esa cuenta en línea?

—Sí.

—¿Cuál es tu nombre de usuario y contraseña bancaria?

—JulienMont. LoT45Bç!n.

—¿Quién es Julien?

—Yo. Es mi segundo nombre. Lo detesto.

—En el párrafo XII, línea tres, me garantiza tres semanas de vacaciones pagadas. ¿Puedo tomarlas de una vez o por separado?

—Como prefieras.

Empecé a retirar mi magia. Dos preguntas más y lo liberé por completo. Augustine tenía el ceño fruncido. Debía de haber sentido algo, pero no podía identificar exactamente qué.

—Creo que eso lo abarca todo —dijo él finalmente—. Solo queda tu firma.

Me recliné.

—No firmaré el contrato, Augustine.

Él me miró fijamente.

—Eso es un error. ¿Rogan te hizo una mejor oferta?

Negué con la cabeza.

—No. Esto no tiene nada que ver con Rogan. Ambos sabemos que lo que me ofreces es una compensación desproporcionadamente pequeña para mi capacidad de ayudar a tu Casa. Entiendo tu posición. Tener un vasallo principal sería un gran activo para la Casa Montgomery.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Crees que eres una principal?

—Ahorraría tiempo para los propósitos de esta discusión si me trataras como tal. —Tal vez me escuchara. Tal vez pudiera convencerlo. Y entonces me llevaría mi cámara y él nunca tendría que enfrentarse a lo que había en ella.

Una sonrisa condescendiente apareció en sus labios.

—Te seguiré el juego. Continúa.

—Mañana Victoria Tremaine entrará en tu despacho. Te abrirá la mente como si fuera una nuez. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Si decide ser sutil, te dejará la capacidad de razonar. Si no le gusta tu aspecto, el corte de tu traje o el color de las paredes de tu despacho, te lobotomizará.

Augustine entornó los ojos y se quitó las gafas.

—Qué agradable.

«Tendremos que hacerlo por las malas».

—Intentaba ser magnánimo con mi oferta. Hasta ahora he sido extremadamente paciente —continuó él—. Me has mostrado el error de mis actos, así que permíteme darte este último consejo gratis. Has pasado algún tiempo en compañía de Rogan y en la mía, y crees que sabes cómo funcionan las cosas entre las Casas, así que te atreves a explicármelo como si nuestros papeles estuvieran invertidos y yo fuera un ignorante.

«Allá vamos».

—Puede que seas o no una principal. Tus poderes y habilidades están abiertos a debate. Eres una aficionada con una opinión exagerada de tus propias habilidades e importancia. Yo he sido principal toda mi vida. Soy el jefe de una Casa próspera con cuatro principales vivos, dirijo una empresa internacional multimillonaria y tengo una reputación impecable en la comunidad. Victoria Tremaine es una vieja bruja cuya Casa está en decadencia.

«Vale, ha pasado de los hechos a la exageración completa. Lo he enfadado de verdad».

—Si no me apetece recibirla, no la veré. Si decido concederle esa cortesía, se comportará y no hará absolutamente nada que ponga en peligro su seguridad o la haré echar a la calle.

Di la vuelta a la primera hoja de la pila del contrato y se la acerqué.

—La simple idea de que entre aquí y yo le revele sin más el contenido de mi mente es absurda. Tu presencia en mi despacho es absurda. Ya he tenido suficiente.

—Mira abajo.

Augustine me lanzó una mirada furiosa y luego miró el papel. En él había escrito los números de ruta y la cuenta seguidos de su nombre de usuario y contraseña.

—¿Cómo has conseguido eso?

—Tú me lo has dicho.

Augustine tomó la cámara, rebobinó la grabación y se vio a sí mismo recitando su contraseña. Perdió todo el color del rostro. Mantuvo pulsado el botón de rebobinado y se escuchó de nuevo.

Soltó la cámara y se abalanzó sobre la mesa. No tuve tiempo de moverme. Sus manos me agarraron los hombros y me puso en pie

de un tirón. Una mueca furiosa le deformaba el rostro y sus facciones ondularon como si la ilusión amenazara con salirse de su cara.

—¿Qué más?

—No tomé nada más. Excepto tu segundo nombre, Julien. Eres libre de comprobarlo. Yo de ti me soltaría. Tengo implantes de descarga y no quiero usarlos.

Me soltó.

Me senté de nuevo en la silla.

—Tratar con principales es nuevo para mí. He conseguido aprender algunas cosas, incluido que los principales nunca revelamos el alcance total de nuestros talentos. Los buscadores de la verdad están entre los principales más raros. Lo que la mayoría de la gente cree que es nuestro talento principal, determinar si alguien nos miente, es en realidad un talento de campo pasivo. Es un efecto secundario de ser un buscador de la verdad, algo que hacemos de manera casual con muy poco esfuerzo.

Augustine me miraba fijamente. La ira y la preocupación batallaban en sus ojos.

—¿Sabes cómo descubrió Rogan que yo era una principal? Alguien había intentado matar a mi abuela. Pensé que había sido él, así que lo inmovilicé con mi voluntad y lo obligué a responder a mis preguntas.

Solo pude mantener ese control durante unos segundos, porque doblegar la voluntad de Rogan era como tratar de contener un tsunami, pero durante esos segundos vitales lo había doblegado.

Nunca antes había visto a un hombre con la boca literalmente abierta. Fue profundamente satisfactorio.

—Tienes razón. Soy una principal novata. Pero Victoria Tremaine no lo es. Estoy aquí para decirte que todo lo que has oído sobre ella es cierto. Cada rumor desagradable e historia de horror que hayas escuchado…, da por hecho que puede hacerlo. Odia a mi familia e irá hasta donde haga falta para hacernos daño, y es capaz de cosas horribles.

Aquello esquivaba convenientemente la verdad, pero no era una mentira del todo.

—Si te niegas a verla, esperará hasta tener la oportunidad de estar lo suficientemente cerca para destruir tu mente. Si le cuentas todo lo que sabes, ella hurgará en tu cabeza buscando más. No le importa tu estatus de principal, tus conexiones o el tamaño de tu negocio. Va tras lo que quiere y lo consigue.

Augustine finalmente cerró la boca. Sus ojos se oscurecieron.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque quiero proteger tu mente.

—¿Quieres hechizarme? —Apretó los dientes—. Los hechizos tardan semanas.

—No. Quiero crear la apariencia de un hechizo. Cuando abrí la mente del señor Emmens, para averiguar qué buscaba Adam Pierce, pude ver bien cómo estaba estructurada. El hechizo forma barreras dentro de tu mente, conectándose con la esencia misma de tu magia, y luego lo envuelve todo en una cáscara dura, profundamente arraigada en tu psique. Si usas la fuerza bruta para romper la cáscara, matarás la mente que la alimenta. Solo puedes mirar debajo de ella, con cuidado y lentamente, adivinando el contenido. Cuanto más fuerte sea el usuario de magia, más difícil es romper el hechizo. Si me dejas, imitaré esa cáscara en tu mente. Eres un principal con una enorme reserva mágica y la cáscara parecerá impenetrable. Si Victoria Tremaine sondea tu mente, se encontrará con la cáscara. Romperla no sería una opción: morirías y te llevarías tus secretos contigo. Investigar más requeriría demasiado tiempo y preparación, probablemente un círculo mágico y algún conocimiento de la respuesta a la pregunta que está haciendo. Está buscando mi identidad, que es una información muy específica. No puede sentarse sin más y hurgar en tu cerebro indefinidamente. Lo sentirías. Se dará cuenta de que está fuera de su alcance.

—¿Cuánto durará esa cáscara falsa?

—Unos días. —Era una suposición por mi parte. El libro que había estado estudiando afirmaba que una pared falsa podía durar hasta un par de meses si se hacía correctamente. Dado que nunca lo había intentado antes, unos días era una estimación más probable—. Y necesitaré tu ayuda para hacerla. Para empezar, tienes que abrir tu mente y desear que se forme la cáscara.

—¿Has hecho esto antes?

—No.

Se reclinó, exhalando con frustración.

—¿Cuáles son los riesgos?

—Podría dañar tu mente.

—¿Qué significa eso, señorita Baylor?

—No lo sé. Pero es el único escenario que se me ocurre que no termina contigo muerto —confesé.

—¿Me asesinarán si me niego?

No tenía sentido mentir.

—Sí.

—¿Por qué te importa? ¿No sería más fácil asesinarme?

«Porque no podría dormir por las noches. Porque no soy así». Eso no lo entendería. Tenía que darle una razón que pudiera asimilar, algo calculado que no hiriera su orgullo.

—Porque si alguna vez existiera una Casa Baylor, necesitaría aliados poderosos.

Los minutos se alargaron.

Augustine dejó las gafas sobre la mesa.

—Rogan me llamó media hora antes de nuestra reunión.

Le había pedido que no matara a Augustine. No le había dicho nada de que no llamara.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que cuando cometes una serie de decisiones equivocadas, al final te quedas sin opciones. En ese momento pensé que hablaba de Howling. Ahora me doy cuenta de que logró combinar una reprimenda y una amenaza de muerte en una sola frase.

Augustine me miró directamente.

—Estamos aquí por mi soberbia. Tomé una serie de malas decisiones. Te permití interrogar a un asesino en serie en contra de mi buen juicio sabiendo que eras cautelosa con tu magia y consciente del alcance de tu posible exposición. Lo hice porque Cornelius es mi amigo y nuestras respectivas posiciones sociales me impedían ofrecerle ayuda directa, y a él aceptarla, pero quería que tomaras su caso. También permití que mi nombre se vinculara a ese

interrogatorio, porque me atraía la idea de estar asociado con una buscadora de la verdad. Luego tomé la decisión deliberada de ofrecerte un contrato injusto. Podría haberte tratado como lo que eres: una joven y talentosa principal con habilidades poco comunes, pero elegí intentar aprovecharme de tu inexperiencia. Después, recurrí a la manipulación para ganar una batalla de egos con Rogan, aunque ya me había dado cuenta de que, mientras mi interés era puramente profesional, él estaba emocionalmente involucrado. Y aquí estamos. Tú, mi antigua empleada, quieres controlar mi mente y, si no lo permito, mi mejor amigo me matará.

—Augustine…

Levantó la mano para interrumpirme.

—Por favor. Conozco a Rogan desde hace mucho más tiempo que tú. Entendí la llamada telefónica. He calculado mal esta apuesta, y gravemente. Me está salvando tu inexperiencia y el hecho de que aún no hayas aprendido a eliminar los problemas con un golpe preventivo. Si esta situación ocurriera dentro de cinco años, ya estaría muerto.

—Augustine…

—Es bastante humillante. He trabajado y conspirado hasta llegar a un punto donde no me quedan opciones. Supongo que hay una lección en todo esto.

Abrió el cajón superior de su escritorio y puso un trozo de tiza blanca sobre la mesa.

—Hazlo. Terminemos con esto.

Una hora después, salí a la noche. El viento frío atravesaba mi ropa. El cansancio me envolvía, arrastrándome hacia el suelo como un ancla. Había agotado todas mis reservas en el caparazón de la mente de Augustine. Y aún tenía que conducir hasta casa. No quería conducir. Quería tumbarme allí mismo, en el pavimento, y cerrar los ojos. Parecía suave y tentador. Definitivamente, me parecía mejor que seguir en pie…

Bien, necesitaba llegar a casa.

Observé el aparcamiento. Un Honda solitario esperaba en una plaza. Rogan estaba apoyado contra él.

Me acerqué.

—¿Dónde está Melosa?

—Ya debe de estar en casa. —Me abrió la puerta del copiloto. La idea de tomar las llaves cruzó fugazmente por mi mente. No. Tan cansada como estaba, probablemente estrellaría el Honda contra el árbol más cercano. Me coloqué en el asiento del copiloto. Él se sentó a mi lado y salió del aparcamiento.

Su magia llenó la cabina, rozándome como una bestia de afilados colmillos, lista para atacar. Por una vez no me aparté. No me quedaba nada de la mía. Se enroscó a mi alrededor como una de las panteras de Diana: peligrosa, volátil, pero por el momento tranquila.

La ciudad pasaba por mi ventana. Me estaba convirtiendo en otra persona. Augustine dijo que en cinco años yo lo habría matado sin más. Hacía unos meses me había parecido imposible, algo que nunca haría. En ese momento podía ver la pendiente resbaladiza de decisiones que me llevarían allí. Todas serían decisiones difíciles, tomadas por un amigo o por la protección de mi familia, y cada una resultaría un poco más fácil hasta que las cosas que me prometí no hacer nunca se convertirían en la norma. ¿Me reconocería siquiera dentro de cinco años? Estaba mirando hacia mi futuro y todo lo que podía ver era un agujero negro y una mujer con un vestido como una armadura.

La tensión irradiaba de Rogan. Una fría severidad atenazaba sus rasgos, petrificándolos en una máscara dura, como la visera de un antiguo yelmo. La magia se intensificó, envolviéndome con más fuerza. Visiones de sangre y ceniza giraban ante mí. Y, más allá, una oscuridad fría y cruel…

Extendí la mano y la puse sobre su brazo. Él se sobresaltó y me miró.

El interior del coche osciló y otro lugar se impuso en mi mente. Una cabaña, con luz eléctrica suave, madera ámbar y cristal. Al fondo se alzaban montañas blancas, sus líneas afiladas suavizadas por la nieve y árboles en la distancia. El invierno reinaba fuera, frío y severo, pero dentro, en la cabaña, un calor confortable llenaba el aire. Me senté en una cama enorme, las sábanas sedosas y suaves bajo mi cuerpo. Una manta blanca me envolvía, suave como una nube, y tan deliciosamente cálida. Olía a chocolate caliente. Me

sentía completa y absolutamente satisfecha. Mi vida y todos sus problemas quedaban muy atrás, y allí, en aquel lugar escondido del mundo, en la nevada naturaleza, no tenía que preocuparme por nada.

Me moví y la ilusión se desvaneció. Seguía en el coche, Rogan conducía, y mi mano aún descansaba sobre su musculoso antebrazo. Él estaba proyectando imágenes. Tenía que ser un recuerdo, probablemente de la infancia. No sabía si lo hacía a propósito o si era un efecto secundario inconsciente de su recuerdo, pero tenía opciones. Podía rechazarlo y quedarme en ese coche autocompadeciéndome, o podía quedarme donde estaba segura y cálida mientras el invierno rugía fuera. Me mantuve completamente quieta y lo acepté.

No dijimos nada hasta que aparcó frente a nuestro almacén. La cabaña se desvaneció en el aire. Me desabroché el cinturón. Tendría que entrar y explicarle a mi madre que no tendría que matar a Augustine. Tendría que explicarle lo que había hecho. Todo parecía tan abrumador en ese momento.

Rogan apagó el coche y se acercó. Sus dedos envolvieron mi mano, reconfortantes y tratando de forjar una conexión entre nosotros.

—¿Me enviaste tú los libros? —le pregunté en voz baja.

—Sí.

Me incliné sobre el asiento y lo besé. El tiempo se detuvo y, durante unos momentos de felicidad, no pensé en nada más que en Connor. Era embriagador e irresistible. Su sabor, su aroma, el poder masculino en sus brazos y el tierno toque seductor de sus labios… Y entonces salí del coche y me fui antes de que el poder de ese beso se desvaneciera.

Capítulo 13

Abrí los ojos con las luces parpadeantes y el fuerte pitido de mi alarma. La apagué de un golpe y tomé mi teléfono de la mesita de noche. Tenía tres mensajes de texto: Uno de Rogan, otro de Diana Harrison y el tercero de un número desconocido. Abrí primero el de Rogan.

La Casa Howling ha repudiado a David. Lenora nos verá esta mañana a las ocho. Iremos tú y yo solos. El permiso de Cornelius especifica que debe quedarse para proteger a Matilda.

Así que Cornelius consiguió su bendición después de todo, aunque no exactamente como quería. Abrí el mensaje de su hermana.

Mi hermano raramente atrae la atención hacia sí mismo. No subestimes a Cornelius. Es un mago peligroso y todavía ama a su esposa lo suficiente como para sacrificar a cada animal con el que se ha vinculado en su nombre. Te hago personalmente responsable de la seguridad de mi sobrina.

Genial. Me conocía de cinco minutos y ya me hacía responsable.

Abrí el último mensaje. Una foto de David Howling, sonriendo, sosteniendo una bebida con la mano izquierda y disparando con el índice de la derecha. Ya había jugado a eso antes. Respondí: *Qué mono.*

«Vamos, responde».

Nada. Probablemente usó un teléfono desechable.

Uno pensaría que habría algo de salvajismo en los ojos de David. Algún indicio de que era un asesino frío y calculador, pero no. Eran cálidos y tranquilos, de un color avellana muy claro. Su rostro estaba relajado, su sonrisa era genuina. «¿Qué es lo que te mueve, David?».

El mensaje me llegó a mí, pero en realidad iba dirigido a Rogan. Se lo reenvié.

Su respuesta fue instantánea: *Qué mono.*

¡Ja! Las mentes perversas piensan igual.

Alguien llamó.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Catalina al otro lado de la puerta.

—Pasa.

Mi hermana entró y cerró con cuidado. Su rostro estaba pálido, sus labios apretados.

—¿Qué ha pasado?

Se sentó en mi cama y me ofreció una *tablet*.

—¿Es de Matilda?

Asintió.

—Matilda tiene una dirección de correo electrónico. Su madre le enviaba fotos bonitas de gatos desde el trabajo. Sabe revisar su correo y esto apareció esta mañana.

Miré la *tablet*. Un videoclip. Vale. Lo reproduje.

La cara sonriente de David Howling llenó la pantalla.

—Hola, Matilda.

Oh, qué hijo de puta.

—He oído que tu mami tuvo que irse.

La furia me golpeó.

—¿Echas de menos a tu mami? Siento mucho que se haya ido. No está bien cuando las mamis se van así. Pero no estés triste. La verás muy pronto. Me aseguraré de ello.

Apuntó con el dedo índice a la pantalla, guiñó un ojo y fingió disparar. El vídeo se detuvo.

—Tiene cuatro años. —Los labios de Catalina temblaban de rabia apenas contenida.

—¿Cornelius ha visto esto?

—No.

—Habla con Bern y dile que borre ese correo del buzón de Matilda y del servidor. Esto está diseñado para que todos perdamos los estribos y hagamos algo precipitado.

Cornelius no estaba en un buen momento. Ese correo podría empujarlo al límite.

Catalina agarró la *tablet*.

—Mátalo, Nevada. Mátalo, o lo haré yo. No va a tocar ni un pelo de la cabeza de Matilda.

—Lo haré —le prometí.

Treinta minutos después, duchada, vestida y convenientemente armada, subí al asiento del copiloto del Range Rover de Rogan. Melosa me saludó con un gesto desde el asiento trasero. Normalmente ocultaría mi pistola en una bolsa de lona o un bolso. Esa vez no me molesté. Mi Baby Desert Eagle descansaba en una funda de cadera. Su cargador contenía doce balas, y había metido dos cargadores más de repuesto en el bolsillo interior del forro de mi chaqueta.

Condujimos hacia el centro en silencio, Houston se deslizaba en nuestras ventanas bajo un cielo nublado. La nueva sede de Lenora Jordan distaba mucho de la elegancia marmórea del antiguo Centro de Justicia. Rogan lo había derribado mientras intentaba salvar la ciudad. El nuevo edificio había sido construido por una de las Casas más grandes como un rascacielos comercial y comprado por la ciudad de Houston tres días antes de su inauguración. Estaba construido con granito pulido de color rojo atardecer, su fachada era un complejo patrón de rectángulos y triángulos de cristal tintado aislante. Cuando el sol lo iluminaba en el ángulo correcto, todo el edificio resplandecía, su apariencia cambiaba con la hora del día y el color del cielo. A veces era naranja fuego, otras casi púrpura, en ocasiones rojo. Se clavaba en las nubes, era un obelisco gigante de esquinas afiladas que ocupaba toda la manzana entre las calles Travis y Capitol. Una torre más agresiva, más esbelta, más dura, un monumento a la determinación de Houston, desafiando a cualquier

enemigo a intentar algo contra ella. La gente lo llamaba la Aguja. El nombre le quedaba bien.

Mientras Rogan aparcaba el Range Rover a dos manzanas, la Aguja se alzaba sobre la ciudad y el cielo nublado la teñía de un púrpura rojizo, del color de un moretón reciente. Me invadió un mal presentimiento. Deseé que hubiéramos podido traer más respaldo. Desafortunadamente, aquella parte del centro era una zona sin escoltas por acuerdo mutuo entre las Casas. Habíamos traído a Melosa, que podía considerarse nuestra conductora, pero eso era todo.

En teoría, la restricción hacía que el centro fuera seguro. En la práctica, nos habían atacado a solo unas manzanas del antiguo Centro de Justicia y la política de no escoltas no me inspiraba precisamente confianza.

—Buena suerte —dijo Melosa.

Sí. Esperaba que no la necesitáramos.

Caminamos hasta el edificio sin incidentes, entregué mi arma a seguridad, luego cruzamos el vestíbulo de la Aguja —suelo de mármol pulido blanco y columnas de granito rojo que se elevaban a una altura vertiginosa—. Buscamos el ascensor correcto y dejamos que nos llevara a la planta veintitrés sin contratiempos. La guardiana de Lenora Jordan, una mujer nativa americana de unos cuarenta años, nos escaneó con la mirada y asintió hacia la puerta. Entramos en su oficina y sentí que volvía a respirar.

Nada había cambiado. Las mismas estanterías, las mismas sillas de cuero para las visitas, las mismas cortinas de color rojo oscuro. Incluso el enorme escritorio de madera parecía el mismo. Era una réplica exacta de su antigua oficina, como si el derrumbe nunca hubiera sucedido.

Lenora Jordan estaba sentada en su silla, escribiendo en su ordenador. La primera vez que la vi me quedé sin respiración. Lenora era la heroína de mi adolescencia. Incorruptible, poderosa, segura. Atrapaba a los criminales con cadenas mágicas y los arrastraba ante la justicia. Como Rogan dijo una vez, la Ley y el Orden eran sus dioses y ella les rezaba con frecuencia y sinceridad.

Quizás era porque esa era la tercera vez que hablábamos, o quizás porque había pasado por demasiadas cosas, pero ya no podía sentir ninguna adoración heroica. En su lugar, noté líneas tenues alrededor de su boca y un toque de hinchazón alrededor de sus ojos. Su cabello negro rizado seguía perfecto y el maquillaje que realzaba su piel morena seguía impecable, pero el cansancio empañaba la perfección. La fiscal del condado de Harris estaba trabajando horas extra.

—¿Sí? —preguntó sin levantar la cabeza.

Rogan sacó su teléfono, deslizó el dedo por la pantalla para iniciar la grabación de la muerte del senador Garza y lo sostuvo entre los ojos de Lenora y la pantalla de su ordenador. Ella le arrebató el teléfono. Los momentos grabados pasaron. La mirada de Lenora se agudizó. Se concentró en el vídeo como un ave de presa, un águila poderosa lista para atacar.

El vídeo terminó.

—¿Está al tanto de esto? —preguntó Rogan.

Lenora levantó la cabeza. La furia inundó sus ojos. Todo el vello de mi nuca se erizó. Vaya.

—Ahora lo estoy —respondió ella.

Rogan colocó una unidad USB sobre su escritorio. Lenora la tomó y la guardó en el cajón.

—¿Cómo obtuvieron este vídeo?

—Antes de su muerte, Gabriel Baranovsky le indicó a la señorita Baylor que Elena de Trevino, una empleada de la Casa Forsberg, compartió esta grabación con él. Gabriel y Elena eran amantes. Tenía la intención de hacer público el vídeo y lo compartió con la señorita Baylor.

Mirando a Rogan, nunca hubiera adivinado que acababa de mentir.

—Es una bonita mentira. —Lenora me clavó la mirada—. ¿Qué sucedió realmente?

—Baranovsky admitió tener el vídeo, pero fue asesinado antes de que pudiéramos conseguirlo —informé—. Así que utilizamos un equipo encubierto de hurones para entrar en la casa y recuperarlo de su ordenador.

Lenora me miró fijamente. Me sentí diminuta.

—¿Hurones?

—Sí.

—Para ser más precisos, dos hurones y un tejón —intervino Rogan.

Ella cerró los ojos y los abrió lentamente. Me pregunté si estaría contando mentalmente, tratando de calmarse.

Rogan abrió la carpeta negra con cremallera que llevaba bajo el brazo y puso un papel frente a Lenora.

—Esta es una copia del informe policial que indica que cuatro abogados de Casa Forsberg fueron asesinados en el Hotel Sha Sha el 13 de diciembre. Entre ellos estaban Elena de Trevino y Nari Harrison, esposa de Cornelius Harrison, el tercer heredero de la Casa Harrison.

Otro papel.

—Este es un acuerdo de cooperación mutua entre la Casa Rogan y la Casa Harrison en un esfuerzo por descubrir la identidad de las partes responsables de la muerte de Nari Harrison.

Los papeles seguían llegando.

—Esta es una copia de un informe policial que indica evidencias de actividad psicoquinética en la escena de los asesinatos de Nari Harrison y Elena de Trevino. Esta es una declaración jurada de mi parte, Connor Rogan, jefe de la Casa Rogan, describiendo las evidencias en mi posesión que indican que un manipulador y un psicoquinético combinaron esfuerzos para llevar a cabo dichos asesinatos.

»Esta es una declaración jurada de Abraham Levin, mi empleado y jefe de vigilancia, respaldando mi evaluación.

No tenía idea de que el verdadero nombre de Bug era Abraham Levin.

—Este es un informe del incidente y las declaraciones juradas de Troy Linman, un empleado de mi Casa, y Nevada Baylor, una detective contratada por la Casa Harrison para investigar la muerte de Nari Harrison. Estas declaraciones describen un ataque sin provocación por parte del tercer descendiente de la Casa Howling, David Howling, con el propósito de matar al señor Linman y a la señorita Baylor.

»Esta es una declaración de enemistad y una petición de Excepción Verona de la Casa Rogan y la Casa Harrison con la intención de llevar a David Howling, y todas las partes que se encuentren actuando en concierto con él, ante la justicia.

Me hice una nota mental de nunca intentar luchar contra Rogan con papeleo.

Lenora Jordan hojeó la pila de papeles.

—¿Conocen la identidad del manipulador que trabaja con David Howling?

—Tenemos un sospechoso —afirmó Rogan.

Lenora lo meditó. Rogan había trazado una línea clara: un manipulador estaba involucrado en la muerte del senador Garza; Elena de Trevino tenía en su poder imágenes de vigilancia de dicho asesinato, que compartió con Baranovsky; Elena y Nari Harrison fueron asesinadas por un manipulador y un mago del hielo; cuando intentamos investigar el asesinato, un mago del hielo intentó matarnos, y ese mago del hielo era David Howling. Para llegar al manipulador, teníamos que atrapar a David Howling. No era abogada, pero incluso yo podía ver que, aunque teníamos suficiente para declarar una enemistad, Lenora no tenía suficiente para ir a los tribunales. El vídeo de la muerte de Garza era robado y confirmar su autenticidad significaría forcejear con la Casa Forsberg. Incluso si el vídeo fuera autenticado y presentado ante el tribunal, no ofrecía evidencia de actividad de magia de hielo. A todos los efectos, la muerte de Garza y el ataque de David Howling podrían ser incidentes completamente independientes.

Lenora tomó el documento de la petición y lo firmó.

—Petición de Excepción Verona concedida. Los principales proporcionarán divulgación completa y harán todos los esfuerzos razonables para detener a los acusados para que puedan ser interrogados por la Policía. No lo estropees, Rogan.

Salimos del inmenso vestíbulo hacia la calle Milam. Mientras hablábamos con Lenora Jordan, algunas nubes se habían disipado y los rayos de sol se colaban en el cielo gris. Los altos edificios convertían la calle en un cañón con una corriente de coches en el fondo. Giramos a la izquierda, caminamos hasta el final de la

manzana y giramos a la derecha en la calle Rusk, moviéndonos en contra del flujo del tráfico. En esa parte de Houston, las calles eran de sentido único, cruzándose en ángulos de noventa grados. Rusk canalizaba el tráfico hacia el sureste, Miriam corría perpendicular hacia el suroeste, y no vi nada sospechoso en ninguna dirección. De momento todo iba bien.

Delante de nosotros, en la esquina de Louisiana y Rusk, Melosa se apoyaba contra el Range Rover, con los brazos cruzados y expresión sombría. Leon estaba junto a ella, con una expresión de «yo no he hecho nada» en su rostro.

—Voy a matarlo —mascullé entre dientes.

—¿Sabe conducir? —preguntó Rogan.

Aceleré el paso.

—No, no sabe conducir. ¿Crees que le dejaríamos tener un coche? Debe de haberse colado en el tuyo.

—No hubo tiempo —dijo Rogan.

—Es muy habilidoso. —Y cuando lo alcanzara, le arrancaría las piernas.

Rogan me agarró del hombro y tiró de mí hacia atrás. Un rayo rojo explotó en el pavimento frente a mí. El aire estalló, golpeando mis tímpanos con un puño invisible. Un energiquinético.

Saqué mi arma.

Otra explosión roja se precipitó hacia nosotros desde arriba. Una señal metálica del metro se arrancó del edificio y se elevó para interceptarla. El rayo se estrelló contra ella, salpicando como sangre brillante, chisporroteando. Delante, la farola se giró como si la hubieran cortado por la base y voló directamente hacia arriba, rompiendo las ataduras de los cables eléctricos.

Detrás de nosotros chirriaron unos frenos. Me di la vuelta, mi espalda contra la de Rogan.

Unas criaturas galopaban hacia nosotros por Rusk, esquivando los coches. De poco más de un metro de altura y musculatura de acero, se movían como gatos gigantes, corriendo para matar a su presa.

—¡Vienen hacia aquí! —grité.

—¡Melosa, sácalo de aquí! —ordenó Rogan elevando la voz.

Me arriesgué a mirar atrás. Melosa agarró a Leon. La burbuja azul de su escudo apareció a su alrededor y ella arrastró a mi primo corriendo por la calle Louisiana.

Sobre nosotros, la energía roja golpeaba contra el escudo del metro, haciéndolo pedazos. La farola se elevó y se puso horizontal, barriendo el techo del edificio de dos plantas.

La primera bestia saltó sobre un taxi y se deslizó sobre el techo. Del cuello hacia abajo se parecía a una esbelta leona cubierta de pelaje espinoso azul-púrpura, salpicado de rosetas negras, cada una marcada con un punto rojo en el centro. Delgados tentáculos peludos sobresalían de sus hombros. Los tentáculos se agitaban y movían, flexionándose independientemente unos de otros. Cuatro pequeños ojos rojos salpicaban su cabeza, cada uno dentro de un anillo negro. No tenía orejas ni nariz visible, solo una boca sin labios llena de colmillos.

La bestia se detuvo un momento sobre el taxi, indecisa sobre dónde dar su siguiente salto. Su boca colgaba abierta, demasiado amplia, desencajándose como si fueran las fauces de una serpiente. La fina membrana de sus mejillas brillaba en rojo.

Apunté y disparé.

Las dos primeras balas desgarraron la cara de la bestia. Una neblina rosa brotó de su cráneo. Saltó hacia delante para atacarme.

Exhalé y disparé de nuevo, en una ráfaga corta. Tres, cuatro.

Los racimos rojos de magia energiquinética llovían sobre el pavimento a nuestro alrededor como granizo carmesí, explotando con un siseo eléctrico.

La cuarta bala abrió un agujero entre los ojos de la criatura. Su impulso la llevó unos metros más adelante, luego se desplomó, con la cabeza contra el suelo.

La segunda bestia surgió entre los coches. Disparé en ráfagas dobles.

Cinco, seis.

Seguía avanzando. Me quedaban treinta balas. Tenía que ser precisa.

Mi corazón latía con fuerza, mi sangre retumbaba en las venas de mi cabeza, pero dejé de pensar en ello, me lo tomé como si eso le

estuviera sucediendo a otra persona. Solo importaba el objetivo.

Siete, ocho. Nueve, diez.

La bestia se detuvo derrapando y se desplomó.

El relámpago rojo salpicó cerca de mí. Dos criaturas saltaron al descubierto: una sobre el coche, la otra en el suelo. Disparé dos veces, vaciando el cargador en la criatura de la derecha. Aulló, un gemido agudo y espeluznante que no procedía de ningún animal originario de la Tierra, y caminó hacia mí

Expulsé el cargador, coloqué el nuevo, todo en un movimiento rápido, luego levanté mi arma y apreté el gatillo. Las balas perforaron el cráneo de la bestia, una tras otra, golpeando el punto preciso entre sus ojos. Una, dos, tres, cuatro…

Seguía avanzando. Cinco, seis…

La luz se desvaneció en sus ojos. Aún se movía, pero ya estaba muerta. Me giré hacia su compañera. Era más grande, unos diez centímetros más alta que el resto. Apunté y disparé. La pistola escupió truenos. Las balas perforaron la cara de la bestia. La criatura ni se inmutó.

Un hombre gritó y se precipitó al pavimento desde arriba, aterrizando en el camino de la bestia. Rogan había encontrado al energiquinético.

La bestia lo esquivó y aceleró el paso. Estaba a diez metros.

Los dos últimos disparos resonaron. Había vaciado mi Desert Eagle. Ocho metros. Me haría pedazos.

Expulsé el cargador. Seis metros.

Coloqué el nuevo cargador en la pistola. El último que me quedaba.

Cinco. La bestia saltó, con los colmillos al descubierto, los dedos de sus enormes patas extendidos, las garras rojas listas para desgarrar y destrozar.

Una farola golpeó a la criatura desde un lado, empalándola y estrellándola contra el frente de cristal del edificio oscuro a mi izquierda. El cristal se hizo añicos.

—Se te permite pedir ayuda —dijo Rogan.

Una ola de magia me atravesó, un eco perturbador de una enorme reserva mágica gastada de golpe. Aquello no era bueno.

Los pocos coches que no habían logrado huir se movieron a un lado por Rusk, como empujados por una fuerza gigante. Una marca redonda apareció en el pavimento, tan grande como una tapa de alcantarilla. Otra. Una tercera. Algo enorme e invisible caminaba hacia nosotros.

Rogan movió la mano. Un trozo de edificio se desprendió de la derecha y atravesó el espacio vacío donde debería estar la criatura. Pasó a través del aire sin resistencia y se movió de un lado a otro, arriba y abajo, mientras Rogan intentaba golpear al gigante invisible. ¿Cómo diablos se lucha contra algo que no tiene cuerpo? Podía herirnos, pero nosotros no podíamos herirlo.

¡Bum! Un bache. ¡Bum! Otro. ¡Bum!

El siguiente caería sobre un todoterreno azul. Una mujer se encogió en su interior. Rogan apartó el vehículo del camino y el pie invisible retumbó contra el asfalto.

Podría intentar dispararle, pero no había forma de saber dónde aterrizarían las balas si no había nada que las detuviera. Estábamos en pleno centro, con miles de personas a nuestro alrededor.

Solo media manzana nos separaba del gigante transparente.

Rogan estrelló el trozo de edificio en el lugar donde aterrizaría el siguiente paso del gigante. La fuerza invisible lo atravesó directamente. Un coche aceleró por la calle Miriam y derrapó, intentando evitar los baches. Rogan agitó la mano y el vehículo viró a la izquierda, fuera del camino de la aparición invisible.

—Demasiados civiles —gruñó—. No podemos hacer esto aquí.

Retrocedí.

—No quiere civiles. Nos quiere a nosotros.

Necesitábamos espacio abierto. ¿Qué había cerca? Tranquility Park estaba a dos manzanas, pero estaba bordeado por un muro de piedra, con solo algunas entradas abiertas. Sin embargo, junto a él estaba Hermann Square, un terreno plano y abierto en las calles del centro.

—Hermann Square.

Rogan se giró.

—Vamos.

Nos dimos la vuelta y corrimos hacia el Range Rover.

Los pasos se aceleraron detrás de nosotros, golpeando el pavimento con fuerza. Bum, bum, bum.

Tenía que correr más rápido, maldita sea. ¡Más rápido!

El aire me quemaba los pulmones. Llegamos al aparcamiento y me di la vuelta. Lo que nos perseguía seguía siendo invisible, pero el edificio de la izquierda, una pared de cristal negro, reflejaba la calle. Una imagen fracturada parpadeaba en la multitud de paneles de vidrio mientras el gigante invisible avanzaba hacia nosotros.

Entrecerré los ojos, incapaz de apartar la mirada. Era enorme y pálido, se arrastraba torpemente sobre dos piernas gigantescas, con pliegues de tejido graso colgando por todas partes. Las piernas sostenían un cuerpo alargado y arrugado, sin pelo, con muñones en lugar de extremidades delanteras. No tenía cuello. Su cuerpo simplemente se doblaba hacia delante como un signo de interrogación, y al final de ese signo, una boca negra y redonda se abría, llena de filas y filas de dientes triangulares como garras, como algún parásito intestinal de pesadilla de diez metros de altura.

Dios mío.

—¡Nevada! ¡Sube al coche!

Salté al asiento del pasajero, abrochándome el cinturón.

—¡Vamos! ¡Vámonos ya!

Rogan salió disparado del aparcamiento. Ir por Rusk nos llevaría hacia el monstruo. Solo había una dirección posible: el noreste por Louisiana.

Miré hacia atrás.

—¿Nos sigue?

Una sección del edificio a seis metros de altura se hizo añicos, cubriendo el pavimento con cristal negro. ¡Bum! Una marca en el pavimento.

—Nos sigue. ¿Tienes un plan?

Giró a la izquierda en Capitol. Allí el tráfico aún fluía, ajeno a lo que sucedía a una manzana de distancia. Rogan miró el edificio a nuestra derecha. Una fila de ventanas en el tercer piso explotó. El tráfico hizo lo posible por dispersarse.

—Ayudaría si supiera qué es —dijo Rogan.

—Parece un gusano gigante.

—¿Puedes verlo?

—Puedo ver su reflejo.

La criatura avanzó pesadamente hacia Capitol. ¿Dónde estaban los policías? Había un ejército de policías en el centro. La Aguja y el Ayuntamiento estaban a pocas manzanas.

—Usa tu teléfono —me ordenó Rogan, con voz cortante.

Me di la vuelta y tomé una foto con el móvil. La horrible tenia gigante apareció en la pequeña pantalla en toda su repugnante gloria. Le mostré el teléfono a Rogan.

—Crom Cruach. Es una invocación de nivel principal, y alguien la está ocultando.

—Pero ¿por qué no pudiste golpearlo?

—Porque no tiene un cuerpo material en nuestro mundo. No invocaron a la criatura real, solo su huella mágica. Todavía está en su propio reino arcano. Lo que vemos es un eco mágico.

—Si no tiene cuerpo, ¿cómo está dañando la calle?

—Está hecho de magia arcana. Cuando la magia entra en contacto con nuestra realidad, puede hacer daño.

Rogan adelantó hábilmente a otro coche.

—¿Entonces, puede herirnos? —pregunté.

—Oh, sí.

—¿Y cómo lo matamos?

Rogan esbozó una sonrisa, afilada y rápida, como una espada saliendo de su vaina.

—Lo matamos con agua. Está en nuestro mundo porque un invocador lo mantiene aquí a través de un vínculo mágico. El agua interrumpe el vínculo. Si lo empapamos con agua, se manifestará en carne y hueso o desaparecerá.

Hermann Square Park tenía una enorme fuente rectangular.

Rogan giró bruscamente hacia Smith. Todo el lado izquierdo de la calle estaba bloqueado por barreras de construcción mientras los trabajadores perforaban el pavimento frente al Departamento de Obras Públicas. Apenas teníamos dos carriles para pasar, pero estaban despejados. Rogan pisó el acelerador. El Range Rover rugió, acelerando, mientras el muro de piedra de Tranquility Park se deslizaba junto a nosotros.

Me llevé la mano al bolsillo y encontré un trozo de tiza. Probablemente necesitaríamos un círculo…

Delante de nosotros, cinco niños esperaban en la acera, todos estudiantes de primaria, tomados de la mano y acompañados por una mujer de mediana edad. El barrio de los teatros estaba calle abajo. Era lo último que necesitábamos, niños en pánico. Menudo momento para una excursión escolar.

La mujer mayor giró la cabeza. De cabello castaño claro, rostro atractivo con pómulos altos y pronunciados, pintalabios rosa pálido, ojos grandes bajo unas cejas depiladas hasta parecer hilos finos. Y una mirada… una mirada de profunda e intensa satisfacción. Era Kelly Waller. La prima de Rogan.

Los niños caminaron hacia la calle, tomados de la mano, formando una barricada humana que bloqueaba nuestro camino.

—¡Rogan! —grité.

Íbamos demasiado rápido. Nunca se detendría a tiempo.

Rogan giró el volante hacia la derecha. El Range Rover atravesó la estrecha abertura en el muro de Tranquility Park. Alcancé a ver una mesa de pícnic de hormigón. El Range Rover se estrelló contra ella con un crujido horripilante. El airbag me golpeó en la cara. El impulso me lanzó hacia delante, el cinturón de seguridad me quemó el hombro. El coche voló, se quedó suspendido en el aire durante unos segundos tortuosos y se precipitó hacia abajo, rodando sobre el césped. Nos detuvimos en posición vertical, con los airbags colgando flácidos del salpicadero. Sentí el sabor de la sangre en la boca.

—¿Nevada?

—Estoy bien.

Rogan gruñó como un animal y se arrancó el cinturón de seguridad de un tirón.

Tenía que salir del coche. Solté mi cinturón, abrí la puerta de golpe y pisé la hierba. Líneas blancas de tiza estallaron en llamas frías a nuestro alrededor. Estábamos dentro de un círculo arcano, tan enorme que debía de medir treinta metros de diámetro. Los símbolos latieron, el fuego aumentó, y entonces algo me alcanzó la garganta con manos frías y viscosas, agarró mis entrañas e intentó

arrancármelas por la boca. El suelo desapareció. Me agité en el aire, suspendida en una oscuridad absoluta, retorciéndome y agonizando porque algo estrujaba mis huesos, y entonces la oscuridad se desvaneció y me desplomé en un suelo helado. El dolor en mis articulaciones comenzó a remitir. Mis pechos golpearon una superficie áspera y fría. Estaba desnuda. Rogan cayó junto a mí y se puso en pie de un salto, también desnudo.

Parpadeé, intentando limpiar las lágrimas.

La calle había desaparecido. Houston había desaparecido. En su lugar, nos rodeaba una caverna de piedra del tamaño de un campo de fútbol. Por todas partes, esbeltas columnas de hormigón se extendían en filas ordenadas para sostener un techo de piedra de tres pisos de altura. Luces eléctricas redondas iluminaban el espacio, brillando con un resplandor amarillo en lo alto de las columnas.

Líneas arcanas ardían con un turquesa brillante a nuestro alrededor. Estábamos dentro de un círculo —el más complejo que había visto jamás— dibujado en el suelo de hormigón. Dentro del círculo, el suelo estaba limpio, pero fuera de las líneas estaba blanco por la escarcha. Un estrecho canal de poder de unos treinta centímetros de ancho hecho de líneas perfectamente rectas alimentaba el círculo. Levanté la cabeza. A tres metros de distancia, el canal de poder se ensanchaba en un segundo círculo más pequeño. En medio de este, desnudo y cubierto de glifos azules, estaba sentado David Howling.

—Hola —dijo con una sonrisa.

Hacía un frío insoportable. Me levanté del suelo y me abracé, intentando conservar el poco calor que tenía mi cuerpo. Junto a mí, Rogan permanecía de pie, con los hombros erguidos, los pies separados, los músculos de sus muslos tensos como si estuviera listo para saltar hacia delante. Mirando su rostro, podía oír los huesos de David rompiéndose. Desafortunadamente, él estaba fuera y nosotros atrapados dentro del círculo.

Era un círculo impresionante, complejo y retorcido. Su base debía de provenir del Pùbù, un círculo de nivel superior llamado así por la

palabra en mandarín que significa «cascada». El Pùbù comenzaba como dos círculos, uno grande y otro pequeño, conectados por un estrecho canal de poder de unos cuarenta y cinco centímetros de ancho. El círculo más pequeño alimentaba al más grande, el canal enfocaba y amplificaba el poder del mago, como una lente. David lo había modificado, añadiendo otra fila de glifos, un segundo borde y extrañas constelaciones de círculos más pequeños que se ramificaban desde el límite exterior.

—Aquí estamos —dijo David.

La magia de Rogan se agitó, acumulándose lentamente, como un huracán a punto de desatarse. Me forcé a permanecer quieta. Estaba a punto de liberarse y hacer aquello que le había hecho ganar sus aterradores apodos.

—No te lo aconsejo —advirtió David con tono de voz casual—. Mira a tu alrededor, Rogan. Este lugar debería resultarte familiar. Déjame refrescarte la memoria. Eres un cuervo de Crownover, como yo. ¿Historia de las Casas de Houston, curso obligatorio para graduarse en la Academia Crownover? ¿La obligatoria visita al depósito, amenizada con la conferencia sobre el duelo de John Pike y Melissa Crownover? ¿Te suena algo de eso?

Rogan miró alrededor. Su magia se extinguió como si la hubieran apagado. Lo miré.

Él negó con la cabeza, con expresión sombría.

—Para información de la hermosa dama —continuó hablando David—, este lugar es uno de los muchos depósitos subterráneos de agua que las Casas de Houston construyeron después de 1878. Este en particular pertenecía a la Casa Pike. Está situada a un tiro de piedra proverbial del Buffalo Bayou, y se encuentra bajo lo que ahora es la Universidad Pike, en la que a esta hora hay aproximadamente unos tres mil estudiantes. Más o menos.

Los recuerdos de un centro en ruinas flotaron ante mí, los edificios a nuestro alrededor destrozándose mientras los latidos del poder de Rogan los fracturaban mientras él flotaba dentro del círculo, su rostro sobrenatural y sereno. Cuando Rogan usaba la magia que lo convirtió en el Carnicero de Mérida, no solo generaba un campo nulo. Perforaba un agujero en la realidad. Nada podía tocarlo dentro

de ese círculo, pero su poder atravesaría directamente la roca y el campus sobre nosotros. El primer latido de su magia desmoronaría el suelo sobre nosotros, y el siguiente provocaría un colapso. Incluso si lograba detener a Rogan de nuevo, como había hecho antes, cuando termináramos, el campus estaría en ruinas, parcialmente enterrado, y las aguas del Buffalo Bayou precipitándose ahogarían a los supervivientes. Nosotros sobreviviríamos. Nadie más lo lograría.

La temperatura bajó. Temblé. Hacía tanto frío.

Rogan se acercó a mí, envolviendo mi cuerpo con el suyo. Sentir su calor era tan agradable que rodeé su cuerpo con mis brazos. No quería que muriera.

—Esto no fue idea mía —dijo David—. Prefiero muertes rápidas y precisas, pero aparentemente hay algunos planes específicos para sus cadáveres. Tengo instrucciones de matarlos sin heridas evidentes ni daños en las extremidades y sus rostros, lo que descarta mi habitual uso de armas y nos deja solo la hipotermia. Desafortunadamente, la teletransportación solo transporta seres vivos. Por eso nos encontramos aquí, desnudos, sin rastros de dignidad. No me gustan las confrontaciones y, francamente, toda esta situación es bastante desagradable. Este espacio es bastante grande, así que necesitaré otros veinte o treinta minutos. Como muertes, esta es larga, pero el dolor disminuye cuanto más cerca estás de expirar. Será más fácil una vez que la confusión se instale. En algún momento incluso podrían sentir calor. He tenido gente que incluso ha bailado en el delirio antes de morir. Se fueron al más allá sin saber que se estaban yendo. Os recomiendo que os relajéis.

«Si pudiera ponerle las manos encima, le borraría esa sonrisa arrogante de su maldita cara».

Rogan me acarició la espalda. La dura expresión en su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber. Estábamos atrapados. El límite interior de nuestro círculo nos aislaba del resto del mundo y de David. Nadie sabía dónde estábamos. No vendría ayuda. Moriríamos, desnudos, mientras David Howling observaba y sonreía.

El frío era insoportable. Me castañeteaban los dientes. Las rodillas me temblaban.

Me moví de un pie a otro y pisé algo duro.

Apartarme de Rogan y del calor dolía físicamente. Me agaché, abrazando mis rodillas, como si intentara permanecer caliente, manteniendo mi cuerpo entre David y lo que fuera que había pisado. Tanteé con la mano y encontré algo familiar. El trozo de tiza que había agarrado al salir del coche. Casi lloré. En su lugar, me puse de pie y volví a abrazar a Rogan.

—Muy desconsiderado por tu parte —dijo Rogan, mirando a David. Su voz sonaba tranquila.

—Lo hice lo mejor que pude. La teletransportación es un asunto complicado —respondió David—. Nadie quería que acabaras como una versión humana del sándwich caníbal de Wisconsin. Si llegara el caso, aceptarían tal muerte, pero no era lo ideal. La teletransportación requería un lugar relativamente cercano y lo suficientemente grande para absorber el eco de la teletransportación, mientras que yo necesitaba un área aislada, cerrada, con alta humedad, ubicada en algún lugar donde tu tendencia a la destrucción urbana no fuera un problema.

—Aun así, el riesgo era demasiado alto. Más del cincuenta por ciento de las teletransportaciones fallan.

David negó con la cabeza.

—Ninguno de vosotros había tenido cirugías mayores que requirieran componentes inorgánicos. Me arriesgué dando por hecho que la señorita Baylor no tuviera implantes mamarios. Afortunadamente para todos, acerté, de lo contrario, las cosas se habrían puesto bastante desagradables. El único factor impredecible era si atropellarías o no a los niños, pero después del incidente en la casa de Antonio de Trevino, estaba bastante seguro de que harías todo lo posible por evitarlo. Los principios nos hacen predecibles. Todos tenemos líneas que no cruzamos. La tuya resultó ser una de las más obvias.

—Compuestos de origen orgánico —dije. Mi voz sonaba ronca.

—¿Perdón? —preguntó David.

—La teletransportación no afecta a los seres vivos. Afecta a los compuestos de origen orgánico.

—Sí, pero no veo a dónde quieres llegar. Incluso si uno de vosotros llevara algo hecho de algodón puro o seda, solo retrasaría

su muerte un par de minutos.

Lo miré fijamente y le ofrecí la tiza a Rogan. Sus ojos brillaron. Me besó con fuerza, apretándome contra él. No fue un beso, fue una declaración de guerra, y me regocijé en ella. Me soltó.

—¿Cómo salimos de este círculo? —le pregunté.

—Matándolo.

—Bien. Matémoslo y volvamos a casa.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —Rogan se giró y estudió el círculo con la tiza en la mano.

—Vaya, este es un giro inesperado. —La sonrisa de David permaneció en su lugar, pero sus ojos revelaron un atisbo de duda.

Rogan miraba las líneas, con ojos calculadores. Sus labios se estaban poniendo azules.

Él lo descifraría. Si alguien podía, sería él.

El frío se me metía en los huesos. Mi aliento escapaba de mis labios, una pálida nube de vapor que se llevaba el preciado calor. Estaba tan cansada, pero mi corazón latía acelerado y no podía controlarlo. Mi estómago suplicaba por comida, como si no hubiera comido en días. Mi cuerpo se daba cuenta de que me estaba congelando y buscaba desesperadamente una fuente de energía para calentarse.

Rogan se volvió hacia mí.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en el ascensor?

Le había dicho varias cosas en el ascensor.

—¿Esa promesa sigue en pie?

¿Qué promesa? ¿Qué dije? Él había sujetado a Cornelius; le ordené que soltara a mi cliente; lo hizo, y entonces yo dije: «Inténtalo otra vez y te electrocutaré hasta la inconsciencia».

—Sí —respondí.

Señaló un punto opuesto y un poco a la izquierda de donde el canal que iba de David hasta nosotros se unía a nuestro círculo.

—Ponte aquí.

Me moví al punto indicado. Me abrazó rápidamente, me soltó, se agachó y dibujó un semicírculo perfecto alrededor de mis pies, separándome del resto del espacio interior. Apenas tenía medio metro a mi alrededor. Rogan se levantó, sus ojos encontrándose con

los míos. Quería extender la mano y tocarlo, pero la línea de tiza nos separaba y podía sentir los primeros indicios de poder fluyendo a través de ella.

—Confía en mí —me pidió Rogan.

Asentí.

—Es inútil, ¿sabes? —dijo David—. No puedes romper este círculo. Incluso si por algún milagro pudieras, no conseguirías nada. Algunos cambios son tan inevitables como la subida de la marea.

—Te has esforzado mucho para desestabilizar Houston. ¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Rogan mientras se arrodillaba y comenzaba a dibujar. Su voz sonaba casual, como si estuviéramos almorzando tranquilamente en un restaurante.

—¿Yo personalmente o nosotros como colectivo?

—Ambos.

—Personalmente, consigo presenciar la destrucción pública de la Casa Howling.

—¿Tanto odias a tu hermano y a tu hermana? —Mis dientes castañeteaban. Era difícil hablar. La temperatura bajó de nuevo.

David se encogió de hombros.

—Es la historia de siempre. Un hombre enviuda; se casa con una mujer mucho más joven; los hijos del primer matrimonio la ven como la malvada usurpadora de la memoria de su madre y le hacen la vida imposible. La Casa Howling no era un hogar agradable. En cuanto a los deseos y necesidades colectivos, ya deberíais haberlo descubierto.

—Ilumínanos. —Rogan seccionó el círculo, dibujando líneas perfectas hacia un lado. Yo no podía dejar de temblar. La fuerza de voluntad que él tenía que usar para evitar que su mano temblara era aterradora.

—La historia se repite —dijo David—. Siempre fuiste bueno en Historia, Rogan. Me sentaba detrás de ti en Clásicas en tu primer año en Harvard. El profesor Cormack la impartía. El que empezaba cada primera clase con: «Lo que necesitan entender es que los antiguos griegos eran predominantemente homosexuales».

Rogan siguió dibujando, creando una red de líneas y glifos en el suelo.

—No me recuerdas. Me mantuve en un segundo plano mientras tú estabas ocupado siendo joven y brillante.

—No te recuerdo —contestó Rogan.

—Me lo imaginaba. —David sonrió. El frío no dejaba de morderme —. Sin embargo, recuerdas las lecciones. Roma, corrupta, rica y desorganizada, una república que gobernaba el mundo, pero que no podía gobernarse a sí misma. Sus senadores luchando por el poder en crueles disputas políticas; las políticas de compromiso olvidadas en favor del beneficio personal. Sus ejércitos jurando lealtad a sus generales en lugar de a la república a la que debían servir. Su población dividida entre los optimates, que apoyaban el gobierno tradicional, y los populares, que jugaban por el favor de la masa sucia de plebeyos. Violencia callejera, traición, asesinato.

Rogan escribió una serie de glifos a lo largo de una de las líneas y giró sobre la punta de sus pies, dibujando un círculo perfecto a su alrededor. David estiró el cuello, inclinando la cabeza mientras estudiaba las líneas.

Luego se sentó con las piernas cruzadas dentro del círculo que acababa de hacer y dibujó dos círculos más pequeños, conectándolos al límite con líneas rectas precisas.

—Intrigante. Teóricamente posible, pero en la práctica te quedarás sin poder —afirmó David—. Primero tendrías que romper mi control.

—Ya veremos.

—Intentas salvar a la chica. Elijas el camino que elijas, sigues muerto, Rogan. Tanta magia gastada tan rápido tiene un precio.

Rogan cerró los ojos, con el rostro sereno.

—Es una carrera. —David sonrió—. Veamos si puedo congelarte primero.

No podía ayudar con lo que fuera que Rogan estuviera haciendo, pero podía mantener al adversario ocupado. Mientras David siguiera hablando, dividiría su atención entre matarnos y pensar.

—¿A dónde quieres llegar con tu lección de historia?

—Como tantos antes que nosotros, somos Roma —respondió David—. Las Casas solo se preocupan por las ganancias personales. El concepto de verdadero servicio civil está prácticamente olvidado. A quienes se les da mucho, mucho se les exige, y nos estamos

quedando cortos. Estamos a la deriva sin propósito ni dirección. No creemos en nada ni pertenecemos a nada. Hay honor en el servicio. En defender algo más grande que uno mismo.

El mareo me invadió. Luché por mantener el equilibrio.

—Toda Roma tiene su césar —dijo Rogan.

—En efecto —contestó David—. Nosotros también.

—¿Así que este es el plan? —Mis palabras salieron con dificultad. Tenía que esforzarme para mover los labios. Sentía como si mis pies se estuvieran convirtiendo en bloques de hielo. Me dolía la piel, cada músculo debajo inundado de agonía helada—. ¿Sumir a Texas en el caos y usarlo para crear una dictadura? ¿Crees que Texas lo aceptará sin más?

—Cuando hayamos terminado, recibirán con los brazos abiertos a cualquiera que prometa estabilidad. Y nuestro césar está por encima de todo reproche. Una persona de verdadero honor.

Tenía que hacer que siguiera hablando.

—Incluso si lo consigues aquí, Estados Unidos no lo permitirá.

—Es una pendiente resbaladiza —afirmó David—. Nuestra república ofrece una ilusión de libertad. Te sorprendería cuánta gente estaría dispuesta a cambiarla por certeza.

—¿Y crees que esto justifica matar a gente inocente?

—Sí —respondió David al instante.

—¿Incluso niños?

—Si es necesario. El nacimiento de una nueva nación nunca es fácil. Si te refieres a Matilda, no me complace asesinar niños. Te prometo que cuando ate ese cabo suelto, lo haré muy rápido.

Maldito bastardo.

—¿Y Olivia Charles está de acuerdo con que asesines a una niña pequeña? ¿Siente algún remordimiento o culpa por la muerte de la madre de Matilda?

—Olivia viene de una Casa antigua. Sabe lo que se requiere de ella y lo hace. Si siente culpa por matar a Nari Harrison, no lo sé.

Tenía mi confirmación. Olivia Charles había matado a la madre de Matilda. Si sobrevivía a esto, le llevaría a Cornelius el nombre de la asesina de su esposa.

Rogan abrió los ojos y colocó las palmas en los dos pequeños círculos frente a él. El poder golpeó a través del círculo como un enorme gong, fundiendo lo nuevo y lo viejo en un todo unificado. Una luz blanca brotó de Rogan, corriendo por las líneas de tiza como fuego a lo largo de una mecha de detonación, y chocó contra el turquesa del círculo principal.

David apretó los dientes. Sus hombros temblaron.

El blanco y el turquesa lucharon, dos olas tratando de superarse mutuamente.

Cada músculo en el cuerpo de Rogan se tensó. El rostro de David se sacudía por el esfuerzo, como si levantara un peso demasiado pesado. Gimió. Rogan gruñó, mostrando los dientes. Una mueca arrugó su rostro.

Su poder fluía a través de las líneas arcanas, un torrente furioso.

David se sacudió; sus brazos se echaron hacia atrás.

La luz blanca reclamó el círculo, sofocando el turquesa.

—Eso no te servirá de nada. —David se puso en pie, escupiendo las palabras como un perro enfurecido—. ¡Hazlo! Peso veintitrés kilos más que ella y soy un asesino entrenado.

Los musculosos brazos de Rogan temblaron y el flujo de magia se detuvo. Lentamente, muy lentamente, el poder invirtió su curso, como si Rogan hubiera lanzado una cuerda y ahora la estuviera recogiendo. Ni siquiera sabía que eso fuera posible. Si seguía tirando de la magia…

—¡Hazlo! —lo desafió David—. La mataré.

La columna de Rogan se curvó; sus grandes hombros se inclinaron hacia delante en una postura clásica de remo. Su espalda temblaba por el esfuerzo. Apretó los dientes y tiró, enderezándose. Las líneas de los círculos giraron en diferentes direcciones. El círculo más pequeño que contenía a David se deslizó por el suelo hacia mí, llevándose al mago de hielo consigo. Me olvidé de respirar. Era como si el círculo principal se hubiera convertido en una bobina y David en un hilo colgante. La bobina giraba, enrollando el hilo y acercando a David.

—Le exprimiré la vida con mis propias manos —gruñó David.

La sangre goteaba de la nariz de Rogan. Tiró de nuevo. David se deslizó más cerca.

Tenía los paralizadores, pero él era un principal. Era más fuerte, más rápido; estaba entrenado, y yo estaba medio muerta. Pero estaba enfadada. Estaba muy enfadada.

—Podrás verla morir. Lo último que verás antes de que toda esa magia que has gastado te deje inconsciente serán mis manos en su garganta.

Le estaba haciendo a Rogan exactamente lo que había intentado hacerle a Cornelius. No. Eso no.

—La romperé. Oirás sus huesos crujir.

Mis dientes castañeteaban por el frío.

—Date prisa. No tenemos todo el día —apuré a Rogan.

Los ojos de David brillaron.

—¿Lista para morir?

—Matilda recibió tu correo —me dirigí a David—. Enviaste una amenaza de muerte a una niña pequeña. Eres basura. Mírame. Mira mis ojos. ¿Parezco asustada?

David parpadeó.

—Eres una verruga —continué insultándolo—. Necesitas ser extirpado. Lo haré y dentro de tres meses nadie recordará tu nombre.

Hacía tanto frío que dolía respirar. Todo me daba vueltas. Por favor, no te desmayes. Rogan estaba casi sin magia. Si él no se desmayaba, yo tampoco.

Si fallaba, me moriría. Rogan moriría. Howling mataría a Cornelius y a la pequeña Matilda solo para cubrir sus huellas. Mataría a una niña y seguiría con su vida como si no importara.

Rogan gritó, su voz era pura agonía. El hechizo giró una última vez. David se abalanzó hacia mí. Su círculo se deshizo, absorbido por el dibujo arcano más grande, y de repente estábamos en el mismo espacio, de unos tres metros de ancho. Arremetió contra mí, su puño golpeando como un martillo. Intenté esquivarlo, pero sus nudillos se estrellaron contra mi pecho. Algo crujió. Una punzada aguda de dolor atravesó mis entrañas. Me sobrepuse y me lancé contra él, arrojando todo mi peso, apuntando a su cuello. Debió de

esperar que me desplomara, porque apenas logró esquivarme. Mi mano se cerró sobre su antebrazo. La agonía se hinchó en mi hombro y rodó por mi brazo hasta las puntas de mis dedos.

David Howling gritó.

Se retorció en mis manos, escupiendo saliva mientras mi magia salía desde mis dedos hacia su cuerpo, un látigo de dolor que lo sacudía como un cable vivo. Gritó de nuevo y me golpeó, martilleando su puño contra mi hombro, mi cabeza, mi costado, donde pudiera alcanzar en su desesperado intento por quitarme de encima. Encogí los hombros, tratando de protegerme de la avalancha de golpes. La sangre llenó mi boca. Su mano me abofeteó la cara, su pulgar intentando arrancarme el ojo derecho. Me aparté bruscamente, mis dedos aún cerrados en su muñeca. Solo uno de nosotros saldría vivo. No dejaría que me matara. No dejaría que asesinara a nadie más.

Gusanos luminosos nadaban ante mis ojos. Tenía que soltarlo o los paralizadores me matarían.

Aflojé los dedos. Él tropezó hacia atrás, goteando espuma por la boca con los ojos desorbitados, y levanté el pie, me eché hacia atrás y pateé su rótula. Aulló, giró lejos de mí y cayó sobre una rodilla. Tenía segundos antes de que se recuperara y me estrangulara. Salté sobre él, agarré su cabeza y la empujé directamente sobre su cuello. Sus vértebras se bloquearon y giré.

El rostro aterrorizado de Nari apareció ante mí. «Lo tengo. No dejaré que lastime a tu hija».

Los huesos crujieron con un chasquido seco. Lo solté y David cayó boca abajo, su cabeza sobresaliendo en un ángulo extraño.

Un sonido resonó en el depósito y me di cuenta de que era Rogan riendo.

A mi alrededor, el poder del círculo se derritió, las líneas volvían a ser solo trazos de tiza, y lo vi tendido de espaldas en el suelo.

Mis pies no querían moverse. Me tambaleé hacia él y me dejé caer a su lado. Sus ojos estaban abiertos. Su pecho apenas se movía.

—¿Connor? —Giré su rostro hacia mí—. ¡Connor, háblame!

—Una verruga, ¿eh? —Su voz era débil—. Buen discurso.

—Lo leí en un *fanfiction* en Herald. —Estaba tan cansada. Solo quería sentarme un momento. Pero sentarse significaba muerte—. Vamos, tenemos que levantarte. Tenemos que salir de aquí.

—Ve tú —respondió él—. Busca ayuda. Estaré bien aquí un rato.

Mentira.

Miré hacia arriba. David estaba muerto, pero su magia había hecho mucho daño. El suelo estaba blanco de escarcha, teníamos que salir de allí o moriríamos.

—No, no lo estarás. El depósito tardará horas en calentarse.

—Estaré bien.

Mentira.

—Ve a buscar ayuda. Cuanto más rápido traigas a alguien, mejores serán mis posibilidades. Estaré bien.

Mentira.

—Estás al límite —le dije—. Te congelarás antes de que pueda volver.

—No.

Mentira.

—¡Deja de mentirme!

Levantó la mano y acarició mi mejilla con sus dedos.

—Escúchame.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Se centró en mi rostro y, por un momento, el antiguo Rogan de ojos duros como el acero resurgió y se fundió de nuevo en Connor.

—Esa pesadilla que tuviste con la cueva y la rata no era tuya. Era mía. No sé por qué ni cómo, pero te has sintonizado conmigo. Eres sensible a mis proyecciones. Las captas incluso cuando no me concentro en enviártelas.

Intenté incorporarlo, pero mis brazos estaban muy débiles.

—Proyecto cuando estoy bajo estrés. En el momento en que me desmaye, mi mente reaccionará e intentará purgar toda esa mierda de mi cabeza para poder descansar. Proyectaré mientras esté inconsciente y tú estás agotada. No tienes defensas. Si sigues aquí, no serás tú misma. Serás yo. No sabrás dónde estás ni qué estás haciendo. Necesito que te vayas, Nevada.

—No.

Me miraba como si yo fuera lo único que le hubiera importado jamás.

—Si no sobrevives, nada de esto vale la pena para mí. Te amo.

—No…

—Sí. Esto nunca se trató de que los dos saliéramos vivos. Vete. Ahora.

—No me vengas con esa mierda de héroe. Levántate. Eres Mad Rogan. Levántate.

—Maldita sea —gruñó—. Aléjate de mí.

—Levántate o moriré aquí contigo. Me tumbaré aquí mismo en el suelo.

—¡Sal de aquí! —Intentó incorporarse. Sus ojos se pusieron en blanco. Lo agarré antes de que golpeara el suelo. Era pesado. Muy pesado. Se desplomó sobre mí, inerte.

Las lágrimas mojaban mis mejillas.

—Connor, por favor. Por favor. No puedo cargar contigo. Por favor, despierta. Te amo. No me dejes.

Su piel estaba fría. Dejó de respirar. Oh, Dios. El pánico me golpeó. Lo empujé hacia atrás, puse mi cabeza en su pecho y oí los latidos de su corazón, distantes y débiles, pero constantes. Presioné mi mejilla contra su nariz. Un leve soplo de aire calentó mi piel. Seguía vivo. Me enderecé. No despertaba. Tenía que pensar rápido.

David no se había teletransportado, lo que significaba que debía de tener ropa en algún sitio. Me levanté y me puse a buscarla. Tenía que haber una bolsa, cualquier cosa. El depósito se rasgó, las columnas de hormigón desaparecieron y la jungla apareció ante mí, de un verde intenso y brillante. Luché contra ello con todas mis fuerzas. Aquello no es real. Las borrosas columnas de hormigón volvieron a mi vista. Me obligué a moverme. ¡Allí! Una bolsa de lona junto a una de las columnas.

Algo venía a por mí. Podía oírlo moviéndose entre la vegetación. Algo con largos dientes afilados, con una mordedura que quemaba como el hielo y volvía la piel azul y negra con necrosis. Estaba cerca. Tenía que esconderme.

Bolsa. Quédate con la bolsa. Bolsa. Bolsa. Bolsa.

La alcancé y caí de rodillas. Tenía ropa. Una camiseta, ropa interior, vaqueros, un cortavientos. Las llaves de un coche, una pistola, un teléfono. ¡Sí! Deslicé la pantalla. Bloqueado con contraseña.

Estaba al descubierto y esa cosa de dientes afilados me miraba la espalda. Su mirada me taladraba. Tenía que salir. Tenía que esconderme.

Pulsé en Llamada de Emergencia. Sin señal.

El monstruo venía a por mí. Rogan estaba tendido al descubierto, en medio de un claro. Tenía que sacarlo antes de que lo encontrara.

Agarré la bolsa, me la eché al hombro y me tambaleé hacia Rogan. Saqué el cortavientos y lo até alrededor de sus caderas. Así sería más fácil arrastrarlo.

La jungla no era real. No era real. Pasé mis brazos bajo sus axilas y tiré. Mis pies resbalaron en la escarcha y caí de culo. ¿Por qué estaba pasando aquello? Solo quería salir. Quería que alguien me ayudara, quería salir de aquella pesadilla. Que aquello terminara de una vez. Podría dispararme. Acabar con todo. Tenía una pistola.

Si me mataba, ¿quién nos sacaría de la jungla?

Me abrí paso a través de las visiones que inundaban mi cerebro. En la pared derecha, a unos treinta y cinco metros, había una puerta en medio del hormigón uniforme. Tenía que llevarnos hasta esa puerta. Me arrastré de nuevo y tiré de su enorme cuerpo hacia mí. Se movió un centímetro. Me conformaría con un centímetro. Un centímetro estaba más cerca de la puerta que antes.

Tenía calor. Dios mío, tenía calor. Eso significaba que me estaba muriendo.

Había escaleras.

No podía subir escaleras. Era demasiado pesado.

Daniela lo arreglaría. Daniela lo arreglaba todo y a todos, excepto si era un disparo en la cabeza.

Los cazadores de magos se acercaban. Podía oírlos respirar.

Tomé mi arma y esperé.

«Llega a un lugar más alto. Pide por radio que te recojan».

Jiménez esperaba arriba con su cuchillo. Su rostro flotaba ante mí, borroso, sus ojos eran como dos pozos sin fondo de pura oscuridad.

—No es él. Ya se habría quebrado. Este es un oficial de carrera. Llévenlo atrás y dispárenle.

Todavía me quedaban seis balas.

«Llega a un lugar más alto».

Venían a por mí. Sus voces flotaban hasta donde yo estaba.

«No. No había llegado tan lejos para que nos mataran ahora».

Algo me mordió. Mi cuerpo se rindió. Me derrumbé. El hocico del sabueso mágico se cernió sobre mí, con su lengua larga y viscosa como la de una serpiente, y sus dientes puntiagudos y delgados, engulléndome por completo.

Capítulo 14

Las sábanas eran tan suaves y cálidas que era como estar envuelta en una nube caliente.

Estaba viva. Sonreí. ¡Rogan!

Me incorporé de golpe en la cama. Estaba en una habitación grande con una única cama de hospital.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

La puerta se abrió y la doctora Arias entró a grandes zancadas. De unos cuarenta años, más de metro ochenta, Daniela Arias era enorme: hombros anchos, piernas poderosas y brazos musculosos. Sus rasgos, grandes y atractivos, eran más apuestos que bonitos, pero en ese momento su rostro era una fría máscara profesional. La había conocido antes. Era la médica personal de Rogan.

—¿Está Rogan vivo?

—En mejor estado que tú.

El alivio me invadió. Me desplomé sobre la almohada. Estaba vivo. Ambos vivíamos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Lo arrastraste fuera. —Se sentó en una silla—. No sé cómo, pero conseguiste arrastrarlo treinta metros por el suelo y subir dos tramos de escaleras. Su espalda y trasero son un largo moratón con una buena dosis de raspones por el hormigón, así que sus sueños de ser modelo de desnudos tendrán que ser aplazados por un tiempo.

Me habría reído, pero su cara me indicó que no era buena idea.

—La puerta del depósito tenía un excelente sello impermeable, que es lo que os salvó. El aire fuera estaba a temperatura normal.

Llegaste al segundo rellano, donde conseguiste señal y llamaste al 911 diciendo que necesitabas que te recogieran porque venían los Cazadores. Pensaron que estabas delirando, pero nosotros estábamos monitoreando las llamadas al 911.

—¿Cómo?

—Tu primo y Bug, por lo que entiendo. Después de que Rogan y tú desaparecierais y el rastreo dejó de funcionar, se pusieron manos a la obra. El equipo de Rivera fue enviado al centro para limpiar, y mi equipo esperó cualquier señal vuestra. En cuanto captamos tu llamada, fuimos a por vosotros. Ya habíamos lidiado antes con Rogan inconsciente, así que sabíamos qué esperar. Tenías un arma, así que te disparamos con una táser, y luego hicimos todas las cosas que normalmente se hacen cuando intentas salvar la vida de alguien. Y aquí estamos, casi veinte horas después. Tienes dos costillas rotas. Howling te destrozó la cara, así que tampoco podrás trabajar como modelo en un futuro próximo. He notificado a tu familia que estás a salvo, pero que estás muy ocupada. Pensé que necesitabas algo de tiempo. Tu primo está bien. Melosa lo sacó. La invocación desapareció después de que te teletransportaras, así que Houston también está bien.

—¿Y la prima de Rogan? Hizo que unos niños salieran a la calle para bloquearnos el paso. Por eso nos estrellamos.

Negó con la cabeza.

—Desapareció.

Por supuesto que lo hizo.

Daniela me entregó un espejo. Los moratones cubrían el lado derecho de mi cara. Un bulto se hinchaba en mi hombro derecho. Parecía una boxeadora al final del último asalto de un duro combate por el título.

—No me duele —le dije.

—Oh, lo hará —afirmó—. Cuando se pase el efecto de los analgésicos.

—¿Dónde está Rogan?

—Decidió darte algo de espacio.

Eso no era una respuesta. Alcancé mi manta.

—Entiendo que tu primer instinto sea saltar de la cama y correr hacia él. Es un buen plan, excepto porque estás tan medicada que no podrías ni llegar al baño, y mucho menos conducir. ¿Por qué no nos sentamos aquí y charlamos un poco?

—¿Tengo elección?

Su mirada era dura.

—La verdad es que no.

—Está bien.

—Tengo un sobrino. —Daniela se aclaró la garganta—. Es un chico dulce. Martin tiene veinticuatro años ahora. Estuvo cuatro años en el Ejército, se ganó su matrícula universitaria y se inscribió en la UNC. Quiere ser geólogo. Dice que le gustan las rocas porque no te disparan.

Sonaba como una broma, pero, de nuevo, no sonrió.

—Lo expulsaron hace un mes. ¿Conoces esa película de terror donde un tipo con máscara de cerdo persigue a los chicos por el campus universitario?

—*Screamer-Dreamer*. —Vivir en una casa con tres adolescentes me había convertido en experta en películas de terror. Era una película tonta y barata, pero por alguna razón se había vuelto viral y había memes de Piggy, el asesino, por todo Internet con frases ingeniosas.

—Una radio del campus estaba haciendo bromas en vivo. Tenían a un tipo vestido con máscara de cerdo y una especie de túnica negra. Se escondía detrás de algo, saltaba con un gran cuchillo de plástico y perseguía a la gente. Lo grababan para YouTube.

Sí. Sonaba exactamente a algo que harían los universitarios. Sabía exactamente hacia dónde iba esa historia.

—El tipo de la máscara se lanzó contra Martin, y Martin le quitó el cuchillo y lo golpeó. No solo lo golpeó una vez. Fue primero a por la mano del cuchillo, le dislocó el hombro, y luego lo golpeó cuatro veces en la cabeza en menos de dos segundos. Se necesitaron tres personas para apartarlo. Le pregunté al respecto. Dijo que algo se accionó dentro de él. Vio una amenaza y reaccionó. No es un chico violento. Nunca había estado en una pelea civil antes. Se sintió terrible por ello. Se disculpó. La universidad lo expulsó y hubo

cargos serios, hasta que los abogados de Rogan intervinieron y lo redujeron a un delito menor. Aun así, estará en su expediente para siempre. Va a ir a una universidad privada en enero.

—Piggy debería haberse hecho el muerto —dije—. Si hubiera dejado de moverse, Martin habría dejado de golpear.

—Probablemente. El chico que tuvo la brillante idea de asustar a la gente con su cuchillo no esperaba ser hospitalizado, porque los civiles normalmente no intentan matarte cuando los asustas.

—Fue un irresponsable de todas formas.

Daniela suspiró.

—Tenemos reglas en nuestra sociedad. No robar. No herir a otros. No matar. Esa es la más grande. Tomamos a estos chicos, algunos apenas con dieciocho años, les decimos que las reglas ya no se aplican y luego los dejamos caer en la zona de guerra. Luchar o huir, una tormenta perfecta dentro de tu cuerpo. Te hace más rápido, más fuerte, hiperconsciente, pero todo tiene un coste. Los soldados en combate están inmersos en una carrera bioquímica constante, para ellos es un maratón que no termina. Desgasta el cuerpo y talla nuevas vías neurológicas en tu cerebro. Te cambia. Permanentemente. Luego vuelves a casa y la gente espera que dejes todo eso de lado y que inmediatamente recuerdes cómo ser una persona normal.

Daniela se reclinó.

—Mi sobrino, Martin, es un veterano relativamente bien adaptado. Solo necesita tiempo y un poco de ayuda para reajustarse al mundo civil. El interruptor que modera la intensidad de su respuesta necesita ser recalibrado. Algunas personas no entienden eso.

Yo lo entendía. Conocía todas las estadísticas y había visto la histeria de primera mano. Cuando mi madre se descontroló, el fiscal adjunto a cargo de su caso la tildó de bomba de relojería y dijo que se trataba de estrés postraumático, algo que ella no padecía. Hizo que sonara como si ella fuera a iniciar una oleada de disparos en cualquier momento. En realidad, la mayoría de los veteranos eran un peligro para sí mismos más que para otros. La tasa de suicidio entre los veteranos era un cincuenta por ciento más alta que en el resto de la población.

—Como decía —continuó Daniela—, Martin era un chico dulce. ¿Sabes quién más era un chico dulce antes de que el Ejército lo atrapara? Connor Rogan. Lo conocí al comienzo de su servicio. Era tan joven. Engreído, un poco arrogante e idealista. Los altos mandos se dieron cuenta pronto de lo que tenían, así que lo protegieron como al diamante Hope y controlaron todo lo que veía. Construyeron una burbuja de patriotismo a su alrededor. Todos los que interactuaban con él le decían que era un héroe, que servía a su país, salvaba vidas y hacía lo correcto. Lo sacaban, le decían cuántas miles de vidas se salvarían si hacía lo que le ordenaban, luego destrozaba una ciudad y se lo llevaban antes de que pudiéramos revisar las ruinas. Sabía que había bajas, pero nunca vio los cadáveres. Era oficial solo de nombre. Cuando lo ascendieron a capitán, nos reímos bastante.

La voz de Daniela se quebró. Levantó la mano un momento, luego continuó:

—Después de unos dos años así, se convirtió en el arma definitiva. Solo un rumor de su presencia en una zona cambiaba las condiciones del enfrentamiento. Durante ese verano, el mando recibió informes de una superarma que se estaba construyendo en la selva maya, cinco millones de hectáreas de selva que se extienden por todo Belice hasta Yucatán. Era una especie de superbomba que podía arrasar una ciudad y luego envenenar todo alrededor con radiación, y los militares mexicanos estaban lo bastante desesperados como para usarla. Nunca obtuve todos los detalles, estaba por encima de mi autorización, pero fuera lo que fuese tenía que ser convincente, porque nuestro mando reunió un equipo de ataque y adjuntó a Rogan. El plan era lanzarnos en paracaídas de forma encubierta en Campeche, llevar a Rogan al objetivo y, una vez destruida la instalación, que nos recogieran. Diez segundos después del lanzamiento, supimos que estábamos jodidos porque nos disparaban mientras aún estábamos en el aire.

Hizo una pausa. Sus ojos se tornaron atormentados.

—El capitán Gregory murió antes de que sus botas tocaran el suelo. Top, nuestro sargento maestro, murió después de que Rogan

comenzara a arrasar la selva y nos arrojaran napalm. En cuanto nos alejamos, nos encontramos con una torre de Cazadores.

Todo el mundo sabía lo que significaba «Cazadores». Era una unidad de fuerzas especiales del ejército mexicano, los Cazadores cazaban magos. Eran tropas de élite: aterradores, eficientes y letales.

—Era una trampa —adiviné.

—Ajá. Querían tanto a Rogan que construyeron una fábrica falsa en la selva esperando atraerlo, y les servimos nuestra mejor arma en bandeja de plata. —El rostro de Daniela estaba sombrío—. Inundaron la selva con Cazadores y sus sabuesos. Aunque no eran realmente sabuesos. Eran bestias que sacaron del reino astral.

—Los vi en los recuerdos de Rogan. —Sentí un escalofrío al recordarlo.

—Entonces lo entiendes. Si ves uno, tienes pesadillas aseguradas de por vida. Aprendimos las reglas rápido. Los Cazadores tenían rastreadores, magos sensibles a la magia. Cualquier uso de ella por nuestra parte traía otro ataque aéreo. Cualquier intento de comunicación por radio traía un ataque aéreo. Cualquier avistamiento de uno de nosotros traía docenas de tropas. No habría recogida. Si pedíamos ayuda, moriríamos.

»Rogan tenía una opción. Podía usar la radio, y si usaba todo su poder, sobreviviría dentro de su campo nulo el tiempo suficiente para ser rescatado. Pero sería el único que saldría. O podía intentar salir de la selva con nosotros. Eligió caminar. Se convirtió en el oficial superior después de la muerte de Gregory. Y Heart, nuestro sargento de personal, se convirtió en el suboficial superior. No has conocido a Heart todavía, ¿verdad?

—No lo creo.

—Lo recordarías si lo hubieras hecho. Se suponía que estaríamos fuera en cuarenta y ocho horas. Teníamos comida para cinco días. La gente piensa que la selva es un paraíso, lleno de frutas y animales para cazar. Déjame decirte que la selva es un infierno. No hay nada que comer, nada que matar, especialmente cuando no puedes disparar. Los insectos vienen por la noche, implacables, dejándote

seco. Los monos aulladores te siguen y gritan sin parar día y noche. No hay agua limpia. Tuvimos que comer serpientes. Gusanos.

La oscura cueva apareció ante mí.

—Ratas —dije.

—Sí. Algunas noches los Cazadores estaban tan cerca que no había fuego, ni luz, solo la selva y los sabuesos, siempre cerca, siempre escuchando y esperando. Rogan podría haber tirado la toalla en cualquier momento. En cambio, se quedó y nos cuidó. Cuando Hayashi cayó con una infección, no había forma de pasar la camilla por la vegetación, así que construimos un armazón de madera y lo atamos a Rogan. Llevó a Hayashi durante dos días a su espalda.

No me sorprendió. Ni un poco.

—Para bajar de la montaña teníamos que despejar un campamento de Cazadores, y no podíamos rodearlo. Rogan entró y dejó que lo capturaran para que enviaran un equipo de exploración en la dirección de la que venía y pudiéramos escabullirnos. Rodeamos el campamento y tuvimos que esperar hasta la noche siguiente para volver a por él. Lo tuvieron durante catorce horas. Lo oímos gritar.

Tragó saliva.

—Solo tenían imágenes de Rogan anteriores a la guerra y, para entonces, después de cinco semanas en la selva, parecía una década mayor. Les dio el nombre de Gregory y lo torturaron durante un tiempo, hasta que Jiménez, el hombre al mando, decidió que, si Rogan fuera un principal jugando a ser soldado, ya se habría roto. Finalmente, Jiménez ordenó que lo fusilaran. Supongo que has visto las chapas de identificación de Rogan. No son suyas. Mató a Jiménez cuando lo bajaron del potro de tortura y se quedó con sus chapas. Es su recordatorio de que sobrevivió.

Las chapas seguramente se habían perdido o se habían desintegrado por el hechizo de teletransporte. Rogan tendría que encontrar algo más que le recordara que estaba vivo.

—Pasamos nueve semanas en la selva, luchando y muriendo de hambre mientras los Cazadores nos desangraban como lobos a un ciervo herido. Entraron veinticuatro personas. Salieron dieciséis.

Bug había dicho que Luanne era una de las dieciséis. Ahora tenía sentido. Las dieciséis personas que habían salido con Rogan.

—En mi opinión profesional, Connor Rogan murió en esa selva —dijo Daniela—. La guerra se llevó a Connor, lo redujo a polvo y lo reconstruyó en Mad Rogan. Tuvo que convertirse en eso para sobrevivir. Te dije que mi sobrino Martin se adaptará a la vida civil con algo de ayuda. Mad Rogan nunca se adaptará. Su mundo es blanco y negro. Hay enemigos y aliados.

—Y civiles —añadí.

¿La habría incitado Rogan a dar ese discurso? No. Rogan no la habría obligado a hacerlo. Él se ocupaba de su propio trabajo sucio. La doctora Daniela debía de haber tomado la iniciativa de aclararme las cosas.

—Reconoce a los no combatientes, aunque su definición de civil es dudosa. No matará niños. Intenta no quitar una vida a menos que la persona represente una amenaza directa, pero si decide matar, lo hace. Solo hay dos principales en la Casa Rogan: su madre y él, y ella no tiene interés en involucrarse. Rogan nos tiene a nosotros, y haremos cualquier cosa por él. Intentamos seguir caminos separados, pero todos hemos acabamos en el mismo sitio de nuevo. Somos buenos en lo que hacemos, pero ninguno de nosotros es un principal. Rogan tiene que confiar en sí mismo y le gusta ser como es. Piensa que eso lo mantiene alerta y vivo, y probablemente tenga razón. No siente que necesite cambiar y no quiere ayuda.

—No me estás diciendo nada nuevo. Ya sé cómo es. Lo he visto.

—Entonces, sabes que con él nunca habrá normalidad. Nunca habrá dulzura y luz.

«Te sorprenderías».

—Lo sé.

—El amor te hace vulnerable —dijo Daniela—. Piensas en el objeto de tu afecto todo el tiempo. Tu felicidad o miseria depende del estado de ánimo de otra persona. Renuncias a todo poder sobre ti misma, se lo entregas a la persona que amas y confías en que será gentil con él. ¿Sabes qué es lo que más odia el comandante?

—¿Sentirse indefenso?

—Hará cualquier cosa para evitarlo. Ni siquiera sé si es capaz de mantener una relación en el sentido tradicional. Nunca cambiará, Nevada. Lo mejor que puedes esperar es que modifique algo de su comportamiento por respeto y consideración hacia ti, pero no pensará que lo que hace está mal. Es despiadado y, cuando se dedica a algo o alguien, esa devoción es algo aterrador que no siempre sobrevive al choque con la realidad. Acepta mi consejo. Aléjate de él.

—No.

—Él no está aquí. Te dejó y se fue a casa porque sabe que necesitas tiempo para pensar. Te dejó la puerta abierta para que puedas hacer un corte limpio. Sin culpa, sin presión. Todavía puedes conocer a alguien normal y tener una vida feliz.

—¿Has terminado? —le pregunté.

—¿Serviría de algo decir algo más?

—No. He escuchado lo que tenías que decir. Gracias por preocuparte por mi bienestar. —Aparté la manta y giré las piernas hacia un lado.

—¿Qué pasará cuando le digas que alguien te molestó y él lance a esa persona desde el tejado?

—No lo hará. Confiará en que yo lo maneje sola, porque la única forma de que yo respete sus deseos es que él respete los míos.

—Aléjate —repitió Daniela.

—¿Rogan te pidió que me dieras este discurso?

—No tuvo que hacerlo. Yo cuido de él. Todos cuidamos de él. No quiero verlo herido. No quiero que tú salgas herida.

Me enfrenté a ella y dejé que aquello que me hacía una principal se mostrara en mis ojos.

—Me he sentado aquí y te he escuchado hablar durante una hora. Te he oído, lo entiendo, pero ya está. Voy a levantarme, tomar mi ropa y vestirme. Luego pedirás un coche para que me lleve donde está Rogan. Si intentas detenerme o impedírmelo de alguna manera, te daré una descarga que te hará ver las estrellas. ¿Entendido, doctora Arias?

Tomé aire profundamente y toqué el timbre de la casa de Rogan. Después de levantarme de la cama, la gente de Rogan se había alarmado. Bueno, alarmado quizás era una palabra demasiada fuerte. Entraron en acción con eficiencia agitada. Me trajeron un pantalón de chándal y una camiseta, y cuando salí del edificio, un coche y un conductor me esperaban, con Melosa en el asiento del pasajero, seguidos por otro vehículo lleno de personal armado. Me dejaron en la puerta de Rogan y efectuaron una retirada estratégica.

Tuve la oportunidad de preguntarle a Melosa por Leon. Al parecer, tuvo el presentimiento de que algo malo nos iba a pasar a Rogan y a mí, así que robó una Glock de nuestro armario de armas y se las arregló para llegar al centro. Su plan era que Melosa lo protegiera mientras él acababa a tiros con todos nuestros enemigos heroicamente. Melosa admitió que sintió lástima por Leon cuando él se quedó destrozado al darse cuenta de que los escudos funcionaban en ambas direcciones.

Esperé, sintiéndome estúpida. Rogan estaba en algún lugar dentro de la casa. Y allí estaba yo, con un chándal y una camiseta blanca arrugada. Mi pelo probablemente estaba grasiento. El lado derecho de mi cara era un gran moratón feo. Yo…

La puerta se abrió y vi a Rogan de pie en su sala de estar.

Por fin me golpeó la realidad. Ambos habíamos sobrevivido. Estábamos vivos y él estaba allí de pie, y era el hombre más guapo que había visto jamás. Miré sus ojos y su oscuridad helada me devolvió la mirada.

No. Era mío. Había un dragón bajo ese hielo y lo sacaría.

Crucé el umbral. La puerta permaneció abierta detrás de mí. Me estaba dando una ruta de escape.

—Me encontraste.

—No te escondiste muy bien. Y soy investigadora privada.

—Nevada, nada ha cambiado.

Su expresión era distante, su voz casi casual. Había encerrado sus emociones tras un muro de acero de voluntad. Demasiado tarde, Rogan. Recuerdo cómo me miraste en ese depósito.

—Tarde o temprano, te convertirás en una Casa.

—Eso me dijiste.

—La genética y los niños se volverán importantes.

—Los niños siempre son importantes.

—No puedo compartir, Nevada. No lo haré.

—¿Compartir qué?

—Compartirte —dijo con voz áspera. Algo salvaje intentaba abrirse paso desde su interior. La máscara fría se estaba rompiendo—. No puedo estar contigo sabiendo que volverás con otro hombre, lo ames o no. Está más allá de mí. No acabaría bien.

—Eso es bueno, porque tampoco quiero compartirte.

—Te he dado todas las advertencias que puedo dar. Todo o nada, Nevada. Decide.

—Eres un tonto, Connor. —Me quité los zapatos y di un paso hacia él.

La puerta detrás de mí se cerró de golpe.

El fuego ardió en sus ojos a través de la oscuridad. Era más que lujuria. Más que necesidad. Nadie más me había mirado así.

La anticipación me atrapó.

Caminó hacia mí, confiado, sin prisa, un dragón en sus dominios.

—¿Estoy atrapada?

—Has entrado en mi guarida. —Me rodeó, acechante.

La primera gota de su magia cayó en mi nuca, cálida y suave como el terciopelo. El aliento se me atascó en la garganta.

—Te di la oportunidad de escapar.

La magia se deslizó por mi columna, encendiendo cada nervio.

—No la tomaste. —Estaba detrás de mí.

Un roce rápido y ligero como una pluma me acarició los hombros y bajó por mis caderas. Me giré. Estaba de pie a un par de metros.

—Ahora eres mía.

Me moví, y mi camiseta y pantalones de chándal cayeron. Jadeé.

Se quitó la camiseta, su enorme cuerpo bronceado y musculoso ante mis ojos, y esperó. Dándome una última oportunidad de alejarme.

Avancé los dos pasos que había de separación entre nosotros. Mis pechos se aplastaron contra el suyo. El calor de su poderoso cuerpo me quemaba. Enredó una mano en mi pelo y reclamó mi boca.

La magia goteaba en mis muslos, como miel fundida, suave y caliente. Se acumulaba en mi piel, calentándose. Una sensación tan intensa que el placer era abrumador. Mi cuerpo se volvió flexible. Mis pechos dolían, de repente los sentía demasiado pesados.

Olía a sándalo. Su sabor en mi boca me estaba volviendo loca.

Un calor insistente se acumuló entre mis piernas. Me incliné hacia él, frotándome contra su cuerpo, invitando, seduciendo. Dejó escapar un gruñido masculino. Apretó una mano en mi trasero y me levantó contra sus caderas, sosteniendo mi peso como si nada. La dureza de su miembro presionaba contra mi centro palpitante. Su lengua se hundió entre mis labios una y otra vez, devastando mi boca. Mi cabeza daba vueltas. Quería sentirle dentro de mí. Quería quitarle los pantalones y que mis bragas desaparecieran. Quería que me penetrara. La espera era una tortura. Mis manos se aferraron a los poderosos músculos de su espalda y moví las caderas, restregándome contra él.

El calor aterciopelado se deslizó por el interior de mis muslos, muy lentamente.

Un centímetro. Otro centímetro. Oh, por favor. Por favor.

Me dejó tomar aire. Estábamos cara a cara. Sus ojos eran oscuros y salvajes.

—¿Vas a advertirme que no grite? —pregunté.

—Grita todo lo que quieras.

—Pareces muy seguro de que podrías hacerme…

El delicioso calor subió por mis muslos y se deslizó dentro de mí. El placer estalló en mi interior. Grité.

Me llevó hacia el interior de su casa.

Una pesada puerta de madera se abrió frente a nosotros. Una cama enorme ocupaba la habitación, alta, sólida, con un cabecero antiguo robusto. Me arrojó sobre la cama. La puerta se cerró de golpe tras de mí.

Estaba en la cueva del dragón, en la cama del dragón, y él pensaba que me había atrapado. Pero estaba equivocado. Yo lo había atrapado a él.

Connor se cernía sobre mí. Sus pantalones habían desaparecido. Desnudo se veía enorme y lleno de músculos. Y bien dotado. Oh,

Dios mío.

Se inclinó y me quitó las bragas. Su mirada recorrió mi cuerpo y sus ojos me dijeron que le encantaba lo que veía.

Lo deseaba tanto. La anticipación me estaba matando. Me hacía temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó, con voz engañosamente tranquila.

La magia salpicó mi clavícula y rodó más abajo. Su presión aterciopelada envolvió mis pechos. Mis pezones se endurecieron. El calor embriagador se deslizó sobre ellos, convirtiendo el dolor en éxtasis.

Gemí. Estaba sobre mí, sus grandes manos acariciándome. Su boca se cerró sobre mi pezón izquierdo y succionó, su lengua pintando calor sobre su magia. Era casi insoportable.

Su cabeza y su magia se movieron más abajo, arrancándome más gemidos.

Me besó el estómago.

Me separó las piernas.

Quería agarrarle la cabeza por el pelo y arrastrarlo hasta mi dolorido centro, pero me inmovilizó los brazos a los lados.

Me lamió el interior del muslo derecho.

La espera era una agonía.

Su magia creció, derramándose en el pliegue entre mis piernas. El calor aterciopelado apretó suavemente y se liberó, bañándome y retrocediendo cada vez más rápido. Su boca se cerró sobre mí. Su lengua bailó sobre mi clítoris.

Grité.

Me lamió, una y otra vez, su magia acariciándome. Me retorcí bajo su beso. Me temblaban las piernas. La cama se había ido, la habitación se había ido, y lo único que podía hacer era esperar, tensa y caliente, centrada en él y en mi necesidad de liberación. Me sentía como si fuera a morir de placer.

Mi cuerpo se estremeció con el primer latido de mi clímax.

El universo explotó.

El orgasmo me sacudió, pero ese momento de éxtasis, normalmente fugaz, no terminaba. La exaltación crecía y crecía, abrumadora, un placer tan intenso, tan completo, que no tenía ni

idea de que mi cuerpo fuera capaz de algo así. Ni siquiera podía respirar. Abrí los ojos y lo vi. Estaba encima de mí, con los ojos desorbitados y embriagados. Me di cuenta de que lo sentía. Sentía mi placer y lo compartía.

Finalmente, el éxtasis me liberó, desvaneciéndose en placenteras réplicas.

Me desplomé sobre las sábanas, exhausta, con la cara húmeda de sudor. La presión mágica disminuyó, seguía presente, pero ligera como una pluma.

Rogan estaba a mi lado, con su mano acariciándome el costado.

Así era el sexo con un táctil.

Parpadeó, la claridad volvió a sus ojos y se convirtió en lujuria. Había algo hambriento y masculino en la forma en que me miraba. Me agarró de las caderas y me arrastró hasta el centro de la cama.

El toque aterciopelado de la magia entre mis piernas se volvió cálido, luego ardiente, tan ardiente que apenas podía aguantarlo. Me sacó del delicioso hechizo y me devolvió a la consciencia.

Se detuvo sobre mí, los músculos tensos en su pecho y abdomen, los ojos azules oscurecidos, y me atrajo hacia él, colocando mis piernas sobre sus hombros. Sus dedos cálidos acariciaron mi piel mientras deslizaba sus manos por mis piernas, su tacto enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Los últimos ecos del orgasmo finalmente se desvanecieron.

Plantó sus manos en mis muslos y embistió dentro de mí. Dios mío.

Grité, inclinando las caderas, intentando recibirlo por completo. Embistió una y otra vez, duro, implacable, dominante, cada deslizamiento de su miembro enviando una descarga de placer que podía sentir hasta la base del cuello. Su magia me abrasaba. Todos mis nervios estaban en llamas. Jadeaba con cada movimiento. Estaba ardiente y húmeda, y él seguía empujando, su magia acariciando mi cuerpo en un ritmo constante.

La presión comenzó a crecer dentro de mí.

Me separó las piernas, las envolvió alrededor de su espalda, y entonces lo tenía sobre mí. Me retorcí bajo su cuerpo, intentando seguir su ritmo. Su musculoso cuerpo bronceado aplastaba el mío,

todos esos músculos contrayéndose, dedicados a un único movimiento.

El éxtasis me ahogó. Mi cuerpo se contrajo, intentando exprimirlo. El clímax me sacudió de nuevo.

Gruñó, manteniéndose quieto. Sus ojos me dijeron que mi orgasmo lo atravesaba y estaba a punto de arrastrarlo a su propia liberación. Luchó contra ello y se retiró.

Una ola tras otra de placer me sacudía. Ya ni siquiera podía moverme. Solo yacía allí, lánguida y temblando, hasta que se desvaneció.

Sus labios estaban en mi cuello. Me besó y me subió encima de él, y entonces me vi a horcajadas sobre sus caderas. Me miraba como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Busqué sus manos, entrelacé mis dedos con los suyos y me moví sobre él. Nos movíamos en perfecto ritmo, haciendo el amor como si nuestros cuerpos estuvieran destinados a estar juntos.

Su magia me envolvió. Me apoyé en ella, con los hombros hacia atrás, dejando que me reclamara.

Empujaba dentro de mí.

Sentí el clímax avecinarse. Hasta que rompió como una ola. Me estremecí, sintiendo su dureza dentro de mí, y me desplomé sobre sus hombros, sin fuerzas, respirando con dificultad, satisfecha. Saciada y más feliz de lo que había estado en mi vida.

Me rodeó con sus brazos y se vació dentro de mí con un gruñido corto y áspero. Una explosión de placer me consumió, tan intensa que todo lo demás palidecía ante ella, y me di cuenta de que estaba sintiendo el eco de su orgasmo.

Permanecimos así, presionados juntos, abrazados. Lentamente, Rogan me bajó a la cama. Me acurruqué en una bola y él se envolvió a mi alrededor y tiró de una sábana para cubrirnos. Quería permanecer despierta, disfrutar de la sensación de que me abrazara, pero, en su lugar, bostecé y me quedé dormida.

Cuando desperté, lo primero que sentí fue a Rogan junto a mí.

Su nariz en mi cuello y una mano acariciando mi vientre.

—¿Estás viva?

—El jurado aún está deliberando. —Intenté sonreír. El dolor atravesó mi rostro y me estremecí—. Ay.

—¿Te hice daño?

—No, los analgésicos han perdido su efecto. —Intenté girarme con suavidad, pero lo único que conseguí fue lastimar todo mi lado derecho—. Ay. —Finalmente, me dejé caer de espaldas.

Él se acercó con cuidado y apartó el cabello de mi rostro.

La ira se agitó en sus ojos.

—Soy un imbécil.

—¿Ahora te das cuenta?

—Debería haber esperado.

Le mostré mi mejor mirada seductora. Mis ojos hinchados a lo mejor la hacían parecer realmente estúpida.

—Esa no era tu decisión.

—Sí lo era.

—¿Cuál era la alternativa? ¿Dejarme de pie desnuda en tu sala? Porque los zapatos solo fueron el primer paso. Me iba a quitar la ropa igualmente.

—La alternativa habría sido no abalanzarme sobre ti y arrastrarte a mi dormitorio como una especie de neandertal.

Lo besé.

—Qué tonto…

—No empieces —me advirtió.

—¿Te das cuenta de que nunca podrás oírme decir eso sin pensar en sexo?

Negó con la cabeza.

—Siento romper tu burbuja, pero eso no cambia nada. Cada vez que dices algo, pienso en sexo. Cada vez que te veo, pienso en sexo.

Acaricié su rostro.

—¿Soy tan sexi con mi cara magullada y mi pelo desordenado?

Me besó con ternura.

—Sí.

—Déjame ver tu espalda —le pedí.

Se sentó y se giró. Toda su espalda estaba en carne viva. Parecía como si alguien lo hubiera arrastrado por un tramo de asfalto detrás

de un coche.

Gemí.

—Debería haberte puesto algo de ropa.

—Deberías haberme dejado. —Se dio la vuelta y se inclinó hacia mí—. La próxima vez que te diga que me dejes, te irás, ¿entendido?

—No. Haré lo que crea correcto. La próxima vez…

—¿Qué?

—¿Habrá una próxima vez?

—Podría haberla —respondió—. Este lío no ha terminado. Es un juego peligroso y ahora estamos en él. No hay vuelta atrás.

El recuerdo de él inmóvil en el círculo vino a mí. Recordé lo que le hice a David Howling… Era demasiado para mí. Me cubrí la cara con las manos.

—No —dijo él en voz baja.

—Rogan, le rompí el cuello a un hombre con mis propias manos. Ni siquiera sé cómo lo hice.

—Bueno. Lo hiciste bien. Demasiado bien incluso.

Lo miré fijamente.

—Fue rápido. No sufrió ni de lejos lo suficiente. Si yo le hubiera puesto las manos encima, lo habría hecho durar. En cambio, estaba tirado en el suelo, sin poder moverme, viendo cómo te golpeaba.

Me acerqué aún más a él. Se movió hacia el otro lado, el menos lastimado, y me atrajo hacia sí. Me tumbé con la cabeza sobre uno de sus esculpidos brazos.

—No la quiero —dije.

—¿No quieres qué?

—La vida de una principal. No la quiero.

—Demasiado tarde. —Me besó la cabeza—. Ya no hay elección.

Habíamos pasado por todo eso, y Olivia Charles seguía libre. Mientras siguiera libre, ninguno de nosotros estaría a salvo, y Cornelius seguiría esperando justicia. Teníamos que acabar con aquello.

Pero incluso si lo terminábamos… David había mencionado un césar. Olivia no era un césar. Cuando David mencionó su nombre, lo hizo como algo normal. Cuando dijo césar, su voz estaba llena de asombro.

—¿Bug consiguió algo del teléfono de David? —pregunté.

—Era nuevo y Howling fue cuidadoso con los mensajes y llamadas, todos iban a teléfonos desechables. Los mensajes son interesantes. Este asunto llega muy lejos. Al menos seis Casas están involucradas, probablemente muchas más. Y en el momento en que entramos en la oficina de Lenora, el vídeo llegó a Internet. —Sus labios se curvaron.

—Entonces, ¿por qué sonríes? —Fue un desastre. Habíamos pasado por todo eso, no teníamos nada que mostrar, y quien estuviera detrás de todo aquello obtuvo los disturbios que buscaba.

—Sonrío porque le envié el vídeo a Lenora la noche que lo conseguimos. Te gané a ti y a Bern por unos diez minutos.

Me incorporé.

—¿Qué?

—No actúes tan sorprendida. Sabía que se lo enviarías en el momento en que pediste una copia.

Lo miré fijamente.

—Puede que yo sea un dragón, pero tú eres una simple paladina. —Puso sus manos detrás de la cabeza, con un aspecto insoportablemente presumido.

—¿Por qué no me cuentas todo de una vez?

—Originalmente esta gente tenía dos opciones: podían continuar chantajeando a Howling o podían liberar la grabación de sus actos e incitar disturbios civiles. Tan pronto como se percataran de que poseíamos la grabación, divulgarían su propia versión de los hechos. Tenías razón. Si quieres desestabilizar la estructura de poder existente, tienes que incitar al público a la acción. Era solo cuestión de cronometrar el momento para causar el mayor daño. Estaban esperando el momento adecuado y, cuando Howling decidió guiñarte el ojo y sonreírte desde el otro lado de la sala para asegurarse de que lo vieras, me di cuenta de que ese momento estaba relacionado con nosotros. Éramos molestos porque seguíamos investigando. Teníamos que ser neutralizados. Tenían planes para ti y para mí. O más bien para nuestros cadáveres. Íbamos a ser el combustible para su hoguera.

Loco o no, Rogan era un héroe de guerra y un hombre que había salvado la ciudad de Adam Pierce. La ciudad de Houston estaba orgullosa de su hijo homicida y aterrador. Si publicaban el vídeo del asesinato de Garza y luego nos arrojaban en algún lugar público, muertos, desnudos, tirados como basura, el mensaje sería claro. «Matamos a vuestro representante y aquí está vuestro héroe, desnudo, humillado y muerto. No pudo protegerse a sí mismo ni a la mujer que lo acompañaba. Si han sido capaces de hacerle eso a él, imaginen lo que podrían hacerles a ustedes». Por eso Howling tuvo que recurrir a la hipotermia. Querían que nos matara la magia, pero que fuéramos reconocibles y que la gente supiera que morimos lentamente y sufriendo.

Houston seguramente se habría amotinado.

Rogan se acercó y deslizó sus dedos por mi brazo.

Exhalé lentamente. Habíamos estado tan cerca del desastre.

—Después de que te durmieras tras el robo de los hurones, Lenora me llamó a mi línea privada. Augustine, Lenora y yo hablamos. Ella tenía que poner a Richard Howling a salvo. Asumimos que lo estaban vigilando, así que Augustine ofreció sus servicios. Ese día, Richard Howling fue a trabajar como siempre, y luego se dividió. Un Howling subió a su oficina y el otro fue sacado en secreto por la Policía de Houston. Luego, ese primer Howling simplemente desapareció.

—¿Qué gana Augustine con esto?

—Augustine, a pesar de todas sus despiadadas maniobras empresariales, siempre intenta mantenerse del lado correcto de la ley y de la oficina de la fiscal de distrito. Del lado de Lenora en particular. Lo justifica diciendo que es bueno para los negocios. Aunque, en realidad, tiene esas molestas cosas llamadas principios.

—¿Augustine?

—Lo sé, sorprendente. —Rogan me sonrió y yo lo besé.

—¿Qué pasó después?

—Necesitábamos darle tiempo a Lenora para mover todas sus piezas de ajedrez a su lugar. El hecho de que Olivia y Howling atacaran a Baranovsky significaba que sabían que el vídeo existía y que él tenía una copia. O sobornaron a alguien o, lo más probable,

fue una simple deducción lógica. Elena de Trevino tenía acceso al vídeo y, si hubiera querido seguridad, le habría dado una copia a la persona más influyente que conociera para que lo custodiara.

Tenía sentido.

—Después de nuestra aparición, sabía que nos vigilarían. Uno no va a ver a Lenora sin pruebas, así que, en el momento en que hiciéramos ese movimiento, sumarían dos más dos y se darían cuenta de que o teníamos la grabación o sabíamos dónde estaba. Así que retrasé las cosas tanto como era viable, y luego tú y yo fuimos a visitar a Lenora a plena luz del día. Ella escenificó una actuación para satisfacer a quien fuera que estuviera escuchando. Mientras tanto, Howling estaba asegurado, y el segundo al mando de Lenora, Atwood, convocó una rueda de prensa. Cuando el vídeo llegó a las redes sociales, él estaba en medio del discurso explicando lo duros que eran. El estallido de Olivia se desvaneció sin mayor repercusión. Todavía hay indignación, pero no tanta como esperaban.

—Podrías haberme contado todo esto desde el principio.

—Estabas intentando decidir qué hacer con Augustine. No parecía el mejor momento.

—¿Y ahora qué?

—Resulta que la dominación forja un vínculo entre el dominador y la persona cuya mente están secuestrando. Richard Howling nombró a Olivia Charles como la dominadora que lo obligó a asesinar a Garza. Olivia ha desaparecido. Esa petición Verona que Lenora firmó especifica que somos libres de perseguir a David Howling y todos los asociados conocidos implicados en el asalto, lo que nos da vía libre contra Olivia, si podemos encontrarla. La oficina de la fiscal de distrito preferiría a Olivia Charles viva, pero entenderán si las circunstancias lo hacen imposible.

—Así que tenemos que encontrar a Olivia.

Rogan mostró los dientes con un gesto depredador.

—La gente de Howling puso un micrófono en mi coche. Un dispositivo muy sofisticado. Parece una chincheta. Pasamos por encima y se clavó en nuestro neumático. Howling vinculó su teléfono para saber dónde estábamos en todo momento. No se dio cuenta de

que cada vez que accedía a la aplicación, esta registraba su ubicación.

Me reí.

—David pasó mucho tiempo en un rancho a las afueras de Houston, propiedad de Dedalus Corp. Bug todavía está desentrañando quién está detrás. Es un complejo fortificado. Hace dieciséis horas, Olivia Charles llegó allí con guardias armados y un montón de maletas.

—¿Cuándo vamos?

—Mañana. Hay mucha gente en el complejo. Será una larga batalla.

—Necesito ir a ver a mi familia.

—Yo te llevaré —se ofreció Rogan.

—Pero ahora no.

—¿Qué te gustaría hacer ahora?

Me di la vuelta, apoyándome en su pecho.

—Me gustaría que me convencieras de que esto es real y estamos vivos. ¿Crees que podrías hacer eso, Mad Rogan?

Su magia se deslizó sobre mí. Sus ojos azules se oscurecieron.

—Sí.

Capítulo 15

Me senté en la sala multimedia de nuestro almacén. Mi cabeza zumbaba. Había tomado algunos de los fantásticos analgésicos que Daniela me envió a casa. Mataban el dolor, pero provocaban una ligera sensación de mareo y seguía queriendo girar hacia la derecha.

Mi familia lidió con mi nuevo rostro morado de la misma manera que manejó el hecho de que Mad Rogan me besara frente a todos antes de marcharse a su cuartel general al otro lado de la calle. Nadie dijo nada.

Lo echaba de menos. Se había ido hacía menos de dos horas y lo echaba de menos. Era patético.

Le comuniqué formalmente a Cornelius que Olivia Charles era la persona que había apretado el gatillo y asesinado a su esposa. David Howling ayudó, pero fue Olivia quien tomó el control de las mentes de la gente de Rogan. Cornelius me dio las gracias y se ofreció a liberarme del contrato con un pago completo.

—No —le dije—. Iré hasta el final con esto.

—De acuerdo —respondió él en voz baja.

Después, Matilda y él se fueron a la cocina. Cornelius quería preparar algo especial para cenar.

Mi madre revisaba los planes para el asalto. Mis dos hermanas estaban sentadas en silencio en la habitación. Leon estudiaba las imágenes del rancho en la televisión. Habían sido tomadas desde el aire. Cornelius y Bug habían acoplado una cámara al arnés de Talon.

El edificio se alzaba en un claro como una amenazante fortaleza española, y eso era exactamente: una estructura rectangular

enorme con torres de observación, muros gruesos y pasajes cubiertos. Bug informó de la presencia de ametralladoras M240G y M249.

—¿Cuánto personal hay armado? —preguntó mi madre.

—Calculan cerca de cien —dije—. Algunos exsoldados, algunas fuerzas de seguridad privada y algunos empleados civiles.

—¿Por qué Rogan no lo derrumba sin más? —preguntó Leon.

—Porque mataría a todos los que están dentro. No destruyes sin más un fuerte lleno de gente. Les das una oportunidad de rendirse. —El zumbido en mi cabeza dificultaba la concentración—. Algunos probablemente no tienen ni idea de en qué están involucrados.

—Pero sería más seguro —dijo Leon.

—Eso es lo que hacen los malos. Nosotros no somos los malos. —Al menos algunos de nosotros no lo éramos. Ya no estaba tan segura sobre mí misma—. Además, el contrato de Cornelius especifica el derecho a enfrentarse al asesino de Nari. Básicamente, no podemos matar a Olivia Charles.

—Los contratos son importantes. —Asintió Leon.

Miré a mi madre.

—Leon —dijo mamá—. Un hombre es un hombre porque tiene principios. Tiene líneas que no cruza. Muestra disciplina, compromiso y fuerza de voluntad para hacer el trabajo. Un hombre es alguien en quien se puede confiar porque se exige un estándar más alto. Así es como se gana el respeto. Necesitas sentarte y determinar dónde están tus líneas, o te convertirás en uno de esos imbéciles que todos desprecian porque estrangularían a sus propios parientes por dinero. —Miró a mis dos hermanas—. Lo mismo va para vosotras. Dije «hombre» porque le estaba hablando a él, pero el discurso también iba para vosotras.

Nadie dijo nada.

Catalina se aclaró la garganta.

—Nevada, ¿puedo hablar contigo?

—Claro.

—En tu oficina.

Me obligué a levantarme del sofá, caminé hasta mi oficina y me senté en mi silla. Catalina y Arabella me siguieron.

—¿Hay más de cien personas en ese edificio? —preguntó Catalina.

—Sí.

—¿Y están armados?

—Sí.

Mi hermana cuadró sus estrechos hombros.

—Entonces, voy contigo.

—Por supuesto que no.

—¿Y si te disparan? —Catalina se cruzó de brazos—. ¿Y si le disparan a Rogan o a Cornelius? ¿O a alguno de sus hombres?

—Todos somos adultos. Nosotros…

—No voy a perderte por esto. Esa gente vino aquí e intentó matarnos. Intentaron asesinar a Matilda.

—Lo cual es una mierda —intervino Arabella.

—Ese lenguaje —le advertí.

Sacudió su cabeza rubia.

—Oh, cállate, Nevada, tú maldices como un marinero.

—Tengo veinticinco años —gruñí.

—Bueno, yo tengo quince y tengo más motivos para maldecir que tú.

—¡Si yo voy, nadie tendrá que recibir un disparo! —gritó Catalina por encima de nosotras.

—No —insistí.

Ella se enfrentó a mí.

—Sí.

—No puedes controlarlo.

—Sí puedo. —Levantó la barbilla—. He mejorado en eso.

—¿Ah, sí? —Ladeé la cabeza—. ¿Puedes desengancharte?

—Hasta cierto punto —respondió.

—No tiene que desengancharse —intervino Arabella—. Yo la sacaré.

—¿Pretendes sacarla a la vista de un montón de gente? ¿Habéis perdido la cabeza?

—De todos modos, no importa —contestó Arabella.

—Lo sabemos —añadió Catalina.

—¿Saber qué?

—Mamá nos habló sobre Tremaine —dijo Catalina—. Sabemos lo de la otra abuela.

Me froté la cara. Tenían derecho a saberlo, pero realmente deseaba que mi madre hubiera esperado. El silencio cayó sobre nosotras como un pesado ladrillo.

—¿Qué pasará si nos encuentra? —preguntó Arabella.

—Cosas malas. —No quería entrar en detalles.

—¿Cómo vamos a proteger a mamá? Además, ella piensa que acabaré en una jaula.

Décadas sin información y luego toda la información de golpe. Gracias, mamá.

—Mamá estará bien y nadie te meterá en una jaula. Cuando esto termine, formaremos una Casa.

Me miraron fijamente. Eran tan diferentes: la alta y esbelta Catalina con su largo cabello oscuro, y la baja y atlética Arabella de rizos rubios. Cómo diablos lograban tener una expresión idéntica en sus rostros, nunca lo sabría.

—¿Nuestra propia Casa? —preguntó Arabella.

—Sí. Si formamos una Casa, no podrá tocarnos durante tres años. Eso nos daría tiempo suficiente para establecernos.

—No formaremos ninguna Casa si estás muerta —soltó Catalina—. Voy contigo, Nevada. No puedes detenerme.

—Sí puedo. Eres menor de edad.

Catalina alzó la barbilla.

—Soy una principal.

—Yo también.

—Sí, sí, todas somos especiales —intervino Arabella—. Pero ella tiene razón. ¿Y si tú…?

—Voy a hacerlo —insistió Catalina—. No dejaré que os hagan daño a ti, a Cornelius, a Matilda ni a nadie más. Si se hace a mi manera, nadie saldrá herido.

Supongo que así fue como me vieron mis padres hacía ocho años, cuando les dije que no se vendería la empresa familiar. Que me haría cargo y la mantendría a flote. Y lo hice. También tenía diecisiete años.

Tenía razón. Si ella se involucraba, reduciríamos las bajas y heridos al mínimo.

—De acuerdo. —Me recliné—. Lo harás y después harás todo lo posible por desengancharte. —Me volví hacia Arabella—. Tú la sacarás. No herirás a nadie. Agarrarás a tu hermana y saldrás de allí cagando leches. Nada de heroicidades.

Soltó un chillido agudo.

—¡Vale, jefa!

—No le contaremos esto a mamá —continué—. Nada de indirectas ni comentarios graciosos.

Catalina y yo miramos a Arabella.

—¡No diré nada!

—Vale. —Esperaba no arrepentirme.

Salieron de mi oficina y llamé a Rogan. Contestó de inmediato.

—¿Sí?

—Probablemente no necesitemos asediar el fuerte. Vendrán mis hermanas.

Se quedó callado durante un largo rato.

—¿Qué debo planear? —preguntó al fin.

—Un equipo de asalto lo bastante grande para contener a Olivia Charles. Pero no necesitaremos tomar el castillo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No pareces entusiasmada.

—No lo estoy. —Probablemente no era buen momento para explicar todas las dificultades que causaba la magia de Catalina—. Solo necesitamos que Catalina llegue a una reunión de gente lo bastante numerosa dentro de la fortaleza. Cuanta más gente, mejor. ¿Confías en mí? —No pretendía que sonara como una pregunta.

—Vale —respondió.

El silencio se alargó. Deseaba verlo tanto…

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En mi oficina. ¿Y tú?

—Fuera de tu puerta.

Mi corazón se aceleró. Me levanté, bajé las persianas de mi oficina, cerré con llave la puerta entre el pasillo del negocio y el

resto de la casa, y abrí la puerta principal. Se apartó el teléfono de la oreja y entró. Caminamos hasta mi oficina. Cerré la puerta tras nosotros, y entonces sus brazos me rodearon y me olvidé de todo lo demás. Me dio un beso largo y ansioso. Los recuerdos de él tumbado desnudo a mi lado giraron en mi cabeza. Lo besé y lo besé, mordisqueando sus labios, lamiendo su lengua, robándole el aliento…

Mi teléfono sonó. Lo ignoré. Su teléfono pitó.

El intercomunicador se encendió y la voz de Bern brotó de él.

—Nevada, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo. Es urgente.

El teléfono de Rogan pitó otra vez, luego otra, y después emitió un agudo zumbido electrónico. Gruñó y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

Una vocecita al otro lado dijo algo con tono urgente. Rogan puso los ojos en blanco.

—Sí. Sí. No. Ocúpate tú. Sí.

Apagó el teléfono y lo tiró sobre la mesa. Volvió a sonar. Lo miró como si fuera una serpiente.

—Cógelo —le dije.

Se volvió hacia mí. No quedaba rastro de Mad Rogan en su rostro. Solo había un hombre y estaba frustrado como el demonio.

—Cuando esto acabe, en cualquier sitio. Donde tú quieras.

—¿Existe de verdad esa cabaña en las montañas?

—Sí.

—Llévame allí —le pedí.

Diez minutos después, entré en la Cabaña del Mal y me encontré a mis dos hermanas de pie junto al ordenador de Bernard.

El rostro de mi primo estaba pálido.

—Augustine envió esto.

Presionó una tecla y un vídeo llenó la pantalla, mostrando el interior ultramoderno de su despacho en MII. La cámara estaba justo detrás y a la derecha de Augustine. La puerta estaba abierta. Las paredes de cristal normalmente opacas que dividían su espacio de trabajo se veían transparentes, y desde ese punto de vista podíamos ver hasta el escritorio de la recepcionista. Lina no estaba. En su lugar, un joven ocupaba la silla trabajando en su ordenador.

Nunca lo había visto antes y probablemente no sabía que yo existía. Una mujer alta entró en el pasillo, su rostro marcado por la edad.

Se mantenía erguida como una vara, su cabello plateado cuidadosamente peinado, sus ojos marrones oscuros desafiando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Dos guardaespaldas la seguían, vestidos con trajes, ambos de mandíbula cuadrada con idénticos cortes de pelo corto e idéntica expresión.

Augustine se puso de pie.

—*Buenas tardes, señora Tremaine. ¿A qué debo el honor?*

Ella lo miró fijamente, sus ojos midiéndolo con la precisión letal de un depredador avistando a su presa. Sentí unas garras gélidas agarrándose a mi columna.

Victoria Tremaine se dio la vuelta sin decir una sola palabra y volvió por donde había venido.

Llevaba un chaleco antibalas Scorpion, un casco, un traje de asalto urbano y botas. La gente de Rogan me ofreció una ametralladora ligera, pero me quedé con mi Baby Desert Eagle. Me sentía cómoda con ella.

Nos habíamos agazapado en la maleza de Texas en el borde del perímetro de la valla que rodeaba la fortaleza de Olivia Charles. Delante, un guardia solitario estaba sentado en una garita.

Me sentía como una tortuga. ¿Cómo diablos habían llevado mi madre y mi abuela ese equipo durante años?

A mi lado, Arabella, que llevaba el mismo atuendo que yo, frunció los labios y se hizo un selfi. Uf.

—¿Recuerdas la ruta de salida? —le pregunté.

Asintió.

—Vamos hacia el norte, un esprint rápido, ocho kilómetros por la maleza hasta el helicóptero de Rogan. Lo tengo. Deja de preocuparte.

Una limusina apareció por la carretera y se detuvo ante la puerta.

—¿Estás segura de que esto funcionará? —preguntó Cornelius.

—Sí —le respondí.

Cornelius me preocupaba. No había traído animales ni armas que yo pudiera ver. Su rostro estaba tranquilo, sus ojos distantes. Algo extraño ocurría en su cabeza.

—Es que tu hermana es tan tímida —murmuró—. He estado en tu casa durante una semana y apenas me ha dirigido la palabra.

La ventanilla de la limusina bajó. No podía ver el interior desde aquel ángulo, pero sabía quién estaba dentro. Melosa, en el asiento del conductor, estaba lista para activar su escudo de égida en cualquier momento. Mi hermana en el asiento del copiloto y Rivera en la parte trasera, armado hasta los dientes.

El guardia dijo algo.

«Vamos, Catalina. Tú puedes hacerlo».

La puerta se abrió. El guardia salió de su garita y se colocó junto al coche.

—Vale. —Me puse en pie.

A unos metros, Rogan salió de detrás de un árbol. Si algo salía mal, planeaba arrasar la garita con el guardia dentro. Me sacudí las ramitas y me acerqué trotando a la limusina. A mi alrededor, el equipo de asalto de Rogan, compuesto por seis personas que él mismo había elegido, tomaron posición. Cornelius se encogió de hombros a mi lado.

Rogan se unió a nosotros. Corrimos hacia la limusina, donde esperaba el guardia. Nos vio y guiñó un ojo. Su cara cambió convirtiéndose en el familiar y perfecto rostro de Augustine.

—¿Has traído niños, Rogan? Eso es caer muy bajo para ti.

—¿Qué haces aquí? —dijo Rogan.

—No me lo perdería. ¿Y dejarte toda la gloria y la información para ti solo? —Augustine se subió las gafas por el puente de la nariz —. ¿Vamos?

La limusina avanzó. La seguimos. Un segundo punto de control se alzaba delante.

—¿Es un soldado de verdad esta vez? —pregunté.

—Sí.

La limusina se detuvo, la ventanilla bajó y sentí un cambio en la magia a lo lejos, apenas un destello, como una gota de lluvia en la noche. El soldado salió de su garita y caminó junto a la limusina.

Avanzamos por la carretera hasta la garita en la entrada de la fortaleza. Nos vieron. Las armas se alzaron.

El soldado hizo un gesto a los guardias. La limusina se detuvo de nuevo. Los guardias bajaron sus armas y se unieron al soldado.

—¿Qué es exactamente tu hermana? —preguntó Augustine.

—Ya lo verás. —No había nombre para ello. Nunca se había registrado un talento así. Pero no era algo que se pudiera olvidar—. No la mires directamente cuando empiece.

Los soldados abrieron las enormes puertas principales, luego uno de ellos se acercó al lado de la limusina y abrió la puerta. Catalina salió. El soldado esperó detrás de ella, con el rostro relajado, atento como un botones de un hotel de lujo. Melosa salió del coche. Tenía los ojos abiertos como platos.

Catalina se dio la vuelta y nos saludó con la mano. Aceleré el paso, intentando acortar la distancia. Un hombre mayor con uniforme gris y porte militar nos sonrió.

—¿Sois amigos de ella? —preguntó el hombre.

—Sí —respondí.

—Qué bien. Venid, os mostraré el interior. Es hora del almuerzo.

Catalina cuadró los hombros y entró en la fortaleza.

Dos centinelas se levantaron de sus asientos. El soldado mayor les hizo un gesto.

—Venid conmigo.

Caminamos por el estrecho pasillo, giramos a la derecha, luego a la izquierda. Tenía un sabor a moneda de cobre en la boca. Nunca debería haberle permitido hacer aquello. Al frente, una puerta abierta dejaba ver una gran cafetería.

El equipo de asalto que me rodeaba se puso los tapones para los oídos y se detuvo. Habíamos repasado la maniobra durante la fase de planificación. Si entraban en ese comedor, no nos quedaría equipo de asalto. Rogan, Cornelius, Arabella, Augustine y yo seguimos a Catalina. Les había dicho que era mala idea. Decidieron hacerlo de todos modos.

Al menos sesenta personas estaban sentadas a las mesas, comiendo. Todos se detuvieron y nos miraron.

—¡Hola! —Sonrió mi hermana.

—¿Hola? —dijo una mujer desde la mesa más cercana—. ¿Quién eres?

—Solo soy una niña.

Todos aquellos ojos la observaban.

—Voy al Instituto Cedar. No vais a creer lo que me pasó ayer en clase de Álgebra.

Rogan me miró.

«Observa», articulé sin voz.

—Estaba sentada en mi pupitre y Dace Collins acababa de romper con su novia.

Sesenta personas en la sala y ni una sola estaba comiendo. Permanecían completamente inmóviles.

—Lo hizo frente a toda la clase. Ella lloró. Fue tan incómodo. No sabía qué hacer.

La sala estaba en silencio.

—Dace Collins es un imbécil —dijo un hombre a la izquierda.

—Sí, ¿qué demonios? —habló un joven a la derecha—. ¿Qué clase de idiota hace algo así?

—No te preocupes, cariño —se dirigió a Catalina la primera mujer —. No te estreses por eso. No vale la pena.

—¿Cómo se atreve a ponerte en esa situación? No deberías tener que sentirte avergonzada por él y su novia —intervino otra mujer—. ¿Quieres que vayamos a por él? Porque iremos ahora mismo.

El soldado mayor asintió a la multitud.

—Jake y Marsha, traed un vehículo del parque móvil, encontrad a ese Dace y traedlo aquí. Tendremos una pequeña charla y le enseñaremos cómo tratar a una dama.

—No, no, está bien —dijo Catalina. Conseguir a Dace Collins habría sido difícil, ya que era un personaje de *Liars*, la última telenovela para adolescentes—. ¿Os gustaría escuchar el resto de la historia?

—Sí —respondieron varias voces al unísono—. Sí, por favor.

Se acercaron a ella, formando un semicírculo cerrado.

—Esa distancia es suficiente —dijo mi hermana.

No querían detenerse, pero obedecieron.

—Quiero contaros el resto de la historia, pero ¿podemos traer al resto de la gente? Quizás los demás también quieran escuchar lo que sucedió.

El soldado mayor habló por su radio.

—Que todo el personal se presente en el comedor inmediatamente. Repito, que todo el personal se presente en el comedor inmediatamente. —Después miró a Catalina con una sonrisa suave—. Vendrán enseguida.

—Perfecto. Por favor, sentaos.

Todos se sentaron en el suelo al mismo tiempo con una gran expectación brillando en sus rostros. A mi lado, Cornelius hizo amago de doblar las rodillas. Lo agarré del brazo y lo mantuve en pie.

—Mi amigo va a hacer un agujero en esa pared. —Catalina señaló la pared del fondo—. Para que tengamos más luz.

—Es una idea excelente.

—Sí, más luz nunca está de más.

Le di un codazo a Rogan. Levantó la mano. Una grieta atravesó la pared del fondo, abriendo un hueco de siete metros en el hormigón reforzado.

—Más grande —murmuré. Arabella necesitaría una salida rápida. El hueco creció hasta los doce metros.

—Más grande.

La pared explotó.

—¡Gracias! —dijo Catalina.

—Eres muy amable —le dijo uno de los soldados a Rogan—. Me alegro de que tenga amigos tan buenos como tú.

—¿Es tu hermano? —quiso saber una mujer.

—No, es el novio de mi hermana.

—¡Tienes una hermana! Eso es genial. Yo también tengo una hermana.

Más gente entró en tropel al comedor. Un hombre atlético con una larga cicatriz en la cara encabezaba el grupo. Nos vio y entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Está contando una historia —dijo el soldado mayor—. Tienes que escuchar esto, Gabe. Es una historia increíble.

—¿Habéis perdido la cabeza?

—Bienvenido, Gabriel —dijo mi hermana—. Bienvenidos todos.

Los ojos de Gabriel se suavizaron. Levantó la mano. Una tímida sonrisa se dibujó en su rostro duro.

—Hola.

—Les estaba hablando sobre Dace —dijo Catalina—. Sí. Dace es uno de esos tipos que ni fu ni fa. No es listo ni atlético. Solo deambula por la escuela intentando parecer rebelde…

La miraban con absoluta atención.

—Tenemos que irnos —murmuré.

Rogan se sobresaltó, como si despertara.

—Espera —dijo Augustine—. Quiero oír el final de esto.

—No, no quieres.

—No, en serio, esto es fascinante —susurró Cornelius.

Rogan agarró con el brazo derecho el hombro de Augustine, con el izquierdo el de Cornelius, y los arrastró hacia la puerta.

—¿Podrás con esto? —le pregunté a Arabella.

Ella asintió.

—No la atraparán.

Salí y cerré la puerta tras de mí. El equipo de asalto había cerrado filas y seguía caminando, conduciendo a Augustine y Cornelius por el pasillo. Estábamos a veinte metros cuando dejaron de mirar por encima del hombro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Augustine, aturdido.

—Amor —le dije—. La aman.

—¿Por eso Matilda la aprecia tanto? —preguntó Cornelius.

—No. Catalina nunca usa su magia con sus seres queridos. Matilda la aprecia porque mi hermana es amable y la cuida. Tenemos unos treinta minutos. Cuanto más tiempo permanezcan cerca de ella, más la amarán. Al final querrán tocarla. Querrán un trozo de su ropa, un mechón de su pelo o un dedo. Ella no puede evitarlo. En veinte minutos Arabella tendrá que sacarla de allí, o la despedazarán.

—Pero ¿qué hay de Arabella? —preguntó Cornelius.

—Ella y yo somos inmunes. Es nuestra hermana. Ya la amamos tanto como es posible.

Corrimos por los estrechos pasillos, registrando habitación por habitación. Tan pronto como despejamos el pasillo del comedor, Cornelius comenzó a tararear. Era una melodía incesante, casi hipnótica. No sonaba como ninguna canción que hubiera escuchado antes. Quizá tanta presión al final le había hecho perder la cabeza.

Tres personas nos atacaron. El equipo de asalto derribó a dos mientras Rogan chocó con el tercero y lo retorció como una muñeca de trapo. El hombre se desplomó en el suelo, respirando agitadamente, con la pierna derecha doblada en un ángulo extraño. Me agaché junto a él.

—¿Dónde está Olivia Charles?

Las manos del hombre se cerraron en puños. Se resistió, pero mi magia era demasiado fuerte.

—Abajo. Está en la habitación al final del pasillo.

Lo dejamos allí tirado, sollozando.

Ocho minutos después llegamos a la habitación, un gran espacio vacío, con las paredes y el suelo completamente negros. Había visto una habitación así antes, en MII. Estaba pintada con pintura de pizarra. Un círculo a medio terminar marcaba el suelo, con un trozo de tiza abandonado junto a él. Olivia Charles no estaba a la vista. Nos dispersamos por la habitación. No había más puertas además de aquella por la que habíamos entrado.

La radio de Rogan se activó.

—SWAT en camino —informó Bug—. Tres vehículos.

Lenora Jordan debía de haberse cansado de esperar. Me volví hacia Rogan y mantuve la voz baja.

—Tenemos que encontrar a Olivia ahora. Si los del SWAT ven a Arabella intentarán matarla.

—Ella está aquí —afirmó Cornelius.

Estaba de pie junto a una pared. Rogan y yo nos movimos para situarnos junto a él.

—¿Estás seguro? —preguntó Rogan.

—Sí. —Cornelius asintió, con los ojos nublados—. Está aquí.

Rogan miró la pared. Esta tembló.

Colin, un hombre bajo de pelo oscuro, levantó su arma. Rivera lo agarró por el cuello antes de que Olivia lo obligara a hacer cualquier otra cosa.

Me enfrenté a la pared, reuní mi magia y golpeé la mente que había detrás.

El poder me atizó con fuerza, presionando mi mente con un tornillo de acero de una forma insoportable. Lo único que pude hacer fue intentar contenerlo.

Colin dejó de luchar y se sujetó la cabeza.

Por el rabillo del ojo vi a Rogan en el suelo junto a mis pies. Me estaba quitando la bota izquierda, luego la derecha.

—¿Señor? —dijo Rivera—. ¿Podría romper la pared, señor?

—Nunca interrumpas a dos magos mentales en duelo —dijo Augustine—. Si matas a uno, el otro podría quedarse sin mente.

La presión del tornillo en mi mente aumentó.

Solo tenía que aguantar. Mientras luchara conmigo, no podría llegar a nadie más.

Mis pies descalzos tocaron el suelo. Rogan se movió a mi alrededor, dibujando.

Ella estaba aplastando mi mente como una nuez.

La magia cobró vida bajo mis pies. Era como aterrizar en la superficie de un estanque, pero en lugar de agua, su superficie era poder puro. Rogan había dibujado un círculo de amplificación. Envié mi magia hacia él, entregándome un poco más al dolor, y rebotó de vuelta hacia mí, haciéndome más fuerte. La magia corría por mis venas. Reboté otra vez, y otra, y otra. Cinco. Más serían demasiadas.

Rompí el tornillo. Volvió disparado y aprisionó mi mente de nuevo, convirtiéndose en grilletes.

La habitación desapareció. Me encontraba en una gran caverna oscura. La luz se acumulaba en un círculo alrededor de mis pies. Mis manos brillaban con una luz pálida casi blanca con un leve toque amarillo. A mi lado, vi otras formas: algo dorado que presentía que era Cornelius, un faro azul brillante que tenía que ser Rogan y una mezcla de blanco y gris que debía de ser Augustine. Ante mí, otra

forma humanoide se alzaba en un círculo similar, su luz latiendo en violeta. Más allá de nosotros, en la distancia, esperaban otras dos formas, una pálida y amarilla clara, como yo, y otra envuelta en un rojo llamativo. Catalina y Arabella.

«¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?».

La magia enemiga me apretó, intentando aplastarme.

Rompí los grilletes. La presencia violeta retrocedió y atacó de nuevo, envolviendo cadenas invisibles a mi alrededor, intentando atarme. Busqué en mi interior y dejé que la magia explotara. Brotó de mí, una poderosa inundación de luz.

Mi cuerpo temblaba bajo la tensión. Ella estaba envolviendo su voluntad alrededor de mí. Me sentía desenredándome, retrocediendo cada vez más hacia mi centro.

La luz de mis hermanas se desvanecía.

Tenía que ganar. Ganaría. Tenía que saber quién era el titiritero invisible, tirando de todos los hilos entre bastidores. Tenía que conocer al césar porque, si fallaba, seguiría enviando gente para acabar con mi familia. Tenía que descubrirlo.

Más cadenas surgieron de la oscuridad, intentando contenerme. «No. No me atarás. No puedes controlar mi mente. Seré libre». Empujé. Tenía que ganar.

La primera cadena se quebró, rompiéndose. Luego otra y otra.

«Nadie me controla excepto yo».

Las cadenas se rompieron. La otra figura brillante gritó. Mi magia se extendió y la engulló de un solo trago. La caverna explotó a nuestro alrededor, haciéndose añicos.

Abrí la boca y dejé que mi magia hablara.

—¿Cómo abro esta puerta?

—Hay un panel en el lado izquierdo —respondió la voz de Olivia Charles desde algún altavoz oculto—. El código es 31AC.

El año en que se consolidó el Imperio Romano tras la batalla de Actium.

Rogan abrió el panel e introdujo el código. Algo resonó dentro de la pared. Se deslizó a un lado un par de centímetros y se detuvo.

—¿Por qué no se ha abierto la puerta? —Un dolor sordo comenzó dentro de mí. Mi magia aún no estaba al cien por cien después de

haberme agotado al electrocutar a David Howling. Estaba a punto de quedarme sin poder.

—He desactivado el mecanismo desde dentro.

—Se nos acabó el tiempo. —Rogan levantó la mano—. ¿Lo tienes claro?

Me dejé ir, retrayendo mi magia hacia mí.

—Sí.

La sección de la pared tembló. Grietas finas la partieron con un estruendo atronador. Los trozos separados de la pared se estremecieron y se precipitaron entre nosotros en una explosión controlada, revelando una pequeña habitación. Dentro, en un círculo de amplificación, estaba Olivia Charles. Su mirada se fijó en mí.

—¡Tú!

—Yo.

Su mirada se movió hacia Rogan.

—Disfruta de tu patético triunfo. No durará.

Me acerqué y miré en su mente. Mierda.

—Ha sido hechizada —dije—. Tiene lo que necesitamos, pero llevará mucho tiempo extraerlo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Rogan.

—Días. —Ese era el tiempo que me llevaría regenerar suficiente magia para deshacer su hechizo.

—No —dijo Cornelius con su voz inquietante, su palabra impregnada de emoción—. Asesinó a mi esposa.

El conflicto se agitó en los ojos de Rogan. Necesitábamos a Olivia. La necesitábamos desesperadamente.

Los músculos de su mandíbula se tensaron. Lo había prometido.

Rogan abrió la boca.

—Mantengo mi palabra. Es tuya.

—Déjala ir —me dijo Cornelius.

La solté. Un momento más y habría perdido el control.

Cornelius miró a Olivia, su rostro pálido.

—Le quitaste la vida a Nari. Me quitaste a mi esposa. Le quitaste la madre a mi hija.

Olivia lo miró con desprecio.

—¿Y qué vas a hacer? No eres más que un hombrecillo patético. Ni siquiera eres un principal. ¿Vas a invocar una camada de cachorros para que me maten a lametazos? ¡Adelante!

—Cuando mi abuelo vino a este país —dijo Cornelius—, tomó un nuevo nombre, uno que sería familiar para sus nuevos compatriotas.

Olivia se cruzó de brazos.

—Nuestro verdadero apellido no es Harrison. Es Hamelín.

Un sonido bajo como el ruido de una cascada comenzó a oírse detrás de nosotros de manera insistente y extrañamente perturbadora.

—No llevamos el nombre del lugar donde nacimos. Llevamos el nombre del lugar donde años antes de que se descubriera el suero Osiris nuestro antepasado se hizo famoso por su magia.

Cornelius abrió la boca y emitió un sonido alargado. Una ola negra irrumpió en la habitación. Se agitaba y se movía, avanzando con fuerza, no de manera uniforme, sino compuesta de miles de pequeños cuerpos.

Olivia Charles gritó aterrorizada.

La voz de Cornelius se elevó, imperiosa y hermosa. Te llegaba directamente al pecho, tomaba tu corazón en un puño frío y lo mantenía quieto. La ola surgió entre nosotros y envolvió a Olivia, enterrando su cuerpo. Ella chilló y se agitó, pero las ratas seguían llegando, miles y miles de ellas, hasta que se convirtió en un montículo arremolinado de pelaje. No había nada que pudiera hacer excepto quedarme allí y escuchar cómo la devoraban viva mientras El flautista de Hamelín de Houston cantaba como un ángel, lamentando el amor de su vida.

Me senté en mi oficina y observé cómo los corresponsales de Eyewitness News perdían la compostura ante una imagen fija de los restos esqueléticos de Olivia Charles. No tenía ni idea de cómo la habían conseguido. La Policía de Houston había acordonado la escena más que una camisa de fuerza. Cuando salimos del edificio, mis hermanas se habían ido junto con la mayoría de los guardias de la fortaleza. El SWAT las encontró más tarde, vagando entre la

maleza, llorando y contando historias sobre la chica y una cosa que se la llevó. Nadie podía describir con precisión aquella cosa, solo que era enorme y monstruosa, lo cual fue una buena noticia. Nos habíamos librado por poco.

Lenora exigió la presencia de Rogan y Cornelius para un informe y montañas de papeleo. No me invitaron, por lo que estaba agradecida. Me fui a casa, abracé a mis hermanas, pedí *pizza* y me quedé dormida en el sofá antes de que llegara.

Era por la tarde —había dormido toda la mañana y habría dormido más, pero abuela Frida se preocupó y me puso hielo en la cara para asegurarse de que no estuviera en coma. Tocaba ajustar cuentas con mi cliente, que estaría a punto llegar en cualquier momento. Había pasado todo el día haciendo mudanza.

No había tenido noticias de Rogan. Ni llamadas, ni mensajes, nada. Habían pasado menos de veinticuatro horas sin que tuviéramos contacto, pero tenía una inquietante sensación de *déjà vu*. No podía desaparecer de nuevo.

Como si fuera una señal, Cornelius atravesó la puerta que separaba la oficina del resto de la casa y golpeó en la pared de cristal de mi despacho.

Cerré mi portátil.

—Por favor, pasa.

Entró y se sentó en la silla.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

Lo pensó unos segundos antes de responder:

—Aliviado. La ira se ha ido. Solo me queda el dolor. Gracias por todo lo que has hecho.

—De nada. Me alegro de que estés aliviado.

—Si puedo preguntar, ¿por qué el cambio de opinión? —dijo Cornelius—. Antes eras inflexible en que no querías contribuir a la muerte del asesino.

—David Howling envió una amenaza de muerte a Matilda.

Cornelius se enderezó.

—¿Por qué no se me informó?

—Porque esa amenaza estaba diseñada para desestabilizarte. Estaba preocupada por tu estado mental. No dormías y seguías

llevando sacos misteriosos a lugares extraños.

—Eran sacos de grano —dijo Cornelius—. Las ratas necesitan mucha comida para reproducirse. Son criaturas incomprendidas. En realidad, son animales inteligentes. Los estudios han demostrado que las ratas alimentan a sus compañeros enjaulados antes de comer ellas mismas, por ejemplo. Pero la gente tiene un miedo instintivo hacia ellas, así que guardé en secreto mi idea de venganza. Y no, no estaba trastornado.

—Tenía que tomar una decisión y la tomé.

Él asintió.

—Por favor, continúa.

—Cuando Howling nos confrontó a Rogan y a mí en el círculo, me aseguró que no disfrutaba del asesinato de niños y que ataría ese cabo suelto con el mínimo dolor.

Cornelius apretó la mandíbula.

—Me di cuenta de que mientras Olivia Charles y él vivieran, tu hija no estaría a salvo. También me di cuenta de que Olivia nunca permitiría que la capturaran e interrogaran. No sé por qué, pero su devoción a este nuevo césar es absoluta. Cuando Howling hablaba de su nueva visión, su rostro se iluminaba. De verdad creen que son patriotas. Los defensores de la patria no se acogen a la clemencia del Estado. Se alzan como mártires. Podía haberme lavado las manos y dejar que Rogan y tú hicierais el trabajo pesado o bien podía ayudar. Elegí ayudar y viviré con esa decisión.

Abrí el archivo y le entregué la factura.

—Esta es tu factura final.

La miró por un momento.

—¿Eso es todo?

—Sí. Verás el desglose final de horas y gastos abajo. El cargo del vestido tiene una explicación. Debido a circunstancias fuera de mi control, no pude devolverlo a tiempo, así que me cobraron una tarifa adicional de dos mil dólares. Como estas circunstancias ocurrieron como resultado directo de la investigación, el recargo se te transfirió a ti. Con tu deducible de cincuenta mil dólares aplicado, tu factura final asciende a siete mil doscientos cuarenta y cinco dólares exactos.

Cornelius sacó su chequera y firmó uno a mi nombre. Normalmente no aceptaba cheques, pero no tenía duda de que el suyo sería válido.

—Gracias.

Firmé el recibo y se lo pasé. Lo miró.

—Siento que no es suficiente —me dijo.

—Podrías pagar más, si quieres, pero sospecho que necesitarás ese dinero. ¿Qué harás ahora? —No añadí «ya que tu esposa está muerta». Nari era quien más ingresos aportaba a la familia.

—Encontraré un trabajo. Esperaba pedirte uno.

—¿A mí?

—Sí. He visto lo que haces. Creo que sería un activo valioso.

Parpadeé. Nadie fuera de mi familia me había pedido trabajo antes. Si pudiera contratarlo, bailaría de alegría. Entre los pájaros, los gatos y los hurones, podríamos expandir nuestra vigilancia mientras minimizamos el riesgo. Ganaríamos el doble de dinero.

Sí. La respuesta era un gran sí.

—Me encantaría que trabajaras para nosotros.

—Presiento un pero… —dijo él.

—Eres miembro de una Casa y tu magia es increíble. No puedo pagarte lo que vales.

—¿Cómo sueles calcular tu nómina? —me preguntó.

—Depende del caso. Bernard cobra por hora. Normalmente no ve un caso desde el principio hasta el final. Por lo general, sus servicios se requieren según sea necesario. A veces mis hermanas toman casos individuales y ganan comisiones tras resolverlos con éxito. La empresa se queda con el treinta por ciento de los honorarios, el contratista con el setenta. Proporcionamos seguro dental y médico.

—Trabajaría por comisión.

—No sería mucho dinero para empezar.

—Tengo un colchón —afirmó Cornelius—. De hecho, tú me lo proporcionaste. Vine a la oficina preparado para firmar un cheque de medio millón.

—Creí que te había explicado nuestras tarifas.

—Sí. —Sonrió—. Pero no esperaba que te atuvieras a ese acuerdo.

—Bueno, eso es algo que tendrás que tener en cuenta. Lo que se presupuesta al cliente es lo que se cobra. Tenemos reglas. Regla número uno, permanecemos fieles a quien nos contrata. Una vez contratados, no cambiamos de bando. Regla número dos, no infringimos la ley a menos que haya circunstancias extremadamente inusuales. Regla número tres, al final del día tenemos que poder vivir con las decisiones que tomamos.

Cornelius se quedó pensando.

Un fuerte estruendo llegó desde fuera. Cuando Rogan apareciera por fin, tendría que discutir con él todo ese asunto de convertir la zona en un campamento militar. En algún momento tendría que volver a los negocios normales sin todo aquel alboroto. Si es que aparecía. La preocupación me invadió. Tal vez había cambiado de opinión.

No. Solo era mi ansiedad hablando.

—De acuerdo —aceptó Cornelius—. ¿Cuándo puedo empezar?

Era miércoles. Necesitaría al menos unos días de descanso.

—La próxima semana.

—Hasta la próxima semana, entonces.

Se levantó y me ofreció su mano. Me puse de pie y la estreché.

—Me marcho.

Se fue y me desplomé de nuevo en mi silla. Acabábamos de adquirir nuestro primer empleado permanente.

Oí la puerta abrirse. El ruido retumbante invadió la habitación. Aquello ya era demasiado.

—¡Nevada! —llamó Cornelius, tratando de gritar por encima del rugido mecánico—. ¡Creo que esto es para ti!

¿Y ahora qué? Me levanté y salí al pasillo.

Un helicóptero militar de aspecto extraño estaba posado en medio de la intersección, sus aspas giratorias azotando la calle con viento artificial. Rogan caminaba hacia mí.

Qué…

Acortó la distancia y tomó mi mano.

—Vamos.

—¿A dónde vamos?

—Dijiste que querías ver la cabaña. —Sonrió.

—No tengo ropa.
Me guiñó un ojo.
—No necesitarás ropa.
El calor me subió a las mejillas.
—Necesito decirle a mi familia…
—Puedes llamarlos desde el aire.
—Pero…
Sus ojos azules se reían de mí, cálidos y luminosos.
—Ven conmigo, Nevada.
Cerré la boca y corrí con él hacia el helicóptero.

Epílogo

Nevada formó una bola con un montón de nieve. Su sonrisa prácticamente brillaba. Nunca había visto a nadie tan feliz jugando en la nieve. Era asombroso que la nieve no se derritiera a su alrededor. Ella era como la primavera, cálida y llena de vitalidad y esperanza. Cuando estaba con ella, no podía sentir el frío.

Habían disfrutado de tres días de completa felicidad sin hacer nada más que jugar en la nieve, comer bien, fuego en la chimenea y sexo ardiente. Rogan deseaba quedarse en aquel refugio eternamente. Pero sabía que no podían, y pensar en volver le daba miedo. Sería como volver a una guerra.

«Relájate», se dijo. «Ella está contigo, segura y feliz». Su familia querría verla en Navidad y tendría que llevarla de vuelta, pero de momento podían seguir jugando en la nieve.

Ya le había comprado su regalo.

La bola de nieve voló por el aire y le golpeó en el pecho.

—¿En serio?

—¡Venga! —gritó Nevada, con los ojos brillantes.

Levantó la mano, moldeando la magia a su alrededor. Una lluvia de bolas de nieve se desprendió del banco nevado tras él, cruzó el aire y la bombardeó. Mantuvo los golpes suaves, rompiendo las bolas una fracción de segundo antes de que la golpearan. Ella tropezó y cayó de espaldas en la nieve, riendo.

—¡No es justo!

—Soy Mad Rogan. No juego limpio.

Su teléfono sonó. Lo sacó y deslizó el dedo por la pantalla. Un mensaje de Bug.

El frío se apoderó de él.

No vio a Nevada hasta que estuvo encima de él. Nevada lo derribó y aterrizó sobre su pecho. Sus labios se posaron sobre los de ella y la besó mientras su mente repasaba una docena de estrategias diferentes.

—¿Qué pasa? ¿Qué? —preguntó Nevada—. Estabas conmigo hace un momento y ahora no. ¿Qué sucede, Connor?

Abrió la boca para decirle que no era nada, deseando tener unas horas más de felicidad, pero entonces recordó quién era ella.

—Bug ha identificado la empresa fantasma que intentó comprar tu hipoteca.

Nevada se echó el gorro hacia atrás.

—¿Y?

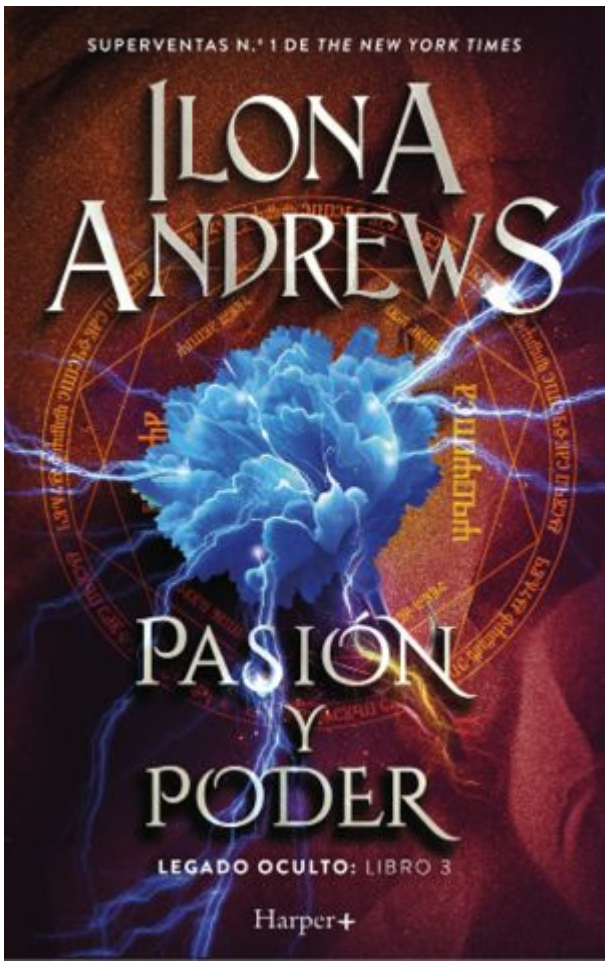
—Pensábamos que había sido Augustine. Pero no fue él. La empresa fantasma pertenece a la Casa Tremaine. Tu abuela lo sabe, Nevada. Tenemos que volver. Tu familia está en peligro.

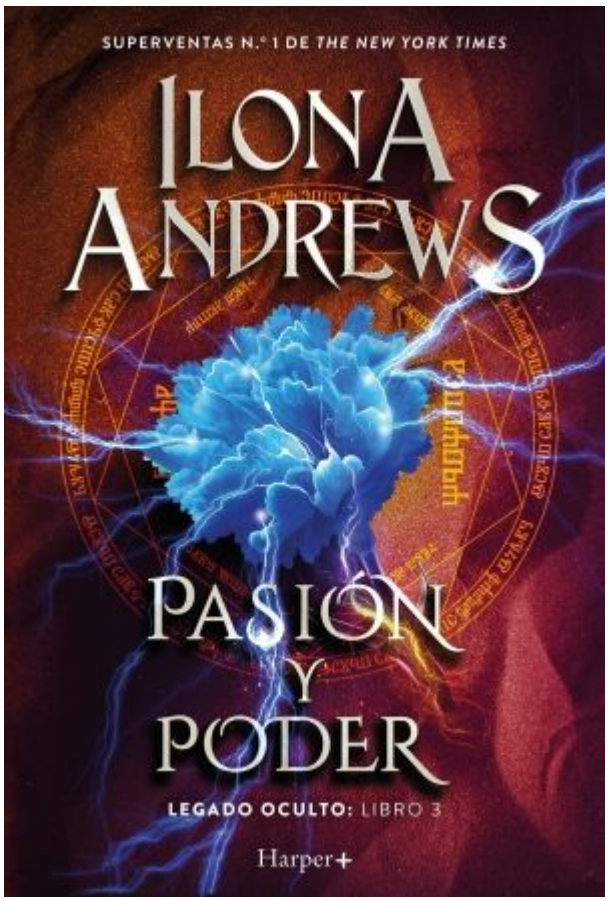
Sobre los autores

ILONA ANDREWS es el seudónimo del equipo formado por un matrimonio de escritores. Ilona es rusa y Gordon es un ex sargento de comunicaciones del Ejército de EE. UU. Contrariamente a lo que se cree, Gordon nunca fue un oficial de inteligencia con licencia para matar, e Ilona nunca fue la misteriosa espía rusa que lo sedujo. Se conocieron en la universidad, en clase de Escritura, donde Ilona sacó mejor nota. (Gordon todavía está dolido por eso). Son coautores de cuatro series superventas del *New York Times* y del *USA Today*.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




SUPERVENTAS N.º 1 DE THE NEW YORK TIMES
ILONA ANDREWS
PASIÓN Y PODER
LEGADO OCULTO: LIBRO 3
Harper+

Pasión y poder

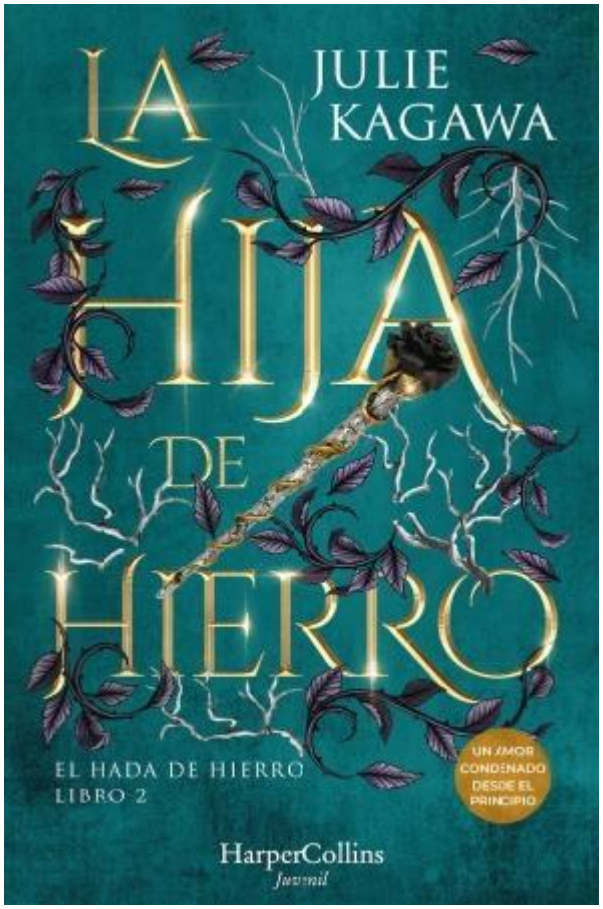
Andrews, Ilona
9788410643154
368

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Nevada Baylor no puede decidir qué le molesta más: gestionar sus habilidades como buscadora de la verdad o lidiar con su relación con Mad Rogan. Sí, él la está ayudando a navegar por el complejo mundo mágico en el que ella se ha convertido en una pieza crucial; a la vez, también tiene que tratar con la exprometida de Rogan, cuyo marido ha desaparecido, y no deja de molestar.

Rogan, por su parte, se enfrenta a sus propios retos, ya que el rango mágico de Nevada la ha transformado en un partido muy deseable para otros principales. Controlar sus inmensos poderes es un juego de niños comparado con controlar sus emociones. Y ahora ambos se enfrentan a una nueva amenaza dentro de la propia familia de ella. ¿Podrán hacerle frente juntos? ¿O todo su mundo está a punto de convertirse en humo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


JULIE
KAGAWA
LA
HIJA
DE
HIERRO
EL HADA DE HIERRO
LIBRO 2
UN AMOR
CONDENADO
DESDE EL
PRINCIPIO
HarperCollins
Juvenil

La hija de hierro

Kagawa, Julie
9788410021846
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

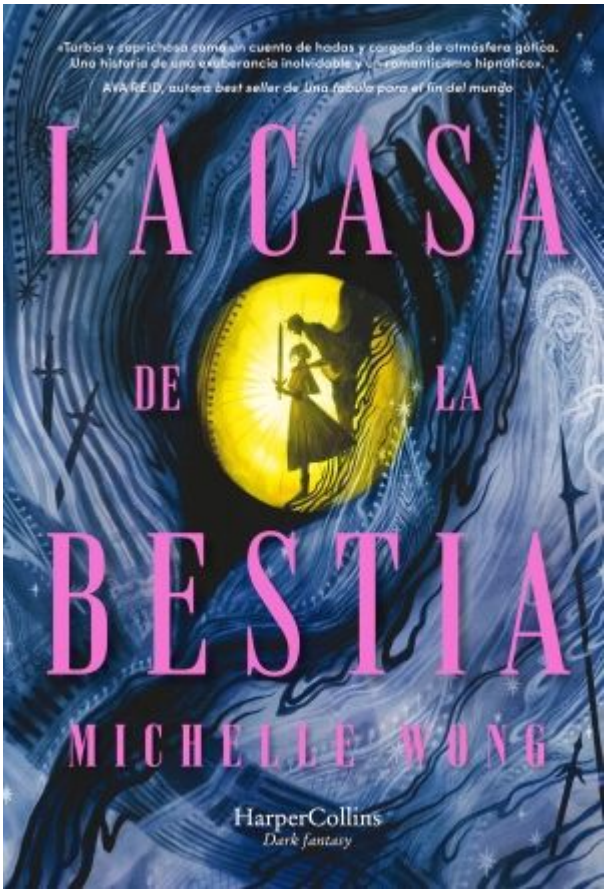
HADAS HOSTILES, TRAICIÓN Y AMOR PROHIBIDO: BIENVENIDOS DE NUEVO AL MUNDO MÁGICO DE LA SERIE EL HADA DE HIERRO

Medio princesa de los duendes de la Corte de Verano, medio humana, Meghan nunca había encajado en ningún sitio. Ahora debe cumplir su promesa al príncipe Ash y es prisionera de la reina de la Corte de Invierno. Pero Ash, al que creía enamorado de ella, abandona la corte sin darle explicaciones, y Meghan se siente traicionada.

La guerra entre ambas cortes era inminente, pero Meghan sabía que el verdadero peligro no era ese, sino los duendes de Hierro: seres mágicos forjados en metal que solo su príncipe ausente y ella habían visto. Pero nadie la creía. Atrapada en el País de las Hadas, con sus poderes mágicos bloqueados, Meghan solo tenía un arma: su propio ingenio.

¿Podrá Meghan Chase, un hada mestiza, salvar al País de las Hadas de la destrucción?

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



La Casa de la Bestia

Wong, Michelle
9788410643871
432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

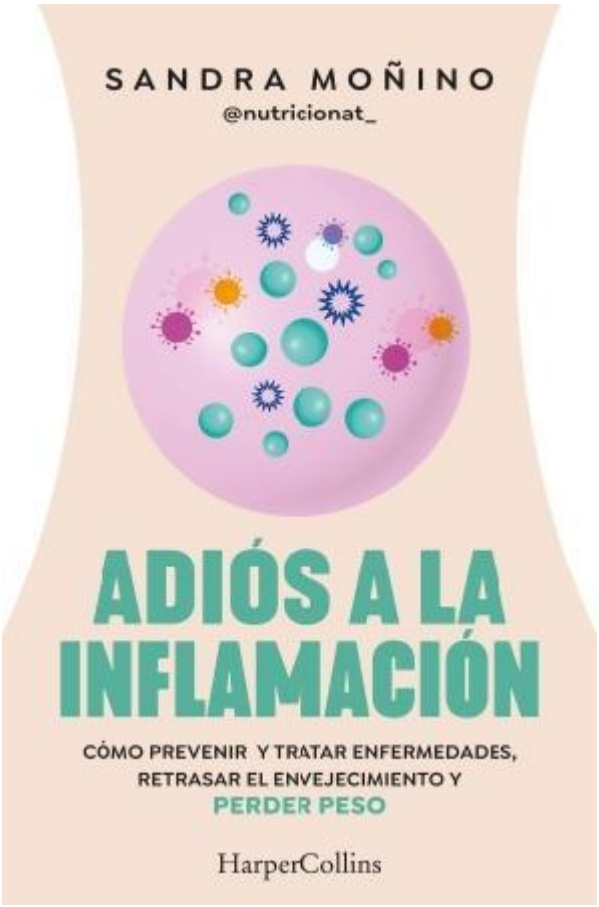
Bienvenidos a LA CASA DE LA BESTIA la primera y cautivadora novela de Michelle Wong, una historia de *dark fantasy* acerca de una joven que hace un pacto con un dios misterioso y seductor para vengarse de su aristocrática familia, con sugerentes ilustraciones en blanco y negro de la propia autora.

Una historia de venganza, resiliencia y el poder del amor para ayudarnos a superar la oscuridad.

Una apasionante aventura repleta de rituales divinos, intensos combates y amores torturados.

«Turbia y caprichosa como un cuento de hadas y cargada de atmósfera gótica. Una historia de una exuberancia inolvidable y un romanticismo hipnótico». AVA REID, autora *best seller* de *Una fábula para el fin del mundo*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


SANDRA MOÑINO
@nutricionat_
ADIÓS A LA INFLAMACIÓN
CÓMO PREVENIR Y TRATAR ENFERMEDADES, RETRASAR EL ENVEJECIMIENTO Y PERDER PESO
HarperCollins

Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MINECRAFT
MINI-
CONSTRUCCIONES
MÁGICAS
MÁS DE 20 MARAVILLOSOS PROYECTOS
MOJANG STUDIOS

Minecraft Oficial: Miniconstrucciones mágicas (más de 20 maravillosos proyectos)

Mojang AB
9788410643789
96

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

DESCUBRE TU MINECRAFT: INSPÍRATE Y CONSTRUYE

Añade unos toques de magia a tu Mundo superior con estos 20 flamantes miniproyectos, desde sirenas en lagos o lámparas de genio hasta guaridas de dragón y torres encantadas. ¡Incluso una chistera de mago de la que salen conejos!

Con **instrucciones detalladas paso a paso y consejos**, este libro te pondrá a crear construcciones mágicas que dejarán a tus amigos boquiabiertos.

MÁS DE 350.000 EJEMPLARES VENDIDOS DE LA SERIE

«Estos elegantes libros a todo color son el complemento perfecto para la estantería de cualquier fanático de Minecraft, o una gran ayuda para alguien que comience a jugar.» *Games Master*

DESCUBRE ESTOS MANUALES IMPRESCINDIBLES PARA TUS PARTIDAS EN MINECRAFT:

Manual de combate: 978-84-18774-38-6

Manual creativo: 978-84-18774-39-3

Manual de supervivencia: 978-84-18774-44-7

Manual de redstone: 978-84-18774-43-0

Legends: 978-84-18774-87-4

Manual del explorador: 978-84-18774-89-8

LIBROS PERFECTOS PARA INSPIRARTE:

Miniconstrucciones. Más de 20 divertidos proyectos: 978-84-18774-07-2

Miniconstrucciones increíbles: 978-84-91399-06-3

Miniconstrucciones assombrosas: 978-84-10021-64-8

Miniconstrucciones alucinantes: 978-84-1064-367-3

Bases épicas: 978-84-9139-903-2

Inventos épicos: 978-84-18774-49-2

REGALA MINECRAFT:

Enciclopedia de Mobs: 978-84-10021-06-8

Cómo dibujar: 978-84-10021-52-5

DIVIÉRTETE CON LOS CÓMICS DE MINECRAFT:

El Dragón del Fin: 978-84-18774-28-7

Aventuras en el Reino Eterno: 978-84-18774-83-6

El Portal en Ruinas: 978-84-19802-57-6

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)